

márgenes

revista de
economía política

■ AÑO IX - Nº 9 - DICIEMBRE 2023 ■ ISSN: 2362-1931

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO DE INDUSTRIA - UNGS

Historias del pensamiento económico argentino

Escriben

Mariano Arana, Martín Burgos, María Paula de Büren, Karina Forcinito, Diego Giller, Rodrigo López, Juan Odisio, Marcelo Rougier, Samantha Vaccari, Celeste Viedma y Julián Zicari



EDICIONES UNGS



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Director

Dr. Germán Diego Pinazo

Comité académico

Dr. Julio Gambina
Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas

Dr. Claudio Katz
CONICET-FFyL UBA

Dr. Juan Montes Cató
CONICET-CEIL-UBA

Dr. Alejandro Nadal
CEE- El Colegio de México

Dr. Jaime Osorio
Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco

Dr. Alfredo Saad-Filho
SOAS - University of London

Dr. John Saxe Fernández
CEIICH - Universidad Nacional Autónoma de México

Dr. Oscar Ugarteche
IIE - Universidad Nacional Autónoma de México

Comité editorial

Lic. Octavio Lerena

Mg. Cecilia Allami

Dr. Alan Cibils

Dr. Marcelo Delfini

Dr. Juan Fal

Lic. Arnaldo Ludueña

Dr. Germán Pinazo

Dr. Mariano Arana

Lic. Andrés Espinosa (Ediciones UNGS)
Asistencia técnica editorial

Lic. Daniela Triador
Licenciada en Economía Política

Lic. Nicole Toftum
Estudiante de Economía Política

Lic. Roberto Bufelli
Estudiante de Economía Política

Lic. Nicolás Dinerstein
Estudiante de Economía Política

Lic. Julián Cavallero
Estudiante de Economía Política

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2023

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX), Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507 - ediciones@campus.ungs.edu.ar - ediciones.ungs.edu.ar

ISSN 2362-1931

Diseño gráfico de la revista: Daniel Vidable - Ediciones UNGS

Ilustración de tapa: *Sin Fin*, de Silvia Bonfiglio.

Diseño de tapa: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS



Licencia Creative Commons

Esta obra está bajo una <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Índice

Editorial	5
-----------------	---

Dossier

El primer “Plan Pinedo”: orígenes, alcance y herencias del Plan de Acción Económica Nacional de 1933	9
<i>Juan Odisio</i>	
Notas sobre el pensamiento económico de Raúl Scalabrini Ortiz.....	27
<i>Martín Burgos</i>	
El pensamiento económico neoinstitucionalista de Roberto Cortés Conde: un análisis crítico.....	41
<i>Karina Forcinito</i>	
Los “muchachos economistas”. Ideas y trayectorias de los principales referentes de la economía en el primer peronismo.....	59
<i>Marcelo Rougier y Juan Odisio</i>	
Pluma y espada, hacia las condiciones de posibilidad de circulación del entramado austríaco en Argentina.....	75
<i>María Paula de Büren</i>	
Los estudios económicos en el Instituto de Cálculo de la Universidad de Buenos Aires a principios de los años sesenta.....	89
<i>Mariano Arana</i>	
El rebelde: un recorrido por el pensamiento económico de Oscar Varsavsky	103
<i>Celeste Viedma</i>	
Dependencia y política. Las “cátedras nacionales” y sus alrededores	117
<i>Diego Giller</i>	
La nueva controversia del dinero: algunos elementos para una teoría monetaria nacional	135
<i>Rodrigo López</i>	

La tablita cambiaria de Martínez de Hoz: críticas, respuestas y los debates en el interior del equipo económico	149
<i>Julián Zicari</i>	
La participación de mujeres en la producción de conocimiento económico en Argentina.....	161
<i>Samantha Vaccari</i>	

EDITORIAL

La economía política sufrió transformaciones excepcionales en las últimas décadas y en Argentina se han profundizado los debates sobre temas corrientes e históricos, lo que ha movilizado los significados establecidos en diversas direcciones. Sin embargo, hubo poco espacio ocupado en torno a la historia del pensamiento en el país. Esta historia es, ante todo, una actividad poco visitada y menos practicada. Incluso, a veces, los esfuerzos intelectuales locales son dirigidos hacia historias del pensamiento en espacios dominantes. No es de extrañar: hacer esas historias a veces entrega prestigio, pero, además, hacer historia desde América Latina cuesta más porque nos falta de todo: archivos, financiamiento, medios de difusión, registros, cátedras, proyectos de investigación. Hacer estas historias cuesta más y entrega menos, lo que refuerza ciertas relaciones académicas dependientes y su estancamiento relativo.

El objetivo del presente número es abordar y contextualizar actores, registros, categorías y debates en torno a la historia del pensamiento económico argentino, con la intención no solo de ampliar la agenda existente, sino de tensionar la dirección que mantiene hasta el momento, al potenciar nuevos temas y métodos alternativos

de investigación histórica e intelectual. Este número forma parte de una renovación en curso, que incorpora no solo la combinación de estilos diversos de mujeres y hombres pertenecientes a la historia, la sociología y la economía, sino también porque se nutre de una selección temática particular: aquí se estudian variantes del pensamiento económico liberal-conservador, peronistas y dependentistas, así como también se exploran las contribuciones argentinas para una teoría monetaria nacional y de mujeres para el conocimiento económico durante el último siglo.

Márgenes, revista de economía política es un ámbito de debate riguroso, pero que —como se sostiene desde el área de Economía Política del Instituto de Industria— no necesariamente persigue los estándares argumentales convencionales establecidos por la academia, a fin de poder incluir desarrollos, en algunos casos, cercanos al ensayo para poder establecer posturas, interrogantes y reflexiones. Allí nos dirigimos. Lejos de abarcar la complejidad del pensamiento económico en Argentina, este volumen tiene la pretensión de divulgar conocimiento, provocar nuevos intereses y ampliar los márgenes de lo posible resistidos en las historias del pensamiento económico tradicionales.

Mariano Arana



**Historias del pensamiento
económico argentino**

El primer “Plan Pinedo”: orígenes, alcance y herencias del Plan de Acción Económica Nacional de 1933

*Juan Odisio*¹

Resumen

El Plan de Acción Económica Nacional (PAEN) se presentó a finales de 1933, unas semanas después de que el presidente Justo nombrara a Federico Pinedo al frente del Ministerio de Hacienda. A diferencia del llamado “Plan Pinedo” de 1940, este programa ha recibido menos atención por parte de la historiografía. Si bien hay numerosas menciones como las provenientes de los trabajos sobre la figura de Raúl Prebisch –entonces joven funcionario–, en las varias biografías de Pinedo, o de quienes estudian las transformaciones en los modos de intervención del Estado o de la economía nacional en la década de 1930, no hay prácticamente trabajos académicos sobre el PAEN.²

Este artículo se propone avanzar con el estudio de las condiciones de posibilidad y características de este primer “Plan Pinedo”. Su importancia no puede ser subestimada: si bien el PAEN fue parte de las medidas tomadas en la coyuntura crítica de los primeros años treinta, fecundaron una larga herencia sobre el modo de conducir la política económica en Argentina que durante las siguientes décadas siguió el sendero entonces iniciado.

La política económica argentina ante la crisis mundial

Primer acto: la búsqueda del equilibrio fiscal

En septiembre de 1930, el general José Uriburu encabezó un golpe de Estado contra la presidencia de Hipólito Yrigoyen. Federico Pinedo era entonces un cuadro político de peso del Partido Socialista Independiente (PSI, una escisión del socialismo surgida en agosto de

¹ CEHEAL/IEEP-CONICET/Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.

² Prebisch rememoró el Plan en varias entrevistas a lo largo de su vida, e incluso dio una conferencia al respecto en Oxford convocado por Desmond Platt y Guido Di Tella (Prebisch, 1986).

D

1927) y tuvo “una intervención fundamental” en el golpe, convenciendo personalmente a los jefes del Ejército para que participaran (Sanguinetti, 1981: 176). El joven abogado había sido electo diputado desde 1920, y se fue especializando en temas económicos sosteniendo “la defensa del valor de la moneda, del régimen de la convertibilidad, del equilibrio fiscal, de la lucha contra monopolios y privilegios sectoriales” (Azaretto, 1998: 34). Si bien Pinedo se declaraba socialista, en 1930 citó al liberal Ludwig von Mises para argumentar en favor del sistema democrático republicano en contraposición al esquema corporativista que propiciaba Uriburu (Sanguinetti, 1981: 342). Quizá por eso no formó parte de su gabinete.

En el terreno económico, ante el empeoramiento de las condiciones económicas por la crisis mundial, el gobierno militar realizó un “reajuste hacia abajo”, es decir, la contención del gasto público mediante la reducción de sueldos y jubilaciones estatales y el despido de empleados públicos. Por otra parte, el 10 de octubre de 1931 se introdujo el control de cambios como respuesta obligada ante el abandono del patrón oro por parte de Inglaterra unas semanas antes. El sistema generó distintos problemas que dos años más tarde se intentaron solucionar con su modificación (López, 2007). El equilibrio fiscal concentró el empeño del equipo económico. La principal innovación estuvo en la modificación del régimen de recaudación. Se incrementaron las cargas sobre las importaciones y sobre el consumo de distintos productos, a la vez que se crearon nuevos tributos. El más importante fue la aparición del impuesto a los réditos, un proyecto largamente resistido en el país (Caravaca, 2011). Raúl Prebisch (como subsecretario de Hacienda) fue el autor del nuevo tributo, y las palabras con las cuales convenció al presidente Uriburu dan cuenta del objetivo más fiscal que distributivo: “Mire general, usted va a entregar el gobierno con un déficit considerable a pesar de todo. Sin una reforma tributaria no se contendrá el déficit, y como yo creo que el Congreso no va a tomar medidas de esa naturaleza, el déficit seguirá agrandándose y se caerá en la inflación” (Magariños, 1991: 68-69). Sus palabras surtieron efecto; en enero de 1932, días antes de dejar el cargo, Uriburu proclamó el decreto que estableció el nuevo impuesto, que era además un reclamo del PSI.

Tradicionalmente, el socialismo argentino había conjugado el reformismo social sin demasiadas contradicciones con inclinaciones liberales o positivistas (Rougier y Odisio, 2017). La prédica de Pinedo, en especial, se inspiraba en la socialdemocracia alemana, que había visto personalmente en acción cuando viajó a Europa al terminar la Primera Guerra Mundial y pudo conocer a dirigentes marxistas como Eduard Bernstein, Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo.³ A principios de 1928, el flamante PSI había aprobado su programa permanente, escrito por el propio abogado (según Azaretto, 1998) y heredero de los lineamientos del viejo Partido Socialista “en torno de políticas de socialización, nacionalizaciones y regulaciones estatales, combinadas con estrategias de control obrero de la producción

³ Según Vicente (2013), en ese viaje Pinedo también conoció los trabajos de Friedrich Hayek y Mises. Ello puede ser posible en este último caso, dado que Mises ya había publicado su célebre *Teoría del dinero y del crédito*, pero Hayek era entonces apenas un joven estudiante de la Universidad de Viena y simpatizante del socialismo democrático que profesaba su maestro Friedrich von Wieser.

privada y de libre comercio internacional” (Graciano, 2013: 20). De hecho, para Pinedo, la plataforma “no se alejaba demasiado de su admirada socialdemocracia: voto femenino, amplia legislación laboral y reconocimiento de los sindicatos, gravámenes a las rentas y a la herencia, nacionalización del petróleo y el carbón” (Sigal, 2018: 46).

En tanto, a pesar de los apoyos concitados inicialmente, el régimen corporativista de Uriburu pronto perdió legitimidad y se convocaron nuevas elecciones con el partido radical (mayoritario) proscrito. En septiembre de 1931, el PSI apoyó la candidatura del general Agustín P. Justo a la presidencia y presentó una plataforma electoral que recogía los lineamientos de su programa permanente. Pinedo fue elegido como primer candidato por la lista de diputados. En un proceso fraudulento triunfó Justo, quien asumió en febrero de 1932. Comenzó así el período de la llamada “Concordancia”, una alianza política entre el Partido Demócrata Nacional (o Partido Conservador), la Unión Cívica Radical Antipersonalista (fracción anti-yrigoyenista del radicalismo, formada en 1924) y el PSI.

En 1933, la renuncia del ministro de Hacienda, Alberto Hueyo (por diferencias con el rumbo del gobierno), y el fallecimiento del de Agricultura, Antonio de Tomaso (hasta entonces el principal referente del PSI), permitieron reorganizar el gabinete económico. Luis Duhau asumió el Ministerio de Agricultura. Gran terrateniente, ingeniero agrónomo, miembro destacado de la Sociedad Rural Argentina y dueño de una de las mansiones más imponentes de Buenos Aires, Duhau conocía a Prebisch desde hacía varios años: siendo el tucumano un joven recién graduado, había promovido su contratación como asesor económico de la poderosa asociación de los hacendados. En 1927 auspició además la creación de la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco de la Nación (BNA), con Prebisch como su director. Por otra parte, Justo convocó a Pinedo como ministro de Hacienda. Es posible que Prebisch también lo conociera desde la década previa por intermedio de su “padrino civil” Augusto Bunge, otro destacado líder del PSI (Odisio, 2022). Como sea, los dos ministros solicitaron a Prebisch que se sumara a sus equipos, aunque prefirió mantenerse en su cargo del BNA y desde allí asesorar a las dos carteras (Dosman, 2008).

El gobierno de Justo cambió la respuesta que ante la crisis mundial había adoptado su predecesor. En ese contexto, dos socialistas se convirtieron en ministros por primera vez en la historia del país, aunque se trataba de un gobierno claramente dominado por una coalición liberal-conservadora. Con De Tomaso a la cabeza y el acompañamiento de los legisladores del partido (que impulsaron una política laboral y social progresista), la materialización del programa económico del PSI pareció encontrar su hora, aunque ciertamente los resultados quedaron lejos de las propuestas más radicales. Desde el Ministerio de Agricultura se intentó atacar la crisis del sector agropecuario, lo que “llevó a una intervención estatal en la regulación de la producción agropecuaria pampeana y de su comercialización” (Graciano, 2013: 25). Se fortaleció el papel del Estado como regulador y fiscalizador de los mercados agropecuarios, incluido el petrolero, que estaba bajo la órbita de la misma dependencia. El fallecimiento de De Tomaso dejó a Pinedo como principal líder de los socialistas independientes, y Justo lo nombró ministro. Varios miembros del “*trust* de cerebros” orquestado por Prebisch lo acompañaron e impulsaron

D

una modernización más amplia de la política económica. Con Pinedo “compartían ideas económicas heterodoxas y no titubeaban ellos tampoco en separar convicciones políticas y eficiencia técnica” (Sigal, 2018: 44).

El 25 de octubre de 1932 Prebisch se había casado y partió hacia Ginebra como representante argentino en la reunión preparatoria de la Liga de las Naciones para la Conferencia Económica Mundial de Londres del siguiente año. A pesar de su entusiasmo inicial, rápidamente descubrió que los países poderosos no tenían interés ni compromiso en reestablecer el sistema multilateral de comercio y finanzas y solicitó adelantar su regreso. No quería jugar un papel decorativo. La respuesta fue que debía permanecer en Inglaterra y sumarse a la comitiva del vicepresidente, que llevó adelante las negociaciones del tratado Roca-Runciman. El acuerdo se celebró el 1º de mayo de 1933 y dio grandes beneficios a los intereses británicos a cambio de que se mantuviera abierto ese mercado para las carnes argentinas (que se percibían en peligro tras la firma del Pacto de Ottawa el año previo, que había dado prioridad a las compras inglesas dentro del Commonwealth). Prebisch justificó el acuerdo como la única forma de proteger la exportación nacional, reconociendo la situación dependiente de Argentina respecto de la economía inglesa (Magariños, 1991: 75). El presidente Justo y los ministros tomaron ese argumento, señalando que el pacto era la única salida posible para el país, el “mal menor”, dadas las arduas circunstancias del momento. A pesar de que los intereses ganaderos estaban resguardados, una crisis mundial que no cedía en su severidad presionó al gobierno para que pasara a la acción de manera más enérgica.

De regreso al país, Prebisch comenzó a preparar nuevas reformas con Pinedo, Duhau y Enrique Uriburu, figura importante de la *intelligentsia* económica de la época y su primo segundo (que además había sido presidente del BNA y luego ministro de Hacienda durante el gobierno de Uriburu, también su primo). Prebisch rememoró que “Don Enrique estaba entusiasmado, lo mismo que Duhau, y Pinedo captó. Pinedo, con toda su ortodoxia, fue cambiando, solo que cuando salió del Ministerio volvió a tenerla” (Mallorquín, 2006: 36). Así, en la segunda mitad de 1933, el equipo económico comenzó a planificar nuevas medidas, una segunda etapa de la política económica tras el ajuste de los gastos públicos y el fortalecimiento de la recaudación efectuado en los años previos.

Segundo acto: la consolidación financiera

La Memoria del Ministerio de Hacienda de 1933 dejaba en claro que los dos objetivos principales del programa económico eran “reducir las cargas fijas del Estado y aliviar la situación de las clases productoras” (Ministerio de Hacienda, 1934: 11). A finales de ese año los más altos funcionarios de la Nación -comenzando por el presidente- presentaron y defendieron las medidas mediante comunicación radial. En diciembre, Pinedo aclaró que no eran cuestiones doctrinarias las que impulsaban el cambio sino el peso de los hechos: “no cree el Gobierno que le sea dado recurrir a arbitrios extravagantes para hacer florecer la prosperidad argentina en medio de la depresión y de la miseria universal; pero cree

que está obligado a gobernar, a actuar, a luchar por el mejoramiento de las condiciones de vida” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934: 66).

La crisis obligaba a actuar con coraje, aunque eso implicara apartarse del saber liberal para conducir la política económica. De algún modo, la argumentación de Pinedo respecto a la necesidad de ser realistas implicaba reconocer que la teoría económica convencional (“cuatro fórmulas aprendidas de memoria”) no daba respuesta a los problemas de la hora. Si algo caracterizaba la actitud del PSI, era justamente el saber actuar pragmáticamente:

Hace muchos años que defendemos, con mi colega y amigo, ingeniero Duhau, la política del más libre comercio; hace muchos años que sostenemos, juntos o separados, la conveniencia de permitir la importación sin trabas de las mercaderías extranjeras, para que pueda adquirir su pleno desarrollo el comercio exportador de los productos de la tierra; hace mucho tiempo que hemos aprendido que las importaciones se pagan con exportaciones, y que una moneda segura y estable es el instrumento más perfecto de realizar la compra de lo que necesitamos y la venta de lo que tenemos en exceso.

Pero si no somos tan nuevos en el estudio de estas materias como para necesitar que se nos enseñe ahora lo que ya hace veinte años que estamos divulgando, no somos tan viejos como para creer que ya nada nos falta por aprender, ni somos tan cerrados como para creer que cuatro fórmulas aprendidas de memoria eximen de la obligación de observar la realidad cambiante y compleja que nos rodea (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 67).

El primer paso de esta segunda etapa fue la conversión de los títulos de deuda interna. En septiembre se había llegado a un acuerdo con los bancos para que rebajaran sus tasas de interés entre dos y tres puntos porcentuales. La caída en los rendimientos bancarios llevó a los ahorristas a invertir en la Bolsa y generó un auge en la cotización de los títulos de renta fija gubernamental. La situación era propicia para intentar su canje. El 16 de noviembre de 1933, el presidente Justo presentó las medidas de la siguiente manera:

La política de reducción de los intereses que tanto nos preocupaba y nos preocupa se ha extendido así, en tiempo oportuno, primero a las finanzas públicas y luego a las cédulas hipotecarias nacionales [...]. Esta reducción de intereses beneficiará directamente a la gran masa de deudores de los bancos, a los innumerables productores agrarios, que han visto perturbado su desenvolvimiento por la baja de los precios, y a ello ha de contribuir, también, las previsoras medidas de alivio dictadas por el Congreso y ejecutadas con serenidad y energía por el Poder Ejecutivo (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 6).

Dos semanas más tarde, Pinedo manifestó gran satisfacción por los resultados del canje, que alcanzó al 95% de los títulos existentes: “La conversión de la deuda pública interna que hoy ha terminado ha sido una operación gigantesca, de magnitud comparable a las que se han realizado en las grandes potencias mundiales y de éxito tan rotundo que colman

D

las esperanzas de los que hemos tenido el honor de dirigirla” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 37). El interés de las letras de Tesorería de corto plazo se redujo en tres puntos, sobre el nivel del 6,5% que pagaban previamente, e implicó una disminución del 25% en la carga del servicio anual de la deuda (de 127,4 a 96,6 millones de pesos moneda nacional). El presidente, en su mensaje de inauguración de las sesiones legislativas de 1934, expresó: “La conversión ha constituido el acontecimiento financiero del año 1933. Por su magnitud, por su forma, por su resultado y por sus efectos, esa operación resulta incomparable con cualquier otra realizada en el país hasta la fecha” (Ministerio de Hacienda, 1934: 55).

Al terminar la operación con los títulos internos del Tesoro, se decidió hacer la conversión de bonos externos, con resultados igualmente beneficiosos para las arcas públicas.⁴ Otro canje de importancia fue el de las cédulas hipotecarias. Pinedo recalcó que esta operación no podía ser forzosa y que no había razones legales para imponerla, sino que se trataba de un “deber moral” de los acreedores para con “las masas que producen”: “Cada uno tiene el derecho de negarse a la conversión de las cédulas. Pero no es un problema de derechos ni de facultades. Es un problema de conciencia. Es un deber moral al que nos obligan las fuerzas elementales de la solidaridad colectiva” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 42).

Por su parte, el Banco Hipotecario Nacional tenía 80.000 deudores, mayormente productores agropecuarios, que habían visto disminuir de manera vertical los precios internacionales de sus mercancías. En septiembre de 1933 se sancionó la Ley 11720 para afrontar esa situación. Las medidas incluyeron la eliminación de los recargos por créditos impagos y de las comisiones bancarias y se suspendió la amortización de los créditos, todo por un plazo de tres años. Tras la rebaja de la carga de los préstamos bancarios, se ofreció un canje de cédulas hipotecarias para extender los plazos de pago y disminuir las tasas de interés de los deudores. Enrique Pérez, presidente del Banco, señalaba que de los tres factores productivos, la tierra y el trabajo ya se habían reajustado a la nueva situación (por la caída en su valor), y que era el turno de reacomodar las condiciones de valorización del capital: “Si los valores de la tierra que respalda las cédulas y de su producción que nutre su interés han descendido tan violentamente, se impone que los tenedores de cédulas tan íntimamente vinculadas a la propiedad contribuyan al abaratamiento del interés”. El funcionario hacía un llamado al realismo —la necesidad de “aceptar serenamente que seamos menos ricos de lo que fuimos”— y, como Pinedo, aludía a un imperativo moral para consentir la conversión por parte de los tenedores de títulos: “El resurgimiento del país se retardará si el egoísmo, o la incomprensión, o las conveniencias mal entendidas cierran el paso a las sanas medidas de gobierno” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 47).

Estas acciones mejoraron las perspectivas financieras del gobierno y de los deudores. Los canjes de títulos de deuda pública y las cédulas hipotecarias por nuevos títulos a mayor

⁴ En 1934 se hicieron ocho canjes de deuda externa, sobre un monto total de algo más de 15 millones de libras esterlinas. Como resultado, los nuevos créditos (con interés más bajo) permitieron un ahorro de 1,4 millones de libras anuales en su servicio (el detalle se puede consultar en Ministerio de Hacienda, 1934: cuadro 26).

plazo y menor interés tuvieron buena recepción. Además, los pagos al extranjero que habían sido congelados por falta de divisas se lograron afrontar gracias a varios “empréstitos de desbloqueo” otorgados por países europeos, siendo el primero de ellos negociado por Julio Roca (h.) en su misión a Londres. El sistema de control de cambios de 1931 autorizaba las importaciones antes de contar con las divisas necesarias, lo que generó una masa de fondos bloqueados en pesos que presionaban sobre el mercado para poder efectuar los pagos al extranjero. Dos años más tarde, Duhau reflexionó sobre esa situación: “Con importar más de lo que podemos no hemos conseguido exportar más. Pero hemos conseguido bloquear una suma ingente de dinero que no ha podido salir del país por falta de cambio, de medios de pago. Y en fin de cuentas la Argentina ha tenido que liquidar esa deuda con un empréstito a largo plazo” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 168). La entrada en funciones del sistema de permisos previos de cambio el 2 de enero de 1934 procuró solucionar ese manejo inconsistente de las importaciones.

Al mismo tiempo, la justificación de adoptar un tipo de cambio más devaluado se basaba en motivos de “realismo”, una característica de la línea política del PSI (Sanguinetti, 1981). La situación del país imponía alejarse de preceptos doctrinarios: “Pretender que las divisas extranjeras, reducidas a escaso volumen por la caída de las exportaciones, se vendan artificialmente a precios de abundancia (en desmedro de los productores agropecuarios) y que las importaciones aumenten a fin de que los servicios de la deuda pública no se encarezcan y suba la renta fiscal, comporta desconocer la realidad de la economía argentina” (Ministerio de Hacienda, 1934: 11). Mantener la cotización del tipo de cambio inalterada implicaba una rigidez excesiva que impedía a las fuerzas de mercado ajustar monetariamente los “factores internos” a la nueva situación económica. Se consideraba que la acción combinada de la crisis mundial y una moneda artificialmente apreciada castigaban en exceso a las “clases productoras”, esto es, al sector agropecuario:

Estrechamente ligado este país a las alternativas del mercado internacional, en donde coloca sus saldos exportables, no se podía esperar que la economía nacional tomase una línea ascendente sin el mejoramiento previo de la economía mundial. Pero lo que sí podía esperarse era restablecer el equilibrio de los factores internos. Aunque no aumentase el volumen real de los réditos de la colectividad, estos réditos podían distribuirse mejor entre los productores y los distintos grupos sociales. Eso es lo que se ha conseguido gracias a la eliminación de las trabas que impedían tomar su propio nivel a las divisas extranjeras (ibídem: 15).

Pinedo intentó revertir el peso de la carga a quienes criticaban el abandono de la paridad. Argumentaba que sostener el tipo de cambio en un nivel fijo (y apreciado) era una política “ficticia” y “especulativa”. La severidad de la política monetaria debía definirse en función de la situación económica; en circunstancias de crisis era necesario flexibilizarla, sin temores por “el fantasma de la inflación y de la depreciación sin límite”. Creía que los precios no se verían afectados en igual proporción a la devaluación porque había muchos factores (internos y externos) que intervenían en la dinámica monetaria y que hacían

D

que esa relación no fuera directa. Si la caída persistente de los precios internacionales de los productos de exportación sufrida después de 1929 no se había replicado sobre los costos internos (de insumos, fletes, impuestos, créditos, etc., que no habían disminuido), tampoco había razón para creer que estos crecerían a la par del tipo de cambio. En adición, actuarían como amortiguadores la disminución de los derechos aduaneros y de los gastos de comercialización como el avance de la sustitución de importaciones. Lo que se pretendía desde el gobierno era que el peso pudiera “reposar sobre el fundamento inconvencional de la economía argentina” y no en “la base frágil de las decisiones autoritarias”:

Bajar artificialmente el valor del peso para elevar los precios es una política engañosa que el Gobierno no tiene la menor intención de seguir. Pero una cosa es no querer bajar el peso artificialmente y otra muy distinta es pretender mantenerlo a un nivel elevado aparente, con perjuicio inmediato para los productores rurales y con grave peligro para los que tienen interés legítimo en el contenido y en la estabilidad de la moneda nacional (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 68).

Como resultado, y a pesar de las críticas, el 28 de noviembre la moneda fue devaluada un 20% y se crearon dos mercados cambiarios: el “oficial”, fijado por el gobierno, donde debían liquidarse las divisas provenientes de las exportaciones tradicionales, y el “libre”, donde se transaban libremente aquellas provenientes de las exportaciones no regulares (que representaban el 2% del total), de las inversiones extranjeras directas y de diversas transacciones comerciales y financieras privadas. Se estableció un permiso previo de cambios para las mercaderías consideradas “esenciales”, que podían acceder al tipo de cambio (más elevado) del mercado oficial, mientras que las restantes importaciones se podían hacer sin limitaciones por el mercado “libre”, lo mismo que los pagos financieros de particulares al exterior.

Las autorizaciones del sistema de control de cambios establecido en 1931 eran otorgadas luego de realizadas las importaciones, lo que generaba todo tipo de problemas. Desde el Ministerio se decidió incorporar un régimen de permisos previos. Igualmente, para evitar las “arbitrariedades” del esquema anterior, se decidió que en el mercado “oficial” las divisas serían entregadas mediante un sistema de licitaciones, “que después de cierto tiempo de práctica ha llegado a ser un instrumento eficaz para que los precios se establezcan de acuerdo con la demanda y la cantidad disponible, evitando las bruscas fluctuaciones del mercado” (Ministerio de Hacienda, 1934: 73). El gobierno fijaba la paridad a la que los exportadores estaban obligados a entregar las divisas, pero el precio de venta quedaba regulado por los demandantes. La Oficina de Control de Cambios asignaba divisas a los compradores que hubieran presentado las mejores ofertas. La intermediación del Estado era necesaria, aunque se señalaba como transitoria, para evitar el “juego perturbador y especulativo” sobre el mercado de cambios. Las autoridades consideraban que si se dejaba completamente libre los exportadores tendrían motivos para no liquidar sus divisas, esperando devaluaciones posteriores que pudieran generarles beneficios extraordinarios. Por su parte, en el segmento no regulado, la oferta y la demanda determinaban el valor del tipo de cambio, que también estaba influido –según explicaba Pinedo– por “facto-

res psicológicos”. En definitiva, mediante su funcionamiento libre se regulaba mejor la dinámica comercial:

Van a él las importaciones que no pueden realizarse por intermedio del mercado oficial, lo mismo que las demás transferencias que no obtienen permiso; si su cantidad es excesiva con respecto a la oferta, sube el precio de las divisas y esto tiende a restringir los nuevos pedidos de mercaderías extranjeras y las nuevas transferencias de fondos; y si sucede lo contrario, el precio de las divisas desciende y se estimula la demanda. El factor psicológico tiene también gran influencia sobre el mercado libre (Ministerio de Hacienda , 1934: 75).

La devaluación pretendía estimular las exportaciones y reducir las importaciones. Pinedo explicó que el tipo de cambio fijo –como una política de precio máximo– generaba una situación insostenible, de exceso permanente de demanda sobre el mercado de divisas:

La fijación de un valor arbitrario para la moneda, aparte de sus efectos depresivos sobre las fuerzas productoras de la Nación... había llevado al mercado de cambios a una situación insostenible. El precio artificialmente bajo de las divisas extranjeras promovía el desarrollo de las importaciones más allá de lo permitido por la capacidad de pago del país, y estimulaba la demanda de cambios por servicios financieros y otras remesas de fondos al exterior. Pero la oferta de cambio resultaba insuficiente por la contracción en el valor en oro de las exportaciones, debido a la baja de los precios internacionales, y como se había suprimido el único medio por el cual en un sistema de libre concurrencia esa oferta restringida podía adjudicarse o distribuirse entre quienes están dispuestos a pagar los mejores precios (como en el caso de cualquier mercadería), quedaba necesariamente sin satisfacer una parte considerable de la demanda. En otros términos, la rigidez del tipo de cambio solo podía seguirse manteniendo a costa de la limitación arbitraria en la venta de divisas, privándose de ellas aun a quienes la solicitaban con motivos fundados. Se trata de un caso típico de fijación arbitraria de precios máximos con sus bien conocidas consecuencias (Ministerio de Hacienda , 1934: 71).

En el mismo sentido hacía Duhau la defensa de la devaluación, indicando que con el fin de la paridad fija se reintroducían mecanismos de mercado: “Ahora restablecida la vieja ley de la oferta y de la demanda, tendrán que comprar las monedas que necesiten, en plena y libre concurrencia, al precio que dé el mercado” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 73). Semanas más tarde, el ministro volvió a plantear el punto para expresar con mayor vehemencia que una “intervención artificial” había estado “protegiendo ilegítimamente a la importación en desmedro de la producción rural” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 126). Duhau agregaba que se debía ser “realista” respecto al patrón oro. El sistema había funcionado hasta la Primera Guerra Mundial y a su fin, cuando se quiso reintroducir, no había sido posible porque “el mundo había ido creando y complicando una red enmarañada de barreras aduaneras, de deudas de guerra,

D

de mil restricciones internas y externas que dislocaban las fuerzas económicas”. Hasta que los “grandes países” no decidieran comprometerse con el esquema monetario, era preferible que la Argentina no lo adoptara. La caída en los precios internacionales y la sobrevaluación de la moneda habían generado grandes problemas para los productores del campo. Esto había obligado a reacomodar los precios internos; no había otra alternativa que la devaluación. Y como “recaudo” –según explicaba Duhau– se había creado la Junta Reguladora de Granos para “que el productor reciba el aumento de precio que le corresponde por el mayor valor natural de las letras de exportación” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 74-76).

En 1932, Justo y De Tomaso habían enviado al Congreso Nacional propuestas para crear una Junta Nacional de Carnes y una Comisión Nacional de Granos. El objetivo era “mejorar la calidad de la producción, adaptarla a las necesidades de los mercados consumidores para competir en mejores condiciones, hacer propaganda externa, obtener precios retributivos, coordinar normas inconexas y crear nuevas e involucrar a los interesados en su manejo en nombre del interés general” (Persello, 2006: 92). Con modificaciones respecto a su presentación original, los proyectos fueron aprobados en octubre y noviembre de 1933, respectivamente. Se temía que la devaluación llevara a incrementos de la oferta exportable que pudieran hacer caer los precios en los mercados internacionales, por eso la Junta sería el organismo encargado de centralizar las ventas al extranjero. En lo sucesivo se establecieron varias juntas reguladoras para otras actividades como la producción de vino, yerba mate, leche, azúcar y algodón (además de numerosas comisiones, subcomisiones y direcciones específicas para otros productos).

Los ingresos por la operatoria de la Oficina de Control de Cambios servirían, por un lado, para sustentar el mayor costo (por la devaluación) de los pagos de deuda externa pública y, por otro, para que la Junta pudiera comprar las cosechas al “precio básico” fijado por el Ministerio de Agricultura y venderlas, aunque fuera a pérdida, a los exportadores. El llamado “margen de cambios” se obtenía tanto por la diferencia entre el valor comprador y vendedor del tipo de cambio “oficial” como por las comisiones que cobraba la Oficina a los bancos autorizados a intercambiar moneda extranjera. Con el alivio de los pasivos y mayores ingresos (por la devaluación y el accionar de las juntas), la situación del sector primario cambió a finales de 1933. Pinedo expresó que las medidas habían sido un éxito porque “han llevado un alivio directo a las poblaciones rurales de la República, que se ha traducido en beneficio de toda la economía nacional” (Ministerio de Hacienda, 1934: 105). Al terminarse con el “exagerado valor artificial” del tipo de cambio se había equilibrado la balanza de pagos, actuando en línea con recomendaciones del comité preparatorio de la Conferencia Económica Mundial, de la cual había formado parte Prebisch pocos meses antes (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 81). Lo cierto es que, más allá de la devaluación, las presiones sobre el déficit comercial se disiparon porque la pérdida de cosechas en Estados Unidos mejoró el precio de las exportaciones argentinas (O’Connell, 1984).

Tercer acto: de las finanzas al empleo

Una vez realizados los ajustes financieros y monetarios, el gobierno decidió profundizar el programa de intervención. El 29 de noviembre de 1933, Pinedo anunció El Plan de Acción Económica Nacional (PAEN). Como dirá nuevamente en 1940, consideraba que el sector agrario era la “rueda maestra” que movía la economía argentina. La situación internacional no ofrecía perspectivas de mejora en el corto plazo, por lo que era imperioso –luego de haber puesto las cuentas en orden– socorrer a los productores rurales:

Difícilmente podrá mencionarse un solo ramo de las actividades económicas que no se vea afectado sensiblemente por las alternativas de nuestra producción agropecuaria. Por ese proceso, que es el proceso de toda la economía del país, el descenso en el valor de la producción rural se manifiesta en seguida en la disminución de la capacidad de compra de la población en su conjunto, tanto en lo que concierne a los productos importados cuanto a las manufacturas nacionales. Y es tal la interconexión de todas las ramas de la actividad económica argentina, que lo que ciertos negocios o industrias venden de menos, por la menor demanda, no tarda en repercutir desfavorablemente sobre los otros negocios e industrias cuyos productos son adquiridos por los que dependen de la vida de los primeros (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 78).

El resultado era un deterioro, que ya tenía varios años, del nivel de vida de los trabajadores, tanto del campo como de la ciudad. Pinedo identificaba en el horizonte la agudización de los conflictos sociales: “Agrávase la desocupación que es ya un serio problema social. Cada desocupado propaga su mal a los que tienen trabajo por ser un consumidor menos de lo que otros producen. Un desocupado crea automáticamente otros desocupados”. La “trágica experiencia” que ofrecían los países más adelantados era lo que urgía a la acción “con medidas extraordinarias que obligan totalmente al Gobierno a escapar de su órbita normal” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 79).

El PAEN impulsaba una política de colonización de las tierras en manos de los bancos públicos junto con el ataque del desempleo mediante el impulso de la obra pública y la sustitución de importaciones, favorecida por las nuevas medidas y precios relativos. El objetivo central era “absorber desocupados mediante la realización de un amplio programa de obras públicas financiado con los recursos de que dispone el Gobierno y el estímulo de la producción local para que vaya llenando los grandes claros dejados en el consumo nacional por la forzosa reducción de las importaciones” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 80).

La mejora de las cuentas fiscales permitió ampliar los montos destinados a la obra pública, gasto fuertemente castigado entre 1930 y 1932 (Caravaca, 2012). Con la reversión de esa política, el gobierno manifestaba un doble objetivo: “Terminar en un plazo breve una gran cantidad de obras iniciadas y no proseguidas por falta de fondos con perjuicio para el fisco, y ocupar en un trabajo útil y remunerador a numerosos jornaleros, especialmente en ciertas zonas del país que reclamaban este alivio por ser muy precaria su situación económica” (Ministerio de Hacienda, 1934: 92). Pinedo señalaba que debía

D

verse la experiencia vivida en otros países para entender la necesidad protokeynesiana de que un “estímulo externo” (al sector privado) pusiera en marcha nuevamente la economía:

La industria privada no puede absorber desocupados, puesto que para hacerlo tendría que producir más y al producir más ultrapasa muy pronto el límite de lo conveniente, agravando su situación. Es claro que si todas las industrias lograsen hacerlo simultáneamente, la mayor producción sería consumida gracias al mayor poder adquisitivo proveniente de los nuevos ocupados. Pero este movimiento simultáneo solo puede ocurrir por un estímulo externo a la industria. Y el estímulo más eficaz para poner en movimiento ese mecanismo son las obras realizadas por el Estado. Los trabajos públicos distribuyen poder de compra en una gran cantidad de trabajadores, aumenta la demanda general del mercado y contribuyen en esta forma a la absorción de desocupados en la industria privada (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 87).

Sobre esta cuestión, Prebisch explicó en una entrevista realizada muchos años más tarde la influencia que halló al leer en 1933 (estando en Londres) la propuesta keynesiana de aumento del gasto público para salir de la crisis mundial:

Llegando yo de Inglaterra vine muy impresionado por unos artículos que Keynes escribió en el *Times* sobre la necesidad de una política expansiva para absorber, para alentar la economía y absorber la desocupación [...] entonces empezamos a discutir sobre la necesidad de ajustar el valor de la moneda, de emprender una política de obras públicas pero sin financiarla inflacionariamente, una moderada expansión [...] y de ajustar el control de cambios. Ya habíamos elevado derechos bajo el gobierno provisional. Es esto lo que alentó la industria. ¿Cómo evitar los efectos exteriores adversos sin la expansión? Mediante control de cambios, Keynes no había visto ese problema, porque no tenía por qué verlo, pero nosotros nos pusimos de acuerdo en que había que seguir una política selectiva que evitara las consecuencias exteriores y que la demanda se volcara internamente (Mallorquín, 2006: 35-36).

El PAEN daba prioridad a los proyectos que demandaran mayor proporción de materiales producidos en el país, así como a los que absorbieran más mano de obra, a fin de evitar presiones excesivas sobre la balanza comercial y atacar el desempleo. Mediante una reorganización administrativa, técnica y presupuestaria, se estimaba que en dos años se realizarían obras de infraestructura que habrían llevado siete u ocho años, según Pinedo, de seguirse con las “malas prácticas” del esquema anterior. La preocupación del ministro (y de Prebisch) era cómo impulsar la economía sin generar presiones en el balance de pagos: la “ejecución de un vasto programa de obras públicas se traducirá en el aumento inmediato de la demanda de gran cantidad y variedad de mercaderías que la Argentina produce o puede producir [...] el control preventivo de las importaciones nos permitirá que esa demanda no estimule las importaciones y se emplee en promover las actividades económicas internas” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 89).

Si bien la industrialización moderna del país realmente había iniciado con el despliegue del propio modelo agroexportador (Scheinkman y Odisio, 2021), un discurso de Duhau de diciembre de 1933 permite dar cuenta del inicio de una nueva etapa de despliegue industrial, dado el cambio de las condiciones internacionales: “Destácanse en los productos expuestos la gran eficacia técnica y el crecimiento vigoroso de la industria del país. Son los mismos productos que antes nos procurábamos en las naciones extranjeras [...]. Todo eso es el pasado. Ha concluido la etapa histórica de nuestro prodigioso desenvolvimiento bajo el estímulo directo de la economía europea” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 163). Esto era resultado de la política seguida en Estados Unidos y Europa, que de ser grandes demandantes de alimentos habían pasado a adoptar una política agrícola proteccionista. Lamentaba que prevalecía “en todas partes el ideal de la autarquía económica”, a lo que se agregaba el aprendizaje de una “experiencia significativa” en la negociación internacional:

Hemos concurrido a la Conferencia Económica Mundial con el más sano propósito de aliviar las restricciones comerciales que los representantes de más de sesenta países denunciaron como una de las causas principales de esta crisis. La Conferencia fracasó, y las restricciones siguieron estrangulando el comercio internacional. Hemos demostrado, asimismo, la sinceridad de nuestras intenciones, suscribiendo convenios bilaterales. El principal de ellos, realizado con la Gran Bretaña, tiende a afianzar nuestra posición en ese gran país por el único medio practicable, que es el de dar un mejor asidero a la producción británica para que pueda desarrollar sus ventas en el mercado argentino (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 164-165).

Como las condiciones internacionales no arrojaban perspectivas de mejora, Duhau se preguntaba: “¿Vamos a detener mientras tanto el ritmo de nuestra producción, de nuestro desarrollo económico y social, de nuestra cultura, que solo puede desenvolverse sobre una base material adecuada, vamos a detener todo esto a la espera de una transformación remotamente probable en el resto del mundo?” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 166). En otro discurso clamaba por la necesidad de adoptar una postura pragmática, aunque implicara alejarse de los “sanos” principios liberales:

Si ahora apenas conseguimos adquirir en el exterior la tercera parte de lo que antes comprábamos [...] se nos plantea esta alternativa: o nos abstenemos de consumir las otras dos terceras partes a las que nos habíamos acostumbrado, o las producimos en nuestro propio país, aunque su costo sea más alto. En esta grave situación de emergencia, yo echo por la borda todo preconcepto dogmático y opto resueltamente por lo segundo (citado en Rougier y Odisio, 2017).

Cuando el sistema de comercio había permitido a la Argentina acceder a los bienes manufacturados en el exterior no había duda, para el ministro, de que el librecambio era la mejor alternativa para el país. Sin embargo, las condiciones habían cambiado, el poder de compra de las exportaciones se había reducido drásticamente y las actitudes del mundo

D

desarrollado exigían una modificación, indeseada, de la política económica. El gobierno creía que “no puede soportar en actitud contemplativa esta crisis larga y profunda de la economía universal, esperando con filosófica resignación los mejores tiempos que pueden no venir”. Por eso se debían ajustar las importaciones a la capacidad de pago efectiva del país e implementar el plan de obras públicas para aumentar la capacidad adquisitiva de la población y estimular indirectamente el crecimiento industrial y el empleo. Por la claridad del planteo respecto al dilema que entonces se afrontaba, vale la pena detenerse sobre las palabras de Duhau:

En la imposibilidad de importar los artículos manufacturados que necesitamos, ¿nos quedaremos sin ellos?, ¿privaremos a la población argentina de los consumos a que estaba acostumbrada?, ¿o los produciremos con nuestros propios elementos aunque sea a costos más elevados?

Formulo insistentemente esta cuestión a todos aquellos que profesan ideas de comercio exterior libre, a aquellos que hemos creído y seguimos creyendo que la división internacional del trabajo entre las naciones es el medio más eficaz para elevar el nivel de vida de los pueblos. Yo pregunto, señores, si es división del trabajo seguir produciendo lo que a nosotros nos toca en esa división, mientras los otros países se apartan deliberadamente de las reglas del juego y producen lo que les corresponde y lo que no les corresponde producir.

El gobierno nacional acaba de dar su respuesta a estas preguntas. Ha definido claramente su actitud en su plan de acción económica. Descartado el estímulo de afuera, por el estado confuso e inquietante de la economía y la política mundiales, el país debe buscar en sí mismo, con sus propios recursos, el alivio de sus dificultades presentes. El plan se propone promover eficazmente la producción de la industria local por dos medios distintos. Por la construcción de obras públicas reproductivas y por el ajuste de las importaciones a la capacidad efectiva de pago del país (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 167).

A pesar de la tarea que se reclamaba a los productores manufactureros, el Plan no preveía ninguna medida específica de apoyo a la industrialización, como las que la Unión Industrial Argentina o Alejandro Bunge y su grupo en la *Revista de Economía Argentina*, o incluso parte importante de los oficiales de las Fuerzas Armadas, venían reclamando desde la década previa (Rougier y Odisio, 2017). En definitiva, se confiaba en que la devaluación condensara suficiente estímulo para avanzar con la sustitución de importaciones: “Librada nuestra moneda a las fuerzas que regulan su valor, la disminución de las importaciones se realizará espontáneamente, y la producción de las industrias nacionales podrá ocupar ventajosamente el claro dejado por esos 200 millones de exceso de importaciones que tendrán que suprimirse” (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934a: 168).

La sanción del PAEN implicó una novedad en la política económica argentina. De hecho, el bloque de legisladores socialistas encabezado por Enrique Dickmann y Nicolás Repetto solicitaron que Duhau y Pinedo se presentaran en el Congreso para explicar el alcance de las novedosas medidas y su mecanismo de aplicación. A principios de junio, los ministros se presentaron durante varias sesiones, en las que repitieron y se explayaron sobre los argumentos que aquí se han expuesto (Ministerios de Hacienda y Agricultura, 1934b). Por otra parte, los legisladores señalaron que Prebisch había tenido un papel fundamental en la elaboración del Plan y lo sindicaron como su autor intelectual (Halperín Donghi, 2007: 136).

Las herencias del primer “Plan Pinedo”

Tras la aplicación de las medidas para contener el déficit fiscal y el desequilibrio de la balanza de pagos, así como también las de defensa de la producción agropecuaria (y en menor medida de otros sectores económicos), el equipo económico tenía el camino allanado para avanzar con la modernización de la política monetaria, un tema pendiente de solución más allá de las medidas transitorias que se habían ido tomando después de la implosión global del régimen de patrón oro.⁵ En 1935 se materializaría la Ley de Bancos, el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias y el flamante Banco Central, comandado por Prebisch (Sember, 2018). Semanas más tarde, Pinedo y Duhau debieron renunciar a sus cargos en medio de un escándalo mayúsculo vinculado al comercio de carnes con Inglaterra y que incluyó el asesinato de Enzo Bordabehere, un senador opositor en el propio recinto del Congreso Nacional, mientras los ministros respondían a las acusaciones en su contra.

La inspiración y los objetivos de la política económica novedosa aplicada desde 1933 se ha interpretado de dos maneras diferentes por parte de sus propios artífices: según Prebisch, implicó un giro casi copernicano en la manera en que el Estado argentino había intervenido sobre la economía nacional. Por su parte, Pinedo sostuvo que el PAEN había sido pensado y ejecutado como un conjunto de medidas transitorias de emergencia. El análisis aquí ensayado muestra esa tensión entre el cambio estructural y la respuesta coyuntural, aun cuando no llega a dar una respuesta concluyente sobre el interrogante.

Lo cierto es que el Plan conjugaba el impulso al mercado interno y el estímulo (indirecto) a las actividades manufactureras con un decidido intervencionismo tendiente a sostener las bases del modelo agroexportador, para que resistiera los efectos negativos (más prolongados de lo inicialmente anticipado) de la crisis mundial. Otros objetivos de transformación estructural aparecían supeditados a la defensa de los intereses de los productores rurales y su “relación especial” con Gran Bretaña. En ese sentido, el primer “Plan Pinedo” de 1933 guarda notorias similitudes con su equivalente de 1940, mucho más famoso en la discusión historiográfica.

⁵ Un resumen de los cambios en ese plano durante el período se encuentra en el capítulo 5 de Gómez (2018).

En suma, como momento de cesura histórica, el PAEN condensó los últimos estertores del modelo primario exportador con la incipiente apertura de una estrategia de desarrollo diferente, cuando se fue descubriendo –no sin pesar– que el crecimiento impulsado por las exportaciones dejaba de ser una posibilidad asequible para el país. Los cambios políticos y la deriva del sistema económico internacional inclinaron el fiel de la balanza cada vez más lejos de un posible retorno a la *belle époque* agroexportadora. En esa evolución, el plan económico de 1933, el primer “Plan Pinedo”, inició una reconfiguración clave para entender el rumbo de la economía política argentina de las siguientes cuatro décadas.

Bibliografía

- Azaretto, R. (1998). *Federico Pinedo, político y economista*. Buenos Aires: Emecé.
- Caravaca, J. (2011). *¿Liberalismo o intervencionismo? Debates sobre el rol del Estado en la economía argentina, 1870-1935*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2012). “Raúl Prebisch, la economía y los economistas. Entre una crisis y la crisis, 1930-1935”. *Estudios Críticos del Desarrollo*, 2(3), 105-132.
- Dosman, E. (2008). *The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986*. Montreal y Londres: McGill-Queen’s University Press.
- Gómez, M. (2018). *Avatares de un sistema monetario. La primera Caja de Conversión argentina y su transformación final en Banco Central (1890-1935)*. Buenos Aires: Teseo. Obtenido de: <https://www.teseopress.com/cajadeconversion>.
- Graciano, O. (2013). “El partido socialista independiente en el gobierno de Agustín P. Justo: la gestión de Antonio de Tomaso en el Ministerio de Agricultura”. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 48(2), 15-39.
- Halperín Donghi, T. (2007). *La republica imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.
- López, P. (2007). “Política económica, relaciones internacionales e industria: la experiencia de control de cambios en la década del treinta”. *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, 16(31/32), 153-174.
- Magariños, M. (1991). *Diálogos con Raúl Prebisch*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mallorquín, C. (2006). “Textos para el estudio del pensamiento de Raúl Prebisch”. *Cinta de Moebio*, (25), 17-63.
- Ministerio de Hacienda (1934). *Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1933*. Buenos Aires: Gerónimo J. Pesce y Cía.
- Ministerios de Hacienda y Agricultura (1934a). *El Plan de Acción Económica Nacional*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.
- (1934b). *El Plan de Acción Económica ante el Congreso Nacional: discursos de los ministros Pinedo y Duhau*. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.
- O’Connell, A. (1984). “La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta”. *Desarrollo Económico*, 23(92), 479-514.
- Odisio, J. (2022). “Raúl Prebisch (1901-1986)”. En Odisio, J. y Rougier, M. (coords.), *El*

- desafío del desarrollo. Trayectorias de los grandes economistas latinoamericanos del siglo XX*, pp. 29-71. Bogotá y Santander: Universidad del Rosario, Universidad de Cantabria.
- Persello, A. V. (2006). “Partidos políticos y corporaciones: las juntas reguladoras de la producción, 1930-1943”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie (29), 85-118.
- Prebisch, R. (1986). “Argentine economic policies since the 1930s: recollections”. En Di Tella, G. y Platt, D. C. (eds.), *The Political Economy of Argentina, 1880-1946*, pp. 133-153. Londres: Palgrave Macmillan.
- (1991). *Obras, 1919-1948*. Buenos Aires: Fundación Raúl Prebisch.
- Rougier, M. y Odisio, J. (2017). *Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos. Las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Sanguinetti, H. (1981). *Los socialistas independientes*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Scheinkman, L. y Odisio, J. (2021). “El despertar de la industria (1870-1930)”. En Rougier, M. (coord.), *La industria argentina en su tercer siglo. Una historia multidisciplinaria (1810-2020)*, pp. 79-142. Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Productivo.
- Sember, F. (2018). “El banco mixto (1935-1945): entre la ortodoxia y la búsqueda de un nuevo sendero de crecimiento”. En Rougier, M. y Sember, F. (coords.), *Historia necesaria del Banco Central de la República Argentina: entre la búsqueda de la estabilidad y la promoción del desarrollo*, pp. 69-135. Buenos Aires: CICCUS-Lenguaje Claro.
- Sigal, S. (2018). “Ideas y posiciones de un liberal. Federico Pinedo”. En Gorelik, A. y Altamirano, C. (eds.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX*, pp. 41-57. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vicente, M. (2013). “Los furores de una demagogia destructora: sociedad de masas, liderazgo político y estado en la trayectoria político-intelectual de Federico Pinedo”. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*. Obtenido de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/65654>.

Notas sobre el pensamiento económico de Raúl Scalabrini Ortiz

Martín Burgos¹

El hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque ignorante de finanzas, “palpita” que el capital es energía internacional, que no se connaturaliza nunca.

Raúl Scalabrini Ortiz, “El hombre que está solo y espera”

Resumen

Raúl Scalabrini Ortiz fue un intelectual muy leído, pero del cual no abundan los estudios sobre su aporte al pensamiento económico, a pesar de haber escrito sobre temas decisivos como los ferrocarriles, el petróleo y el Banco Central en un momento clave de la historia argentina. Teniendo en cuenta su contexto, nuestra intención es ubicar sus conceptos económicos en las distintas corrientes económicas, sabiendo que nunca se consideró un economista y que escribió antes de la formalización de la carrera universitaria y de la profesión de investigador. Su perspectiva antiimperialista lo emparentará con las teorías de la dependencia que surgirán en los años sesenta y setenta, mientras que su argumentación en favor de la soberanía económica concretada bajo la forma de propiedad estatal influenciará al peronismo. Durante el gobierno de Perón, se hará defensor de una política pública de industrialización cercana al estructuralismo latinoamericano, y acompañará al frondizismo a través de la revista *Qué* hasta el debate sobre los contratos petroleros.

Introducción

Raúl Scalabrini Ortiz fue un pensador que hizo enormes esfuerzos para demostrar que el imperialismo británico era un factor de atraso económico para la Argentina en un momento en el que la decadencia del Reino Unido tenía impactos negativos a nivel mundial. La “década infame” de los años treinta es prolífica en críticas al sistema de gobierno y a la crisis

¹ Economista por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Magíster por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Francia. Coordinador del Departamento de Economía Política del Centro Cultural de la Cooperación. Investigador de FLACSO. Docente de la Universidad Nacional de Lanús.

D

económica y social que enfrentaba el país, pero tal vez pocas tuvieron las repercusiones de las publicaciones de Scalabrini Ortiz. Este encaró la crisis por dos costados: por el lado literario, con su obra “El hombre que está solo y espera”, publicada en 1931, y a través de distintas investigaciones publicadas en folletos, en los que se destacaron las temáticas referidas a los ferrocarriles, el petróleo, el Banco Central y la historia económica argentina. En el camino se unirá a los militantes yrigoyenistas de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Juventud Argentina), se incorporará al peronismo y terminará su militancia junto a Frigerio, bajo el paraguas del pacto entre Perón y Frondizi, para que este último llegue a la presidencia en 1958.

En sus escritos, expresa la necesidad de lograr soberanía a través de la estatización de empresas en los sectores estratégicos, entre otros el ferrocarril y el petróleo. Junto con Bunge, fueron de los autores que escribieron sobre el desarrollo antes de las teorías del desarrollo, que tendrán su auge en la posguerra. Sus escritos económicos se encuentran en cuatro obras claves, que son recopilaciones de artículos escritos en distintas revistas, como *Señales*, *Reconquista* o *Qué sucedió en siete días*. En 1940 se publicaron *Política británica en el Río de la Plata* e *Historia de los ferrocarriles argentinos*, en los que plantea los principales conceptos que venía trabajando Scalabrini Ortiz: imperialismo y soberanía, además de describir los distintos mecanismos utilizados para reproducir la dependencia argentina. Los otros dos libros son *Yrigoyen y Perón*, de 1948, y *Bases para la reconstrucción nacional*, de 1958, en los que se centra en la crítica a la creación del Banco Central Mixto y en la defensa del peronismo y de la independencia económica creada durante ese gobierno.

Estas notas introductorias al pensamiento económico de Raúl Scalabrini Ortiz se organizan de la siguiente forma: en la primera parte revisaremos el método y los principales conceptos del autor en cuanto al imperialismo en dos de las facetas que más desarrolló, que son las inversiones extranjeras directas y el papel del crédito. Veremos que la forma de abordar esas temáticas son precursoras de la teoría de la dependencia, que tendrá su pleno vigor durante los años setenta. En una segunda parte nos centramos en su perspectiva respecto del capital y de las empresas públicas, y en la caracterización que realiza de las políticas económicas llevadas adelante por el peronismo, que se pueden encasillar dentro de las recomendaciones del estructuralismo latinoamericano que surgirá poco después. Para lo último dejamos la particular visión que Scalabrini Ortiz tenía de Prebisch, a quien criticó a lo largo de dos décadas por ser funcional a los intereses británicos. El “britanilismo” del tucumano es una caracterización poco común y olvidada en la academia que trataremos de rescatar para llegar a conclusiones sobre el lugar del pensamiento de Scalabrini Ortiz en el pensamiento económico nacional.

La dependencia antes de la teoría de la dependencia

Método: un antiimperialismo concreto y didáctico

Luego de escribir numerosos folletos en los cuadernos de FORJA, así como en las revistas *Señales* y *Reconquista*, Scalabrini Ortiz publica en 1940 su primer gran libro de ensayos, *Política británica en el Río de la Plata*, que recopila una parte de sus trabajos escritos desde 1933, al cual le agrega un prólogo y un epílogo “para lo que vendrá”.

El prólogo empieza afirmando que “la economía es un método de auscultación de los pueblos”, y que la ciencia traída de Europa se instaló en tierras americanas con el objetivo de confundir a los nativos, empezando por los revolucionarios de 1810, sobre el camino a seguir. De forma que “es falsa la historia que nos enseñaron, falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron” y “volver a la realidad es el imperativo inexcusable”.

En estos pasajes nos encontramos con la incapacidad de los economistas locales de pensar la problemática latinoamericana. La racionalidad y objetividad que reclama frente a los problemas de la región lo llevan a adoptar un método en el que se reivindica la “virginidad mental” para abordar la cuestión y en el que volver a la realidad es un “imperativo inexcusable”.

El método que utilizará en sus folletos es el formato ensayístico, en el que no suele citar autores que hayan reflexionado sobre la temática, a lo sumo se citan declaraciones políticas. La fuerza de esos panfletos la dan los argumentos numéricos, que es lo que convierte a Scalabrini Ortiz en el “economista” de FORJA, aunque este nunca se consideró como tal.² De hecho, Scalabrini Ortiz escribió en los momentos en que la carrera universitaria de Economía Política no se había instaurado aún (hasta entonces, la carrera de Ciencias Económicas era un conjunto entre economistas y contadores), mientras que la profesión de investigador estaba naciendo.

En las primeras páginas de su última obra, *Bases para la reconstrucción nacional*, de 1958, Scalabrini Ortiz vuelve a la economía y propone que “estos asuntos de economía y finanzas son tan simples que están al alcance de cualquier niño. Solo requieren saber sumar y restar. Cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la entienda. Si no la entiende es que están tratando de robarlo. Cuando usted entienda eso ya habrá aprendido a defender la patria en el orden inmaterial de los conceptos económicos y financieros” (Scalabrini Ortiz, 1958: 29).³ Esta oración ha sido muy utilizada desde entonces, y también muy malentendida por sus críticos. Estos suelen quedarse con la primera parte de la propuesta y deducen que la economía sería algo “fácil”, cuando el sentido refiere al uso de la economía para dominación cultural.

Por eso los escritos de Scalabrini Ortiz deben inscribirse en el plano de la batalla cultural, para retomar un concepto gramsciano. Pero el método que utilizará, sobre la base de datos y cálculos económicos, y de una argumentación histórica, lo alejará de cierto antiimperialismo declamatorio para convertirlo en un antiimperialismo concreto.

Imperialismo y control

En su descripción del imperialismo inglés, Scalabrini Ortiz hace hincapié en dos elementos claves de la dominación: el control de las vías de comunicación y los medios de cambio. Esa es la razón por la que se concentra en las inversiones británicas en los ferrocarriles y

² Jauretche solía pedirle a Scalabrini Ortiz que se encargara de esas cuestiones, como cuando salieron las críticas al Plan Prebisch de 1955 (Galasso, 2008).

³ Escribe este párrafo refiriéndose a Raúl Prebisch, a propósito de su desempeño en el Banco Central.

D

sus incidencias en la creación de bancos y deudas en Argentina desde la independencia. En los orígenes de estas reflexiones se encuentran sin dudas los debates públicos de Lisandro de la Torre sobre los frigoríficos, debates que acercaron a Raúl Scalabrini Ortiz a la economía y la política.

En su visión, el ferrocarril como mecanismo de dominación británica sobre la economía argentina es un ejemplo de control que socava las potencialidades del país para industrializarse y desarrollarse, y lo condena a mantenerse en un papel de monocultivo de exportación. Lo mismo ocurre con los intentos de compra de YPF de parte de la Royal Shell Company, que reorientaría un petróleo dedicado al abastecimiento del mercado interno para la exportación hacia el Reino Unido. Scalabrini Ortiz también analizará las finanzas y la moneda desde la perspectiva del control, y observará no solo la composición de los miembros de la dirección del Banco Nacional en el siglo XIX, sino también del Banco Central a partir de 1932.

El control de la economía es un concepto que retomará la teoría de la dependencia, en particular en sus inicios. Para Cardoso y Faletto (1969), más allá de las cuestiones económicas a las que se dedicaban sus antecesores del estructuralismo latinoamericano, las relaciones de poder y de dominación entre los países era un factor clave, definidas por el grado de control que tenían las empresas extranjeras sobre la economía local. En ese sentido, podemos decir que Scalabrini Ortiz es un antecesor de los teóricos de la dependencia en sus estudios sobre los factores que determinan el control de los sectores claves.⁴

En consecuencia, su militancia por la estatización de los ferrocarriles hace que la soberanía se concrete en discusiones sobre la propiedad de los activos en cuestión, y terminará dándose con el gobierno de Perón. Estos planteos le dan un lugar a la propiedad pública sobre los recursos estratégicos que no está presente en Prebisch y el estructuralismo latinoamericano, pero que parece una condición necesaria para poder plantear un desarrollo tal como esos economistas lo imaginaban.

El estudio de Scalabrini Ortiz sobre los ferrocarriles lo lleva a concluir que los capitales extranjeros, lejos de haber aportado “capitales” a un país que los necesitaba, en verdad mediante distintas maniobras legales o ilegales se abusaron constantemente del pueblo argentino, con la complicidad de su oligarquía. Esta perspectiva es de primera relevancia política para él, ya que lo alejará del frondismo y de la dirección de la revista *Qué sucedió en siete días*, en 1958. Pero además es una temática que no suele aceptarse en la economía como un tópico relevante: en general, los economistas aceptan que los capitales se desplazan de un país a otro en función de distintos incentivos (una tasa de interés más elevada, por ejemplo), pero no suelen contemplarse cuestiones más crudas como la colusión entre empresas y gobiernos.

⁴ Galasso le critica que la relación de poder entre naciones está demasiado enfatizada en relación con las relaciones de poder internas, de la oligarquía porteña respecto del resto del país, que la teoría de la dependencia considera esencial. No obstante, se puede matizar, ya que varios textos de Scalabrini Ortiz hacen hincapié en el rol de la oligarquía (Galasso, 2008).

No obstante, ese aspecto fue muy relevante en los años en que escribe Scalabrini Ortiz, en particular la “década infame”, empezando por las denuncias del nombrado Lisandro de la Torre. Estas estafas, que llamaríamos “vaciamiento de empresas” en la actualidad, fueron también comunes en los años noventa y dieron lugar a una profusa literatura centrada en el accionar de los grandes grupos económicos, en particular los trabajos de Basualdo y Azpiazu (Garriga, 2010). En términos teóricos, se trataría de un traslado de capital desde la periferia hacia el centro, al revés de lo que se suele enseñar en economía. En los modelos de crecimiento como el de Solow, se supone que el capital va de los países donde hay más abundancia de ese factor de producción al país donde hay escasez.

De la misma forma, cierta interpretación del marxismo entiende que el capitalismo “se expande” a nivel global, y que las inversiones extranjeras son una contratendencia a la caída de la tasa de ganancia generada por el incremento de la composición orgánica del capital en un país. Esto también puede encontrarse en *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, de Lenin, donde este demuestra que los ferrocarriles crecen más rápidamente fuera de Europa que en Europa: “Donde más rápidamente crece el capitalismo es en las colonias y en los países de ultramar” (1974: 245).⁵

Estas tesis han cambiado en el marxismo actual, como, por ejemplo, en Shaikh, quien a partir de un modelo de dinero endógeno demuestra que el país dependiente acrecienta su posición de debilidad por un déficit comercial y un endeudamiento crónico. Asimismo, las inversiones extranjeras solo podrían ser atraídas por salarios bajos, pero esta situación empeorará la situación de las empresas locales (Shaikh, 2006). Esa tesis parece más compatible con la de Scalabrini Ortiz, dado que los flujos de capitales no vienen a complementar la falta de ahorro nacional, sino que destruyen el tejido productivo local y agravan la situación previa de los países más relegados. La principal diferencia radica en los argumentos utilizados: mientras en Shaikh la ley del valor a nivel global explica la reproducción de las desigualdades entre países (en rigor, entre capitales), para Scalabrini Ortiz el ahorro nacional se ve trasladado al país imperialista por efecto de la ley del más fuerte.

Rol de la moneda

Las cuestiones financieras y monetarias solían estar entre las preocupaciones de Scalabrini Ortiz porque entendía que eran centrales para comprender el imperialismo británico, y fue el motivo por el que fue acaparando las vías de comunicación. Los análisis que realizó al respecto se encuentran en *Política británica en el Río de la Plata, Yrigoyen y Perón y Bases para la reconstrucción argentina*. En el primero se centra en los acontecimientos relacionados con el Banco de Descuento y con el Banco Nacional y el empréstito Baring

⁵ Lenin describe la existencia de “chanchullos” de parte de los monopolios en los países centrales, pero no le otorga centralidad a la cuestión. Es entendible porque su postura es crítica del sistema y busca cambiarlo. Para Scalabrini Ortiz, esas cuestiones son de primera relevancia para la relación imperial, e implican que se pueden resolver por otros medios, como a través de la nacionalización de los recursos estratégicos.

Brothers, ocurridos en los primeros años de la independencia, mientras que en los otros centra sus críticas en la constitución del Banco Central de la República Argentina.

Con ayuda de la historia económica argentina, Scalabrini Ortiz demuestra que los comerciantes ingleses se transforman en financistas de la economía argentina y, por lo tanto, controlan la economía definiendo a qué sector se le presta y a cuál no. De ese análisis se desprende su concepción según la cual el capital británico se apropia del excedente local sin haber asumido ninguna inversión real, lo que queda refrendado en los casos de los primeros bancos.

Scalabrini Ortiz hace énfasis en la estafa que representó el primer empréstito de Rivadavia, mediante el cual el oro ni siquiera salió del Reino Unido y la provincia de Buenos Aires quedó con una deuda que terminó en *default* rápidamente. Ese empréstito tuvo la función de “desbloquear” las ganancias de los comerciantes británicos, que no podían remitirse por falta de divisas, y los ayudó a asumir posiciones claves en los bancos locales. De esa forma, lo que planteaba para las inversiones extranjeras (esto es, que lejos de ser un ingreso de capital es un egreso) es válido también para la deuda externa.⁶

La lectura que Scalabrini Ortiz hace de este período del siglo XIX es que la atracción del oro británico es lo que incorpora a la Argentina en el comercio mundial, pero finalmente no llega el oro y se suman deudas por importaciones, fuertes restricciones monetarias y, luego del empréstito Baring, una fuerte deuda externa. Esta perspectiva es compatible con la teoría del valor mundial realizada por Shaikh. No obstante, debemos remarcar un límite a la perspectiva de Scalabrini Ortiz en la importancia que le da al oro en el intercambio desigual. Las discusiones sobre la forma en que se realizó el préstamo de la Baring Brothers (oro o letras de cambio) no es muy relevante desde una óptica de finanzas heterodoxas modernas, dado que las letras eran aceptadas para pagar importaciones (Burgos y López, 2017).⁷ El enfoque metalista de Scalabrini Ortiz se podrá rastrear en varios otros aspectos de la política monetaria, a partir del cual apunta a la falta de respaldo en oro del dinero fiduciario.

En las *Bases para la reconstrucción argentina* retoma los mismos conceptos para aplicarlos al BCRA creado en 1932 bajo la influencia del Banco Central británico. Aunque sea más difícil establecer el control extranjero sobre esa institución, lo ubica en el marco de un plan británico para paliar su falta de oro (acopiado por Estados Unidos). La constitución de los bancos centrales en el mundo con funciones que antes eran del poder político de cada país le permitiría al gobierno británico controlar los mercados mundiales con dinero fiduciario y ya no con oro.

La crítica que realiza sobre la independencia del BCRA respecto del poder político es una discusión que tiene toda su actualidad y que fue retomada por la heterodoxia económica en este siglo (Abeles y Borzel, 2004). La relevancia de esa institución para la economía hace necesario su control de parte del sistema político y, a través de él, de la ciudadanía.

⁶ Lejos de las formalidades del balance de pagos (en el que se anotan como un incremento del pasivo), esto representaría más bien una reducción del activo en términos “de caja”.

⁷ Dicho esto, no obsta que las numerosas irregularidades realizadas en esta maniobra son dignas de mención.

En la recopilación *Yrigoyen y Perón*⁸ arremete contra el control de cambio organizado por el Banco Central por las mismas razones: la discrecionalidad con la que se manejaba para definir cómo se distribuían las divisas que se habían obtenido por la exportación, ajena a todo control de la sociedad. En ese sentido, son destacables las críticas de Scalabrini Ortiz a la devaluación de fines de 1933 y la redistribución de ingresos que esta implicaba, entre un mercado interno que se empobrecía y los servicios de los capitales extranjeros que seguían pagándose en moneda dura. En este análisis podemos hacer un comparativo con 2001-2002, período en el que pujaban distintos sectores para sacar ventajas de la salida de la convertibilidad (Basualdo, 2007), así como de los efectos distributivos de las devaluaciones típicas de los estructuralistas latinoamericanos.

Pero también se nota su apego a la “realidad aurífera” que lo lleva a criticar los modos que tiene el gobierno de capear la crisis a través de tipos de cambio múltiples y de la emisión sin respaldo por parte del BCRA. Estas concepciones, que hoy entran en contradicción con muchas de las teorías de las corrientes heterodoxas, son discusiones sobre las herramientas que puede usar un gobierno para lograr ciertos objetivos.

Las tesis de Scalabrini Ortiz parecen cambiar en sus respuestas al Informe Prebisch de 1955, donde se acusa al gobierno de Perón de haber realizado emisiones inflacionarias, a lo que responde que la emisión realizada “no es inmoderada si se computan la desvalorización y las necesidades de un país en pleno desenvolvimiento”, argumento que se emparenta a las teorías endógenas del dinero (Scalabrini Ortiz, 1958).

Soberanía nacional y estructuralismo latinoamericano

Capital y empresas públicas

Scalabrini Ortiz se refiere al capital con definiciones que tienen muchas influencias de Marx, en las que el valor trabajo es clave: “El capital no es un artilugio mágico. No es más que trabajo resumido, concentrado y disciplinado. Se concreta en herramientas, en máquinas y en posibilidad de pagar mano de obra necesaria para construir el objetivo a que se dedican esas máquinas y herramientas”.⁹ En este pasaje resuenan los del “fetichismo de la mercancía y su secreto”, utilizados por Marx en *El Capital*, que sin dudas Scalabrini habrá leído en su juventud leninista o en los inicios de sus estudios (Galasso, 2008).

La propiedad de los medios de producción es la condición para que se dé ese capital: “El capital es un ente de por sí incorpóreo, una entelequia, una voluntad de poder que necesita un cuerpo, un punto de aplicación para poder actuar y operar, y esa es la propiedad”, podemos leer en un artículo de 1948 dedicado a esa temática.¹⁰ Pero ese capital es situado en la realidad argentina, donde “hay propietarios, pero no capitalistas”. Esa diferencia

⁸ “Aplicar al petróleo la experiencia ferroviaria”, en revista *Qué*, n° 193, agosto de 1958 (Scalabrini Ortiz y Jauretche, 2006).

⁹ “El Banco Central. El banco del imperialismo se gestó en la sombra para menoscabo de nuestra soberanía”, publicado en el periódico *Señales*, el 27 de marzo de 1935.

¹⁰ “La nueva y la vieja constitución. El capital, el hombre y la propiedad”. Conferencia publicada por la Editorial Reconquista, Buenos Aires, 1948, y publicada en *Yrigoyen y Perón*.

D

entre propiedad e inversión, entre renta y ganancia, no es constitutivo de un avance del capitalismo en el campo, sino de la dependencia argentina. Esa acumulación originaria no es aprovechada para dar condiciones de progreso a la industria nacional, sino que la oligarquía local prefiere ser “capataz de los obreros locales” y dejar al capital internacional el papel de motor de la economía, con las consiguientes remesas de utilidades. Este estatuto colonial está inscripto en la Constitución Nacional de 1853, que le otorga todas las ventajas al capital extranjero.¹¹

Esa perspectiva hegemónica del capital, que se puede asimilar a los análisis institucionales sobre las reglas de acceso al suelo de Arceo (2003), cambió radicalmente en Argentina con la Constitución de 1949, según Scalabrini Ortiz. Frente a un capital “inviolable” e “inmortal”, como lo retrata el liberalismo económico, Perón habla de “humanizar al capital”, que, en interpretación de Scalabrini Ortiz, significa “emplazarlo, transformarlo en mortal y perecedero, como las cosas a las cuales está aplicado”, y por lo tanto “implícitamente que la propiedad es violable, con fines de utilidad pública”. “Durante un siglo, nuestra sociedad estuvo en servidumbre del capital y de la propiedad, privilegiados aquí con prerrogativas que jamás tuvieron en país ninguno del mundo. Constituyamos una sociedad organizada en base al respeto del hombre, de sus trabajos y de sus sueños. La patria presente y la patria futura sobre la que influirán estas determinaciones nos lo agradecerán”.¹²

Scalabrini Ortiz llega a esas conclusiones luego de dedicarse a estudiar los sectores estratégicos del país y derivar de ellos conclusiones en términos de dependencia e imperialismo. Esos estudios lo llevaron a una tarea contable y jurídica de lecturas de contratos de concesiones que él mismo califica de “tarea penosa de exégesis”, pero cuyos frutos fueron las notables obras que nos legó y el accionar político inmediato a través de la denuncia pública. La consecuencia de ese antiimperialismo concreto fue la propuesta de nacionalización de los sectores estratégicos, entre ellos los ferrocarriles y el petróleo. Estas propuestas serán la piedra angular de la política pública del primer peronismo, al cual Scalabrini Ortiz se acercó y apoyó con fervor luego de la nacionalización de los ferrocarriles.

La particularidad de sus análisis es que se centró en la parte logística de la dependencia, que suele apreciarse más bien en sus dimensiones comerciales, financieras o tecnológicas. Las ganancias de los ferrocarriles se constituían en gran parte por los fletes que cobraban por su servicio, y que los hacía partícipes de una parte de la renta agraria debido a su posición monopólica, similar a lo que se vivió con los servicios públicos privatizados durante los años noventa. Este antecedente de la dependencia logística no se retomó con la suficiente importancia y se encuentra poco estudiado en la actualidad, cuando debería ser objeto de mucha atención a la hora de proyectar las potencialidades de exportación de Argentina.¹³

¹¹ Ídem.

¹² Ídem.

¹³ Estas propuestas lo diferencian de otros autores de la época, como Alejandro Bunge, que si bien tiene una mirada económica similar a la de Scalabrini Ortiz, en la medida en que se orienta a una mayor independencia económica de la Argentina, no concuerda con la estatización de los ferrocarriles (Asiain, 2014).

En sus análisis posteriores al derrocamiento de gobierno popular, en particular en la revista *Qué*, Scalabrini Ortiz apoya la candidatura de Frondizi para las elecciones de 1958, candidato que tenía un pacto secreto con Perón. Rápidamente se encuentra con el problema de los contratos petroleros, que elige acompañar después de su análisis, salvo dos de ellos, que critica por ser “falsas” inversiones, como lo fueron los ferrocarriles.¹⁴

Este episodio –que marca el final de su relación con la revista– nos muestra hasta qué punto Scalabrini Ortiz no estaba en contra de las inversiones extranjeras en general, sino que sus críticas radicaban en la falta de aportes de capital real. De hecho, en ese mismo escrito, aclara que “la colaboración del capital extranjero ahorra tiempo y esfuerzo”. Nos podemos preguntar cuál es el lugar que ocupan las inversiones extranjeras “reales” en el pensamiento de Raúl Scalabrini Ortiz, que entiende como las que hacen un aporte de capital que no dependa del financiamiento local y que se ajuste a la ley argentina.

Sin dudas, Argentina era otro país después del peronismo, un país donde las inversiones industriales daban réditos importantes en el mercado interno más grande de Latinoamérica. Las riendas de la economía estaban en manos del Estado, ya que gran parte de los sectores estratégicos habían sido nacionalizados: además de los ferrocarriles y del Banco Central, a partir de 1941 se crea la Flota Mercante del Estado, Fabricaciones Militares, SOMISA, IAME, la DINIE, Aerolíneas Argentinas, y se estatizan el gas, el agua, el teléfono y la energía, entre otros (Belini y Rougier, 2008).

En las *Bases para la reconstrucción nacional*, Scalabrini Ortiz defenderá al gobierno peronista frente a las acusaciones vertidas en el Plan Prebisch, recapitulando los resultados del gobierno recientemente depuesto: sustitución de importación de petróleo, inversión en capacitación industrial, un país sin deudas externas e incluso siendo acreedor de algunos países europeos como España, renovación de los ferrocarriles, radicación de empresas transnacionales, incremento de la productividad del 42% en la década peronista, e incremento del PBI per cápita entre 1945 y 1954, incremento de los establecimientos fabriles de 86.000 a 181.000 unidades, incremento del consumo de combustible del 50%, todos “productos del esfuerzo argentino y no del artificial estímulo que da el endeudamiento al capital extranjero”.

Paradójicamente, esa política económica que se asemeja a lo que el estructuralismo latinoamericano aconsejaba para el continente, será criticada por el propio Prebisch. Scalabrini Ortiz encontrará en el “britanilismo” las explicaciones a las contradicciones del tucumano, y las aprovechará plenamente en su polémica con el economista.

Prebisch y el triángulo del Atlántico

El acta de nacimiento del estructuralismo latinoamericano es el manifiesto escrito por Prebisch en 1949. El él se describen las dificultades de los países latinoamericanos para lograr crecimientos sustentables y las vincula al deterioro de los términos de intercambio,

¹⁴ “Aplicar al petróleo la experiencia ferroviaria”, en revista *Qué*, n° 193, agosto de 1958 (Scalabrini Ortiz y Jauretche, 2006).

D

por el que los precios de los productos primarios exportados por la región se reducen sistemáticamente en relación con los productos industriales. Hay varias razones que se desarrollan en el texto para eso, en el contexto de la transición hegemónica a nivel mundial entre el Reino Unido y Estados Unidos. Mientras el Reino Unido necesita importación de materias primas para su industria, Estados Unidos no las necesita porque es autosuficiente: su coeficiente de importaciones es del 4% del PIB, lo que implica una menor demanda en los mercados de materia prima (Prebisch, 1949).

En consecuencia, las políticas públicas que aconseja la CEPAL son la industrialización por sustitución de importaciones, lo que permitiría resolver la restricción externa y generar el desarrollo económico. Esas políticas eran las que venían dándose en numerosos países de la región, entre ellos la Argentina. En efecto, la situación argentina era de una fuerte restricción externa desde la crisis de 1929, lo que fue generando con distintos gobiernos la necesidad económica de industrialización, pero en el marco de distintos proyectos políticos. Los proyectos conservadores encontraban sus expresiones económicas en los planes de Pinedo y Prebisch, que a su vez aparecían como nuevas figuras de la dirigencia oligárquica, más técnica que política (Louro de Ortiz, 1992; Blanco y Praxedes Barbosa, 2021). El proyecto nacional y popular, en cambio, surgió recién después del golpe de Estado de 1943, y entre los intelectuales que lo apoyaban se encontraban el grupo de FORJA, donde militaba Scalabrini Ortiz.

El debate a la distancia que se dio entre Prebisch y Scalabrini Ortiz empezó con la constitución del Banco Central y terminó con el Plan Prebisch, es decir que se prolonga a lo largo de veinte años. La perspectiva de Scalabrini Ortiz es geopolítica: para él, Raúl Prebisch es simplemente un “cómplice en la política de entrega de nuestra economía a Gran Bretaña” (Scalabrini Ortiz, 1958), y luego sigue con ese papel en la CEPAL, a diferencia de Pinedo, que se asoció a la nueva hegemonía estadounidense.

El “britanilismo” del que Scalabrini Ortiz acusa a Prebisch es una técnica elástica, escurridiza y oportunista, lejos de los doctrinarios liberales, que se adapta a las circunstancias con el objetivo de ser funcional a la posición británica. Esa razón explica cómo alguien como Prebisch puede ser liberal en los años treinta y keynesiano o hasta “socializante” en los años cuarenta, para susto de los norteamericanos. Por extensión, para Scalabrini Ortiz, la CEPAL es una organización que también es funcional a los intereses británicos y resiste las políticas estadounidenses para la región, y apoya su afirmación en distintos recortes de prensa estadounidenses hostiles hacia la figura de Prebisch y a sus propuestas.

Lejos de volver a sus prédicas planificadoras de la CEPAL, el Prebisch de 1955 sorprendió a Estados Unidos por sus consejos de privatización, apertura económica y liberalismo económico. Scalabrini Ortiz no se priva de mostrar las diferencias entre el Prebisch que escribía sobre Argentina desde la CEPAL y el Plan Prebisch, y concluye: “¿Qué arte tienen los ingleses para hacer cambiar de opinión a los técnicos que están a su servicio!”. El Plan Prebisch, concebido para volver a las épocas preperonistas, terminó en un fracaso estrepitoso debido a los cambios acontecidos en la estructura económica argentina, a partir de

los cuales el peso de la industria ya era predominante respecto de la producción agraria, que las políticas preconizadas pensaban revigorizar.

Estas interpretaciones se deben entender en el contexto del triángulo sobre el Atlántico y la transición hegemónica entre el Reino Unido y Estados Unidos (Fodor, O'Connell y Dos Santos, 1973). Scalabrini Ortiz era plenamente consciente de esa situación, y sostenía que no había que elegir un campo, sino aprovechar y lograr los mayores grados de libertad que otorgaban esos procesos para alcanzar la soberanía nacional (Galasso, 2008).

Conclusiones

Como vimos, Raúl Scalabrini Ortiz es un autor que tiene raíces en distintas corrientes económicas y está particularmente influenciado por el marxismo en sus concepciones del capital. No obstante, el capital como acumulación de trabajo sustentado en la propiedad se sitúa en el contexto latinoamericano y le da a la Constitución de 1853 una relevancia que explica el “desvío” de un país como la Argentina respecto de lo que podría interpretarse a partir del marxismo tradicional. En efecto, en la Argentina la propiedad es del país, pero el capital es británico, por lo que la oligarquía local es subsidiaria de los requerimientos del imperialismo.

En ese sentido, fustiga las inversiones británicas por no ser “reales”, sino meros arreglos contables sin ingreso real de dinero, lo mismo que el crédito. Las consecuencias de esa dinámica económica es una continua salida de capitales hacia el Reino Unido, algo totalmente diferente de lo que suponen las teorías económicas dominantes.

En ese punto, también se pueden comparar los análisis de Scalabrini Ortiz con los escritos de Lenin sobre el imperialismo, con sus semejanzas y diferencias. Pero tal vez sus estudios sobre la forma en que el Reino Unido controla los resortes de la economía argentina deben considerarse como antecesoras de la teoría de la dependencia, sobre todo de la corriente que surge de Cardoso y Faletto. En todo caso, la conclusión a la que llega Scalabrini Ortiz es la necesidad de nacionalizar los sectores estratégicos y la formación de empresas públicas como forma de lograr soberanía económica y política.

Luego de las nacionalizaciones de Perón y las políticas económicas orientadas por el objetivo de la independencia económica, Argentina cambió y las perspectivas de Scalabrini Ortiz también. La soberanía era condición necesaria para desarrollarse. Ahora el capital es argentino, se logra un desarrollo económico “hacia dentro”, tal como lo plantea el estructuralismo latinoamericano que inicia Prebisch en 1949. Luego, con el frondizismo, será condescendiente frente a las inversiones extranjeras directas que aceleraban los tiempos del desarrollo en sectores en los que Argentina no tenía la tecnología ni la *expertise* para llevar adelante. No obstante, sus críticas a algunos contratos petroleros lo alejarán del frondizismo, poco antes de fallecer en 1959.

Sus críticas a Prebisch, desde la creación del Banco Central hasta el Plan Prebisch de 1955, no deben confundirse con las críticas a las teorías que sustentaba el tucumano. Al contrario: podemos decir que Scalabrini Ortiz concuerda con el manifiesto latinoamericano,

y varios informes de la CEPAL son citados para defender la política económica del peronismo en su polémica con Prebisch. El punto de discusión es el papel que tiene Prebisch en la transición hegemónica entre el Reino Unido y los Estados Unidos, al cambiar su discurso en función de las necesidades británicas.

Vale la pena preguntarse si ese “britanilismo” era extensible a la CEPAL, ya que Scalabrini Ortiz nos ofrece documentos referidos a las críticas de Estados Unidos frente a los informes de la Comisión de la ONU. Nuestro autor veía en el Prebisch cepalino una serie de argumentos que podían ser funcionales al desarrollo del capital argentino en el paréntesis de posguerra, en el marco de la transición hegemónica. En todo caso, el camino de la industrialización llevará al predominio de las multinacionales estadounidenses en la segunda etapa de la sustitución de importaciones, que se inicia con Frondizi. Los límites de esas políticas y las crecientes luchas sociales que se darán en la Argentina y en el continente a partir de los años setenta serán el inicio de los análisis en términos de la teoría de la dependencia en América Latina, con nexos conceptuales relevantes con los autores de FORJA en general y Scalabrini Ortiz en particular.

Bibliografía

- Abeles, M. y Borzel, M. (2004). *Metas de inflación: implicancias para el desarrollo*. CEFIDAR, Documento de Trabajo N° 1.
- Arana, M. (2021). “Usos y desusos de John M. Keynes en la academia y la política argentina a principios del siglo XX”. *Desarrollo Económico*, vol. 61, n° 234.
- Arceo, E. (2003). *Argentina en la periferia próspera. Renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación*. Buenos Aires: UNQ-Flacso-IDEP.
- Asiain, A. (2014). “Endeudamiento externo y pensamiento heterodoxo. Alejandro Bunge (1880-1943). Un conservador defensor de la independencia económica y la soberanía nacional”. *Ciclos*, vol. 22, n° 43, Buenos Aires.
- Basualdo, E. (2006). *Estudios de historia económica argentina desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Belini, C. y Rougier, M. (2008). *El Estado empresario en la industria argentina. Conformación y crisis*. Buenos Aires: Manantial.
- Blanco, A. y Praxedes Barboza, D. (2021). “Raúl Prebisch y Federico Pinedo: técnica y política en la ‘década infame’”. *Desarrollo Económico*, vol. 60, n° 231.
- Braun, O. (1973). *La crisis del capitalismo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burgos, M. y López, R. (2017). “Cien años de sobreendeudar. La deuda externa argentina. 1824-1933”. *Valor Agregado*, n° 3, UNDAV.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De la Torre, L. (1952). Obra en tres grandes volúmenes. Antología de Raúl Larra. Ed. Hemisferio.
- Fodor, J.; O’Connell, A. y Dos Santos, M. (1973). “La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX”. *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 49.

- Galasso, N. (2008). *Vida de Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires: Colihue.
- Garriga, C. (2010). “Reflexiones sobre el pensamiento de Raúl Scalabrini Ortiz acerca del papel del capital extranjero en el desarrollo”. CEMOP. Disponible en: <https://studylib.es/doc/7329996/reflexiones-sobre-el-pensamiento-de-ra%C3%BAI-scalabrini-ort%C3%ADz>.
- Lenin, V. (1974). “El imperialismo, fase superior del capitalismo”. En *Obras escogidas*. Ed. Progreso Moscú.
- Louro de Ortiz, A. (1992). *El grupo Pinedo-Prebisch y el neoconservadorismo renovador*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Prebisch, R. (1949). *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Recalde, A. (2011). “Raúl Scalabrini Ortiz. Modelo de intelectual nacionalista”. *Cuadernos del CEHA*, nº 8.
- Scalabrini Ortiz, R. (1973 [1958]). *Bases para la reconstrucción nacional. Aquí se aprende a defender a la patria*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- (1974 [1940]). *Historia de los ferrocarriles argentinos*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- (2001 [1940]). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Clarín.
- (2009). *Yrigoyen y Perón*. Ed. Lancelot.
- Scalabrini Ortiz, R. y Jauretche, A. (2006). *Forjando una nación. Scalabrini Ortiz y Jauretche en la revista Qué sucedió en siete días*. Prólogo de Ana Jaramillo. Universidad Nacional de Lanús.
- Shaikh, A. (2006). *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*. Buenos Aires: RyR.

El pensamiento económico neoinstitucionalista de Roberto Cortés Conde: un análisis crítico

Karina Forcinito¹

Introducción

Roberto Cortés Conde constituye uno de los principales arquitectos de la concepción neoliberal de la historia económica argentina. Su influencia intelectual se ha plasmado en una vasta obra de alcance internacional y, de modo complementario, en un sostenido trabajo de formación de economistas e historiadores económicos que ha liderado desde el Instituto Di Tella a partir de los años setenta del siglo pasado.²

Se trata de un intelectual influyente en lo atinente a la definición de los problemas y obstáculos que enfrenta la economía argentina, así como en la definición de las orientaciones de política necesarias para superarlos. En términos teóricos, desarrolló la crítica de las concepciones ligadas al estructuralismo latinoamericano. El presente artículo tiene como objetivo, en primer lugar, identificar las principales fuentes del pensamiento de

¹ Investigadora docente del IDH-UNGS. Profesora en la UNLU/FSOC-UBA.

² Roberto Cortés Conde nació en Buenos Aires el 5 de febrero de 1932. Se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1956 y realizó estudios de posgrado en Sociología, también en la UBA, entre 1960 y 1962, donde investigó bajo la dirección de Gino Germani. Estudió Economía e Historia de modo autodidacta. Fue discípulo de Nicolás Sánchez Albornóz y de Tulio Halperin Donghi, con quien más tarde colaboró en varios proyectos, como la fundación de la Asociación Argentina de Historia Social y Económica y en la elaboración de las colecciones de América Latina e Historia de la Editorial Paidós (De Pablo, 2007). Cortés Conde desarrolló una vasta experiencia en materia de investigación y formación, parte importante de la cual tuvo lugar en el seno del Instituto Di Tella, donde además ejerció funciones directivas desde 1970 hasta 1983. A partir de su recorrido como investigador trabajó en vinculación con intelectuales como Ezequiel Gallo, Guido Di Tella y Carlos Federico Díaz Alejandro, entre otros. Específicamente, estableció una sociedad intelectual con Ezequiel Gallo y con Natalio Botana (ídem). Entre sus discípulos y miembros del grupo intelectual del Instituto Di Tella se destacan Ana María Martirena-Mantel, Javier Villanueva, Julio Berlinski, Alfredo Canavese, Juan José Llach y Pablo Gerchunoff, economistas que, en su totalidad, conforman o conformaron la Academia Nacional de Ciencias Económicas como académicos de número en la República Argentina (ídem). Cortés Conde enseñó historia económica en la Universidad Nacional del Litoral, en la Universidad Católica Argentina y en la Universidad de San Andrés, entre otras. Dictó seminarios de historia económica en las universidades Hebrea de Jerusalén, Texas, Yale y Wisconsin, en el St. Antony College de la Oxford University y en las universidades de Chicago y Harvard (ídem).

D

Cortés Conde y algunos de sus principales núcleos teóricos e hipótesis explicativas de la dinámica de largo plazo de la economía argentina con centro en la etapa primario-exportadora (1860-1930). En segundo lugar, realizar un análisis crítico, sobre la base de la contrastación empírica, de algunas de las hipótesis mencionadas que se encuentran en abierta confrontación con los posicionamientos heterodoxos.

Principales influencias teóricas y caracterización del pensamiento económico de Cortés Conde

El autor fue construyendo su actual posicionamiento a partir de los años setenta del siglo pasado mediante la crítica de las concepciones ligadas a la escuela histórica alemana en las que se basaban las interpretaciones más difundidas de la historia argentina en aquel momento, como el estructuralismo latinoamericano. Paulatinamente, fue desarrollando una visión propia que propuso como alternativa y que tuvo como principales puntos de referencia al neoinstitucionalismo o nueva economía institucional y a la nueva historia económica, escuelas novedosas tanto en el campo de la economía como de la historia económica a nivel nacional.

En relación con el primero de los aspectos señalados, Cortés Conde afirma que en virtud de la influencia de la escuela histórica alemana en el campo de la historia económica en la Argentina

... se sostuvo que el crecimiento orientado hacia las exportaciones había sido la causa del posterior estancamiento y atraso. Que la promoción de actividades agropecuarias para la exportación favoreció a una élite tradicional que no invirtió en industrias y dejó al país en un estadio pastoril. Que la división internacional del trabajo, resultado de la integración argentina a la economía mundial, la condenó a ser abastecedora de productos primarios cuyos precios caían en los mercados internacionales, lo que producía la persistente disminución de sus ingresos. Por último, que la competencia de las importaciones arruinó las artesanías e impidió su transformación en manufacturas, lo que destruyó las economías del interior e hizo que Buenos Aires, un enclave de la economía mundial, fuera la única beneficiada de ese crecimiento. Frente a ese desarrollo hacia afuera, el país debía buscar uno hacia adentro, el de sus industrias, de sus fuerzas productivas y del trabajo nacional (1989: 6).

Estos argumentos que, desde su perspectiva, se remontan a Alejandro Bunge, incidieron en el campo académico de la economía, en la formación de economistas, así como en los discursos de la política económica de corte industrialista, especialmente la que enfatizaba la relevancia del mercado interno en la Argentina. Efectivamente, y tal como reconoce el autor (ídem), es posible encontrar las marcas del estructuralismo, con matices diferenciales, en las siguientes obras consideradas clásicas de la historia económica argentina: *La economía argentina, las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, de Aldo Ferrer, publicada por el Fondo de Cultura Económica de México en el año 1969; *Nacionalismo y liberalismo*

económicos en Argentina, 1860-1880, de José Carlos Chiaramonte, publicada por Solar-Hachette en Buenos Aires en 1971; escritos previos, como el primer trabajo de Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, publicado en la *Revista de Economía Latinoamericana*, nº 1 y 2, en abril-junio de 1961, y luego publicado por EUDEBA en 1967; el libro coordinado por Torcuato Di Tella, Gino Germani y Juan Graciarena *Argentina sociedad de masas*, publicado por EUDEBA en Buenos Aires en 1965; los demás trabajos de una misma antología, el esquema de las etapas de Germani, en una interpretación sociológica del período, la interpretación de James Scobie sobre el desarrollo agrícola, en *Revolution on the Pampa: a Social History of Argentine Wheat, 1860-1910*, Austin, publicado por The University of Texas Press en 1964; e incluso el propio trabajo de Cortés Conde junto con Ezequiel Gallo intitulado *La formación de la Argentina moderna*, publicado por Paidós en Buenos Aires en 1967, entre otros.

Sobre la base de este cuestionamiento liderado por el autor, el Instituto Di Tella pasó a asumir la orientación teórica de la nueva ortodoxia influenciada por trabajos de intelectuales extranjeros que se oponían a la visión estructuralista predominante entre principios y mediados de los años setenta en el contexto de la fuerte ofensiva neoliberal a nivel internacional. Entre dichos trabajos se encuentran, según Cortés Conde (1989: 7), los estudios de Williams y de Ford,¹ así como el que tuvo mayor influencia en el campo doméstico, el de Carlos Díaz Alejandro, intitulado *Ensayos sobre la historia económica argentina*, publicado por Amorrortu en Buenos Aires en 1975 (la primera versión del texto había sido publicada en los Estados Unidos en 1970). La tesis central de Díaz Alejandro cuestiona las visiones anteriores sobre el crecimiento argentino y sostiene que, dado que el costo de oportunidad de la tierra era muy bajo, resultaba más conveniente para el país especializarse en la producción de bienes agropecuarios y cambiarlos por bienes de capital importados (cuya producción local hubiera tenido un costo elevadísimo). El autor afirma:

La experiencia de la Argentina anterior a 1930 concuerda, en general, con la teoría del comercio y el crecimiento basada en los excedentes. Aunque se carece de datos sobre las cuentas nacionales del siglo XIX, parece indudable que en aquella época el crecimiento estaba en íntima relación con los sucesivos auges en las exportaciones de mercancías tierra-intensivas, siendo muy bajo el costo de oportunidad de la tierra (2002 [1975]: 23-24).

Asimismo, sostiene que el crecimiento anterior a 1890 fue “generado por las exportaciones”, no porque estas y las entradas de capital a ellas asociadas suministraran una demanda global creciente (en el sentido keynesiano), sino porque las exportaciones y las entradas de capital originaron una asignación de recursos mucho más eficiente que la que hubiese podido resultar de políticas autárquicas. En particular, el costo interno de los bienes de capital, que sería astronómico en un régimen autárquico, se redujo a un bajo nivel mediante las exportaciones de mercancías producidas con el uso generoso de un

¹ Los textos que menciona son Williams (1969) y Ford (1966).

D

insumo, la tierra, cuyo valor económico en un régimen autárquico era bastante pequeño. A medida que la economía argentina se ampliaba y diversificaba, las grandes disparidades en los costos de oportunidad en favor de las diferentes políticas de comercio exterior comenzaron a disminuir, pero siguieron siendo importantes y continuarían siéndolo mientras el comercio mundial fuera relativamente libre y los costos de transporte, bajos (Díaz Alejandro, 1975).

Según Cortés Conde también resultaron relevantes para el desarrollo y el afianzamiento de su propio posicionamiento en el interior de la ortodoxia –así como el del grupo de intelectuales al que pertenecía en el marco del Instituto Di Tella– algunos estudios sobre la historia económica de Canadá y los Estados Unidos (1989: 7). Por ejemplo, los de Harold Innis sobre Canadá, que sostenía que su crecimiento económico había estado basado en la exportación (no tenía mercado interno para dar salida a su oferta) de un bien primario del que, en cada etapa de su desarrollo, tenía oferta abundante. También los aportes de Innis, Baldwin y North, quienes se ocuparon del caso de los Estados Unidos, postulando que el crecimiento económico de un país puede iniciarse con el de la producción primaria para la exportación. Los patrones de distribución del ingreso y, en la medida en que dependa de ellos, los de inversión y el surgimiento de las industrias domésticas estaban determinados por la naturaleza tecnológica de la producción, la función de producción, y no por el hecho de que esta se exporte o se destine al mercado interno. Ellos introdujeron en el análisis de la distribución del ingreso la teoría neoclásica, que en el ámbito doméstico no se utilizaba, según sostiene Cortés Conde (1989: 7).

En esta nueva línea teórica emparentada con las nuevas corrientes ortodoxas en materia económica, es posible encontrar otros estudios pertenecientes al mismo núcleo intelectual del Di Tella, al que pertenecía Cortés Conde, como el trabajo de Ezequiel Gallo publicado previamente, *La agricultura en el proceso de industrialización* (1970), que afirmaba que no había oposición entre el crecimiento de la economía basada en las exportaciones agrícolas y la industrialización, sino que esta había sido, precisamente, la consecuencia de aquella. Guido Di Tella también adoptó las ideas sobre las economías de los espacios nuevos siguiendo la denominada teoría del bien primario exportable (*staple theory*).² Ge-

² *Staple* es un *commodity* (producto homogéneo, es decir, no diferenciado) que domina la economía de exportación de un país. En esta teoría, dicho *commodity* debe estar escasamente procesado. Por ejemplo: pescado, trigo, etc. Los determinantes de la producción del bien primario exportadora en una región son el costo de producción del bien exportador (recurso de base y tecnología), la demanda externa y los costos de transporte (tecnología e inversión pública). Las especificidades que caracterizan al bien primario exportador determina la extensión del desarrollo resultante de su producción. En ello incide la organización social de la producción y los encadenamientos que inducen mayores niveles de inversión hacia adelante y hacia atrás; las características de la demanda final. El modelo es esencialmente *demand driven*, es decir, la demanda de productos de exportación crea demandas derivadas a través de los encadenamientos. El modelo tiene influencia keynesiana. Una buena especialización en un bien primario exportable no solo incrementa las exportaciones, sino también la inversión y el consumo, y además tiende a reducir las importaciones. En relación con el sendero de crecimiento de un país a partir de su inserción basada en el bien primario exportable, cabe agregar que se trata de un proceso de transformación de un tipo de bien primario exportador por otro en función de los cambios en los mercados o de la tecnología, de modo tal que, además, dicho proceso conduciría a la diversificación productiva hacia la industria dejando atrás la especialización de la economía en uno o más bienes

ller, miembro del mismo núcleo, realizó un ensayo interpretativo sobre la teoría del bien primario exportable en el que critica la versión del libro, *La formación de la Argentina moderna*, que Cortés Conde y Gallo habían escrito en 1967. Enrique Vázquez Presedo publicó *El caso argentino*, donde sigue la perspectiva mencionada. En 1997, Cortés Conde publicó *El progreso argentino...*, donde se discuten algunas de las tesis tradicionales de la historia económica argentina vinculadas al patrón tradicional moderno, la propiedad de la tierra y las condiciones de vida de los sectores populares en el proceso de crecimiento.³ Bastante más adelante, Eduardo Míguez publicó su tesis doctoral con ese mismo enfoque (Cortés Conde, 1989: 8).

En relación con estos nuevos enfoques aplicados a la historia económica argentina, Rocchi sostiene que la teoría del bien primario exportable surge de “una reinterpretación de la obra de H. A. Innis de los 1920’s y 1930’s que había ganado entusiasmo entre los historiadores canadienses a partir de fines de los 1950’s. Así como Innis⁴ explicaba la formación de la economía canadiense como consecuencia del tipo de bienes que exportaba, como el caso de las pieles, la renovada *staple theory* avanzaba al sostener que el envidiable crecimiento económico de Canadá se había basado en sus exportaciones y no en la formación de un mercado interno fuerte, como proponía el desarrollismo y el crecimiento ‘hacia adentro’ que tanto atraía a la CEPAL. A ello se sumó la influencia de los análisis de historia económica comparada entre países, cuyos resultados [...] mostraban cada vez con

primarios. En síntesis, desde esta teoría, el sector manufacturero es tributario del primario, no solo porque le proporciona beneficiosos eslabonamientos hacia adelante (por ejemplo, el trigo fomenta la aparición de la industria harinera) y hacia atrás (demandando, por caso, maquinaria agrícola), sino, sobre todo, porque la prosperidad agropecuaria se transmite a toda la economía gracias al incremento de la demanda global. Plantea entonces una complementariedad entre el agro y la industria (Gerchunoff y Llach, 2003: 4). Cabe agregar que esta teoría no solo supone automatismos en los eslabonamientos hacia adelante y, especialmente, hacia atrás —que, si bien se han producido en ciertas experiencias nacionales de desarrollo, han sido fuertemente cuestionados por los análisis de Hirschman y otros referentes de la teoría del desarrollo desequilibrado en lo atiente a la “industrialización doblemente tardía” (Blanco, 2013)—, sino que también hace omisión del papel del capital extranjero como obstáculo para completar el ciclo de acumulación a nivel nacional (Arceo, 2003).

³ Cortés Conde sostiene que la idea de la literatura anterior era la de los “enclaves”, que en los países subdesarrollados había ciertas áreas que estaban más vinculadas con los países centrales que con el resto de sus economías. La nueva literatura enfatiza los efectos difusores que hacen que la ganancia del sector exportador se extienda al conjunto de la economía, efecto que principalmente tiene que ver con la intensidad con la que se usan los recursos. Esto sirve para explicar Argentina, con su agricultura y el poblamiento de toda el área pampeana, independientemente de si hubo o no oligarquía, sostiene el autor (De Pablo, 2007). “La cuestión está en poblar los territorios vacíos: se crean pueblos, llega el ferrocarril, y todo eso fomenta la economía en su conjunto. La economía argentina no era petrolera, minera, inclusive de ‘plantación’, como Cuba o el sur de Estados Unidos con el azúcar. Si hay algún caso parecido al del resto de Estados Unidos o a Canadá es precisamente el de Argentina, donde las características institucionales son menos importantes porque la riqueza no tiene tanto que ver con la propiedad, sino con el uso que se hace de dicha propiedad. El valor del activo tierra no lo da la propiedad de los terratenientes, sino los inmigrantes cuando la cultivan. Antes de esto, la tierra no tenía ninguna importancia, ningún valor”, según Cortés Conde (ídem).

⁴ Los textos eran Innis, H. A. (1933). *Problems of Staple Production in Canada*. Toronto: Ryerson Press; e Innis, H. A. (1930). *The Fur Trade in Canada: An Introduction to Canadian Economic History*. New Haven: Yale University Press.

más fuerza que la senda divergente de la Argentina y Australia⁵ se explicaba por razones institucionales” (2007: 18).

En relación con la teoría económica, Cortés Conde se filió con la nueva economía institucional y con la influencia que esta ejerció en el campo de la historia económica, especialmente a través de Douglas North, primer referente de esta escuela,⁶ para quien la existencia de costos de transacción (negociación) en el proceso de creación de riqueza —cuya importancia aumenta en paralelo al carácter cada vez más complejo e impersonal de los intercambios— son la clave del desempeño económico, y ello implica abandonar el mundo neoclásico de la competencia perfecta e introducir las “instituciones”. Desde esta perspectiva, para comprender los procesos evolutivos de las sociedades es necesario determinar si existieron o no obstáculos que impidieron realizar las ganancias del intercambio y por ello redujeron los incentivos para invertir y retardaron el crecimiento. Para que las sociedades progresen, las ganancias de la especialización deben ser menores que los recursos destinados a transar, y para reducir estos últimos son necesarias estructuras institucionales que definan los roles (los derechos) de cada parte en el intercambio y los derechos (*claims*) a la ganancia que resulte de este. Que designen, además, a un tercero como árbitro para dirimir eventuales diferencias con el poder de hacer coactivas sus decisiones. Todo ello supone la definición de los derechos de propiedad y el establecimiento de una agencia especializada encargada de hacer cumplir los contratos; en otras palabras, el Estado. La nueva economía institucional recupera la importancia del derecho, del sistema jurídico y, por último, del político, que posibilitan un Estado eficiente, precondiciones para que cada participante obtenga todo el beneficio del intercambio que le corresponda y así tenga incentivos para invertir, y que de ese modo la sociedad progrese. A ello se suman los aportes de la teoría de la decisión colectiva, un intento de análisis neoclásico de fenómenos que no son de mercado y que por ello resultan aplicables a la investigación histórica, y los de la creación de rentas económicas, entre otros (Cortés Conde, 1989: 11).⁷

En relación con el modo específico que asumió el proceso de renovación teórica neoinstitucional a nivel doméstico, Korol y Sábato (1997: 33) coinciden con Cortés Conde (1989) en atribuirle a los aportes de Díaz Alejandro el carácter de punto de inflexión en el proceso descrito, y sostienen al respecto que “a partir de una comprobación empírica

⁵ Un texto de referencia en este sentido, según Rocchi, es Gallo, Ezequiel (1979). “El método comparativo en historia: Argentina y Australia (1850-1930)”. En Gallo, Ezequiel; Fogarty, John y Dieguez, Héctor (eds.), *Argentina y Australia*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

⁶ Una de las obras de North de referencia al respecto es *Structure and Change in Economic History*, publicada en Nueva York por N. W. Norton & Co. en 1981.

⁷ *Efficient economic organization is the key to growth; the development of an efficient economic organization in Western Europe accounts for the rise of the West. Efficient organization entails the establishment of institutional arrangements and property rights that create an incentive to channel individual economic effort into activities that bring the private rate of return close to the social rate of return.* En North, Douglass C. y Thomas, Robert P. (1978). *The Rise of the Western World. A New Economic History*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 1. Otros textos de relevancia al respecto son Mueller, Dennis C. (1979). *Public Choice*. Cambridge: Cambridge University Press; Buchanan, James M. (1978). “La hacienda pública en un proceso democrático”. Madrid: Aguilar; y Ekelund, Robert y Tollison, Robert (1981). *Mercantilism as a Rent Seeking Society. Economic Regulation in Historical Perspective*. Texas: ASM University Press.

de que habría existido una correlación positiva entre desarrollo agrario y crecimiento industrial antes de 1930, Díaz Alejandro, primero, y luego otros autores locales (entre los que se encuentra Cortés Conde) se apoyarían en la teoría del bien primario exportable para enunciar su hipótesis de que la variable estratégica de la industrialización habría sido la expansión de la demanda, provocada precisamente por el incremento de ingresos que resultó del desarrollo del sector exportador”. En su versión más optimista, esta interpretación llega a sostener que el modelo de economía vigente entonces hizo uso óptimo de los factores y que no hubo por lo tanto una oportunidad desperdiciada, como había sostenido alguna vez el propio Cortés Conde,⁸ o una “gran demora”, como postularon Di Tella y Zymelman. Más aún, ni el marco institucional ni las políticas oficiales habrían puesto trabas al desarrollo industrial, según dicha perspectiva. En el caso particular de las medidas arancelarias, estas, en realidad, habrían tenido un efecto netamente proteccionista sobre ciertos sectores manufactureros, aunque esto no implicara políticas explícitas de industrialización.⁹

En suma, el núcleo de historiadores y economistas vinculados al Instituto Di Tella, en el marco del cual Cortés Conde hizo escuela, emprendió un programa de investigación destinado a reinterpretar la historia económica argentina a la luz de la nueva ortodoxia internacional –particularmente la proveniente de los Estados Unidos– a partir de los años setenta y a desplazar la visión estructuralista predominante hasta entonces.¹⁰ Con el correr del tiempo y la maduración de sus investigaciones, estos intelectuales pasaron a incidir fuertemente con sus visiones y narrativas, en abierta disputa con las visiones heterodoxas de tipo estructuralistas, neoshumpeterianas y regulacionistas, e incluso con las de carácter más radical, marxistas y/o dependencistas.¹¹

En síntesis, esta perspectiva propia, filiarse a la nueva historia económica inaugurada por Douglas North, jerarquiza la interpretación de estadísticas básicas a luz de la nueva economía institucional, así como de otros aportes ortodoxos novedosos, como el vinculado a la teoría del crecimiento basada en el bien primario exportable, en detrimento de la econometría en sentido estricto. La teoría del crecimiento basada en el bien primario exportable (*staple theory of economic growth*) niega que en los “países nuevos” deban darse las etapas que tradicionalmente postulaban las teorías del desarrollo predominantes a partir de los años treinta, para las cuales la industrialización tenía un papel fundamental, y jerarquiza,

⁸ Ello es visible en Cortés Conde (1969).

⁹ Aplicando también la *staple theory*, Lucio Geller mostró en cambio algunas limitaciones de la expansión industrial, al identificar y analizar los factores de rentabilidad que habrían influido decisivamente en el comportamiento del sector hasta 1914. En su trabajo de 1970, Geller subraya como una de las restricciones importantes al desarrollo industrial argentino la escasa diversidad de recursos naturales, coincidiendo con autores heterodoxos como Vitelli (1999).

¹⁰ Al respecto puede consultarse Halperin Donghi (1986).

¹¹ Entre los principales referentes de dichas historiografías heterodoxas estructuralistas y regulacionistas encontramos a los siguientes intelectuales: Aldo Ferrer, Mario Rapoport, Alejandro Rofman, Jorge Schwartz, Michael Teubal, Guillermo Vitelli, Julio Neffa, Luis Beccaria y Marcelo Rougier, entre otros. Y entre los autores más radicales encontramos a los siguientes: Eugenio Gastiazoro, Horacio Cifardini, Silvio Frondizi, Enrique Arceo, Eduardo Basualdo, Rolando Astarita y Alberto Bonnet, entre otros.

D

en cambio, el sector primario exportador como motor del desarrollo económico. Esta idea tiene vinculación, para el autor, con la economía de la localización, que en los últimos años pasó a denominarse la “nueva geografía económica”, principalmente a partir de los aportes de Paul Krugman. Cortés Conde también comparte con North la idea de que en países en los que existe una dotación muy elevada de recursos naturales en relación con la población, resulta conveniente dedicarse a su explotación para la exportación, dada la limitación del tamaño de los mercados internos,¹² que tiende a naturalizarse, de este modo, bajo nuevos argumentos. Así, Cortés Conde, siguiendo a North, refuerza las recomendaciones de política de corte ortodoxo, en el marco de la disputa con el estructuralismo latinoamericano y otras corrientes de pensamiento de raigambre heterodoxa.¹³

Principales hipótesis de Cortés Conde sobre los obstáculos al desarrollo de la economía argentina que operan en el largo plazo

Cortés Conde (1993) hace énfasis en sus análisis históricos sobre la economía argentina en la vigorosa capacidad de crecimiento que la caracterizó en su origen, en contraste con la insuficiente que ha puesto de manifiesto desde 1930 hasta principios de los años noventa, momento en el cual finaliza su análisis.¹⁴ A esta caracterización general, Cortés Conde agrega que “no se trata de que la Argentina no hubiera pasado por períodos de crecimiento de variada duración, a veces fuertes y sostenidos. Lo peculiar es su incapacidad de mantener tasas razonables durante largos períodos” (1994: 16). Las interrupciones del crecimiento se vinculan a restricciones (*shocks*) de oferta de origen externo, que afectan la provisión de insumos, la inversión o el gasto; o de origen interno, como las políticas que promovieron actividades ineficientes y desfinanciaron paralelamente a las exportadoras, etc. (ibídem: 21).

Si bien en el campo de la economía se reconoce a nivel doméstico el elevado crecimiento ligado a la etapa agroexportadora, para Cortés Conde la idea de que ese crecimiento se haya combinado con bajos niveles salariales y elevados niveles de inequidad en la

¹² Ver De Pablo (2007).

¹³ Cortés Conde invitó a North a la Argentina, antes de que recibiera el Premio Nobel, con el propósito de que interviniera en una de las reuniones de la Asociación de Historia Económica en Córdoba. Luego estuvo en su casa en St. Louis, Missouri, y estableció un vínculo personal con él, según sus propias declaraciones (De Pablo, 2007). Asimismo, apoyó explícitamente su candidatura al Nobel cuando fue consultado por el comité correspondiente.

¹⁴ El primer período posee tasas de crecimiento elevadas, del 5,6% medio anual del producto bruto interno, y del 2,7% medio anual del producto bruto interno per cápita, mientras que el segundo período posee tasas del 2,6% de crecimiento medio anual y menos del 1% en términos per cápita, según el autor. Este último desempeño es más sombrío aún, desde su perspectiva, al compararlo con el resto del mundo. Mientras entre 1870 y 1913 la economía argentina creció al 2% anual por habitante, en los países industrializados el ritmo fue del 1%. Así fue como la Argentina fue cerrando la brecha con los países más avanzados durante este período, mientras que a partir de 1930 la profundizó creciendo a la mitad del ritmo de los países occidentales (mientras la Argentina creció al 1%, estos países crecieron, en promedio, al 2%), y también a menores tasas que Asia y el resto de los países de la América Latina. Por este motivo, los problemas económicos argentinos no pueden atribuirse, desde su perspectiva, a causas internacionales, sino a internas (Cortés Conde, 1993: 1 y 2).

distribución del ingreso –tal como sostiene la tradición estructuralista, la dependentista (funcional-estructuralista y marxista) y la específicamente marxista en la región– es falsa y tendió a distorsionar la visión del desarrollo agroexportador argentino al asignarle una valoración negativa en materia de integración social. El autor investigó acerca de los niveles de las remuneraciones reales en términos comparativos a nivel internacional con el fin de cuestionarlas y proponer otra interpretación. Según la evidencia que proporcionó, las remuneraciones a los trabajadores en la Argentina estaban, en dicho período, por encima de las de los asalariados de los países europeos, lo que no sucedió en el segundo período. Ello, además, alude a uno de los motores por los cuales los flujos de inmigrantes existieron hasta 1930 y luego se detuvieron y revirtieron (1993: 2).

Otro de los rasgos que diferencian las dos grandes etapas en la historia económica argentina, para el autor, son los escasos niveles de inflación de la primera y los elevados de la segunda. La estabilidad de precios del período 1900-1930, con un 2% de inflación promedio por año, se asocia a su vez con la estabilidad institucional, en la medida en que las autoridades constitucionales se sucedieron sin interrupción (ibídem: 3). Es decir que, desde la perspectiva de Cortés Conde, en términos estilizados, la primera etapa del desarrollo económico argentino (1900-1930) se caracteriza por alto crecimiento y baja inflación, mientras que la segunda se caracteriza por bajo crecimiento y alta inflación (1930-1989). Su principal hipótesis explicativa al respecto de dicho desempeño diferencial es que la inestabilidad política, así como las fuertes fluctuaciones de precios asociadas al régimen de alta inflación emergentes en la segunda etapa, no fueron propicias para la inversión y el crecimiento. La estabilidad política y, particularmente, la seguridad jurídica de que cada agente podrá usufructuar el producto de su trabajo constituye para Cortés Conde una condición necesaria para el crecimiento. Para ello se requiere que los derechos de cada uno sean reconocidos por todos y que el Estado los haga respetar utilizando la coerción, en última instancia. Si ello es así, la contribución de los agentes al mantenimiento del Estado estará legitimada en dicha función, así como en la provisión de bienes públicos a precios adecuados –validada legislativamente por los representantes de los ciudadanos–, en el marco de la democracia liberal. Cuando estas condiciones no tienen lugar y reina la arbitrariedad se expresan resistencias a través de la salida del sistema, la emigración, la evasión fiscal, la huida de capitales, etc., según el autor.¹⁵ En su relato historiográfico, las condiciones que hacían posible la seguridad jurídica se rompieron cuando los gobiernos, a partir de los años treinta, cambiaron, sin consultar a los ciudadanos por medio de sus representantes, la distribución de cargas y beneficios, y se implementaron medidas que condujeron a la apropiación forzada de los ingresos (y el ahorro) de algunos y su transferencia al Estado

¹⁵Más específicamente, Cortés Conde sostiene que los problemas económicos argentinos emergentes a partir de 1930 se encuentran asociados a la ruptura del pacto fiscal implícito en la Constitución Nacional liberal de 1953 entre el Estado y los contribuyentes, particularmente en los artículos 4, 14 y 17. Consecuentemente, sostiene que el período previo se caracterizó por un amplio consenso fiscal (entre 1862 y 1930) en relación con el sostenimiento del Estado a partir de impuestos indirectos a los consumos internos y a las importaciones, con un poder adquisitivo de la moneda doméstica muy elevado y un alto crecimiento económico basado en la alta productividad de la tierra y la libertad de comercio y flujos de capitales (1993: 6).

D

y a otros ciudadanos. La instrumentación de barreras legales de entrada a mercados y de gravámenes adicionales a los precios de mercado generó privilegios o rentas económicas específicas, por un lado, e impuestos no declarados, por otro. Ello violó principios impositivos constitucionales, generó conflictos por el acceso a las ganancias extraordinarias, resistencia por parte de quienes sostenían las mayores cargas, costosas negociaciones por su reparto y una enorme dilapidación de recursos. Todos ellos operaron, para Cortés Conde, como elementos negativos para el financiamiento del Estado y el crecimiento económico (ibídem: 5). El camino para la recuperación del crecimiento pasa, desde su concepción, por reconstruir un marco institucional orientado a que los agentes económicos tengan la certeza de que podrán gozar de los beneficios de producir más y mejor, es decir, restablecer el pacto fiscal asociado al sistema de garantías de la Constitución Nacional (ibídem: 6).

En complementariedad con estas hipótesis explicativas del desempeño económico argentino durante casi un siglo y medio de historia, Cortés Conde formula una hipótesis adicional de central importancia: se trata del papel negativo —como condicionante del desarrollo económico— asignado al comportamiento de las clases subalternas, particularmente los trabajadores, orientado a fortalecer sus prerrogativas frente al capital como uno de los elementos que estuvo en la base de la denominada “ruptura del pacto fiscal”, es decir, de los “consensos” inherentes a la Constitución de 1853.

Cortés Conde sostiene que el elevado poder relativo de la clase trabajadora que distingue a la sociedad argentina de las existentes en otros países capitalistas, en términos generales, pero especialmente a partir del surgimiento del peronismo, constituyó un fuerte obstáculo para el desarrollo capitalista en la Argentina y, particularmente, para la industrialización mediante los mecanismos previstos por la teoría del bien primario exportable. Según el autor, las elevadas expectativas y las experiencias de una población de origen europeo que dejó de incrementarse por vía de las inmigraciones conduciría al surgimiento de los sindicatos más poderosos del continente, ello —conjuntamente con partidos políticos que propiciaban una legislación social avanzada— generó elevados costos del trabajo que restaron competitividad a la industria argentina desde el origen, como sostenían especialistas y empresarios como Bunge y Tornquist (Cortés Conde, 2005: 37). Es decir que la existencia de salarios elevados en la sociedad argentina en relación con los internacionales —forjados al amparo de la escasez relativa de fuerza de trabajo, así como en virtud de las expectativas de ascenso social traídas de Europa por los inmigrantes— contribuyó a desarrollar una aspiración igualitaria que marcó la cultura de las clases subalternas domésticas hasta nuestros días, y condicionó negativamente el desarrollo capitalista. Primero, por los bajos salarios europeos y los altos salarios que proporcionaba el crecimiento agroexportador de la Argentina; y, a partir de la industrialización en la década del veinte, por el fuerte poder relativo de la clase trabajadora. Según el autor, en esa época solo los regímenes totalitarios como el italiano, el alemán y el soviético lograron disciplinar el trabajo mediante la represión y la disminución de los salarios, que habían subido en la posguerra. En la Argentina, el modo de bajar los salarios en términos internacionales fue mediante la devaluación, sostiene Cortés Conde, pero ello tuvo consecuencias gravísimas, fundamentalmente la inflación

(ídem). Es decir que, para el autor, los elevados salarios, en relación con la productividad laboral y en términos internacionales, operaron como obstáculo para la industrialización e inhibieron el desarrollo de los eslabonamientos hacia adelante y hacia atrás, y asimismo constituyeron una de las principales causas de la inflación en la Argentina. En esta narrativa, entonces, el comportamiento de las clases subalternas en pos de mayores niveles de igualdad distributiva constituyó el principal obstáculo para el desarrollo capitalista del país a lo largo del siglo XX.

En síntesis, Cortés Conde analiza las causas por las cuales la Argentina, que había empezado el siglo XX con índices económicos muy superiores a los de la mayoría de los países occidentales, lo concluye en franca desmejora respecto de esas mismas naciones. Desde su perspectiva, y en línea con las influencias intelectuales que él mismo destaca a lo largo de su trayectoria, previamente mencionadas, los obstáculos para el desarrollo se vinculan a la dificultad de establecer marcos institucionales confiables y duraderos, y también lo suficientemente dúctiles como para variar en el momento adecuado siguiendo estrictamente la perspectiva teórica propuesta por el neoinstitucionalismo neoliberal. Desde su perspectiva, el “progreso argentino” fue de apenas tres décadas, desde 1880 hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. En la historia de la Argentina independiente, sostiene el autor, lo que prevalece son las situaciones de decadencia económica, aun cuando la economía no fuera totalmente responsable de ello (2015: 10).

Análisis crítico a través de la contrastación empírica de las hipótesis propuestas

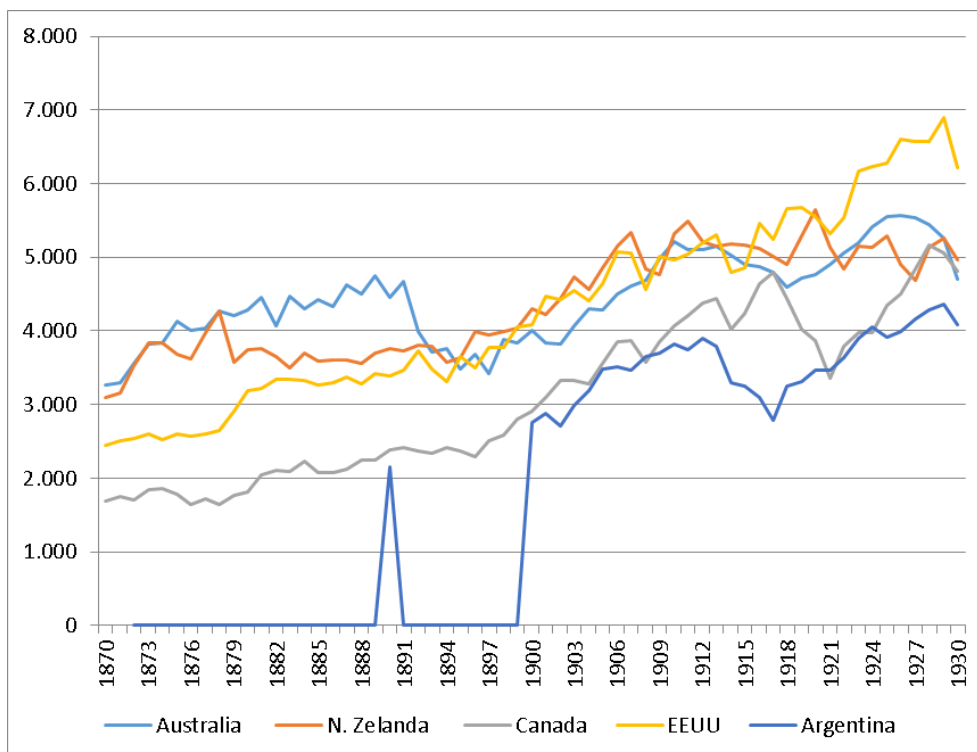
Desde una perspectiva crítica, interesa analizar qué elementos aporta la evidencia empírica disponible acerca de los planteos centrales descriptos que postulan, sintéticamente, un desempeño económico virtuoso durante la fase del desarrollo hacia afuera tanto en materia de crecimiento como de distribución del ingreso.

En relación con el nivel del producto bruto interno per cápita de la economía argentina, la estimación generada por Angus Maddison (2001) permite sostener que era inferior al que generaban economías con ventajas competitivas similares, como los Estados Unidos de América, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Así se manifiesta en el gráfico 1 en el período 1870-1930.¹⁶

Vitelli (1999) señala como determinantes del rezago en el nivel de producto per cápita a fines del siglo XIX la menor dotación relativa de recursos minerales necesarios para la industrialización —especialmente hierro y carbón, ligados a la metalurgia—; la ausencia de medios de transporte y comunicaciones —naturales o desarrollados— que integraran el territorio; la inexistencia de núcleos poblacionales con dimensiones suficientes para generar un mercado interno viable económicamente y una inequitativa distribución del ingreso

¹⁶ Cabe destacar que para el período previo a 1890, Maddison posee únicamente un dato para la Argentina, que es el que corresponde a 1890, como se observa en el gráfico 1, en el que, cuando el dato no está disponible, se asigna el valor cero.

Gráfico 1. Producto bruto per cápita de la Argentina, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos de América, 1870-1930 (1990 GK)

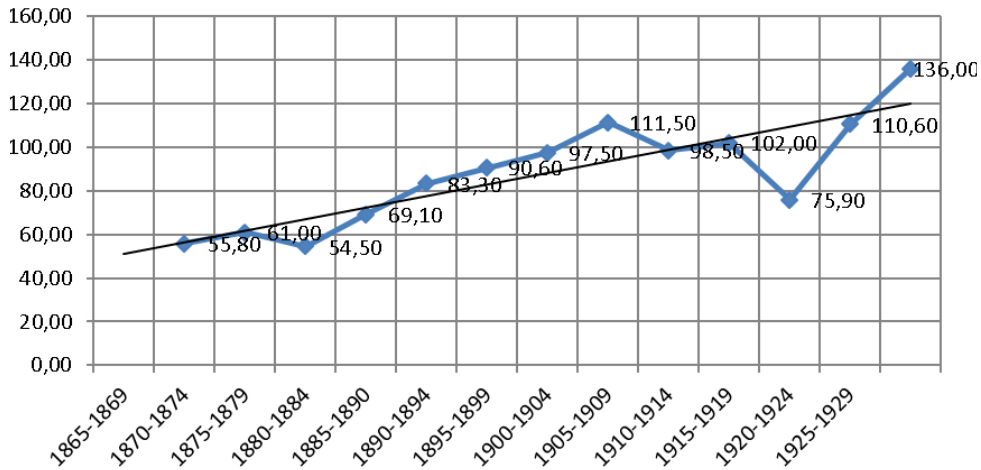


Fuente: elaboración propia sobre la base de Maddison (2001); actualizado en www.ggd.net/maddison/.

heredada de la época colonial para estimular la acumulación de capital; la carencia de una organización política legitimada y estable, y las luchas civiles que siguieron a 1810, hecho que incidió, a su vez, en la ocupación tardía del territorio y en la ausencia de un sistema monetario y de crédito unificado que financiara el desarrollo productivo. Por último, también incidió negativamente, desde su perspectiva, la motivación de la colonización asociada a la extracción de metales preciosos y a la búsqueda de riquezas preexistentes con fines mercantilistas, mas no al estímulo a la producción interna, hecho que tuvo continuidad en la vocación librecambista y aperturista de la élite ligada al puerto de Buenos Aires –posterior a la independencia–, que privilegió los ingresos de la aduana por sobre la industrialización del país (ibídem: 49 y 50).¹⁷

¹⁷ Vitelli sostiene, al respecto de los niveles del producto per cápita registrados hacia 1870 y 1890, que por caso los bienes disponibles para cada australiano y estadounidense (en promedio) eran alrededor de tres veces superiores a los que accedían los argentinos, en el primer caso, y entre 2,1 y 2,5 veces superiores, en el segundo. Canadá también disponía de ingresos superiores al contar, por habitante, entre el 16% y el 27% más de bienes disponibles que cada argentino (1999: 46 y 47). Para profundizar el análisis, ver Vitelli (1999), quien realiza un pormenorizado y riguroso trabajo de historia económica comparada.

Gráfico 2. Salario real en la Argentina, 1865-1929 (1913 = 100)



Fuente: elaboración propia sobre la base de Beccaria (2006).

En relación con la distribución del ingreso, Cortés Conde destaca la evolución del salario medio, que presenta una tendencia positiva en términos reales en el período bajo análisis. Ello, efectivamente, se evidencia en el gráfico 2.

Sobre esto, Beccaria sostiene que “el acelerado crecimiento económico implicó una expansión [...] significativa del empleo, la que puede ser estimada en cerca del 3,5% anual entre 1895 y 1914, y algo menor desde ese último año y hasta principios de los treinta. Al respecto, Ortiz (1987: 533) la estima en un 2,5%, y los datos de la CEPAL (1959) sugieren un valor algo mayor. Como sucedió en otras economías con escasa población, el crecimiento de la población económicamente activa tuvo su fuente primordial en las migraciones internacionales. El país recibió flujos importantes de residentes de países europeos que emigraban ante la difícil situación por la que estaban atravesando algunos de ellos. Las oportunidades de empleo que ofrecía la Argentina, así como los salarios relativamente elevados que se pagaban, constituyeron los atractivos básicos” (2006: 8).

Beccaria destaca, además, abonando la caracterización realizada por Cortés Conde en sus estudios, que existía, en primer término, una fuerte “estacionalidad [...] y la presencia de un importante contingente de personas activas muy móviles que trabajaban en diferentes ramas e incluso migraban regularmente entre la ciudad y el campo” (ibídem: 9), lo que daba lugar a un mercado de trabajo integrado y flexible. En segundo término, sostiene que existían elevadas remuneraciones con relación a las pagadas por países europeos: por su parte, “Williamson (1998) estima que, en la década del setenta, el salario en la Argentina superó en un 80% al del promedio de Italia, Portugal y España; esa proporción habría llegado al 140% en los noventa”, lo que avala la hipótesis y las estimaciones elaboradas por

Cortés Conde (1979). A modo de digresión, Beccaria sostiene que “las remuneraciones abonadas en el país eran inferiores a las de los Estados Unidos y Canadá” (2006: 13).

Beccaria completa su caracterización acerca del funcionamiento del mercado de trabajo argentino durante la etapa agregando que este se encontraba sometido a elevadas fluctuaciones, y que si bien, en términos generales, el desempleo no tuvo carácter estructural, alcanzó niveles elevados –del orden del 19%, según estimaciones de Bunge¹⁸ en ciertas coyunturas recesivas, como la generada por la Primera Guerra Mundial o por la caída de las cantidades exportadas, de los precios de las exportaciones o de los ingresos de capital. Consecuentemente y en un contexto caracterizado por la ausencia de regulaciones laborales protectivas, el salario real medio de la economía experimentó, acorde con dicha hipótesis, importantes fluctuaciones en el marco de una tendencia creciente, como se observa en el gráfico 2. Cabe agregar que, hacia principios del siglo XX, comienza a incrementarse la conflictividad laboral y el Estado intervino mediante mecanismos represivos, como la Ley de Residencia, y mediante algunas leyes específicas de cumplimiento heterogéneo y parcial (Falcón y Monserrat; 2000: 171).

En suma, los indicadores expuestos ponen de manifiesto que la hipótesis de Cortés Conde acerca de los elevados beneficios que la fase primario-exportadora de la economía involucró para la clase trabajadora, en materia salarial principalmente, debe ser matizada y corregida por los impactos regresivos derivados de la inexistencia de un mercado unificado de empleos, la elevada volatilidad de la economía, que incidía sobre el nivel de desocupación, y la ausencia de derechos laborales y sociales.

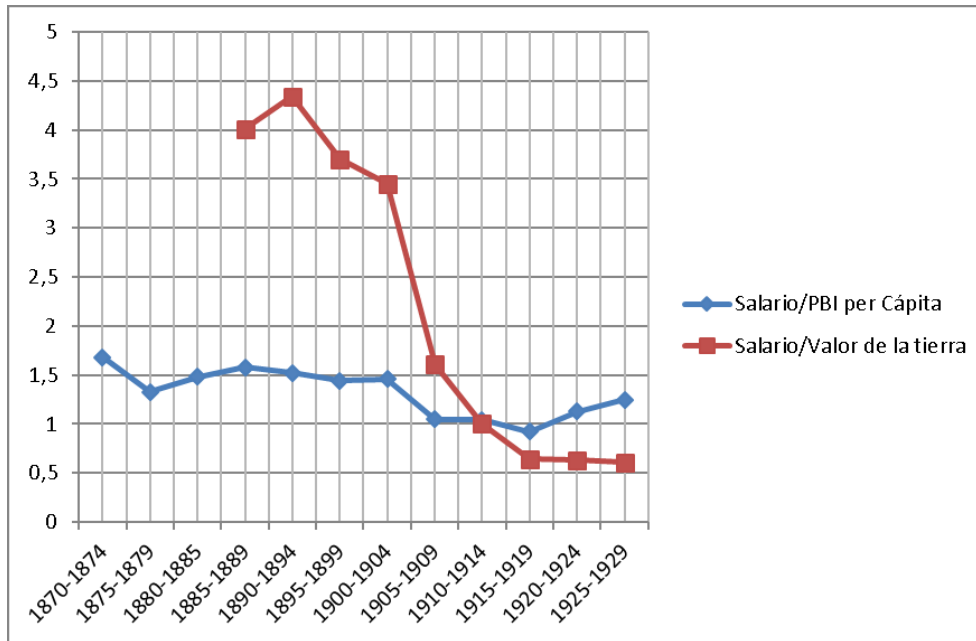
Complementariamente, se propone considerar las evidencias acerca de la regresividad en la distribución del ingreso presentes en el gráfico 3, disponibles desde 1998, en virtud de las cuales el salario medio evoluciona por debajo de la productividad (considerando el PBI per cápita como variable proxy) y la relación entre salario medio y valor de la tierra (como variable proxy de la renta) se deteriora a medida que se consolida la economía primario-exportadora. A modo hipotético, es posible sostener que la combinación de los efectos de la expulsión de fuerza de trabajo derivada de la mecanización de la producción agropecuaria –basada en el uso extensivo de la tierra– que tuvo lugar en los años veinte y la insuficiente expansión de la demanda industrial acotada por el tamaño del mercado interno debilitaron los impulsos dinamizadores previstos por la teoría del bien primario exportable para impulsar el desarrollo capitalista de manera autónoma (Forcinito, 2016: 248).

A modo de conclusión, la evidencia analizada pone de manifiesto la incapacidad estructural de la economía primario-exportadora para generar mejoras en la distribución del ingreso en el largo plazo y promover de modo autónomo un proceso de industrialización sostenido sobre la base de la teoría del bien primario exportable en la Argentina entre 1860 y 1930.¹⁹

¹⁸ *Revista de Economía Argentina*, año 11, n° 127, enero de 1929.

¹⁹ Esta conclusión se vincula a las hipótesis postuladas por Ferrer y Rougier (2008) y desarrolladas por muchos otros autores heterodoxos, como Rapoport *et al.* (2006), Vitelli (1999) y Arceo (2003).

Gráfico 3. Indicadores de distribución del ingreso, 1870-1929



Fuente: elaboración propia sobre la base de Beccaria (2006) y sobre datos de Williamson (1998).

Bibliografía

- Arceo, E. (2003). *Argentina en la periferia próspera: renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación*. Buenos Aires: UNQUI-FLACSO-IDEP.
- Beccaria, L. (2006). “El mercado de trabajo argentino en el largo plazo: los años de la economía agro-exportadora”. *Estudios y perspectivas*, n° 33. Buenos Aires: CEPAL.
- Beltrán, G. (2005). *Los intelectuales liberales. Poder tradicional y poder pragmático en la Argentina reciente*. Serie Extramuros, n° 9. Buenos Aires: EUDEBA, Libros del Rojas (UBA).
- Bernal, F. (2010). *El mito agrario: una comparación con Australia y Canadá*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Blanco, L. A. (2013). “Hirschman: un gran científico social”. *Revista de Economía Institucional*, vol. 15, n° 28, primer semestre, pp. 47-64.
- Bunge, A. (1984). *Una nueva argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Cataño, J. F. (2003). “Teoría económica y neoinstitucionalismo. Comentarios a el neoinstitucionalismo como escuela de Salomón Kalmanovitz”. *Revista de Economía Institucional*, vol. 5, n° 9, segundo semestre. Bogotá.

- Cortés Conde, R. (1969). “El ‘boom argentino’: ¿una oportunidad desperdiciada?”. En Di Tella, T. y Halperin Donghi, T., *Los fragmentos del poder*. Buenos Aires: Álvarez.
- (1979). *El progreso argentino*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (1989). “Historia económica: nuevos enfoques”. *Libertas*. Buenos Aires: Instituto Universitario ESEADE.
- (1993). “Aspectos institucionales del crecimiento económico. La experiencia argentina en el siglo XX”, Conferencia 4. Buenos Aires: Fundación Argentina y el Mundo.
- (1994). *La economía argentina en el largo plazo. Ensayos de historia económica de los siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Sudamericana, Universidad de San Andrés.
- (2005 [1998]). *Progreso y declinación de la economía argentina. Un análisis histórico institucional*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2007). “Crónica de cinco décadas en la economía argentina”. En Navarro, A. (ed.), *Medio siglo de economía*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Economía Política.
- (2007 [2005]). *La economía política de la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2015). *El laberinto argentino*. Buenos Aires: Edhasa.
- De Pablo, J. C. (2007). “Entrevista a Roberto Cortés Conde”. *Revista de Economía y Estadística*, vol. XLV, n° 2, pp. 7-27. Córdoba: Instituto de Economía y Finanzas, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba.
- Díaz Alejandro, C. F. (2002 [1975]). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Capítulo 1: “La economía argentina anterior a 1930”. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dieguez, H. (1969). “Argentina y Australia: algunos aspectos de su desarrollo económico comparado”. *Desarrollo Económico*, n° 32, Buenos Aires: IDES.
- Falcón, R. y Monserrat, A. (2000). “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”. En Falcón, R. (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Tomo VI de la Nueva Historia Argentina. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ferrer, A. (con la colaboración de Rougier, M.) (2008). *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (4ª edición).
- Fishlow, A. y Fogel, R. W. (1971). “Quantitative Economic History: An Interim Evaluation. Past Trends and Present Tendencies”. *Journal of Economic History*, vol. XXXI, n° 1 (marzo), pp. 15-42.
- Forcinito, K. (2016). “La historiografía estructuralista y neoliberal sobre la economía argentina: balance crítico y controversias”. Tesis de Doctorado en Economía. Universidad Nacional de Rosario.
- Ford, A. (1966). *El patrón oro, 1880-1914, Inglaterra y Argentina*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.
- Geller, L. (1970). “El crecimiento industrial argentino hasta 1914 y la teoría del bien primario exportable”. *El Trimestre Económico*, vol. 37, n° 148, pp. 763-811.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2003). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel.

- Halperin Donghi, T. (1986). “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”. *Desarrollo Económico*, vol. 25, n° 100. Buenos Aires: IDES.
- Korol, J. C. y Sábato, H. (1997). “La industrialización trunca. Una obsesión argentina”. *Cuadernos del CISH*, 2(2-3), pp. 7-46.
- Llach, L. y Gerchunoff, P. (2003). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel.
- Montecinos, V. (1997). “Los economistas y las elites políticas en América Latina”. *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 30, n° 119-120, julio-diciembre.
- Morresi, S. (2011). “Las raíces del neoliberalismo argentino (1930-1985)”. En Rossi, M. A. y López, A. (comps.), *Crisis y metamorfosis del Estado argentino: el paradigma neoliberal en los noventa*. Buenos Aires: Luxemburg-FCS-UBA.
- Moutoukias, Z. (2006). “Fenómeno institucional e historia económica: debates para un enfoque renovado”. En Gelman, J. (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*. Buenos Aires: Prometeo.
- North, D. C. (1993). Conferencia de Douglass C. North al recibir el Premio Nobel de Ciencias Económicas.
- (1966). *The Economic Growth of the United States, 1790-1860*. Nueva York: W. W. Norton & Co.
- (1985). “Transaction cost in History”. *Journal of European Economic History*, vol. 4, invierno. Oxford University Press.
- (1990). *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*. Cambridge University Press.
- Ortiz, R. (1965). *Historia económica de la Argentina, 1850-1930*. Buenos Aires: Pampa y Cielo.
- (1987). *Historia económica de la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Rapoport, M.; Madrid, E.; Musacchio, A. y Vicente, R. (2006). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires: Ariel.
- Reca, L. (2006). *Aspectos del desarrollo agropecuario argentino: 1875-2005*. Buenos Aires: Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.
- Rocchi, F. (2007). “Una pasión inquebrantable por la historia: Ezequiel Gallo y la historiografía argentina”. *Instituciones, Ideas y Mercados*, n° 46. Buenos Aires: ESEADE.
- Scobie, J. (1968). *Revolución en las Pampas: historia social del trigo argentino, 1960-1910*. Buenos Aires: Solar.
- Vargas Hernandez, J. G. (2008). “Perspectivas del Institucionalismo y del Neoinstitucionalismo”. *Ciencia Administrativa*, n° 1, México.
- Williams, J. (1969). *Argentine International Trade Under Inconvertible Paper Money, 1880-1900*. Nueva York: Greenwood.

Fuentes estadísticas

- Beccaria, L. (2006). “El mercado de trabajo argentino en el largo plazo: los años de la economía agro-exportadora”. *Estudios y Perspectivas*, n° 33. Buenos Aires: CEPAL.

- Maddison, A. (1995). *Monitoring the World economy, 1820-1992*. París: Development Centre Studies, OCDE.
- (2001). *The World Economy. A Millennial Perspective*. París: Development Centre Studies, OCDE.
- Vitelli, G. (1999). *Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada*. Buenos Aires: Centro Cultural Floreal Gorini, Universidad Nacional de Quilmes.
- Williamson, J. (1998). “Real wages and the relative factor prices in the Third World 1820-1940: Latin American”. Harvard Institute of Economic Research, Discussion Paper n° 1853.

Los “muchachos economistas”. Ideas y trayectorias de los principales referentes de la economía en el primer peronismo

Marcelo Rougier y Juan Odisio¹

Introducción

Hasta hace pocos años deslumbraba la escasez de análisis económicos sobre el peronismo “clásico”, dada su significación para el conjunto de los argentinos. Pero ese vacío comenzó a cubrirse con estudios específicos, con nuevas revisiones de las políticas económicas, industriales y agrarias, con el análisis de instituciones gubernamentales o corporaciones (empresariales, sindicales y otras) y también de la propia burocracia y de los instrumentos ligados a las decisiones económicas.² No obstante, en el plano de las ideas, de los fundamentos subyacentes en las definiciones de política económica, los avances han sido mucho menos alentadores, si no magros. Tampoco se han estudiado en profundidad a aquellos referentes que asumieron las tareas de conducir los designios económicos de la nación o estuvieron encargados de diseñar las propuestas e instrumentos, o incluso a aquellos que asumieron la tarea de fundamentarlas y darles legitimidad frente a la sociedad.³

Esa intersección, entre las ideas y los comisionados de llevarlas a la práctica, es el punto de partida de nuestra indagación (cuyo propósito ulterior es identificar una “concepción económica peronista”, si la hubiere; y, si no, trazar las posiciones en pugna por definir esa concepción dentro del movimiento). Ello supone considerar, en primer lugar, la circulación de ideas del momento (ajustándonos en mayor medida al orden cronológico) y sus vínculos con las que tenían difusión en otras latitudes, en otras experiencias nacionales y regionales, con el fin de precisar los consensos y también las ideas disruptivas o propias

¹ *M. Rougier*: CEHEAL/IEEP-CONICET/Facultad de Ciencias Económicas (Universidad de Buenos Aires). *J. Odisio*: CEHEAL/IEEP-CONICET/Facultad de Ciencias Económicas (Universidad de Buenos Aires).

² Por ejemplo, Rougier (2001), Belini (2007), Stawski (2012) y Sowter (2013), entre otros.

³ Si bien se han realizado algunos estudios biográficos dentro de proyectos mayores destinados a relevar las “segundas líneas” del funcionariado peronista (por ejemplo, Rein y Panela, 2013).

(ajustadas a las necesidades específicas de la dinámica social y económica local). En segundo lugar, rastrear la formación y experiencia de los principales referentes económicos (como Miguel Miranda, Alfredo Gómez Morales o Ramón Cereiño, por ejemplo) y su incorporación a distintas esferas de la administración entre 1944 y 1952 (esto es, cómo fueron haciendo carrera dentro de los cambiantes órganos burocráticos de decisión económica).⁴ En tercer lugar, nuestro proyecto mayor pretende confrontar esas ideas y trayectorias con las alternativas de la macroeconomía y de los problemas estructurales que se presentaron, particularmente a partir de 1949 y hasta 1952, con el propósito de identificar los cambios y ajustes de las decisiones de política económica (y eventualmente la apropiación de nuevas ideas y discursos para su instrumentación y legitimación), aunque, por razones de espacio, este aspecto no se desplegará con detalle en este artículo.⁵

Antecedentes: ideas y referentes del “protoperonismo económico”

Hacia 1944, el peronismo no existía, y aun es difícil afirmar que algo como tal tuviera presencia a mediados de 1946, cuando Juan Perón ganó las elecciones sobre la base de una coalición de partidos. No obstante, muchos de los hombres que se incorporaron al nuevo gobierno venían de ocupar cargos y lugares de expectación en el gobierno militar asumido en junio de 1943. En el área económica ello fue evidente, y muchas medidas e instrumentos que se aplicaron durante el gobierno peronista tuvieron origen en esos años. Las ideas nacionalistas eran una de las fuentes principales de los militares que realizaron el golpe de Estado en 1943. En el plano económico, el nacionalismo se traducía en “nacionalismo económico” y en “dirigismo”, expresiones que remitían a la intervención estatal destinada a paliar los efectos negativos del libre juego de la oferta y la demanda, tal como lo proponía en términos generales el liberalismo. Estas ideas habían cobrado fuerza luego de la crisis económica de 1930 a nivel internacional y se habían difundido en el país a través de diferentes intelectuales y usinas de pensamiento (Rougier y Odisio, 2023). De ese modo, las ideas intervencionistas, que hacían de la protección industrial un elemento central para garantizar el crecimiento frente a un mercado internacional complejo, se acoplaron a un difuso keynesianismo como encuadre teórico principal, muchas veces reconocido posteriormente (Arana, 2021). Más difícil resultaba asociar a esa teoría las críticas a la presencia del capital extranjero y a la relación comercial subordinada con

⁴ Debe aclararse aquí que varios intelectuales vinculados al campo de la economía adhirieron al peronismo y contribuyeron a la conformación de sus ideas económicas; es decir, los aportes a la concepción económica o incluso al diseño de políticas e instrumentos en ese plano no se restringen a los referentes que aquí analizamos (ni siquiera al conjunto de funcionarios u hombres ligados estrechamente al gobierno), pero ellos no son objeto de análisis en el recorte de este artículo. En Rougier y Mason (2020) puede advertirse el clima de ideas y debate sobre la economía peronista desde las publicaciones periódicas; se encuentran allí intervenciones de funcionarios y de otros referentes no incorporados al elenco del gobierno, así como las polémicas que se entablaron con ellos desde diferentes posiciones.

⁵ Este trabajo presenta los primeros avances de un proyecto de largo plazo radicado en el CEHEAL/IIEP (UBA-CONICET) y que se encuentra en pleno desarrollo (a cargo de los autores de este artículo).

las metrópolis, eje que blandían desde diferentes agrupaciones (incluidos los militares) el conjunto de los nacionalistas.

Probablemente, las ideas de Mihail Manoilescu –difundidas y criticadas localmente por Adolfo Dorfman y el italiano Mario Pugliese–, las provenientes del grupo de ingenieros economistas franceses (*X-crise*) o las de economistas españoles que proponían la intervención del Estado y la planificación económica tuviesen mayor circulación entre los grupos locales. Entre los que se sumaron al gobierno militar destaca el denominado “grupo Bunge”, nucleado en torno a la *Revista de Economía Argentina (REA)* y a su mentor, Alejandro Bunge (fallecido tan solo unos días antes del golpe). Los bungistas, de importante influencia en los primeros años del gobierno peronista y en alianza con la UIA, compartían la idea de las dificultades existentes en el comercio internacional para continuar con un modelo basado en la agroexportación si el sistema comercial internacional no se restauraba. Señalaban las posibilidades de avanzar en la sustitución de importaciones de alimentos, textiles y metales, es decir, en aquellos productos más simples; en otros rubros, como papel, caucho o en algún sector de maquinaria también, estimaban que podía reducirse la dependencia del exterior. No obstante, el grupo rechazaba las posiciones más autárquicas que esbozaban algunos militares y empresarios. La apuesta por la industrialización serviría para hacer menos vulnerable la economía argentina frente a los ciclos externos, pero no debía cerrarla.

Cuando se produjo el golpe de junio, el grupo se acercó al gobierno e incorporó a algunos hombres con perfil técnico (como José Figuerola o el coronel Mariano Abarca) al equipo editorial de la *REA*, al tiempo que antiguos miembros se encumbraron en cargos de relevancia en la administración (Campione, 2003). La idea de promover el sector industrial o garantizar su subsistencia luego de la guerra implicaba un dilema de financiamiento. El problema se remitía a fines de los años treinta y en particular al contexto de la guerra; el Plan Pinedo primero y luego una serie de proyectos e incluso leyes estuvieron centrados en la insuficiencia de crédito para los proyectos de inversión del sector manufacturero en esos años. Esos distintos intentos, que combinaban la acción del BCRA con la banca privada, terminaron por colisionar con las posiciones más nacionalistas e industrialistas que se fueron consolidando a partir del golpe militar de 1943. La idea cobró forma, finalmente, con la creación del Banco de Crédito Industrial Argentino (BCIA) en abril de 1944, una entidad oficial específica que otorgaría préstamos a largo y mediano plazo a las empresas industriales para financiar sus inversiones. En su directorio, junto con militares e industriales, fue incorporado Emilio Llorens, del grupo Bunge (como representante del Ministerio de Agricultura) (Rougier, 2001). En junio de 1944, el gobierno organizó la Secretaría de Industria y Comercio con el propósito de atender los problemas que, se suponía, recordando la experiencia de la anterior guerra, iba a enfrentar el sector a la salida del conflicto bélico mundial. Desde esa dependencia se impulsó el primer régimen de promoción de industrias consideradas de “interés nacional”, aquellas que producían para el mercado interno y que utilizaban materias primas nacionales, o que eran “estratégicas” para la defensa militar. Pocos meses después, la preocupación sobre el derrotero económico de posguerra condujo a la creación del Consejo Nacional de Posguerra (CNP) bajo la égida

D

del coronel Juan Perón. El organismo tenía a su cargo amplias facultades, una relación estrecha con distintos órganos y dependencias de gobierno y vínculos con representantes de los empresarios y los trabajadores. A su cargo quedaba la dirección de los estudios sobre el “ordenamiento económico y social” y las propuestas para sostener el crecimiento económico en un más largo plazo (para lo que se estimaba serían tiempos sombríos), en línea con las ideas que sobre planificación circulaban desde tiempo atrás (Berrotarán, 2004).

José Figuerola tuvo una participación destacada en el nuevo organismo como secretario técnico (había conocido a Perón en el Departamento Nacional de Trabajo). En el CNP se expresarían varias ideas vinculadas a la planificación, el papel de la industria y la infraestructura, la inflación, etcétera, que se entroncaban con los argumentos contenidos en las teorías del subconsumo presentes en el discurso de los bungistas. En las nuevas circunstancias, esas ideas brindarían a Perón un adecuado argumento político para sostener su proyecto (le permitía a la vez ser crítico respecto al curso de la economía capitalista y, por lo tanto, diferenciarse de ese sistema). Así lo reseñaba Perón desde su cargo en la Secretaría de Trabajo y Previsión en noviembre de 1944:

Cuando ya no sea posible exportar, si consumimos solo el 50%, ¿cuál será la situación de nuestra industria, de nuestra producción? Habrá una paralización del 50% y veremos a un millón de argentinos desocupados que no tendrán en qué trabajar ni con qué vivir. No habrá otro remedio que aumentar el consumo. Y el consumo, en una circunstancia tan extraordinaria como la que se nos va a presentar, solamente podrá aumentarse elevando los sueldos y salarios para que cada uno pueda consumir mucho más de lo que consume actualmente y permitiendo que cada industrial, cada fabricante, cada comerciante pueda a su vez producir lo mismo que hoy sin verse obligado a parar las máquinas y a despedir a los obreros (cit. en Berrotarán y Villarruel, 1995: 359).

Sobre la base de esta concepción, el nuevo gobierno peronista se abocaría, a partir de 1946, a incrementar los salarios y el consumo como objetivo principal, con nuevos instrumentos, pero en su mayor parte con la redefinición de los creados previamente. Según el propio Alfredo Gómez Morales, uno de los grandes referentes económicos del peronismo, el gobierno, en 1946, no hizo más que mantener los organismos de intervención existentes o creados durante el gobierno militar: “Todo el aparato dirigista el peronismo lo encontró organizado; en vez de cubrir exclusivamente el interés de sectores de producción, buscó atender el interés general y, sobre todo, el sector de consumo” (1972).

Los “economistas” del primer peronismo (entre zares autodidactas y técnicos doctores)

Varios de los discípulos de Bunge que habían ingresado al gobierno tras el golpe de 1943 continuaron en funciones gubernamentales durante el peronismo y otros se sumaron al nuevo proyecto. Ellos ejercieron una influencia destacada, particularmente, en las

definiciones de la política industrial en los años inmediatos a la posguerra (Campione, 2003; Belini, 2009), aunque en este plano también fueron críticos de muchas medidas que se fueron perfilando impulsadas por otros sectores (como los militares) o funcionarios, por ejemplo, en lo que atañe al desarrollo de la industria de base o al avance del Estado empresario (particularmente industrial). En rigor, muchos de los bungistas que acompañaban al gobierno desconfiaban de la intervención amplia del Estado, como era su tradición, y solo acordaban en la propiedad estatal de las empresas de transporte y energía. Se trataba del tradicional pensamiento “armonista” que el peronismo recogía sin ambages y que tenía raíces en el krausismo manifestado en décadas anteriores. Este grupo tuvo además presencia clara en los lineamientos de planificación. De hecho, el CNP fue convertido en la Secretaría Técnica de la Presidencia, bajo la dirección de José Figuerola, dependencia que junto con otros organismos públicos delineó el Plan Quinquenal para el período 1947-1951, también pensado para continuar la senda de crecimiento y aislar las consecuencias negativas derivadas de la finalización de la guerra. El plan incluyó varias medidas que ya se estaban implementando en distintas áreas y contenía una serie de objetivos tan ambiciosos como vagos relacionados con la transformación de la estructura económica y social (la mejora en el nivel de vida de la población y un plan de obras de infraestructura en salud, educación y vivienda) y la “independencia económica” (rescate de la deuda externa y nacionalización de los servicios públicos), por ejemplo.

También hombres provenientes del grupo FORJA y otros nacionalistas ocuparon cargos destacados en esos primeros años. Arturo Jauretche en el Banco de la Provincia de Buenos Aires, el historiador económico (y miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas) Diego Molinari en el Senado, etc. En una conferencia dictada en la ciudad de La Plata, Raúl Scalabrini Ortiz reconocía que el peronismo se construía más en oposición al liberalismo que en función de sus propuestas originales:

No debemos olvidar en ningún momento –cualesquiera sean las diferencias de apreciación– que las opciones que nos ofrece la vida política argentina son limitadas. No se trata de optar entre el general Perón y el arcángel San Miguel. Se trata de optar entre el general Perón y Federico Pinedo. Todo lo que socava a Perón fortifica a Pinedo, en cuanto él simboliza un régimen político y económico de oprobio y un modo de pensar ajeno y opuesto al pensamiento vivo del país (cit. en Galasso, 2008: 387).

No obstante estas presencias, fundamentales a la hora de dar forma a las ideas económicas del peronismo y en la instrumentación y diseños concretos de políticas públicas, las primeras y más grandes definiciones quedaron en manos de los industriales y, en forma casi excluyente, de Miguel Miranda. Miranda había nacido en Buenos Aires en 1891. Desde niño había trabajado en un taller de hojalatería, luego había sido capataz, ayudante de contador y más tarde corredor. En 1925 abrió una pequeña fábrica de hojalatería que llegó a ocupar a 300 trabajadores en los primeros años treinta. Por ese entonces despuntó como dirigente empresario. Fue presidente de la sección de Cromo-Hojalatería Mecánica y miembro del Comité Ejecutivo de la Unión Industrial. Para 1943, poseía intereses en

D

compañías pesqueras, de conserva y líneas aéreas, y era también secretario de la Sección Gremial de la Unión de Fabricantes de Conservas de Pescados y vicepresidente de la Asociación de Fabricantes de Dulces, Conservas y Afines. Al año siguiente, el gobierno militar lo designó director del BCIA en representación de la UIA y miembro del CNP. Allí estableció una relación cercana a Perón, mientras se diferenciaba de otros líderes industriales que cuestionaban la política salarial de la Secretaría de Trabajo y Previsión. En noviembre de 1945 asumió como presidente del Directorio del BCIA. Desde ese lugar criticó a los directivos del Banco Central (BCRA) por no impulsar la promoción económica mediante una mayor afluencia de crédito para las actividades manufactureras. Junto con Orlando Maroglio, un experimentado funcionario del Banco de la Nación Argentina y gerente general del BCIA, fue el encargado de llevar adelante la “reforma financiera” que impulsó el gobierno de Edelmiro Farrell en los primeros meses de 1946, una vez que Perón resultó electo presidente de la Nación. En marzo fue nacionalizado el BCRA con el objetivo de dirigir el sistema financiero hacia el apoyo de la industrialización y el logro de un alto grado de ocupación, y Miranda quedó al frente de la institución (Rougier, 2018). El decreto de nacionalización destacó que la política monetaria no podía confiarse a un organismo mixto como era el BCRA hasta ese momento, en cuya determinación podía influir el interés privado de los bancos que participaban del capital de la institución. Luego se nacionalizaron los depósitos y se creó un “Sistema del Banco Central” al cual se incorporaron los bancos oficiales existentes y los privados. De acuerdo con su óptica, estas medidas permitirían la movilización de los depósitos bancarios no utilizados para destinarlos al crecimiento económico. A la vez, como la liquidez bancaria perdía relación con el plazo al que se colocaba el total de los depósitos, desaparecían las razones para que el crédito se orientara al corto plazo. Con el régimen iniciado en 1946, el crédito podía orientarse al mediano y largo plazo, dado que los bancos no tenían depósitos a la vista en su pasivo, sino una deuda prácticamente sin término con el BCRA. Finalmente, dentro de la “reforma financiera” fue creado el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI), también a instancias de Miranda, quien asumió su presidencia y se encargó de su justificación. Entre sus atribuciones fundamentales se encontraban el derecho de manejar las exportaciones e importaciones del país, tramitar convenios internacionales y asesorar al BCRA en la fijación del tipo de cambio.

El conjunto de disposiciones de la reforma financiera pretendía constituir el punto de apoyo del amplio programa de fomento económico trazado por el gobierno nacional. Las justificaciones teóricas de estas medidas nunca fueron arriesgadas de manera explícita. La experiencia previa de los funcionarios que quedaron a cargo del BCRA y el despliegue de la industrialización determinaron, al parecer de manera importante, esa normativa, sin antecedentes en el plano internacional.⁶ Ello explicaría también la gran improvisación existente a la hora de fundamentar las decisiones: el encargado de informar al Congreso sobre la

⁶ En Europa, las nacionalizaciones también fueron parte de la respuesta a los problemas de la posguerra: Francia, Inglaterra, Holanda, Alemania, Italia y otros países adoptaron –en distinto grado– esta política a partir de 1946, pero se nacionalizaron los bancos y no los depósitos.

acción del BCRA era John Cooke, un abogado a quien sus colegas de la bancada peronista lo llamaban “especialista” en materia económica.⁷ Cooke destacó las dificultades para hacer política de fomento con el anterior sistema y las potencialidades de la planificación para “evitar fluctuaciones”. Desde ese punto de vista, las medidas contempladas en la “reforma” constituían “un arma equilibradamente calculada para proteger la economía de los contragolpes de eventuales crisis”.⁸ No obstante, también se aprecian ciertas referencias al sistema de garantía del 100% desarrollado por economistas vinculados a la Escuela de Chicago con el propósito de evitar la inestabilidad del sistema bancario comercial y su secuela de crisis financieras, aunque, claro está, con un fin muy diferente.⁹

A partir de 1946, el máximo poder de decisión económica del gobierno quedó en manos de Miranda (al frente del Ministerio de Hacienda fue designado Antonio Cereijo).¹⁰ No solo era presidente del BCRA, sino también del Consejo Económico y Social, un

⁷ Sobre las ideas económicas de Cooke, ver Rougier (2019).

⁸ Así lo sostuvo el diputado oficialista Antonio Benítez en la Cámara de Diputados de la Nación al tratarse los decretos del gobierno militar (*DSCDN*, 4/12/1946).

⁹ En rigor, el sistema pensado para los Estados Unidos tenía como propósito evitar la intervención estatal que resultaría de mantener el sistema de reservas fraccionarias (Hart, 1935). La idea de establecer un sistema bancario con encajes del 100% sobre los depósitos a la vista se puede remontar al siglo XVIII. En particular, tomó importante difusión en los Estados Unidos a partir de 1933, cuando un grupo de economistas de la Universidad de Chicago encabezados por Henry C. Simons (quien venía estudiando el tema desde la década previa) lanzó la propuesta. Al año siguiente fue aceptada y difundida por el reputado economista Irving Fisher, y estuvo en debate hasta la entrada norteamericana a la guerra a finales de 1941. El objetivo central de la reforma era quitar a las instituciones la función creadora de moneda que –para estos economistas– era el origen de las fluctuaciones económicas y transformarlas estrictamente en entidades de inversión para canalizar el ahorro genuino. Propiciaba imponer “un completo divorcio... entre el dinero como función gubernamental y el crédito como función bancaria”. En suma, la operación bancaria debía reducirse a encontrar colocaciones para los depósitos a plazo, mientras operaban como simple resguardo de los depósitos de corto plazo. A pesar de plantearse más de una vez tanto desde el Congreso como desde el Poder Ejecutivo, no se logró aprobar, en parte por la oposición de los mismos bancos (Allen, 1993).

¹⁰ Cereijo cursó estudios en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini entre 1927 y 1931, donde se graduó como perito mercantil. Luego estudió en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, se recibió de contador público en 1934 (con diploma de honor), de actuario en 1935 (con diploma de honor) y de doctor en Ciencias Económicas en 1941. Su tesis abordó las conferencias internacionales del trabajo de los Estados americanos miembros de la OIT, en un análisis comparativo con la legislación argentina. Comenzó ejerciendo su profesión en la Dirección General del Impuesto a los Réditos en 1936. En los siguientes años desempeñó varios cargos en la administración pública, como veedor de la Contaduría General de la ciudad de Buenos Aires o como asesor del Consejo Nacional de Previsión Social, y en 1940 realizó algunos trabajos de estadística encomendados por el ministro de Hacienda, Federico Pinedo. También realizó planes actuariales de compañías de capitalización y crédito recíproco, mientras desarrollaba tareas docentes en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Con la llegada del peronismo al poder fue nombrado ministro de Hacienda, cargo que desempeñó hasta 1952. Según su recuerdo, “era candidato para presidir la Caja de Jubilaciones del Personal de la Industria. Pero Diego Molinari convenció a Perón de que hacía falta un técnico en Hacienda, donde siempre se nombraban abogados”. Fue el primer egresado de Ciencias Económicas en ocupar el Ministerio de Hacienda. Su labor como ministro se limitó principalmente a la administración de los recursos públicos, puesto que la mayor parte de las decisiones económicas partían desde el Banco Central y del Consejo Económico Nacional, dirigido primero por Miguel Miranda. Dado que los miembros prominentes de la conducción económica no desplegaron muchas de sus ideas por escrito, Cereijo se transformó en el encargado de justificar y difundir muchas de las medidas del área en esos primeros años a través de distintas publicaciones oficiales y semioficiales (ver, por ejemplo, Cereijo, 1947, 1948a, 1948b y 1949).

D

cuerpo consultivo de la Secretaría Técnica que, como señalamos, definió los lineamientos del Primer Plan Quinquenal. A mediados de 1947, Miranda quedó al frente de un nuevo organismo ubicado por encima de los ministerios y secretarías vinculadas a los aspectos económicos y financieros, el Consejo Económico Nacional (CEN), mientras que Maroglio, su mano derecha, pasó a conducir el BCRA. Desde el CEN, Miranda continuó coordinando la política financiera y crediticia y las nacionalizaciones de los servicios públicos, y suscribió numerosos acuerdos comerciales con distintos países. Entre sus iniciativas más destacadas se encuentra la nacionalización de los ferrocarriles, que suponía también la resolución de otros problemas vinculados al intercambio comercial con Gran Bretaña, como los saldos de libras bloqueadas y precios de exportación de carnes (tratados conocidos como Miranda-Eady y Pacto de Andes).¹¹ Por estas iniciativas, Perón lo nombraba “mago” o “zar” de las finanzas, y posteriormente lo reconoció como “un verdadero genio” (Perón, 1958).

Dado su gran protagonismo, Miranda acaparó numerosas críticas por las políticas económicas desplegadas, y también fue blanco de varias denuncias de corrupción, especialmente por algunas intervenciones del IAPI y en el manejo y otorgamiento de permisos de importación y usos de divisas a determinadas empresas. Un problema que fue adquiriendo cada vez más visibilidad fue la inflación. Se había desplegado una expansión deliberada de los medios de pago con el fin de mantener una fluidez monetaria acorde con el financiamiento del sector industrial y de las obras del gobierno. En un primer momento, el gobierno juzgó la inflación como un problema transitorio, derivado de la falta de bienes para cubrir la demanda (dados los efectos de la guerra y del bloqueo económico) (Berrotarán *et al.*, 2006). En la óptica oficial, el creciente proceso inflacionario se solucionaría con la maduración de la política económica implementada. En agosto de 1947, Miguel Miranda lo señalaba así:

Lo que estamos haciendo frenéticamente en estos momentos es la primera fase; estamos construyendo e instalando bienes de capital que dan ocupación y trabajo, pero que todavía no producen bienes ni dan renta. Se crea, como es natural, una capacidad de compra en la población, que momentáneamente no puede satisfacerse porque siguen faltando bienes de consumo. Pero tan pronto nuestra industria empiece a producir, se originará una corriente de nuevos bienes de consumo en el mercado y desaparecerá la causa principal del alza actual de los precios (1947: 74).

El proceso se agravó al año siguiente, entre otras causas, por la presión del pleno empleo alcanzado, el que “excedía los límites técnicamente aceptables”. Frente a ello, las primeras medidas buscaron reducir el déficit fiscal, lo que se logró en parte mediante la reducción de gastos de capital, la disminución de los subsidios a las empresas del Estado y de las compras de bienes y servicios, aunque el empleo público continuó en aumento. Además, se aplicaron mayores restricciones a las importaciones. Existía consenso en torno a que “la primera etapa de la revolución económica ha sido ya cubierta [...] cabe proceder al

¹¹ La nacionalización de los ferrocarriles era sustentada por varias corrientes del nacionalismo vernáculo y, en especial, por el grupo FORJA. De hecho, se reconoce a Scalabrini Ortiz como uno de los grandes impulsores.

reajuste” encareciendo el dinero y “dejando a salvo aquellas actividades productivas de reconocida importancia social a las que se puede fomentar mediante préstamos especiales” (Rivera, 1948: 450). En la perspectiva oficial, continuar con la política expansiva hubiese sido generar únicamente inflación; además, también aconsejaban la contracción de ese proceso las perspectivas desfavorables de la coyuntura internacional y las consecuencias que se derivaban de los causes bilaterales impuestos al desarrollo de nuestro comercio exterior (BCRA, 1952). En efecto, la situación se combinó con los problemas en el sector externo, con una fuerte caída de las reservas del BCRA. A fines de octubre de 1948, el Banco Central emitió la Circular 1040 con medidas tendientes a detener la inflación. La circular estableció, entre otras cosas, que los bancos debían suspender los préstamos de carácter especulativo y se disminuían los límites de redescuento, al tiempo que se aumentaba en un 1% los tipos mínimos de interés (Rougier, 2001). La primera de estas medidas estaba destinada a “combatir uno de los más importantes focos del proceso inflacionario”, y la segunda disminuía el circulante al quitar poder de compra a las masas consumidoras, y aliviaba la presión sobre la demanda de bienes de consumo.¹²

A fines de enero de 1949, frente a nuevas denuncias y una fuerte caída de las cotizaciones en la Bolsa de Valores, Miranda fue desplazado de sus cargos y reemplazado por Gómez Morales, hasta entonces subsecretario de Comercio.¹³ Los tiempos de préstamos generosos de Miranda habían pasado y era necesario tomar un nuevo camino con criterios de mayor racionalización, aunque Perón no dejaba de reconocer la labor clave del “zar de las finanzas” en el diseño de la política económica de los primeros años. Gómez Morales señaló tiempo después que el presidente quería

... rectificar una cantidad de cosas que había hecho Miranda, propias del período inicial de él, pero que resultaban difíciles de mantener en un período posterior, Perón creyó entender que estaba haciendo, implícitamente, una crítica a Miranda. Él me dijo: sí, ya sé que Miranda en algunas cosas chapuceaba bastante, pero, dígame, si yo lo hubiera llamado a usted en 1946 y le hubiera dicho que había que hacer esto, que había que nacionalizar el Banco Central, que había que nacionalizar los depósitos, etc., usted, funcionario de carrera, ¿qué hubiera contestado? Y manifesté: probablemente que no se podía hacer. ¡Ah! Eso me pasó con muchos, Miranda dijo que sí, que se podía hacer, y ese es el mérito de Miranda (cit. en Rougier, 2012).

Gómez Morales presentaba un perfil técnico más acorde para resolver los dilemas que se le presentaban a la economía argentina. De hecho, señaló que “Miranda se fue porque era un improvisado. Un ejecutivo metido a cosas que evidentemente requerían otra formalidad”.¹⁴

¹² “Comentarios económicos financieros”, en *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, año 38, n° 23, 1950.

¹³ Miranda se estableció en Montevideo, desde donde continuó con la administración de sus propiedades industriales. Murió en esa ciudad de un ataque al corazón el 21 de febrero de 1953.

¹⁴ Entrevista a Gómez Morales, en Rapoport (2015: 355). Roberto Ares había sido designado en la Secretaría de Economía (luego Ministerio) en enero de 1949. Había estudiado en el Colegio Carlos Pellegrini, y en 1930 ingresó a la Facultad de Derecho de la UBA, donde se recibió de abogado. Se dedicó a realizar trabajos profesionales, y en 1934 ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores, en la sección de Culto y Beneficencia.

D

Había nacido en 1908 en el seno de una familia de inmigrantes españoles en el barrio porteño de Villa Crespo. Estudió en el Colegio Carlos Pellegrini y luego ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, donde se recibió de contador público nacional en 1932 (paralelamente realizó algunos cursos del Doctorado en Economía, pero no presentó su tesis). Poco después de terminar sus estudios ingresó a la recién creada Dirección General de Impuestos a los Réditos (DGIR), donde pasó por distintas dependencias, y luego, en Capital Federal, se desarrolló como Inspector de Exportadores y de Empresas Financieras. En 1937 participó en la organización de la Superintendencia de Seguros. Dada su ya extensa experiencia, el gobierno militar lo convocó para distintas tareas en el Ministerio de Hacienda (organizó, por ejemplo, la Dirección de Abastecimientos). En 1944 fue designado gerente de la DGIR y mantuvo ese cargo hasta 1947, ya durante el primer gobierno peronista, cuando fue designado director de Capital Federal de la ahora nombrada Dirección General Impositiva. En 1946 fue presentado a Perón por Cereijo en una reunión con Miranda, en la que se discutía el rescate de títulos nacionales, para que hiciera una investigación sobre posibles negociados en la bolsa. Entre 1947 y 1948 se desempeñó como subsecretario de Comercio por influencia también de Diego Molinari (a quien consideraría después como un “ultranacionalista”, un “francotirador”). En enero de 1949, Gómez Morales fue designado presidente del BCRA y secretario —con rango de ministro— de la nueva Secretaría de Finanzas. A mediados de año, con motivo de la creación del Ministerio de Finanzas, Gómez Morales avanzó en la modificación del sistema financiero poniendo al BCRA bajo su coordinación, mientras el Consejo Económico Nacional (CEN), del cual era su presidente, elaboró un Plan de Acción en Materia Económica que proponía una devaluación para alentar la producción agropecuaria y políticas restrictivas en materia crediticia. Según Gómez Morales, se trataba de una corrección menor a diferencia de la que había propuesto Miranda al final de su gestión: “Había decidido hacer una gran devaluación, pero se le quemaron los papeles y debió irse [...] una formidable devaluación que el equipo económico que asumió en ese momento, Cereijo, Roberto Ares, el ministro de Industria, Barro, y yo no aceptamos”.¹⁵

Gómez Morales agrupó las nuevas ideas y propuestas en su libro *Política económica peronista* (1951), donde procuraba adecuar los lineamientos más generales de la “filosofía peronista” condensados en las políticas llevadas a cabo hasta 1949 con las nuevas circunstancias. Para el principal conductor de la economía argentina, la aplicación de teorías desarrolladas en los grandes centros industriales había conducido a políticas contrarias a los intereses del país; en cambio, la teoría fundada en la “Doctrina Justicialista”, “profundamente cristiana y profundamente humanista”, se identificaba con el desarrollo

cia, y en 1943 fue trasladado a la sección de Relaciones Exteriores. Posteriormente cumplió funciones en el Departamento Económico de la Cancillería, y cuando Juan Atilio Bramuglia asumió en el Ministerio, fue designado director del Departamento Económico. José Barro, por su parte, había ingresado a la Administración Pública también en 1944 por influencia de Jauretche. Hacia 1946 fue nombrado director del Abastecimiento del Ministerio de Agricultura, y entre 1947 y 1948 se desempeñó como secretario de Industria y Comercio. Con la reforma de 1949 fue nombrado ministro.

¹⁵ Entrevista a Gómez Morales, en Rapoport (2015: 361 y 369).

económico argentino posterior a 1944, al que le correspondían dos etapas: “la expansión industrial y la recuperación del manejo de los resortes vitales de la economía”, y la etapa de la “estabilización económica y el crecimiento ordenado de las diversas actividades productivas del país”, dejando en claro que la expansión industrial tenía límites precisos y que las “repercusiones de carácter externo presionan a las puertas de nuestra economía”. Resultaba que, en la nueva etapa, la plena ocupación (que había promovido el impulso industrial en la posguerra) ya era un problema “definitivamente” superado, y pasado el período de “máxima industrialización” se debía avanzar hacia la “estabilización económica”, alentando la producción agropecuaria para resolver el problema de insuficiencia de divisas.

La leve mejora de las variables económicas en 1950 y la recuperación de las exportaciones inhibieron mayores medidas de ajuste que podían tornarse antipopulares. Pero el avance de la inflación, la pésima cosecha a fines de 1951 y la reaparición del déficit comercial revelaron la imposibilidad de seguir “manejando la crisis”. El ministro de Finanzas y sus colaboradores (agrupados en un autodenominado “Grupo Económico”) decidieron encarar un nuevo y más drástico plan de ajuste (para lo cual se adelantaron las elecciones que permitieron la reelección de Juan Perón). “Se le explicó a Perón —señaló Gómez Morales— que era absolutamente indispensable ordenar las cosas porque estábamos en un proceso inflacionario alimentado por un déficit muy grande de balanza de pagos y, por supuesto, indirectamente también del presupuesto”.¹⁶ El Plan de Emergencia Económica fue estructurado con el objetivo de resolver los dos factores de desequilibrio económico identificados: el aumento sostenido del consumo y el lento ritmo en el aumento de la producción. Para eso debían incrementarse los saldos exportables, reducir las importaciones a la medida de lo imprescindible y encarar una lucha más decidida contra la inflación (congelando los salarios y estimulando el ahorro).¹⁷

La consigna del momento pasó a ser el incremento de la productividad, la austeridad en el consumo y el fomento del ahorro.¹⁸ Esta concepción encontraba sustento en las teorías monetarias de la supercapitalización, cuyos modelos del ciclo económico ofrecían un marco de análisis más apropiado para explicar la crisis que las teorías del subconsumo, otrorapreciadas por los funcionarios e ideólogos del peronismo económico (Rougier y Fiszbein, 2004). La introducción de esas teorías como hipótesis marco para la interpretación de la situación argentina fue realizada contemporáneamente por Pedro Bonanni (1953), un abogado y contador público nacional que había hecho carrera en la Caja Nacional de Ahorro Postal. A partir de 1948 había estado al frente de esa institución y como director del BCRA, y en 1952 pasó a ser ministro de Hacienda (en reemplazo de Cereijo), cuando el equipo que había hecho el plan fue casi totalmente desplazado.¹⁹ De acuerdo con las teorías

¹⁶ Entrevista a Gómez Morales, en Rapoport (2015: 360). Gómez Morales señala que fueron a ver a Perón con Cereijo, Barro y Ares a su residencia para comentarle la difícil situación. Luego, en el BCRA, le presentaron el plan, redactado por el propio Gómez Morales.

¹⁷ Nuevamente, Cereijo fue uno de los más conspicuos defensores públicos del plan económico (ver Cereijo, 1952).

¹⁸ “Aspectos generales y objetivos del Plan Económico de 1952”, *Hechos e Ideas*, octubre de 1952.

¹⁹ Bonanni no pertenecía al equipo de Gómez Morales, fue incorporado por Oscar Nicolini, un médico amigo de la familia de Eva Perón que había ocupado la presidencia de la Caja Nacional de Ahorro Postal. Por su

D

de la supercapitalización, el ciclo económico se encontraba vinculado a las fluctuaciones generadas por el desequilibrio entre la producción de bienes de consumo y de bienes de capital en la fase ascendente. Se consideraba que la capitalización y la acumulación de bienes de capital, por encima de las posibilidades reales de financiación (dadas por el ahorro), eran un fenómeno típico del sistema capitalista, que devenía necesariamente en situaciones de crisis, explicadas por la insuficiencia de ahorro. Estas teorías monetarias asignaban una relevancia fundamental al papel del sistema bancario.²⁰ Así, el movimiento ascendente se ligaba a una política crediticia expansiva: el dinero barato favorecía la inversión al inducir el aumento de la producción, la ocupación, el salario y el consumo. En la medida en que las nuevas inversiones no eran acompañadas por la formación de ahorro, el proceso de capitalización era endeble y tendía a revertirse: el dinero barato se transformaba en dinero inflacionario, los salarios no podían seguirles el paso a los precios, y entonces aparecían el aumento de la tasa de interés y la restricción del crédito como únicas salidas a la espiral inflacionaria. En esta perspectiva, el alza general de precios implicaba un ahorro compulsivo realizado por los consumidores, un ahorro forzado que financiaba la formación del capital durante el auge. La base teórica de esta interpretación se podía encontrar en *Prices and Production*, el influyente libro de 1931 escrito por Friedrich Hayek, y que había sido ampliamente difundido en el país tras la publicación de Haberler (1942).²¹

Aunque la crisis de 1949-1952 estuvo regulada por la dinámica del sector externo y la sobreinversión en bienes de capital no parecía ser un rasgo de la evolución económica durante el primer gobierno peronista, las tesis sobre la escasez de bienes de consumo y los efectos contraproducentes de la excesiva expansión monetaria sí parecían tener asidero para explicar la crisis, al menos en su manifestación interna. Esas tesis resultaron propicias para la nueva conducción económica peronista. En mayo de 1952, el gobierno dispuso la creación de un nuevo Ministerio Secretaría de Estado, denominado de Asuntos Económicos, encabezado por Gómez Morales, quien junto con Bonanni y Miguel Revestido, al frente de los ministerios de Hacienda y de Finanzas –respectivamente–, desecharon aquellas teorías del subconsumo que habían dado fundamento a los lineamientos económicos iniciales y

parte, Antonio Cafiero, que quedó al frente de Comercio Exterior, fue sugerido por Jerónimo Remorino, por ese entonces ministro de Relaciones Exteriores (también había sido funcionario de la CNAP). Por su parte, Rafael Armundaraín reemplazó a Barro por sugerencia de Juan Duarte. Gómez Morales permaneció en el gobierno (sostenido por Eva Perón, probablemente), pero se sentía como “peludo de regalo” en el nuevo equipo “evitista”. Con todo, siguió conservando gran parte del poder de decisión económica en los siguientes años, en parte por el recambio de algunos de estos hombres tiempo después.

²⁰ Bonanni señalaba que el instrumento de acumulación de capital y de la propiedad en la sociedad capitalista era de carácter esencialmente monetario y tenía su principal origen en la influencia del dinero creado por los bancos en la estructura de la producción, del consumo y de la distribución de la riqueza (sobre las ideas de Bonanni, ver Fiszbein, 2003 y Rougier y Fiszbein, 2004).

²¹ Otro autor ideológicamente cercano a Hayek y a Haberler que había utilizado argumentos similares era el alemán Wilhelm Röpke (que había sido traducido en Madrid ya en 1935 y en Buenos Aires en 1949), quien en un libro de 1936 había discutido las distintas interpretaciones sobre los ciclos, identificando las teorías de sobreproducción, subconsumo, factores psicológicos, desequilibrios entre ahorro e inversión y el papel destabilizador de la moneda y el crédito, entre otros.

llevaron adelante la política de ajuste y “racionalización”.²² Como está acreditado, el plan de estabilización fue exitoso y la economía inició una nueva senda de crecimiento hacia 1953, aunque, según Ares, Perón reconoció que “se le fue la mano” con el ajuste sobre el consumo popular.²³ También la nueva concepción propiciaría argumentos fuertes para avanzar en lineamientos de más largo plazo que tuvieron concreción en los años siguientes hasta la caída del gobierno de Juan Perón en septiembre de 1955 (ley de inversiones extranjeras, fomento del ahorro, Plan de Acción para el Equilibrio Económico Nacional, llamamiento al Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social, etc.) (Rougier, 2012).²⁴

Reflexiones finales

Muchas de las ideas del peronismo en materia económica se identifican con el pensamiento nacionalista, intervencionista, industrialista o incluso con posiciones cercanas al catolicismo social y el armonismo. Si bien estas perspectivas fueron parte del sustrato de ideas que terminó de conformar la concepción filosófica-política de la que se jactaba Perón, su impacto sobre las definiciones de política económica debe reconsiderarse. Claro está que muchas de las medidas iniciales (fomento de la industria, nacionalizaciones, IAPI, Plan Quinquenal) surgieron o fueron justificadas en línea con esos postulados, aunque también primaron situaciones concretas de la dinámica social y económica local y los particulares condicionantes del comercio y la economía internacionales. Aun así, las definiciones encaradas a partir de 1949, primordialmente, no remiten a ese palimpsesto de ideas y concepciones económicas; más bien, las políticas económicas implementadas tuvieron tras de sí ideas monetarias que pueden rastrearse en el marginalismo y la escuela austríaca, aplicadas en el marco de un sostenido y difuso nacionalismo pretendidamente ubicado en una tercera posición frente al capitalismo y el socialismo colectivista.

Desde una perspectiva que indague en la legitimación y guía de acción teórica, las ideas provenientes de los desarrollos conceptuales del subconsumo se constituyeron en el trasfondo teórico de la política inicial del peronismo, encaminada a incentivar el consumo popular y a fomentar el mercado interno. Con el advenimiento de la crisis, el peronismo buscó continuar el desarrollo sobre un modelo de crecimiento diferente, que se anclaba en

²² Revestido tenía una trayectoria similar a la de Gómez Morales, Cereijo y Bonanni en la administración pública. Era contador público y también realizó cursos del Doctorado en Ciencias Económicas (UBA). Había sido incorporado durante el gobierno militar como técnico del Departamento de Comercio, Investigaciones y Estadística de la Junta Nacional de Granos y luego fue designado jefe del Departamento de Contabilidad de Gas del Estado. En 1949 fue nombrado gerente general de YPF y en 1951 del Ferrocarril General Belgrano.

²³ “Entrevista a Roberto Ares”, en *Mercado*, agosto de 1972.

²⁴ Si bien primero se argumentó en favor del ahorro de las familias, cada vez más el discurso viró a promover la capitalización empresaria, fundamental para impulsar industrias intensivas en capital, propias de la segunda fase de industrialización, y el incremento de la productividad. Revestido sostenía, a comienzos de 1955, que la utilización del crédito bancario para la promoción del desarrollo económico, justificable en la primera etapa de la expansión industrial por la insuficiencia del ahorro interno, debía relegarse. En la nueva coyuntura económica, la capitalización de las empresas debía ser realizada a través de mecanismos de mercado “espontáneos”, especialmente a través del mercado accionario (Revestido, 1955: 256).

D

el incremento de la producción agropecuaria y el impulso de las industrias de base, esto es, en la profundización del modelo sustitutivo para evitar los estrangulamientos del sector externo. Este “cambio de rumbo” estuvo acompañado por un cambio en la concepción económica de la conducción peronista. La teoría monetaria de la supercapitalización constituyó a partir de ese momento el marco teórico más apropiado para un diseño de política que buscaba garantizar fuentes de recursos genuinas para la inversión. Esta es la razón por la que las medidas se orientaron a estimular y buscar la mejor manera de canalizar el ahorro interno (y luego el externo) e incrementar la productividad.

Esas ideas no fueron llevadas adelante por hombres vinculados al grupo Bunge, nacionalistas, militares industrialistas o católicos militantes que tuvieron mayor preponderancia y participación durante la gestión de Miranda (aunque este, cuando se precipitó la crisis, recurrió a medidas ortodoxas de ajuste), sino por un grupo de funcionarios de carrera, partícipe de las ideas nacionalistas en general, pero sobre todo con un claro perfil técnico, formado y cobijado en diversas dependencias de la administración pública que terminó por encumbrarse en el poder una vez que sobrevino la crisis del sector externo (y adquirió relevancia el fenómeno inflacionario), una vez que fue necesario “racionalizar” la economía peronista.

Bibliografía

- Allen, W. (1993). “Irving Fisher and the 100 Percent Reserve Proposal”. *The Journal of Law & Economics*, vol. 36, n° 2, pp. 703-717.
- Arana, M. (2021). “Usos y desusos de John M. Keynes en la academia y la política argentina a principios del siglo XX”. *Desarrollo Económico*, vol. 61, n° 234, pp. 151-171.
- BCRA (1952). *La política monetaria y crediticia al servicio del desarrollo económico de la República Argentina*. Informe presentado en la III Reunión de Técnicos de Bancos Centrales del Continente Americano. Buenos Aires: BCRA.
- Belini, C. (2007). *La industria peronista*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2009). “El Grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952”. *Latin American Research Review*, vol. 41, n° 1, pp. 27-50.
- Berrotarán, P. (2004). *Del plan a la planificación. El estado durante la época peronista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Berrotarán, P. y Villarruel, J. (1995). “Un diagnóstico de la crisis. El Consejo Nacional de Posguerra”. En Ansaldi, W. et al. (eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria 1912-1946*. Buenos Aires: Biblos, pp. 349-383.
- Berrotarán, P.; Gilbert, J.; Rougier, M. y Tenewicki, M. (2006). “La construcción de un problema: los debates en torno a la inflación. Argentina, 1940-1952”. *E-I@tina*, vol. 4, n° 14, pp. 43-70.
- Bonanni, P. (1953). *Teoría económica del ahorro*. Buenos Aires: Mundo Peronista.
- Campione, D. (2003). *Prolegómenos del peronismo. Los cambios en el estado nacional, 1943-1946*. Buenos Aires: Manuel Suárez Editor.

- Cereijo, R. (1947). *Fundamentos que inspiran la actual política económico-financiera del gobierno de la Nación*. Buenos Aires: Ministerio de Hacienda de la Nación.
- (1948a). “Los problemas de la hacienda pública argentina en relación con el plan de gobierno”. *Horizontes Económicos*, n° 29, enero.
- (1948b). *El factor salario en relación a la producción*. Buenos Aires: Casa de Moneda.
- (1949). “La política económica de la revolución”. *Hechos e Ideas*, n° 64-65, julio-agosto.
- (1952). “El plan económico de 1952 y la consolidación de la prosperidad nacional”. *Horizontes Económicos*, n° 78, marzo.
- Fiszbein, M. (2003). “Los fundamentos teóricos del fomento del ahorro en el segundo gobierno peronista. Las ideas de Pedro Bonanni”. X Encuentro de Cátedras de Ciencias Sociales y Humanísticas para las Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Entre Ríos, junio.
- Galasso, N. (2008). *Vida de Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires: Colihue.
- Gómez Morales, A. (1951). *Política económica peronista*. Buenos Aires: Escuela Superior Peronista.
- (1972). *Archivo de Historia Oral*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.
- Haberler, G. (1942). *Prosperidad y depresión: análisis teórico de los movimientos cíclicos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hart, A. (1935). “The “Chicago Plan” of Banking Reform”. *Review of Economic Studies*, vol. 2, n° 2, pp. 104-116.
- Miranda, M. (1947). “Cómo se dirigió nuestra economía y se retrasó el progreso industrial del país”. *Hechos e Ideas*, año VI, n° 42, agosto.
- Perón, J. (1958). *La fuerza es el derecho de las bestias*. Montevideo: Cicerón.
- Rapoport, M. (2015). *Historia oral de la política exterior argentina (1930-1966)*. Buenos Aires: Octubre.
- Rein, R. y Panella, C. (comps) (2013). *La segunda línea. Liderazgo peronista, 1945-1955*. Buenos Aires: Pueblo Heredero.
- Revestido, M. (1955). “El Ahorro Nacional y el Congreso de la Productividad. Discurso del ministro de Finanzas de la Nación, doctor Miguel Revestido, pronunciado en el Congreso Nacional de la Productividad y Bienestar Social”. *Hechos e Ideas*, año XV, n° 131, marzo.
- Rivera, J. M. (1948). “Reajuste Económico”. *Hechos e Ideas*, año VIII, n° XIII, junio.
- Röpke, W. (1936). *Crises and Cycles*. Londres: William Hodge & Co.
- Rougier, M. (2001). *El Banco Industrial durante el primer peronismo (1944-1955)*. Buenos Aires: CEEED.
- (2012). *La economía del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2018). “1946-1955: El Banco Central durante el primer peronismo. Un instrumento clave de la política económica y la promoción de los sectores productivos”. En Rougier, M. y Sember, F. (coords.), *El Banco Central de la República Argentina en la promoción del desarrollo (1935-2015)*. Buenos Aires: Ciccus, pp. 137-195.

D

- (2019). “Hacia una concepción económica peronista”. En Cooke, J. W., *Escritos económicos*. Buenos Aires: Punto de Encuentro, pp. 7-24.
- Rougier, M. y Fiszbein, M. (2004). “De Don Derrochín a Maese Ahorrín. El fomento del ahorro durante la economía peronista”. En Berrotarán, P.; Jáuregui, A. y Rougier, M., *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Estado y políticas públicas durante el peronismo 1946/1955*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Rougier, M. y Mason, C. (coords.) (2020). *A las palabras se las lleva el viento, lo escrito queda. Revistas y economía durante el peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Rougier, M. y Odisio, J. (2023). *Industry and Development in Argentina. An Intellectual History, 1914-1980*. Londres: Routledge.
- Sowter, L. (2013). “Conflictos y acuerdo en torno a la legitimidad de la intervención estatal peronista: el IAPI y los actores rurales (1945-1955)”. *Estudios Interdisciplinarios de America Latina y El Caribe*, vol. 24, n° 2, pp. 105-129.
- Stawski, M. (2012). *De los Consejos al Ministerio. La gestión de la economía y las transformaciones de la trama burocrática estatal bajo el peronismo (1946-1955)*. Tesis de Doctorado. Los Polvorines: UNGS.

Pluma y espada, hacia las condiciones de posibilidad de circulación del entramado austríaco en Argentina

María Paula de Büren¹

Resumen

El avance de lo que comúnmente se denomina derechas en Argentina en los últimos años es un fenómeno que ha sorprendido a muchos. No asombra tanto el poder que ejercen, sino el consenso que alcanza el entramado discursivo que las sostiene y la circulación de enunciados que llevan por nombre Escuela Austríaca de Economía. Dentro sus filas suenan voces que remiten a dicha corriente en personajes que convocan a fracciones relevantes de nuestra sociedad.

El trabajo que aquí damos inicio busca presentar desde un abordaje arqueológico algunos elementos que brinden ciertos visos de inteligibilidad en torno a la pregunta que indaga respecto de cuáles son las condiciones que han hecho posible que enunciados formulados en la pequeña Austria de fines del siglo XIX y el siglo XX circulen en la Argentina de nuestros días.

Introducción

El presente dossier dirige sus esfuerzos a indagar y visibilizar los aportes del pensamiento económico nacional argentino; sin embargo, este escrito dirige su mirada hacia una corriente de pensamiento foránea. ¿Cuál es el objeto de su incorporación entre estas páginas entonces? Acontece que, a pesar del basto pensamiento desarrollado en nuestras tierras y continente, el abordaje vernáculo se silencia, se invisibiliza, se torna difícil de escuchar, aprender y expandir frente al ruido que provocan enunciados difundidos por quienes se encolumnan en escuelas foráneas como las que este trabajo aborda. En tal sentido, el

¹ Licenciada en Economía. Magíster en Desarrollo Económico para América Latina (UNIA, España). Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Profesora en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), CBC (UBA), UNPAZ. Investigadora adjunta (CONICET- IIGG).

texto al que damos inicio dirige su mirada hacia las condiciones de posibilidad de tal ruido, hacia los elementos que permiten dar cuenta de la factibilidad de su producción, difusión y expansión hacia el territorio local. Para ello, tras hacer explícita la perspectiva epistemológica desde la que nos acercamos a nuestro objeto de estudio, observaremos las condiciones de producción y difusión de los enunciados que llevan por nombre Escuela Austríaca de Economía en sus superficies iniciales de emergencia y centraremos el análisis en algunos elementos que permiten dar cuenta de su circulación en nuestras tierras.

En el campo de la epistemología existen diversas posturas respecto de las formas de abordar el estudio de la ciencia. A grandes rasgos, dice Canguilhem (2009), podemos encontrar dos grandes tradiciones: una anglosajona y otra francesa. La primera, cuyos representantes más destacados encontramos en la figura de Karl Popper y el positivismo lógico, entiende que es posible hacer una historia interna de la ciencia, que ella se caracteriza por progresar de manera lineal y acumulativa, por constituirse en un conjunto sistemático de enunciados afirmativos de carácter verdadero o provisoriamente verdadero y que aquello que explica la vigencia, olvido y circulación de las proposiciones que una teoría produce es su verdad o falsedad. En oposición a la anterior, la tradición francesa, donde encontramos aportes de autores como Gastón Bachelard, Georges Canguilhem y Michel Foucault, considera que no es posible comprender un campo de enunciación si no se tienen en cuenta sus condiciones de producción y sus reglas de aparición, reproducción, desaparición y circulación, lo cual torna imperioso abordar la superficie de emergencia que nutre su existencia.

Siguiendo esta última perspectiva y, más precisamente, las labores de Michel Foucault (2002), entendemos que a la hora de analizar los enunciados que llevan por nombre Escuela Austríaca de Economía es preciso abordar el conjunto de prácticas discursivas y extradiscursivas, posiciones de sujetos, instancias de delimitación y articulaciones estratégicas de las que brotan tales enunciados. Este será el objeto del presente escrito: abordar algunos elementos centrales que permitan dar cuenta de las condiciones de existencia y circulación de dichos enunciados en nuestro territorio.²

Si bien el dossier que nos reúne destina su mirada al pensamiento económico en circulación en el territorio nacional argentino y el presente artículo busca analizar la circulación de una escuela de pensamiento en dichas tierras, sus orígenes son foráneos. Esto torna necesario observar sus condiciones de emergencia en el lugar donde inicialmente adquirieron materialidad antes de abordar su arribo local.

² El presente trabajo no llega a abordar el análisis de enunciados debido a restricciones de extensión y por lo tanto focaliza su atención en otra dimensión del objeto estudiado; sin embargo, ello ha sido indagado en otros escritos de la autora (De Büren, 2011, 2013, 2018, 2020).

La Escuela Austríaca de Economía en su superficie inicial de emergencia

Si nos preguntásemos respecto de espacios que nos permiten dar cuenta de articulaciones estratégicas relevantes de la Escuela Austríaca de Economía (EAE) y que nos den cuenta de su capacidad de expansión en el siglo XX, se torna necesario dirigir nuestra mirada a dos instancias nucleares: la celebración en el año 1938 del Coloquio Walter Lippmann y la inauguración de la hasta ahora vigente Mont Pèlerin Society en el año 1947. Ambas se constituyen en ámbitos centrales de organización política, y la EAE confluye allí con otras escuelas de pensamiento, empresarios, políticos y dueños de medios de comunicación con objeto de dar difusión al entramado discursivo que produce en su seno. Un dispositivo que elabora con objeto de enfrentarse al keynesianismo, el Estado de bienestar y el comunismo bajo el diagnóstico de que la vigencia del ordenamiento mercantil se encuentra amenazado debido a la expansión de determinadas concepciones de la historia e interpretaciones de la realidad. Ambos espacios son liderados por los representantes más reconocidos de la escuela: Friedrich Hayek y Ludwig von Mises. Numerosos autores reconocen esas instancias como los momentos centrales de la organización del movimiento neoliberal a escala mundial (Harvey, 2007 y 2013; Anderson, 2003; Denord, 2002; Laval y Dardot, 2013; Foucault, 2007; De Büren, 2015, Murillo, 2018).

Esta escuela —que reúne a sus miembros con empresarios y políticos de diversos puntos del globo, que ha desplegado centros de difusión a escala global y en cuyos documentos oficiales encontramos mencionado, en sus primeras instancias, el neologismo “neoliberalismo” (De Büren, 2019; Foucault, 2007)— halla algunos de sus orígenes en la obra de Carl Menger, *Principios de economía política* (1996 [1871]). Un escrito que, a decir de Hayek (1996 [1935]), hubiese quedado en el olvido de no haber sido rescatado por Eugen Böhm Bawerk y Friedrich von Weiser. Sin embargo, como tantas obras que han pasado a la posteridad ennoblecidas como clásicas, la de Menger ha sido escrita en las proximidades de las cortes reales, esto es, en los centros decisores de gobierno.

Respecto de ello, es relevante observar —desde el abordaje aquí desplegado— aquello que Michel Foucault conceptualiza como *posición de sujeto, instancias de delimitación y superficie de emergencia*, de las que brotan los enunciados que se pronuncian en dicha obra y se hacen circular en su difusión. Carl Menger es elegido por Francisco José I de Austria para dirigir la formación de quien debería suceder su función en el gobierno del devenir del Imperio austrohúngaro, Rudolf, el entonces príncipe heredero de la monarquía Habsburgo, una casa imperial acostumbrada a disputar, dirigir y librar acontecimientos centrales de la geopolítica mundial.

Uno de los sucesos que permiten visibilizar la relevancia política de Austria y los Habsburgo es el rol que ellos desempeñan en todo el proceso de restitución del absolutismo monárquico en Europa tras la caída de Napoleón. Es precisamente la corte Habsburgo, encabezada por el emperador Francisco I de Austria y asesorada por Klemens von Metternich, la que conduce el proceso de restauración monárquica, cristalizado en la celebración

D

del Congreso de Viena (1814-1815) y en la conformación de la Santa Alianza (1815). Acontecimiento, el primero, a partir del cual las familias monárquicas recuperan su preeminencia y Austria sella su predominio respecto del resto de las potencias monárquicas pares; y acuerdo estratégico, el segundo, que une en coalición en su primer momento a las dinastías gobernadas por Federico Guillermo III de Prusia, Alejandro I de Rusia y Francisco I de Austria para, en instancias posteriores, adicionar otras monarquías europeas (Wickenburg, 1964).

Sin embargo, no se restringen al viejo continente los destinos que esta Casa está acostumbrada a disputar. Los Habsburgo ocuparon el trono del Sacro Imperio Romano Germánico desde el año 1438 hasta su disolución en el año 1806 —con una breve interrupción entre los años 1740 y 1745—, y expandieron su regencia a través de una serie de alianzas matrimoniales (Silio, 1969). En el siglo XVI, su dominio alcanza los territorios hoy español y holandés, justo en el momento de mayor expansión colonial de tales espacios. Su influencia sobrepasa las fronteras del viejo continente para intervenir en la expansión de los modos de organizar lo social propios de Europa a otras tierras (Wickenburg, 1964).

Por una parte, lo que hoy denominamos España ha sido gobernado por la Casa de Austria o Casa de Habsburgo desde la proclamación como rey de Carlos I en 1516, hasta la muerte, sin sucesión directa, de Carlos II en el siglo XVIII. Esto, a causa de que previamente Maximiliano I unió en alianza matrimonial a su primogénito y sucesor Felipe I con la heredera de los reyes católicos, Juana I. Tras el fallecimiento de cada uno de sus abuelos, el primogénito de ambos, Carlos I de España o Carlos V del Sacro Imperio Germánico, rige los territorios españoles desde 1516 y los germánicos desde 1519, y dirige —en su regencia— las conquistas del Imperio azteca, encomendada a Hernán Cortés, en cuyos territorios se establece el Virreinato de Nueva España, y del Imperio inca, llevada a cabo por la figura de Francisco Pizarro, en cuyos territorios se establece el Virreinato del Perú, con capital en Lima (Ruiz Ortiz, 2012; Wickenburg, 1964; *The worlds of the Habsburgs*, 2019, Alonso García, 2009; Silio, 1969).

Por otra parte, la zona de Flandes o los territorios situados en lo que hoy conocemos bajo el nombre de Holanda, para los siglos cercanos a la regencia Habsburgo se constituye en el modelo colonial por excelencia y en el centro de la manufactura textil. La industria flamenca se consolida como el principal factor de tracción de valorización de las tierras inglesas ahora empleadas para el pastoreo de ovejas y la consecuente expulsión poblacional del territorio anglosajón. Flandes se erige en el punto de disputa central de los enfrentamientos entre las monarquías española, francesa e inglesa, que culminan con la Paz de Utrecht, a partir de la cual Inglaterra consolida su monopolio en el comercio de esclavos (Marx, 2008 [1867]; Moro, 2003).

Estos procesos históricos pueden parecer lejanos a la hora de analizar la conformación y el ascenso del proyecto neoliberal. Sin embargo, cobran relevancia cuando reflexionamos en torno a las múltiples capas arqueológicas que atraviesan las corporalidades, los horizontes de enunciación, las posibilidades del ver y del hablar, las prácticas de la dinastía Habsburgo y el entramado político-social que materialmente sostiene las estrategias

discursivas y extradiscursivas de un proyecto político que busca imponer en el conjunto del globo – como lo ha caracterizado Susana Murillo (2018)– un nuevo *modelo civilizatorio*, aquel que sus propios formuladores han dado en llamar “neoliberalismo” (De Büren, 2019), lanzado desde una estructura política, económica, social y familiar, desde las diversas capas arqueológicas que constituyen sus corporalidades individuales y sociales y las diversas alianzas que conforman con objeto de sostener una posición privilegiada en una estructura social global que, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, se encuentra en crisis por el largo proceso de decadencia monárquica y el ascenso de las múltiples revueltas obreras. Remitirnos a las prácticas y disputas habsburgas del siglo XVI nos permite relevar continuidades de un entramado de poder asentado en múltiples capas arqueológicas y observar que desde el andamiaje habsburgo y todo lo que este suscita ya han sido proyectados e impuestos procesos civilizatorios de poblaciones y territorios para su gobierno como formas de conducir conductas individuales y colectivas de amplios conglomerados sociales, es decir, como despliegue de lo que Foucault (2007) conceptualiza como *arte de gobierno*.

Retornando a los momentos próximos a la emergencia de los enunciados que llevan por nombre *Principios de economía política* (1871) de Menger, considerada posteriormente la obra inaugural de una de las escuelas líderes del movimiento neoliberal, podemos agregar que, si bien el avance bonapartista fracciona los alcances del Sacro Imperio Germánico, Francisco I consigue unir en alianza matrimonial a su hija María Luisa con Napoleón y obtener, de ese modo, supremacía política frente a Rusia. Francisco I es sucedido por Fernando I, quien gobierna entre 1835 y 1848 bajo la supervisión de un consejo encabezado por su hermano Francisco Carlos, Klemens von Metternich y el conde Francisco Antonio Kolowrat. La serie de levantamientos obreros acontecidos en Europa a mediados del siglo XIX –entre los que se destacan la Comuna de París (1848) y las revueltas que en Inglaterra se cristalizan en la declaración del manifiesto comunista (1848)– derivan en Viena en lo que se denomina la “Primavera de los pueblos”, concluyen el proceso de restitución de monarquías absolutistas y dan por finalizada la regencia de Fernando I (Wickenburg, 1964).

Entre 1848 y 1916 asume el trono de Austria su sobrino, Francisco José I, un monarca que, por mandato de Von Metternich, ha sido instruido, desde hace tiempo, para desempeñarse como sucesor de la Corona. Bajo su reinado da inicio la Primera Guerra Mundial, tras el asesinato de su sucesor, el archiduque Francisco Fernando, acaecido en junio de 1914, contienda cuya conclusión implicó la derrota definitiva de las monarquías europeas, el ocaso del Imperio de los Habsburgo, materializado en la disolución del Imperio austrohúngaro, y la emergencia de la República de Austria (*ídem*).

En tal superficie de emergencia, Carl Menger publica *Principios de economía política* (1871), un conjunto de enunciados que permiten enfrentar la teoría del valor trabajo y la legitimidad de los levantamientos obreros y los movimientos marxistas que aquella teoría refuerza, e *Investigaciones sobre el método de las ciencias sociales* (1883), un escrito que enfrenta los postulados de la Escuela Histórica Alemana y, con ello, el reformismo de los denominados socialistas de sillón (Dobb, 2004 [1973]; De Büren, 2011 y 2020; Karataiev y Rindina, 1965; Hayek, 1996 [1935]). Menger asume en la Universidad de Viena

D

los cargos de *privatdozent* en 1872 y titular de cátedra en 1879, y es designado tutor del entonces heredero del trono de Francisco José I, el príncipe Rudolf, en el año 1876. Tales son las posiciones de sujeto e instancias de delimitación desde las que son pronunciados aquellos enunciados que Hayek afirma que podrían haber quedado en el olvido de no haber sido rescatados por Friedrich von Weiser y Eugen Böhm Bawerk. Este último retoma los postulados de la teoría del valor trabajo de Menger para desarrollar su *Teoría positiva del capital* (1889), y con ella enfrentarse a la teoría de la explotación y el plusvalor de Marx.

La Escuela Austríaca de Economía en su articulación estratégica global

Böhm-Bawerk fue profesor en la Universidad de Innsbruck y ministro de Hacienda de Viena, y dirigió un seminario destinado a discutir la teoría del valor en la Universidad de Viena. Allí participó Ludwig von Mises, quien inauguró en 1920 un *Privat-Seminar* en la Cámara de Comercio de Austria, donde dictó clases quincenales a personalidades como Friedrich Hayek y Lionnel Robbins, y desde donde afirmó haber cumplido el rol de ministro de Hacienda de Austria (Von Mises, 2001).

Posteriormente, Friedrich Hayek logra que Lionnel Robbins imponga una nueva significación de inspiración austríaca a la definición disciplinar y lo invite a disertar en la London School of Economics, un espacio donde libra discusión con Maynard Keynes (Kirzner, 2011).

Von Mises consideraba que los destinos del planeta se librarían en los Estados Unidos, probablemente por ello, en la década de 1940, emigra a dichas tierras. Hayek lo seguirá cuando consiga incorporarse en calidad de profesor a la Universidad de Chicago, en el año 1948. En ese proceso, la Escuela Austríaca deja de expandirse en Austria para dar inicio a su divulgación en los Estados Unidos (Cachanosky, 1984; Von Mises, 2001; Hartwell, 1995).

En el año 1947, ambos fundan Mont Pèlerin Society, un espacio que articula empresarios, dueños de medios de comunicación, políticos e intelectuales abocados a dar batalla al comunismo y a toda forma de intervención estatal del mercado bajo las premisas de que tales modalidades se han expandido debido a la difusión de determinadas interpretaciones de la historia y la realidad, y de que la forma más efectiva de darles batalla es, por un lado, construir un nuevo entramado discursivo crítico de esas interpretaciones y legitimador de los ordenamientos que se desean imponer; y, por otro lado, difundir esa masa de enunciados en el conjunto del globo (De Büren, 2015 y 2021).

Esto hace que una de las múltiples estrategias de los miembros de Mont Pèlerin Society constituya la fundación de centros de difusión discursiva en diversos puntos de globo. Según señala un documento que podríamos considerar su historia oficial, en América Latina ello se concretó a partir del año 1958 tras la creación del Instituto Venezolano de Análisis Económico y Social por Nicomedes Zuloaga, el Centro de Estudios Económico Sociales en Guatemala por Manuel Ayau –uno de los presidentes de Mont Pèlerin Society y fundador de la hasta ahora existente Universidad Francisco de Marroquín–, el Instituto de Pesquisas Econômicas e Sociais en Brasil por Paulo Ayres, el Instituto de Investigaciones

Sociales y Económicas por Gustavo Velasco en México, el Instituto para la Libertad y la Democracia por Hernando de Soto en el Perú, el Centro de Estudios sobre la Libertad por Alberto Benegas Lynch en Argentina, y el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales por Enrique Altamirano en El Salvador. Estos centros se dedicaban a la publicación de revistas en las que publicaban traducciones al español de artículos de miembros de la sociedad y participaban activamente en la distribución y venta de obras de autores europeos y norteamericanos. Joaquín Reig Albiol había publicado cerca de ochenta traducciones que se constituyeron en la principal fuente de provisión de libros de esta corriente en América del Sur. Todos estos fundadores, a excepción de Soto, eran miembros de la Sociedad, y solo la integraron como representantes latinoamericanos antes de 1952 Alberto Benegas Lynch, Luis Montes de Oca, Gustavo Velasco y Raúl Maestri Arredondo (Hartwel, 1995).

Según entiende Ronald Max Hartwell, quien fuese presidente de Mont Pèlerin, la expansión de estos institutos en América Latina ha contribuido a cambiar el clima ideológico hostil al liberalismo que caracterizaba estos territorios y, con ello, efectivizar—desde mediados de los años sesenta— el avance de medidas económicas y políticas liberales. De esta forma, Mont Pèlerin Society arriba a la Argentina, a través de la fundación del Centro de Estudios sobre la Libertad—inicialmente denominado Centro de Difusión de la Economía Libre (CDEL)—, cuya presidencia se encomienda a Alberto Benegas Lynch, uno de los miembros latinoamericanos más antiguos de la Sociedad.

La Escuela Austríaca de Economía en su superficie de emergencia y circulación local

Alberto Benegas Lynch conoce a Friedrich Hayek en el año 1950 en las instalaciones de la Universidad de Chicago, es decir, a tres años de fundada la Mont Pèlerin Society y a dos del nombramiento del vienés en esa institución de estudios superiores. En el año 1957, esto es, a dos años del bombardeo de la Plaza de Mayo que da inicio al derrocamiento y la proscripción del peronismo, Benegas Lynch invita a Hayek a la Argentina para que sea recibido por el entonces presidente de facto, el teniente general Eugenio Aramburu (Benegas Lynch, 1978 [1977]; De Büren, 2020a).

No será la única vez que Hayek camine en nuestras tierras, ni él será el único miembro de Mont Pèlerin Society que las transite. Se destacan, además, las invitaciones que formulase Alberto Benegas Lynch (padre) a Ludwig von Mises y al mismo Friedrich Hayek. La acusada al primero acontece en uno de los momentos centrales de la institucionalización del campo de saber económico en nuestro país y toma lugar en las instalaciones de la Facultad de Ciencias Económicas en junio de 1959. La segunda invitación remitida a Friedrich Hayek se hace efectiva en el año 1977, en pleno transcurso de nuestra última dictadura militar, y tiene como destino las instalaciones de la Bolsa de Comercio, en ocasión de la inauguración de un nuevo centro de expansión discursiva—la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas (ESEADE)—, y las jornadas organizadas en dicho lugar para solicitar su financiamiento al empresariado presente. Recientemente, esta

institución ha otorgado el Doctorado Honoris Causa y ha sumado a su cuerpo docente a Javier Milei, candidato a presidente y líder del movimiento La Libertad Avanza (ESEADE, 2023; Benegas Lynch (h), 2012 [2007]; De Büren, 2020a, 2021 y 2021a).

Si centramos nuestra atención en los sectores sociales, las *instancias de delimitación* y las *posiciones de sujeto* desde las cuales la construcción discursiva austríaca es difundida en territorio argentino, podemos observar que uno de los principales difusores y creadores del espacio de transmisión institucionalizada de este entramado enunciativo es Alberto Benegas Lynch (padre), quien se desempeñó como presidente de la Cámara Argentina de Comercio, de la Asociación Vitivinícola Argentina y de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, inició las gestiones para la creación del Centro de Estudios sobre la Libertad y su articulación con la Foundation for Economic Education –uno de los espacios centrales de financiamiento y difusión del movimiento monpelerines–, en el año 1949, y ocupó el cargo de ministro plenipotenciario de la embajada argentina en Washington durante los dos primeros años de la Revolución Libertadora (*La Nación*, 20/2/1999; De Büren, 2015 y 2020a).

Otro espacio de amplificación discursiva en la segunda mitad del siglo XX es el diario *La Prensa*, un periódico fundado en el año 1869 por José C. Paz con objeto de dar continuidad a *El inválido argentino*, un matutino al que él da inicio para divulgar las novedades de la Guerra de la Triple Alianza y solventar los gastos del Hospicio de los Inválidos de la Sociedad Protectora de los Inválidos, una fundación que crea en 1865 precisamente para dar protección a los heridos de guerra (Braco de Zamora, 2003; Roskin, 2015). José C. Paz, primo de Julio Argentino Rocca, como parte del patriciado nacional construye el denominado Palacio Paz, bajo la ambición –factible para los tiempos que corrían y por la posición social que ocupaba en una Argentina donde la Ley Sáenz Peña aún no había sido sancionada– de alcanzar la Presidencia de la nación y habitar ese espacio como residencia presidencial. Además edificó la sede de su periódico en las proximidades de la catedral porteña, la Casa Rosada y el viejo cabildo nacional. Espacios territoriales centrales, los mencionados, en las definiciones políticas claves de nuestra historia nacional. *La Prensa* se abocó, en sus primeros tiempos, a acompañar, en el ámbito de las letras, a Julio Argentino Roca y a su Partido Autonomista Nacional (PAN) en su disputa contra Bartolomé Mitre. De ese modo, se erigió en un espacio de expresión y disputa discursiva de una de las fracciones del patriciado nacional.

Si observamos el proceso de incorporación del territorio hoy bonaerense que lleva su nombre y su población al circuito del comercio internacional en los momentos de emergencia y consolidación del Estado nación –en otros términos, si observamos el proceso de construcción de ese territorio y su población para su incorporación al proceso mercantil internacional en los momentos en que este buscaba abarcar nuestras tierras; más precisamente, si observamos el despliegue de ello en la jurisdicción que hoy lleva el nombre de José C. Paz–, podemos observar la relevancia de este representante del patriciado local en la introducción del espacio nacional al sistema mundo capitalista y al circuito de mercantilización de la tierra y la población.

La comunidad de José C. Paz, su territorio, adoptó esa nominación tras una serie de acontecimientos que pueden centrarse en la vida y obra de José Vicente Altube. Según ha expresado Altube, era un caro amigo de José C. Paz que había sido elegido por este –podríamos deducir por la observación de los hechos que a continuación documentamos– para la efectivización de tal tarea en dicho territorio.

Altube nació en Oñate (España) en el año 1847, emigró a la Argentina en el año 1861 y se afincó en la localidad de Dolores, donde se dedicó al acopio de cereales y al servicio de transporte por carreta. En ocasión de la “Revolución de 1874”, José C. Paz conoció e inició vínculos político-comerciales con Altube, de quien adquiere el servicio de provisión de carretas para el transporte de armamentos y demás abastecimientos necesarios para dar lugar a la mencionada contienda. El enfrentamiento lo libra contra la presidencia de Nicolás Avellaneda, a quien acusa en su matutino *La Prensa*, junto con el periódico *La Nación*, de fraude electoral (Biblioteca de la Municipalidad de José C. Paz, 2015; Gerardi y Fernández, 2013).

Tras ello, Altube se traslada a la localidad de Moreno para dedicarse a la agricultura, la ganadería y la fabricación de ladrillos. Una vez radicado en las tierras que Juan Buzzini y sus hijos poseían desde el año 1869, le compra esos dominios a José Buzzini en el año 1891 y cede una casa para que se instale el segundo establecimiento educativo de la zona. En el año 1896 consigue, en articulación con otros empresarios de la zona, la apertura de la estación “Piñero” del Ferrocarril Central Buenos Aires. En 1897 funda Villa Altube y tras realizar el trazado de las calles dona los terrenos que esa planificación urbana había destinado al emplazamiento de la plaza pública, los edificios fiscales, las iglesias y los centros de recreación. Todo esto, afirman las fuentes documentales y bibliográficas consultadas, con objeto de disminuir el costo de vida de sus pobladores y, con ello –afirmamos nosotros–, reducir el costo de la mano de obra que el territorio construido estaba encargado de proveer. Altube consigue que se apruebe la construcción de la estación “Arroyo el Pinazo”³ del Ferrocarril Buenos Aires Pacífico en el centro de la superficie urbana por él diseñada en el año 1902 y que ella se inaugure y ponga en uso en el año 1906. Tras ello y en ese mismo año, Altube parcela y vende sus tierras con objeto de fomentar la radicación de un gran número de familias. Tras el éxito de su emprendimiento, sus vecinos Serafín Germano y Félix Iglesias se lanzan a igual empresa en sus posesiones, en las que fundan, respectivamente, Villa Germano en 1908 y Villa Iglesias en 1912. Emergen, de ese modo, las tres villas de aquello que en un tiempo se denominó Villa Pinazo (Biblioteca de la Municipalidad de José C. Paz, 2015; Gerardi y Fernández, 2013, Fernández, 2022).

En 1913, cuando acababa de concretar su sueño y a un año del fallecimiento del fundador del diario *La Prensa*, Altube realiza gestiones para que la localidad hasta allí conocida como Arroyo Pinazo, la estación de tren así también referida, una calle y una placa de la plaza principal se denominen, a partir de ese momento, “José C. Paz”. Calle, placa, estación de tren y localidad se erigen, de ese modo –en términos de Foucault (2002)–, en

³ Actualmente denominada estación “José C. Paz”-

D

monumentos. ¿Monumentos de qué?, se preguntará el lector. Si las palabras adquieren su significado en relación con otras, ¿a qué alude la palabra *Pinazo*?

Don Manuel de Pinazo fue cabildante en vigencia del Cabildo de Luján, institución responsable del gobierno y la administración de justicia entre 1755 y 1821 en el territorio aquí estudiado, más precisamente se encargaba de nombrar a los “alcaldes de la santa hermandad”, facultados para juzgar los delitos cometidos en la campaña y encargados de garantizar el control social (Allindo, 2008).

Pensar estas nominaciones como documentos y analizar estos como monumentos siguiendo el abordaje arqueológico (Foucault, 2002) permite observar las disputas sociales que ellas manifiestan y las capas arqueológicas sobre las que se asienta o constituyen nuestra sociedad. Ellas permiten observar el retroceso de las fracciones privilegiadas en el ordenamiento virreinal y sus modos de gobierno en nuestro territorio, cuyas preeminencias habían encontrado su expresión en la nominación de lugares y monumentos con la referencia de uno de sus miembros y representantes: Don Manuel de Pinazo. Este desplazamiento se produce o tiene como contracara el avance –también manifiesto en las nominaciones– de la conformación del Estado moderno, de las formas de gobierno que le son específicas y de los sectores que disputan su dirección, entre los que emerge José C. Paz como sujeto material, ahora, erigido en monumento.

Reflexiones finales

El presente escrito lleva implícita una hipótesis cuya indagación lo excede ampliamente, sin embargo, ella guía sus exploraciones y nuestras investigaciones de un tema que, dada su dimensión y complejidad, exige múltiples abordajes. Tal hipótesis entiende que el neoliberalismo constituye un *modelo civilizatorio* y un *arte de gobierno* que emerge en el seno de ordenamientos sociales que lo preceden. Más precisamente, por un lado, surge como una estrategia de los sectores dominantes que los gobiernan como una forma de resguardar sus privilegios frente al avance de las rebeliones obreras; y, por otro lado, para dichos actores se hace factible *pensar* en la posibilidad efectiva de instaurar un nuevo modelo civilizatorio –que se encuentra dentro de “lo visible” y “lo enunciable”–; sin embargo, no es la primera experiencia civilizatoria que transitan los cuerpos sociales de los que provienen, que ellos conforman y en los cuales se condensan múltiples articulaciones de poder.

No es posible ver, ni decir, ni pensar cualquier cosa en cualquier momento, nos enseñó Michel Foucault; es preciso analizar los enunciados efectivamente dichos, las condiciones materiales de su aparición, desaparición, olvido y reaparición. Para comprender cómo es que somos esto que somos y no otra cosa, agrega dicho autor, es necesario remitirnos a las múltiples, diversas y complejas capas arqueológicas que constituyen nuestros cuerpos individuales y colectivos. No es posible buscar un origen único y prístino, sino que es preciso ahondar en las múltiples emergencias y procedencias inscriptas en los cuerpos.

La memoria es algo que se inscribe en los cuerpos, ella no es individual y reciente, sino histórica y colectiva (Foucault, 1998 y 2002).

Este trabajo focalizó su mirada en dos espacios geográfico-político-sociales y momentos de nuestra historia general. Centramos nuestra atención, en una primera instancia, en el Imperio austríaco y su dominio Habsburgo, en su rol en la dirección del proceso de colonización de América Latina y en la emergencia del proyecto neoliberal. Luego dirigimos nuestra observación hacia el patriciado local, concretamente, hacia la tradición de la familia Paz, abocada a la dirección del proceso de incorporación de tierra y población argentina a aquello que Wallerstein denomina “sistema mundo capitalista” y a la difusión del entramado discursivo monpelerines en el espacio local a través del periódico *La Prensa*.

José C. Paz dio vida al diario *La Prensa* con el objeto de divulgar las novedades de la Guerra de la Triple Alianza, tras comprender la necesidad de dar continuidad a “la guerra de las armas” en “la guerra de la pluma”. Benegas Lynch, miembro de la Revolución Libertadora, afirmó, respecto de lo que consideraba el avance comunista: “Serán inútiles los triunfos en el campo militar si las mentes no se ganan [...] depurándolas de la infección colectivista” (Editorial de Ideas sobre la Libertad, noviembre de 1970: 2-3).

La observación concreta de nuestra historia efectiva nos ha permitido observar la pluma y la espada en la construcción del dominio hegemónico de las clases dominantes, la pluma y la espada en las condiciones de posibilidad de la emergencia, consolidación y divulgación del pensamiento local.

Bibliografía

- Allindo, Alberto (2008). “Apuntes desde la historia de Pilar para la de José C. Paz”. I Jornada de Historia de José C. Paz, 2008.
- Alonso García, David (2009). *Breve historia de los Austrias*. Madrid: Nowtilus.
- Anderson, Perry (2003). “Más allá del neoliberalismo. Lecciones para la izquierda”. En Sader, E. y Gentili, P. (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, pp. 143-147. Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA. Disponible en: <http://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar:8080/bitstream/CLACSO/15833/1/Mas-alla-del-neoliberalismo.pdf>.
- Benegas Lynch, Alberto (1978 [1977]). “Discursos inaugurando el ciclo de conferencias del Dr. Friedrich A. Hayek”. *Temas de la hora actual*. Buenos Aires: Bolsa de Comercio de Buenos Aires.
- Benegas Lynch (h), Alberto (2012 [2007]). “Nuestra historia”. *ESEADE* [en línea]. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.eseade.edu.ar/institucional/institucional/nuestra-historia.html>. Fecha de última consulta: 21/2/2012.
- Biblioteca de la Municipalidad de José C. Paz (2015). *Historia del Partido de José C. Paz*. José C. Paz: Municipio de José C. Paz.
- Böhm-Bawerk, Eugen (1998 [1889]). *Teoría Positiva del Capital*. Trad. de José Antonio de Aguirre. Madrid: AOSTA.

- Braco de Zamora, Alberto (2003). “Los Paz y Figueroa en Santiago del Estero”. *Genealogía*, n° 31. Buenos Aires: Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, pp. 137-222.
- Cachanosky, Juan Carlos (1984). “La Escuela Austríaca de Economía”. *Revista Libertas I*, octubre de 1984, Instituto Universitario ESEADE. Disponible en: http://www.eseade.edu.ar/servicios/Libertas/49_4_Cachanosky.pdf.
- Canguilhem, Georges (2009). *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Buenos Aires: Amorrortu.
- De Büren, María Paula (2011). “De la teoría objetiva a la teoría subjetiva del valor, de Smith a Menger. ¿De la teoría del valor trabajo a la teoría del valor capital?”. *Realidad Económica*, 263, pp. 17-42.
- (2013). “Democracia: proyecto imposible en el entramado conceptual neoliberal”. *Observatorio Latinoamericano*, 12, pp. 353-360.
- (2015). “Mont Pèlerin Society, un espacio de articulación”. En Murillo, M., *Neoliberalismo y gobiernos de la vida*, pp. 77-90. Buenos Aires: Biblos.
- (2018). “Ludwig von Mises, disputas de significación en la estrategia neoliberal”. *Entramados y perspectivas*, 8, pp. 450-494. Recuperado de: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosy perspectivas/issue/view/330>.
- (2019). “Neoliberalismo, el secreto como estrategia”. *RevIISE. Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, vol. 13, año 13, abril-septiembre, pp. 77-90. Disponible en: <http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/issue/view/20/showToc>.
- (2020). *Contra ofensiva neoliberal*. Buenos Aires: CLACSO-IIGG. Recuperado de http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/contador/sumar_pdf.php?id_libro=2223.
- (2020a) “Elementos para una genealogía del movimiento neoliberal en Argentina: intelectuales, políticos y empresarios”. *Temas Sociológicos*, n° 27, pp. 59-89. Fecha de publicación: 31/12/2020. Santiago de Chile. Disponible en: <https://ediciones.ucsh.cl/index.php/TSUCSH/article/view/2250/2140>.
- (2021). “Disputas discursivas. Ideas sobre la libertad en los desembarcos iniciales del movimiento neoliberal en Argentina”. *Revista de Comunicación de la SEECI*, n° 54, pp. 25-48. Disponible en: <http://www.seeci.net/revista/index.php/seeci/article/view/698>.
- (2021a). “Entramado discursivo neoliberal: canales de difusión. El Centro de Difusión de la Economía Libre”. *Avatares de la Comunicación y la Cultura*, n° 22, pp. 1-18. Disponible en: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/avatares/issue/view/622/showToc>.
- Denord, François (2002). “Le prophète, le pèlerin et le missionnaire”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 145(5), pp. 9-20. Disponible en: https://www.persee.fr/doc/arss_0335-5322_2002_num_145_1_2794.
- Dobb, Maurice (2004 [1973]). *Teorías del valor y de la distribución desde Adams Smith. Ideología y teoría económica*. México: Siglo XXI.
- Editorial de Ideas sobre la Libertad (noviembre de 1970). “La invasión comunista”. *Ideas Sobre la Libertad*, 27, pp. 2-3.
- ESEADE (2023). Entrega del Doctorado Honoris Causa a Javier Milei. Instituto Univer-

- sitario ESEADE. Disponible en: <https://www.eseade.edu.ar/que-paso-en-eseade/entrega-del-doctorado-honoris-causa-a-javier-milei/>. Fecha de última consulta: 27/7/23.
- Fernández, Alberto Julio (2022). “8 de octubre de 1906”, Museo Histórico de José C. Paz José Altube, y *Efemérides de Octubre*, 30 de septiembre de 2022. Disponibles en: <https://museodejosecpaz.com.ar/museo/efemerides-de-octubre/> y http://www.museodejosecpaz.com.ar/efemerides/octubre/08-10-1906_Estacion_Arroyo_Pinazo.pdf. Última consulta: 26/7/2023.
- Foucault, Michel (1998). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.
- (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gerardi, Jorge Alberto y Fernández, Julio Fernández (2013). “José Vicente Altube. Fundador de José C. Paz”. *El Palenque de Areco*, 9 de octubre. Disponible en: <http://elpalenedeareco.com.ar/notis/jose-vicente-altube-fundador-de-jose-c-paz/>.
- Hartwell, Ronald Max (1995). *A history of the Mont Pèlerin Society*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Harvey, David (2007). *La breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- (2013). “El neoliberalismo como proyecto de clase”. *Viento Sur*, 8. Disponible en: <https://vientosur.info/el-neoliberalismo-como-proyecto-de-clase/>.
- Hayek, Friedrich (1996 [1935]). “Introducción”. En Menger, Carl (1996). *Principios de Economía Política*. Barcelona: Folio.
- Karataiev, N. y Rindina, M. (1965). *Historia de las doctrinas económicas*, Tomo I. Traducción de Jorge Corrado. Edición al cuidado de Lina Rossi. Buenos Aires: Cartago.
- Kirzner, Israel (2011). “FEE: The History of Austrian Economics with Israel Kirzner”. *Punto de Vista Económico*. Recuperado de: <http://puntodevistaeconomico.wordpress.com/2012/01/03/fee-the-history-of-austrian-economics-with-israel-kirzner/>.
- La Nación* (1999). “Alberto Benegas Lynch. El sepelio”. *La Nación*, 20 de febrero. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/alberto-benegas-lynch-nid128581/>.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Marx, Karl (2008 [1867]). *El Capital. Crítica de la Economía Política*, tomo I, vol. 3, sección séptima, “Capítulo XXIV: La llamada acumulación originaria”. México: Siglo XXI pp. 891-954.
- Menger, Carl (1996 [1871]). *Principios de economía política*. Trad. de Marciano Villanueva. Barcelona: Folio.
- (2006). *El método de las ciencias Sociales*. Madrid: Unión Editorial.
- Moro, Tomás (2003). *Utopía*. Buenos Aires: Losada.
- Municipalidad de José C. Paz (2015). “Reseña histórica”. *Municipalidad de José C. Paz* [sitio web]. Buenos Aires, Argentina. Disponible en: <http://josecpaz.gob.ar/hcd/resena-historical/>.
- Murillo, Susana (2015). “Biopolítica y procesos de subjetivación en la cultura neoliberal”. En Murillo, Susana (comp.), *Neoliberalismo y gobiernos de la vida. Diagrama global y sus configuraciones en la Argentina y América Latina*, pp. 17-40. Buenos Aires: Biblos.

D

- (2018). “Neoliberalismo: Estado y procesos de subjetivación”. *Entramados y Perspectivas*, 8, pp. 392-426. Disponible en: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosyperspectivas/article/view/2966/2609>.
- Roskin, Rosa (2015). “El Hospital Rawson, hospicio de los inválidos”. *Buenos Aires Antiguo* [en línea]. Disponible en: <https://blogopinar.blogspot.com/2016/10/el-hospital-rawson-hospicio-de-los.html>.
- Ruiz Ortiz, Miguel Ángel (2012). “La monarquía española de los Austrias en los siglos XVI y XVII”. *Revista de Claseshistoria*. Recuperado de: <http://www.claseshistoria.com/revista/2012/historial-diciembre.html>.
- Silio, Vicente (1969). *Nuevo manual de la historia de España*. Madrid: Ediciones Iberoamericanas.
- The worlds of the Habsburgs (2019). *The worlds of the Habsburgs*. Recuperado de: <https://www.habsburger.net/>.
- Von Mises, Ludwig (2001). *Autobiografía de un Liberal. La gran Viena contra el Estatismo*. Madrid: Unión Editorial.
- Wickenburg, Erik (1964). *Breve historia de Austria*. Buenos Aires: El Ateneo.

Los estudios económicos en el Instituto de Cálculo de la Universidad de Buenos Aires a principios de los años sesenta¹

Mariano Arana²

Introducción

La historia de la computación data al menos de la década de 1930; sin embargo, recién para mediados de los años cincuenta las aplicaciones teóricas contaron con un hardware suficiente para comenzar a funcionar de manera estable, y así se hicieron espacio en la sociedad civil. Eran pocas las prácticas que hasta ese momento podían ejecutarse con efectividad, menos aún las que no formaban parte de secretos de Estado producto de sus desarrollos bélicos (principal motivo por el que se aceleraron en estas décadas los desarrollos computacionales). Para el final de la Segunda Guerra Mundial, se habían realizado varias aplicaciones en computadoras. Paradójicamente para los fines de este artículo, en algún caso se denominó computadoras “Von Neumann” a estas máquinas, en referencia al matemático John von Neumann, de cuyas contribuciones también se apropió la economía. Sin embargo, pocas geografías contaban con desarrollos tecnológicos de relevancia, entre ellas las potencias vencedoras de la guerra en Occidente: Estados Unidos y Gran Bretaña.

El desempeño industrial que cobró la producción de computadoras en estas geografías en las décadas del cincuenta y sesenta del siglo XX fue una “era de los *mainframes*” (Ceruzzi, 2018 [2012]). Estas máquinas eran vistas como “cerebros mecánicos” o “cerebros gigantes” y utilizaban tubos de vacío que posteriormente serían reemplazados por transistores. Eran instrumentos muy voluminosos que requerían grandes espacios, temperaturas niveladas y pisos elevados para que corrieran cables y se conectaran los distintos elementos de las computadoras. Utilizaban cintas magnéticas y tarjetas perforadas como elementos de

¹ Agradezco los comentarios de Cristina Zoltan y Arturo O’Connell a una versión previa del artículo. Cualquier error u omisión presente en el texto es responsabilidad exclusiva del autor.

² Licenciado en Economía, especialista en Docencia Universitaria para Ciencias Económicas, magíster en Economía Política (FLACSO) y doctor en Ciencias Sociales (UBA). Profesor de Historia del Pensamiento Económico en la FCE-UBA.

escritura de los programas y eran operadas por muy pocos especialistas. Estas generales de la época tuvieron su historia también en Argentina.

La incorporación del ejemplar número 18 de la computadora Mercury II del fabricante inglés Ferranti al Instituto de Cálculo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (FCEN-UBA) desde fines de los años cincuenta —conocida como *Clementina*— marcó un antes y un después en la historia de la computación en Argentina. En el Instituto dirigido por Manuel Sadosky³ trabajaron numerosos profesionales, entre los que se encontraban los dedicados a la economía matemática. Este grupo conducido por Oscar Varsavsky creó el primer modelo de experimentación numérica para la economía argentina para ser utilizado en simulaciones en dicha computadora, así como también trabajó en otras aplicaciones económicas de relevancia. En este artículo se describe brevemente el contexto universitario en el que se crea el Instituto y se adquiere la computadora, así como las principales actividades del grupo de economía matemática, y se analiza el primer modelo matemático agregado de la economía argentina.

Clementina y el grupo de economía matemática

En Argentina, la evolución computacional no fue parte de la difusión centrífuga de un progreso tecnológico ni mucho menos, sino que fue producto de iniciativas tecnológicas y políticas que surgieron en el seno de la Universidad de Buenos Aires. Luego del golpe de Estado de 1955 y del derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón, la Federación Universitaria de Buenos Aires había tomado todas las facultades y el Rectorado. Los intercambios políticos del nuevo gobierno de facto con la *intelligentsia* local opositora del gobierno derrocado, conformada principalmente por socialistas, radicales, conservadores y comunistas, dio como resultado que los militares aceptaran la autonomía de las universidades y entregaran su gobierno a estos grupos.

Las nuevas autoridades nombraron al historiador José Luis Romero como interventor de la UBA. En la terna de potenciales rectores también se encontraba el ingeniero José Babini, quien posteriormente fue interventor interino ante la renuncia de Romero y fue también interventor de la FCEN hasta la elección como decano de Rolando García en noviembre de 1957, año en que se designó también como rector a Risieri Frondizi y se realizaron probablemente los cambios más relevantes en la vida universitaria hasta el momento. La actividad de Manuel Sadosky en la FCEN fue creciente desde aquel año, como profesor e investigador y como director del Instituto de Cálculo y vicedecano del mismo organismo hasta el momento de su renuncia debido a “La noche de los bastones largos”: el desalojo autoritario llevado a cabo en 1966 por el nuevo gobierno de facto de varias facultades de la UBA y que provocó renuncias masivas de los científicos más valiosos del país.

Luego de su reorganización mediante la aprobación de un nuevo estatuto universitario en 1957, el decano Rolando García, al frente de la FCEN, propuso la compra de una

³Sadosky fue un matemático, físico y científico de la computación.

computadora, y para ello se creó una comisión evaluadora en la que, entre sus integrantes, además de Simón Altman y Alberto González Domínguez (único referente que había trabajado en la universidad en el período peronista), se encontraba Sadosky. En el Instituto se estableció el grupo de economía matemática, así como otros grupos de estudios, como el de investigación operativa, estadística, mecánica aplicada, análisis numérico, lingüística computacional, ingeniería electrónica y sistemas de programación. Para los registros actuales de la historia de la disciplina, este hecho fue un hito sin precedentes que marcaría cierto *aggiornamento* al desarrollo de las principales potencias y que fue interrumpido abruptamente por el golpe de 1966 (Varsavsky, 1994 [1969]; Babini, 1997; Jacovkis, 2013).

Altman era el único que había trabajado con computadoras, precisamente en Mánchester, ciudad originaria de la compañía, con una Ferranti Mark I. En la licitación pública realizada a los fines de la compra, se presentaron los fabricantes IBM, Remington, Philco y Ferranti. La decisión por esta última se basó en las condiciones de financiamiento y en las posibilidades de entrenamiento de técnicos argentinos en Mánchester, además del conocimiento que tenía Altman de la firma. Salvo la computadora de Philco, ninguna estaba construida con transistores. La adquisición de la Mercury fue aprobada en octubre de 1958 por un valor de 152.099 libras esterlinas, unos 2,8 millones de dólares valuados al año 2023, aproximadamente.⁴ Arribó a Buenos Aires en 1960 y se encendió por primera vez el 15 de mayo del año siguiente, en un contexto en que la infraestructura edilicia requerida para su instalación no estaba terminada y cuya configuración inicial era sumamente compleja dada la cantidad de elementos que se trasladaban.

A fines de la década de 1950, la realización de cálculos numéricos era algo costoso, no solo porque adquirir o fabricar computadoras demandaba grandes recursos y capacidades, sino porque además requería conocimiento de las computadoras y de la infraestructura necesaria para hacerlas funcionar, por ejemplo: la creación de ambientes acordes a los requerimientos técnicos en cuanto a espacio físico, pisos, cableado, energía, climatización, etc. Además, calcular sin computadoras era costoso en términos de tiempo de trabajo humano, dado que la tecnología utilizada por economistas se trataba en hojas de cálculo rectangulares y calculadoras manuales (Facit y Olivetti) o, en el mejor de los casos, eléctricas (Friden y Olivetti), como observa Juan Carlos de Pablo: “Con esa tecnología, una regresión simple (de una variable independiente) planteada en, digamos, 30 observaciones, podía llevarle a un calculista varias horas de trabajo... con pocas chances de verificar si se había equivocado” (1995a: 143). Calcular era tan costoso que, por caso, instituciones como la CEPAL sugerían diversos métodos para simplificar cálculos económicos y ahorrar tiempo al calcular (Dieulefait, 1958).

Clementina fue como se conoció popularmente a la computadora Mercury II instalada en el Instituto de Cálculo, a pesar de que sus integrantes no se referían de ese modo a ella. Su nombre proviene de la famosa canción *Oh My Darling, Clementine*, dado que

⁴Teniendo presente que la tasa de inflación promedio anual en el Reino Unido entre estos períodos (1958-2023) fue del 4,97% y el tipo de cambio de 1,27 dólares por libra en 2023.

D

aquella melodía podía ser reproducida operándola. Era una computadora científica digital y electrónica que funcionaba a válvulas y se programaba con el lenguaje Autocode creado en la Universidad de Mánchester. La máquina medía cerca de 18 metros, pesaba media tonelada y, como funcionaba a válvulas que se calentaban con su operación, para ponerla en marcha se necesitaban tres horas hasta que se estabilizara en valores de temperatura y humedad muy específicas. A pesar de estos cuidados, su encendido fallaba con frecuencia.

La computadora disponía de una memoria formada por núcleos de ferrita con 4.096 palabras cortas de 10 bits, utilizables como enteros, como instrucciones de máquina de 20 bits o como punto flotante de 40 bits. Todas las direcciones eran de 10 bits y el tiempo de acceso a una palabra de 10 bits era de 10 microsegundos. La memoria de trabajo tenía capacidad de 1.024 bits (1K) y disponía de dos tambores de almacenamiento de 8.192 bits cada uno (8K). Si bien era una gran capacidad para la época, no permitía almacenar los programas. Tratando de comparar performance, la memoria RAM de una Commodore 64 (probablemente la primera máquina de escritorio familiar utilizada a fines de los años ochenta en Argentina) era 512 veces más potente, y la de un celular con 8GB, 67 millones más.

A estas dificultades para operarla se agregaba que al inicio no se disponía de interfase gráfica, por lo que la interacción se daba a través de cintas de papel perforado de cinco canales, tanto para los datos como para los programas. Se permitían realizar operaciones básicas de suma, resta, multiplicación y división, pero el Autocode tenía limitaciones para escribir nombres de variables (las variables se denotaban con un identificador que iniciaba con una letra y continuaba con un entero) o realizar cálculos más complejos, como poner paréntesis en funciones u operar con matrices y vectores, por lo que el equipo de Sistemas de Programación realizó ingeniería inversa de código para descubrir la estructura, el funcionamiento y el modo de operar del Autocode y crear, a partir de allí, el COMIC (Compilador del Instituto de Cálculo), cuyas funciones ampliaba, y para ello habían pedido la colaboración de Liana Lew y Noemí García, integrantes del grupo de economía matemática (Durán, *et al.*, 2009).

El nuevo lenguaje permitía operar con operaciones de transposición, inversión, multiplicación, determinantes y diagonales de matrices, y con una nueva salida gráfica se permitía graficar funciones. Según Liana Lew, estudiante de la carrera de computador científico en aquel momento, en el espacio físico del grupo de economía matemática solo Varsavsky tenía un despacho separado, el resto de los integrantes se encontraban en diversos espacios compartidos y quienes programaban no necesitaban saber previamente conceptos económicos, pero interactuaban con los economistas para encontrar el mejor modo de diseñar las ecuaciones. La información que se procesaba sobre el MEIC-0 se trataba de ecuaciones parciales que, a medida que se incorporaban datos, se integraban de forma secuencial y parcial, no simultánea (Lew, 2023).⁵

⁵ Lew no recuerda haber procesado información para el MEIC-1, a pesar de que el modelo había sido construido a nivel teórico, así como el modelo sociológico de Jorge Sabato, que, aparentemente, tampoco llegó a incorporar información.

Quien sacó provecho de las nuevas aplicaciones matriciales fue Mario Brodersohn al trabajar su tesis de maestría titulada *A multiregional input-output analysis of the Argentine economy*, bajo la dirección de Wasilly Leontief en Harvard, que tuvo que invertir la matriz (de 20 filas por 20 columnas) y para ello pidió un turno con Clementina, y, según recuerda, se demoró tres meses en poder acceder a ella (Brodersohn, 2015, parte 2: min. 19). Para que colaborara con sus cálculos contrató a la matemática Marta Sanjurjo, quien había participado en los seminarios organizados por Olivera y Varsavsky sobre Métodos Matemáticos de la Economía Analítica. En aquel seminario también se encontraba la matemática Marta Blanco. Sanjurjo y Blanco se casaron posteriormente con dos economistas participantes de dicho seminario, Miguel Sidrauski y Héctor Diéguez, respectivamente (De Pablo, 1995b: 14). A pesar de que en la división del trabajo relacionado con temas de economía entre mujeres y hombres a las primeras típicamente se las encontraba en lugares de asistencia y a los segundos en los espacios de dirección, en diversas áreas del Instituto de Cálculo esta configuración no parece repetirse, ya que había mujeres a cargo de equipos y varias programadoras, quienes eran las que *sabían hacer* con Clementina.

El Instituto dirigido por Sadosky estaba secundado por la matemática Rebeca Guber y llegó a contar con más de cien colaboradores, quienes buscaban resolver “problemas reales” y contribuir a la investigación científica. Según las memorias de la FCEN, hasta 1963 la computadora se utilizó principalmente para trabajos de la FCEN y para realizar cursos, seminarios e investigaciones, es decir, tuvo su aplicación principalmente para la academia y la ciencia. En segundo lugar, para contribuir con diversos organismos del Estado, como la Comisión Nacional de Energía Atómica, la Dirección Nacional de Estadística y Censos o el Consejo Federal de Inversiones, además de diversas empresas estatales. Allí recibían demandas desde la universidad u otras instituciones estatales, y cada grupo de trabajo podía crear sus propios desafíos. Por caso, en el grupo de Sistemas de Programación se creó el primer lenguaje de programación y compilador en el país a partir de que surgió la necesidad de superar los límites que el británico (Autocode) imponía a la modelización de la economía argentina (Berdichevsky, 2006: 211).

La interdisciplinariedad, que fue una característica del Instituto, ocurrió tanto entre distintos grupos como dentro de estos: en el de economía matemática, dirigido por Varsasky, trabajaban Arturo O’Connell, Angel Fucaraccio (economistas), Jorge F. Sábato (sociólogo), Víctor Yohai (estadístico) y no graduados, como Nélida Lugo, Mario Malajovich, Liana Lew, Roberto Frenkel, Helios Paulero y Noemí García. Allí se crearon diversos modelos, los más relevantes fueron los MEIC-0 (aquí estudiado) y el MEIC-1, que eran modelos generales de la economía argentina. O’Connell señala al respecto:

Yo no me acuerdo de que nosotros nos hayamos inspirado en la CEPAL, pero sí estábamos todos en la misma lucha, que era qué alternativa al programa del Fondo Monetario Internacional. Cómo se puede tener equilibrios macroeconómicos —como le gustaba a los colegas chilenos— y hacerlos compatibles con el desarrollo. El trabajo nuestro de modelos en el Instituto del Cálculo era también en eso y teníamos mucha

relación con el CONADE. Hicimos un modelo que trataba de ver y probar políticas de crecimiento sin inflación (2013: min. 66).

Entre las fuentes de inspiración para este particular modelo, O'Connell (2023) reconoció las influencias que tuvieron en sus ideas, desde fines de los años cincuenta, su trabajo en el Banco Central –“La Escuelita” se le llamó al grupo de economistas (además de O'Connell estaban Elías Salama, Adolfo Buscaglia, Horacio Alonso y Guillermo Calvo) liderados por Julio Olivera, a cargo de la dirección de investigaciones del BCRA, donde se debatían principalmente artículos teóricos– y, por otro lado, su trabajo junto con Alberto Fracchia en la construcción y el uso de indicadores de cuentas nacionales en el mismo banco. Esa impronta estructuralista del modelo se reforzó por los vínculos y debates que mantuvo con los economistas de la Junta de Planificación de la Provincia de Buenos Aires, dirigida por Aldo Ferrer. A pesar de su ardua dedicación a aquellos modelos, O'Connell observó: “El proyecto tenía propósitos múltiples: utilidad práctica, aspectos metodológicos, aprender a trabajar con la computadora, ver cómo manejar un modelo tan amplio. Lo que descubrimos bastante rápido fue el mito de la modelización” (citado en Varsavsky, 1994 [1969]: 17).

El Instituto publicó también “Un modelo matemático de la utopía de Tomas Moro”, “Modelos matemáticos numéricos como herramientas de decisión en problemas difícilmente cuantificables” (1965), “Modelo financiero y físico financiero” (1966) y “Un modelo de experimentación numérica para analizar políticas económicas de largo plazo” (s/f), que fue discutido en la CEPAL Chile más de una vez por Varsavsky y O'Connell. Además, el grupo trabajó en problemas de programación lineal y publicó cinco boletines internos referidos a sus trabajos; en el número 1 se describe el modelo MEIC-0.⁶ Por su parte, hacia 1966, Roberto Frenkel participó en la modelización de “Funciones de consumo en la economía argentina” y en el “Modelo matemático de negociación de productos en la ALALC”, que se utilizó por el gobierno argentino para realizar simulaciones del comercio exterior.

Por iniciativa de Sadosky se creó la carrera de Computador Científico, entre cuyas materias optativas estaba la de economía, a cargo de Varsavsky. Pero los vínculos con la economía aparecen un tiempo antes, en 1961, cuando Varsavsky organizó, junto con Olivera, un seminario sobre Métodos Matemáticos de la Economía Analítica, con la idea de formalizar el pensamiento de los economistas clásicos (De Pablo, 1995b: 53).⁷ Seguramente, como resultado de aquel seminario, ambos escribieron un artículo titulado “Igualación de precios en dos países”, en 1962. De forma previa, solo es vinculable la economía a la figura de Roque Carranza o a las cátedras de Geología Económica. El primero

⁶ Otros textos aún no se encuentran disponibles al público y serán motivo de futuras investigaciones.

⁷ El único registro del seminario de Olivera y Varsavsky se encuentra en la FCE-UBA ubicada en la calle Córdoba 2150 en el año 1962 (Instituto de Cálculo, Boletín informativo N° 6, 1962). En las memorias de la FCEN no se encuentra dicho seminario; además, en 1961 seguían las obras en diversos pabellones. Tampoco Varsavsky pertenecía a la facultad aquel año, por lo que es probable que dicho seminario se realizara en otro sitio. Olivera siguió interesado en los seminarios de economía y computación incluso después del golpe de Estado de 1966. Según su legajo docente, en octubre de aquel año participó de un seminario de “aplicación de computadoras electrónicas en economía”.

daba clases y trabajaba sobre problemas estadísticos, no necesariamente vinculados a la economía; sin embargo, su figura fue determinante para establecer vínculos entre el Instituto y el CONADE.

El nivel de actividad “económica” creció notablemente hacia 1962, ya que se incorporó plenamente Varsavsky para dar cursos de economía matemática y un curso de Economía II (todos dependientes del Departamento de Matemática), e invitó a Federico Herschel, de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, a dictar un curso complementario al suyo los sábados por la mañana en la sede de la FCEN ubicada en la calle Perú 222. Mientras el modelo de la economía argentina se encontraba en preparación, en el Instituto se realizaron trabajos externos, como el de Javier Villanueva, de la Fundación Torcuato Di Tella, titulado “Relación precios-salarios con *lags*”⁸ (probablemente utilizado para su libro *The inflationary process in argentina 1943-1960*), o como los varios de Fausto Toranzos, del Departamento de Estadística, también de la Facultad de Ciencias Económicas, sobre matrices y regresiones lineales. Según las memorias de la FCEN, al año siguiente, además de estos cursos, se dictó otro de nivel superior que trató sobre modelos matemáticos en economía. Varsavsky presentó en la CEPAL el modelo de la argentina ante varios economistas de la institución, además y junto con Arturo O’Connell, dictaron un cursillo en el recién creado ILPES sobre usos de modelos en economía con el caso de la economía argentina.⁹ El modelo se presentó también en la ciudad de Tucumán con motivo de la reunión de la Unión Matemática Argentina. Por otro lado, el grupo logró vincularse con el Centro de Estudios de Programas Económicos de París, a cargo de Charles Prou, quien había sido uno de los arquitectos del plan francés y estaba de visita por Buenos Aires para dictar un curso intensivo de técnicas de planificación en el programa de la Escuela de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA), financiado por la Fundación Ford (Dean, 1962).

A partir de la iniciativa de Jorge Ahumada, quien además había construido una importante labor pedagógica alrededor de la Técnica de Programación del desarrollo económico liderada por la CEPAL (Arana, 2020), en 1965 el gobierno chileno y el ILPES hicieron un convenio para construir un modelo económico y estudiar políticas antiinflacionarias y le entregaron la dirección a Varsavsky. Entre quienes conocieron el modelo, se encontraba Alfredo E. Calcagno, quien trabajó aplicando experimentación numérica a las decisiones políticas junto con Pedro Sáinz y Juan de Barbieri durante varias décadas, e incluso asesorando a distintos gobiernos de América Latina sobre la viabilidad y las consecuencias de sus acciones políticas y legislativas, por caso, el método demandado y utilizado por el gobierno de Hugo Chávez en Venezuela (Calcagno, Sáinz y De Barbieri, 2015: cap V).

⁸ La referencia de este trabajo, en las memorias de la FCEN y el boletín del Instituto de Cálculo, está a nombre de F. Villanueva, aunque seguramente sea un error de tipeo.

⁹ El temario incluyó: 1) El uso de modelos en economía. 2) Modelos aplicables, estadísticos y causales (Klein, Stone, etc.). 3) El método de experimentación numérica o simulación. Uso de computadoras. 4) Simulación económica tipo E. Holland. 5) Modelo del Instituto de Cálculo argentino (Instituto de Cálculo, Boletín informativo N° 11, 1963).

D

El modelo nació un poco por una bronca con los economistas que hacían análisis muy detallados cuando hacían un diagnóstico de la situación económica de un país... y la política quedaba afuera. Hubo un hecho histórico en esa época que fue la independencia de Argelia, en donde habían hecho el mejor plan económico de la época, que era el plan de Constantine, con todos los firuletes del caso, pero no tomaban para nada el tema político, que estaba ardiendo por el proceso de liberación nacional. Al final, el mejor programa fue a parar al diablo, porque políticamente no era viable (entrevista a A. E. Calcagno, 2018: min. 22).

Hasta 1966, Clementina fue probablemente la computadora más potente de la región; a pesar de ello, en opinión de los protagonistas, el hardware fue siempre una limitación con la que tuvieron que lidiar, y así lo hicieron: luego del golpe de Estado en 1966 en Argentina, Varsavsky movilizó gran parte de su grupo hacia el CENDES, en Caracas, donde se construyeron modelos que fueron utilizados en la práctica (PROD-INGE, DEM y EDUC) y establecieron relaciones cercanas con investigadores del ILPES, de cuyo intercambio surgieron las primeras ideas sobre los *estilos de desarrollo*, a partir de la aplicación de estos modelos al caso venezolano (Varsavsky y Calcagno, 1971: 13). Por su parte, Sadosky trabajó para la Universidad de la República en Uruguay, donde introdujo los estudios en computación e influyó en la compra de la primera computadora allí (una IBM 360/44, instalada en octubre de 1968). El golpe de Estado uruguayo de 1973 interrumpió su colaboración, y en 1974, a partir de los cambios políticos en Argentina y la intervención autoritaria en la universidad conducida por Oscar Ivanissevich (ministro de Educación) y Alberto Ottalagano (rector de la UBA), y luego de sufrir amenazas, se exilió en Venezuela. Posteriormente se radicó en España, para regresar en 1983 a formar parte del gobierno de Raúl Alfonsín como secretario de Ciencia y Técnica (Jacovkis, 2014). Las acciones de estos intelectuales estuvieron dirigidas a seguir investigando en la región y, en la medida de lo posible, en Argentina. La necesidad de sobrevivir a los gobiernos autoritarios y sus amenazas interrumpieron constantemente su continuidad en el país y, con ello, el desarrollo de una práctica de simulación económica autóctona orientada a políticas progresistas.

El modelo matemático de la economía argentina

En 1961, Edward Holland desarrolló un modelo de simulación computacional para la economía india. El tópico empezaba a hacerse notar dentro de la profesión, ya que en 1960 la *American Economic Review* (probablemente la revista académica más citada de la posguerra) había publicado un simposio sobre simulación de computacional del que el economista se nutrió. Sin embargo, dicho simposio omitió el antecedente de la Monetary National Income Analogue Computer (MONIAC), desarrollada por A. W. Phillips en 1949, un sistema matemático al que se le configuró la mecánica necesaria para simular los cambios en variables y parámetros económicos agregados que, a medida

que se movieran las válvulas del sistema, cambiaban los flujos de agua que circulaban por distintos recipientes.

Con la intención de crear una miniatura de una economía nacional, pero con mayores recursos que Phillips, Holland utilizó datos de 1951 para desarrollar un modelo económico de seis sectores y 250 ecuaciones, el cual tenía intenciones de ser testeado con la política, aunque al momento de su publicación no había encontrado oportunidad de hacerlo (Holland, 1961). Varsavsky conoció a Holland en Caracas, Venezuela, cuando el modelista del MIT se reunió con Jorge Ahumada, del CENDES (Centro de Estudios del Desarrollo), y Héctor Hurtado, del CORDIPLAN (la Oficina Central de Coordinación y Planificación), para trabajar en un modelo de simulación sobre la economía venezolana en 1961. Inspirado en las ideas de Holland, Varsavsky organizó su grupo en el Instituto de Cálculo y desde 1962 se embarcó en la construcción del MEIC-0, el primer modelo económico de simulación computada de la economía argentina.

El MEIC-0 fue un modelo de simulación cuantitativo y cualitativo que trabajaba sobre información existente, así como también introducía hipótesis construidas *ad hoc* para ser puestas a prueba con el objetivo de evaluar políticas económicas alternativas. La reducción de costos en los cálculos hacía posible tanto la investigación sobre la validez de relaciones funcionales expresadas en el modelo y la búsqueda de parámetros como la inclusión de numerosas variables; por caso, el modelo tenía 54 ecuaciones que delimitaban las variables que asumían valores numéricos. Algunas representaban escalas numéricas tradicionales; otras, escalas ordinales, y en otros casos representaron sectores de la economía a través de subíndices.

El modelo estructuraba la economía en cuatro sectores: 1) bienes industriales de consumo excepto alimentos y bebidas; 2) bienes agropecuarios más industrias de alimentos y bebidas; 3) bienes de capital e intermedios; y 4) servicios (incluyendo la comercialización). Se dejaba expresa constancia de la separación entre los sectores 1 y 2, dado que los alimentos y las bebidas se agregaban junto con el sector agropecuario, debido a las estrechas relaciones que mantenían este tipo de bienes cuando eran exportados, así como consumidos internamente. Aquí se determinaban precios, beneficios y salarios a través del ensayo con agregados macroeconómicos –y algunos supuestos microeconómicos también– y se calculaban el consumo privado, la inversión privada y el producto (a través de la demanda). Se trabajaba con funciones adaptativas, en varios casos, de variables construidas con datos pasados de hasta cinco años.

El valor de las exportaciones no tradicionales se estimaba a precios internos que estaban gobernados a través de costos; sin embargo, las exportaciones tradicionales seguían el precio mundial. Por ello es que, por ejemplo, el precio de la carne –dado su lugar como bien exportable y de consumo interno– estaba en función de sus costos de producción, pero influido directamente por el tipo de cambio. El programa admitía la utilización de información real y nominal; sin embargo, además del año base (1953) usado para calcular variables en términos reales, se escribían otros dividendos de medida como horas hombre trabajadas, meses, pesos corrientes o tipo de cambio. Todas las unidades de medida

D

monetarias estaban expresadas en megas, es decir, millones, seguramente para simplificar las salidas de los cálculos. MEIC-0 fue un modelo sin sector financiero, a diferencia de su sucesor, el MEIC-1. La concentración en los sectores reales dejando en segundo plano los financieros era algo típico de la modelización económica de aquella época, sobre todo en América Latina.

Entre los componentes de la demanda agregada se definía el consumo privado (C) en función de los precios y del tipo de cambio (relaciones entre bienes internos y externos), un consumo mínimo definido en términos reales y un consumo deseado que estaba delimitado, por un lado, a los niveles de consumo reales en los cinco años previos y, por otro, según un consumo teórico (estimado a través de una regresión lineal en función del ingreso disponible de un período anterior). En este sentido, se aproximaba bastante a una función de consumo del modelo keynesiano simple: dependiente de un consumo estable (el consumo autónomo) y del ingreso (la propensión marginal a consumir).

La inversión privada (I) era una función dependiente de la tasa de beneficio (estimada linealmente sobre la base de tres períodos anteriores), que incluía la estimación de la demanda excedente de los bienes de dicho sector,¹⁰ y también de la gestación (o depreciación) y el precio de las inversiones en los cuatro períodos anteriores, y de la relación entre el stock neto capital/producto. Esta versión del modelo suponía que no había acumulación de inventarios.

En cuanto a los niveles de gasto público (G), se estimaban exógenos, aunque podían ser variables, y se destacaba una estimación de transferencias a asalariados y déficits de las empresas públicas. Por el lado de los ingresos fiscales (T), además de los relacionados con el comercio exterior, se calculaban aquellos vinculados a la actividad interna con un retraso típico de un período.

Por el lado del sector externo (XN), las compras al exterior se estimaban proyectando la producción acorde a los coeficientes técnicos de insumos importados, y, a su vez, estaban condicionadas por un índice de sustitución de importaciones, dependiente de la relación entre los precios internos y externos, e incluían rigideces en su cambio, es decir, no había posibilidades de sustitución perfecta. El volumen de bienes de capital importados se determinaba de forma exógena, lo que representaba las dificultades nacionales de sustituir ese tipo de bienes. De este modo, se incorporaban al modelo factores estructurales que condicionaban su dinámica. Las proyecciones de las exportaciones se calculaban a través de datos históricos sobre las elasticidades-precio para aproximarlas de manera exógena. Más allá de lo expuesto, el tipo de cambio se estimaba en función del resultado del balance de pagos con dominancia de la cuenta corriente y, en particular, del balance comercial.

Los precios (P) estaban en función de un *Mark-Up* sobre los costos formados por los salarios, por los costos intermedios de insumos calculados a partir de coeficientes técnicos sectoriales (incluyendo los volúmenes de importación valuados al tipo de cambio) y por los impuestos indirectos netos de subsidios. A la unción de precios se le agregaba un término

¹⁰ Se establecía la condición de que si los beneficios estimados eran negativos no habría nuevas inversiones.

que medía la expectativa de inflación y otro que estimaba el exceso de demanda sectorial por sobre la producción. En síntesis, la evolución de precios se formaba a través de márgenes de utilidad sobre costos, del excedente de demanda y de las expectativas de evolución de los precios en el futuro. Como se señaló, a diferencia de los precios de los bienes no transables, los precios del sector de bienes agropecuarios, más industrias de alimentos y bebidas, estaban influidos directamente por el tipo de cambio.

Por último, en el MEIC-0 los salarios dependían de la evolución de los precios generales con los salarios del sector, de la variación en distribución salarial en relación con los beneficios (estimada sobre la base de las cuentas públicas del período corriente respecto del pasado inmediato) y del nivel de desempleo. Además, se suponía cierta rigidez a la baja de precios, de salarios y niveles de empleo, lo que incorporaba cierta lentitud en los posibles cambios. Los beneficios resultaban de una estimación contable formada por el volumen de ventas netas de impuestos indirectos, restando sus costos variables, depreciaciones, impuestos directos a las sociedades y los beneficios no distribuidos.

Conclusiones

En este artículo se describe una parte de la historia del Instituto de Cálculo de la FCEN-UBA que tuvo que ver con su relación con temas económicos. Para ello, se realizó un análisis del contexto institucional e intelectual y se estudiaron los asuntos más importantes relacionados con la economía política argentina en relación con los modelos y la computación hasta el golpe de Estado de 1966.

Es notable la dificultad para realizar cálculos de distinta índole en aquel contexto, así como la pretensión de proyectar información agregada de sistemas económicos nacionales. En este sentido, las acciones del grupo de economía matemática se convierten probablemente en el intento más complejo de comprender la interacción de múltiples variables de un sistema económico nacional de la época. Esto fue posible porque la incorporación de la computadora Mercury II (conocida como Clementina) al Instituto de Cálculo permitió que esos esfuerzos se vieran reducidos a su mínima expresión. También es interesante notar el trabajo que se realizó en dicho Instituto para vincularse a temas económicos, además de la continuidad que este grupo tuvo cuando el golpe de Estado lo disolvió y sus miembros tuvieron que exiliarse en otros países. Pero el impacto del aprendizaje en la modelización no solo pasó en aquellos países en que se exiliaron estos intelectuales y técnicos, sino antes en el ámbito de la FCEN y la FCE de la UBA, así como en instituciones tan importantes para el desarrollo económico latinoamericano como lo fueron el ILPES (CEPAL) y el CONADE, entre otros.

La herencia de la modelización *a la Holland* no solo permitía, por ejemplo, testear los efectos de una devaluación, sino que también se alejaba de la práctica doctrinaria de *ceteris paribus* que orientaba a los economistas a estudiar la realidad como partes separadas. En latín, *ceteris paribus* quiere decir “siendo el resto de las cosas iguales”, idea que no se llevaba bien con un sistema complejo y dinámico como se pretendía estudiar con el MEIC-0; a

D

pesar de ello, la dificultad para disponer y procesar la información colaboró relativamente en los hechos con la doctrina heredada. Dadas las ventajas de la simulación, era posible conocer el resultado de cambios en múltiples variables y comparar trayectorias con discontinuidades, interrupciones e irreversibilidades. Algo que se conoció posteriormente bajo el concepto de *tiempo histórico*. Todo ello podía hacerse sin suponer hipótesis de maximización tan comunes en las teorías dominantes de la época, al tiempo que, dados los objetivos del desarrollo económico, se podían establecer conexiones de forma más sencilla entre el corto y el largo plazo, como pretendían no solo sus autores, sino también todos los economistas estructuralistas preocupados por la estabilización de corto plazo y el desarrollo de largo plazo.

Los requerimientos del grupo de economía matemática que desarrolló el MEIC-0 provocaron la creación del primer lenguaje de programación en el país: el COMIC, a partir de las dificultades con las que estos modelos demandaban al manejo de información.¹¹ A pesar de ello, sus suscriptores alertaron sobre la distancia que estos podrían tener respecto a los procesos reales, tanto las dificultades para construir modelos económicos representativos como la potencial distancia sobre los procesos políticos y las acciones de gobierno. De cualquier modo, se destaca la sintonía, con un clima de época, orientada a contestar las políticas económicas ortodoxas representadas típicamente por el Fondo Monetario Internacional. En este sentido, la heterodoxia del modelo se evidenciaba no solamente en los condicionantes estructurales que incorporaba, sino también en la teoría del precio que llevó implícita (construida a partir de costos de producción), así como en la impronta latinoamericana a través de la cual el sector externo y el tipo de cambio eran condicionantes fundamentales de la dinámica económica.

Bibliografía

- Arana, M. (2020). “La técnica de programación cepalina y los economistas en la Argentina de mediados del siglo XX”. *Revista de la CEPAL*, (131), 61-75.
- Babini, N. (1997). “La llegada de la computadora a La Argentina”. *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, 20(39), 465-490.
- Berdichevsky, C. (2006). “The Beginning of Computer Science in Argentina –Clementina– (1961-1966)”. En Impagliazzo, J. (eds.), *History of Computing and Education 2* (Vols. IFIP: Advances in Information and Communication Technology, vol. 215, pp. 203-215). Nueva York: Springer.
- Calcagno, A. E.; Sáinz, P. y De Barbieri, J. (2015). *Decisiones políticas. Un método para interpretarlas y evaluarlas*. Buenos Aires: Catálogos.
- Carnota, R. J. (2012). *De rupturas y continuidades, mitos y realidades. Historia crítica del Instituto de Cálculo de la Universidad de Buenos Aires entre 1957 y 1971*. Buenos Aires: Untref.

¹¹ Cristina Zoltan recuerda que Varsavsky ya trabajaba en Caracas antes de 1966. Sus requerimientos para el COMIC venían de su experiencia allí.

- (2022). “El proyecto modernizador reformista en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (1956-1966). Desarrollo, quiebre, secuelas y reconstrucción mítica”. En Carli, S., *Historia de la Universidad de Buenos Aires: 1945-1983*, pp. 99-120). Buenos Aires: Eudeba.
- Ceruzzi, P. E. (2018 [2012]). *Breve historia de la computación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- “Cinco años del Instituto de Cálculo de la Universidad de Buenos Aires”. Entrevista a Manuel Sadosky (1972). *Ciencia Nueva. Revista de ciencia y tecnología*, III (7), pp. 13-18.
- Clementina. Capítulo 1: Presentación en sociedad (s.f.). Recuperado el 11 de 7 de 2023, de <https://www.youtube.com/watch?v=NAVuZyl5jz0&t=10s>.
- De Pablo, J. C. (1995a). *Apuntes a mitad de camino*. Buenos Aires: Macchi.
- (1995b). *Héctor Luis Diéguez, Miguel Sidrauski y los comienzos de la licenciatura en economía en la Argentina*. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, Sudamericana.
- Dean, P. (1962). *Report by Phyllis Dean on the Buenos Aires Faculty of Economic Development Programme*. Ford Foundation.
- Dieulefait, C. E. (1958). “El modelo de insumo producto y el problema de inversión”. *Revista de Ciencias Económicas*, IV (3), 267-276.
- Domingo, C. y Varsavsky, O. (1967). “Un modelo matemático de la Utopía de Moro”. *Desarrollo Económico*, 7(26), 3-36.
- Durán, W. O. *et al.* (2009). “COMIC: El primer lenguaje y compilador argentino, desarrollado en el Instituto de Cálculo en 1965”. En Aguirre, J. y Carnota, R. (comps.), *Historia de la informática en Latinoamérica y el Caribe: investigaciones y testimonios*, pp. 109-123. Río Cuarto: Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, UBA. Memorias 1960, 1961, 1962 y 1963. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Universidad de Buenos Aires.
- Holland, E. P. (1961). *Simulation of an economy with development and trade problems*. Cambridge: MIT, Center for International Studies.
- Instituto de Cálculo, FCEN (1962). *Boletín informativo N° 6*. Buenos Aires.
- (1963). *Boletín informativo N° 11*. Buenos Aires.
- Jacovkis, P. M. (2013). *De Clementina al Siglo XXI. Breve historia de la computación en la Facultad de ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2014). “Manuel Sadosky y su impacto en la ciencia y en la política argentina”. En Carnota, R. y Sadosky, M., *El sabio de la tribu*, pp. 17-83. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- O’Connell, A. y Varsavsky, O. (1965). “El MEIC-0 (modelo económico del Instituto de Cálculo, versión preliminar)”. *Boletín Interno N° 1*. Grupo de Economía, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Instituto de Cálculo.
- Sadosky, M. (1962). “El Instituto de Cálculo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales”. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, quinta época, año VII (4), 646-650.
- Varsavsky, O. (1963). “La experimentación numérica”. *Ciencia e Investigación* (19), 340-47.
- (1965). “Los modelos matemáticos numéricos como herramientas de decisión en

D

- problemas difícilmente cuantificables”. *Boletín Interno N°1*, Grupo de Economía, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Instituto de Cálculo.
- (1994 [1969]). *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Varsavsky, O. y Calcagno A. E. (comps.) (1971). *América Latina: modelos matemáticos. Ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica y las ciencias sociales*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Entrevistas

- Brodersohn, Mario S. (15/5/2015). Entrevista a Mario Brodersohn (M. Arana, entrevistador). Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.
- Calcagno, Alfredo Eric (17/10/2018). Entrevista a Alfredo Eric Calcagno (M. Arana, entrevistador). Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.
- Lew, Liana (29/8/2023). Entrevista a Liana Lew (M. Arana, entrevistador). Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.
- O’Connell, Arturo (22/7/2013). Entrevista a Arturo O’Connell (M. Arana, entrevistador). Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.
- (27/9/2023). Entrevista a Arturo O’Connell (M. Arana, entrevistador) Capital Federal, Buenos Aires, Argentina.

El rebelde: un recorrido por el pensamiento económico de Oscar Varsavsky

Celeste Viedma¹

Resumen

El artículo se propone recorrer el pensamiento económico de un autor que no forma parte de los nombres canónicos de la disciplina, a saber: el químico-matemático Oscar Varsavsky. Luego de una breve reseña biográfica, abordaremos: 1) su crítica a las categorías económicas o, como él las denominaba, “falacias cuantitativas”; 2) su propuesta de elaboración de modelos matemáticos para el cálculo de viabilidad de estilos de desarrollo alternativos; 3) las tensiones con el marxismo y, en particular, la revisión que propone sobre la tópica marxista base-superestructura. Se verá que el recorrido que presentamos no es inocente, sino que está orientado por la centralidad que adquiere en el pensamiento de Varsavsky la relación entre crítica, acción política y utopía. Para finalizar, ofreceremos algunas reflexiones acerca de la importancia de recuperar su pensamiento en la actual enrucijada histórica argentina.

Introducción

Oscar Varsavsky fue un químico, físico y matemático argentino destacado por sus contribuciones al pensamiento latinoamericano en ciencia, tecnología y desarrollo (PLACTED). Su rebelión contra la pretendida neutralidad del “cientificismo”, plasmada en “el librito” (Ferrer, 2007) *Ciencia, política y científicismo* (1969), buscaba promover una producción científica y tecnológica nacional y latinoamericana, “creativa” y “rebelde” (Andrini, 2015; Grondona, 2016a; Hurtado, 2011; Marí, 2018). El reciente documental dirigido por Rodolfo Pétriz, *Varsavsky: el científico rebelde*, recorre aspectos centrales de su contribución. Varsavsky sostenía que el estilo científico y tecnológico de un país cualquiera no podía pensarse fuera de un determinado “estilo de desarrollo”. Es, pues, bajo iniciativa suya

¹ IIGG-FSOC-UBA/CONICET, CCC, Red PLACTS.

D

que podemos ubicar esta formulación (Faletto y Martner, 1986), cuya primera aparición “oficial” puede datarse en el artículo publicado con ese mismo título (CENDES, 1969; Pinto, 1986).

Producidos hacia fines de la década del sesenta y comienzos de los setenta, los debates sobre estilos de desarrollo consistieron en una serie de discusiones que surgieron desde América Latina en oposición al modelo World III elaborado por expertos vinculados al Massachusetts Institute of Technology (MIT) con el auspicio del Club de Roma. A partir de un ejercicio matemático realizado por computadoras, los autores de *Los límites del crecimiento* (Meadows *et al.*, 1972) auguraban el advenimiento de una catástrofe de alcance mundial vinculada al crecimiento poblacional y la escasez de recursos. A tales pronósticos, un grupo de científicos latinoamericanos respondería que los límites al desarrollo no eran naturales o físicos, sino sociales y políticos, resultado de *un* estilo de desarrollo que el modelo World III presentaba como el único posible (Herrera *et al.*, 2004; Sunkel y Gligo, 1980; Varsavsky, 1971b). Así, en abierta disputa con el modelo construido desde el centro capitalista, estos científicos se abocaron a la construcción de modelos matemáticos que permitieran calcular la viabilidad física, social y política de estilos de desarrollo alternativos, centrados en la satisfacción de necesidades de las mayorías (Aguilar *et al.*, 2015; Grondona, 2016b; Kozel y Patrouilleau, 2016).

En el presente artículo nos interesa introducir tres cuestiones, vinculadas a los debates sobre estilos de desarrollo, que hacen al *pensamiento económico* de Oscar Varsavsky. En primer lugar, abordaremos algunas de las categorías que en *Proyectos Nacionales. Planteo y estudio de viabilidad* (1971b) son denunciadas como “falacias”. Entre ellas, la más importante es la tasa de crecimiento como medida de desarrollo de los países, que “esconde”, según el autor, *un* estilo de desarrollo que se presenta como el único posible. A continuación, presentaremos los modelos matemáticos de experimentación numérica, que para Varsavsky permitían el cálculo de viabilidad de estilos de desarrollo alternativos. Veremos, en particular, qué diferencia a los modelos por él desarrollados de *otros* usos de la matemática en economía. Por último, introduciremos la revisión varsavskiana de la tópica estructura-superestructura, sus críticas al marxismo y la propuesta de una singular articulación con la cibernética. Hacia el final, ofreceremos algunas conclusiones que se desprenden del recorrido.

Las “falacias” de la economía

Hacia los años sesenta, la intelectualidad latinoamericana comenzó a discutir la insuficiencia de la tasa de crecimiento como medida del desarrollo de los países. Ante las limitaciones del proceso de industrialización, las dificultades del estrangulamiento externo y la necesidad de impulsar la integración regional y mejorar la distribución del ingreso, la CEPAL comienza a verse sacudida por una serie de revisiones en tal sentido (Devés Valdés, 2003; Nahón *et al.*, 2006). Ello coincidió con un giro del pensamiento de esta institución hacia las estructuras sociales que alcanza al propio Raúl Prebisch, su fundador,

así como con un proceso de politización de sus expertos (Ansaldi, 1991; Beigel, 2010; Odisio, 2022). Paralelamente, las “teorías de la dependencia” están en auge y centran la reflexión en las condiciones de explotación de los países periféricos frente a los centros capitalistas (Beigel, 2006). Es en este marco que sucede la intervención de Varsavsky, centrada en la crítica a las “falacias del lenguaje económico”, según titula el segundo capítulo de *Proyectos nacionales* (1971b). La primera “falacia” en el listado es, justamente, la tasa de crecimiento:

El énfasis en la cantidad y el uso de estos números sin aclarar su contenido creemos que es una trampa ideológica, y la llamaremos la falacia cuantitativa. Ella es típica del “desarrollismo” y pretende que la esencia de todo Proyecto Nacional es un conjunto de tasas de crecimiento (ibídem: 74).

Desarrollarse es avanzar, pero esto no significa nada si no decimos hacia dónde. Hay muchas metas posibles, muchos caminos [...] Nuestro camino es nuestro Proyecto Nacional, nuestro estilo de desarrollo. Sin un Proyecto Nacional explícito somos fáciles víctimas de la falacia cuantitativa (ibídem: 111-112).

Se trata de una falacia debido a que la tasa de crecimiento esconde diferencias cualitativas en términos de metas u objetivos: “Dos estilos muy distintos pueden estar creciendo a la misma tasa” (ibídem: 80). Por eso, el estilo dominante, denominado en este libro *estilo consumista*, “mete de contrabando todo un contenido cualitativo, todo un estilo de desarrollo: el de los EE.UU., en bloque” (ibídem: 83).

Para el autor, un proyecto nacional debe plantearse en términos de necesidades, sus objetivos no son “intercambiables unos por otros”, ni tampoco “reducibles a la misma unidad por medio de precios” (ibídem: 26). Por ello, el cálculo basado en “costos y beneficios” no tiene sentido cuando se trata de la evaluación de estilos de desarrollo alternativos. A su vez, lo que constituye un problema bajo determinado estilo puede no serlo en otro. Podría ocurrir, por ejemplo, que un proyecto nacional sea “físicamente viable, pero con desequilibrios iniciales de comercio exterior” (ibídem: 94). O bien que el desempleo, problema en el estilo consumista, no se constituya en tal bajo un estilo de desarrollo alternativo. Si las metas planteadas se cumplen, el desempleo es “una bendición porque significa que las metas se están cumpliendo con menos trabajo del calculado” (ibídem: 105).

El planteo de objetivos en términos de necesidades otorga un criterio para la toma de decisiones que queda oculto bajo el modo en que el lenguaje económico habitual se refiere a los problemas: “En una economía planificada según metas –necesidades– no hay pues problemas de ahorro monetario, créditos, financiación, salvo, en todo caso, de financiación externa compatible con el grado de independencia que se ha decidido mantener” (ibídem: 95). Se trata de adoptar un punto de vista “necesitario”, “planificador” o “constructivo”, en el sentido de que “todo lo veremos con los ojos del constructor, del que busca por todas partes materias útiles para la obra que proyecta” (ibídem: 23). Así, en lugar de partir de fijar una cierta tasa de crecimiento como meta, su perspectiva supone el establecimiento

de objetivos expresados en clave de necesidades humanas de todo tipo, consideradas “fines últimos” (ibídem: 32).

El listado de veinticinco necesidades ofrecido por el autor contrasta, en su concreción y sencillez, con el “lenguaje económico” y su “terminología esotérica” (ibídem: 73). También dista considerablemente de lo que se entiende por “necesidades básicas” en los actuales modos de medición de la pobreza (Grondona, 2014). Antes que una serie de requerimientos materiales individuales, el listado de “necesidades básicas” varsavskianas incluye necesidades físicas como, por ejemplo, alimento, vestuario y vivienda; pero también sociales como seguridad, acceso a la información, forma de urbanización y libertades individuales; culturales como educación, satisfacción en el trabajo, ocio recreativo y creativo; y políticas como participación, autonomía, propiedad, resolución de conflictos, estructura institucional, entre otras. Así, un proyecto debe plantear, para cada una de estas necesidades, el modo y el grado en que se propone satisfacerlas.

Pero entonces, ¿qué son los “estilos de desarrollo”? De acuerdo con Varsavsky, esta expresión alude a la existencia de “muchos futuros posibles” (1971b: 24). En numerosos fragmentos de texto, ella se asimila a la noción de proyecto nacional, aunque esta última supone, precisamente, una proyección, es decir, un *planteo*. Todo proyecto expresa un estilo, pero puede haber estilos no proyectados de manera explícita. Así pues, un proyecto designa una “obra” de carácter “consciente, voluntarista” (ídem), que puede referir a un país o a un grupo de países. La expresión *estilos*, en plural, se contrapone a la postulación “del desarrollo” en singular, como meta u objetivo que todos los países deberían asumir:

... se nos dice que somos un país subdesarrollado y que el único Proyecto Nacional concebible es, evidentemente, desarrollarnos. Estos términos introducen de contrabando todo un esquema ideológico según el cual los países se pueden ordenar *linealmente* por su “grado de desarrollo”, desde avanzados hasta subdesarrollados (ibídem: 109, énfasis original).

Como el país de mayor ingreso es EE.UU., se deduce que este debe ser el “modelo” de desarrollo para todo el mundo. De paso, quedan en segundo plano los peligrosos problemas de la dependencia: no nos vemos como satélites colonizados, sino como alumnos de un maestro aventajado [...] Todo este enfoque es falaz: no tenemos obligación de aceptar como “modelos” a EE.UU., URSS o China, como tampoco estamos obligados a rechazarlos en todos sus aspectos. Desarrollo es, en sí, *un término relativo*, pero relativo a *las metas que el país se plantea*; a su propio Proyecto Nacional, no al de otro país (ibídem: 111, énfasis original).

No existen, pues, países desarrollados y otros “subdesarrollados” con base en la misma medida, sino estilos de desarrollo alternativos, de acuerdo con los objetivos que se propongan. El autor de *Proyectos Nacionales* distingue cinco estilos diferentes: hippie, lunar, autoritario, consumista y creativo. La inclusión de los estilos hippie y lunar es “solo para ilustrar la diversidad posible en este campo y para evitar así el peligro de encerrarse en

esquemas demasiado trillados” (ibídem: 170). Mientras que el primero constituye una sociedad basada en el amor y la búsqueda de caminos místicos, el segundo refiere a una colonia humana en la Luna. Ambos constituyen un aporte original de este libro, dado que los otros tres habían sido presentados en el artículo “Estilos de desarrollo” (CENDES, 1969). El estilo autoritario se centra en el orden y la fortaleza nacional y acepta el liderazgo de los grandes bloques centrales. Varsavsky se dedica en gran medida a contraponer los dos estilos restantes: el *estilo consumista* y el *estilo creativo*. Posteriormente, el estilo creativo será rebautizado como “socialismo nacional creativo”, y el consumista se dividirá entre el estilo “neocolonial” vigente y el inviabile “desarrollismo nacional” (1972). Algunos años después, se denominarán respectivamente “pueblocéntrico” y “empresocéntrico” (2013).

El estilo consumista constituye “una extrapolación de la sociedad actual” (1971b: 61) y se caracteriza por el “seguidismo” o la imitación de los objetivos de los países llamados “desarrollados”. Aunque en él existe autonomía política formal, presenta una fuerte *dependencia* en materia de economía, tecnología y cultura. Requiere un aumento sostenido de las importaciones y, consecuentemente, de las exportaciones. Al respecto, Varsavsky precisa:

Tiene razón la CEPAL al decir que no es posible seguir *sustituyendo* importaciones, si eso significa producir en el país todo lo que hoy se importa [...] Por ese camino no hay solución. La cuestión es no importar *ni producir* todo aquello que *no sea necesario* [...] Si “lo necesario” está definido por un Proyecto Nacional, es probable que la reducción de importaciones sea grande. Si la decisión queda en manos de la “libre empresa”, en pos de ganancias, no habrá disminución sino aumento (ibídem: 99, énfasis original).

Para el autor, el conocido problema del estrangulamiento externo *solo es tal* —es decir, constituye un *problema*— para el estilo consumista, que por sus objetivos requiere del crecimiento sostenido de las exportaciones. Ello cuestiona el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones: “La afirmación de que ‘el proceso de sustitución de importaciones está agotado’ es válida solo si aceptamos el desarrollismo seguidista” (ibídem: 275).

Contrapuesto al anterior, encontramos el estilo creativo, en el que se procura “la máxima autonomía de pensamiento y cultura, y por lo tanto la máxima independencia política, económica y tecnocientífica” (ibídem: 239). Este modelo propone la nacionalización de la mayor parte de las empresas extranjeras. No obstante, Varsavsky aclara: “Eso no significa que deba buscarse la autonomía económica total” (ibídem: 241). La apertura al capital extranjero será aceptada en la medida en que no implique una reducción del grado de autonomía por debajo de lo que el estilo se plantea como meta. El estrangulamiento externo no resulta aquí un problema, en la medida en que las exportaciones se definen en función de lo que se necesite importar; y esto último, de acuerdo con lo que el estilo estime necesario:

El país no es una empresa: su objetivo no es aumentar sus ventas. Debe exportar solo lo necesario para pagar sus importaciones necesarias. Pero solo a través de un Proyecto Nacional con metas claras —cualitativas y cuantitativas— podrá saberse cuáles son esas importaciones necesarias (ibídem: 101).

D

Este estilo conlleva la “planificación física racional total, con sistemas jerárquicos de ciudades y estudios teóricos de la organización de cada una de estas” (ibídem: 212). Para ello, se requiere “una política científica propia, autónoma” (ibídem: 109), en contraste con la dependencia tecnológica favorecida por el estilo consumista. La “modernización tecnológica” es, para el autor, otra de las falacias del lenguaje económico, que “cada vez nos ata más a la tecnología de los países líderes” (ibídem: 108). Los mismos principios orientan la investigación científica y la enseñanza, que resultan adaptadas a la misma modernización imitativa. La dependencia tecnológica es, a su vez, “solo un aspecto de la dependencia cultural, cuya otra cara es la imitación del estilo de consumo de los países dominantes” (2013: 108). Como su nombre lo indica, este estilo promueve la aspiración hacia bienes y servicios “suntuarios, de alto contenido superfluo” (1971b: 173), lo que favorece además un alto grado de diversificación para numerosos bienes y servicios. Varsavsky denunciaba que los supuestos “excesos” de consumo que, vistos desde los expertos del Club de Roma, parecían ser resultado de un mundo homogéneo que tendía hacia “el desarrollo”, eran en realidad producto del estilo de desarrollo dominante y su fomento al consumo suntuario de las élites (Coviello, 2019). El estilo creativo, en cambio, desestima el consumo opulento e impulsa una reducción de la diversificación de los bienes, los cambios de modelos y el surgimiento de nuevos productos. Mientras que este estilo supone una menor diversidad de bienes “físicos”, estimula, por otro lado, la “participación del usuario” en “la terminación, armado y modificaciones del diseño, en sus horas de ocio” (1971b: 203). A su vez, se fomenta el “ocio creativo”, considerado como “la actividad que da sentido a la vida del individuo” (ibídem: 223), y se favorece la creación de tecnología de modo tal que las innovaciones sean “respuesta a problemas nuestros, valorados con nuestros propios criterios de importancia, es decir, con autonomía cultural” (ibídem: 241).

Modelos matemáticos para el proyecto nacional

Desde comienzos de los años sesenta, Varsavsky trabajó junto con otras figuras en la elaboración de un tipo específico de modelo matemático denominado “experimentación numérica o *numex*”, cuyo diseño fue concebido específicamente para el cálculo de viabilidad de estilos de desarrollo alternativos. De modo que aquella crítica a la “falacia cuantitativa” a la que nos referimos previamente no redundaba en un rechazo a la cuantificación. Al contrario, confiaba en la posibilidad de utilizar modelos matemáticos con el objeto de facilitar el manejo de variables y las múltiples relaciones entre ellas. Así, el lenguaje matemático podía ser útil para los intereses de analistas y políticos locales para la construcción de su proyecto nacional.

La aplicación de estos modelos sería ilustrada con la publicación de *América Latina: modelos matemáticos* (1971a), que incluye, entre otros trabajos, el cálculo de viabilidad física de los estilos de desarrollo consumista, autoritario y creativo a los que hicimos referencia previamente. Recordemos, en este punto, que un proyecto nacional considera veinticinco necesidades físicas, sociales, culturales y políticas, de modo que para calcular su viabilidad

se torna necesario relevar información acerca de cada una de ellas y sus interrelaciones. Ante la necesidad de “manejar grandes cantidades de datos en forma integrada y sistemática” (1971b: 23-24), “es necesario disponer de un método que permita ensayar distintos esquemas teóricos sobre la base de una mínima estructura común unánimemente aceptada” (ibídem: 30). La propuesta de Varsavsky para la construcción de dicho método es la formalización matemática, en particular los modelos matemáticos de experimentación numérica. Se trata de formalizaciones que posibilitarían un cálculo de viabilidad que no implique sencillamente el estudio de “la tendencia más probable” (ibídem: 9) o la “extrapolación mecánica de lo que viene ocurriendo” (ibídem: 24), sino que permita tomar las decisiones necesarias para alcanzar futuros alternativos.

Para Varsavsky, un modelo es una “imagen o representación” de un sistema, que incluye sus “características o atributos” y las “relaciones o conexiones” entre ellas. La consideración de un sistema a partir de modelos como propone el autor supone un conocimiento sobre el funcionamiento del modelo y no únicamente sobre su reacción frente a determinados estímulos (*inputs* y *outputs*). De igual manera, un mismo sistema puede tener modelos muy diferentes, todo dependerá de cómo se represente la realidad el “modelista”. En este sentido, toda representación de la realidad constituye un modelo, que puede ser más o menos completo. El autor precisa que el uso de modelos como instrumento de descripción y explicación no resulta de su interés específico. Por el contrario, su objetivo es la construcción de modelos que reaccionen en forma análoga al sistema que buscan representar, es decir que operen “por analogía” y sirvan como “instrumento de decisión” (1971a: 17). Se trata de decidir sobre determinados cursos de acción a partir de experimentar acciones determinadas sobre el modelo, que se supone reacciona como lo haría la realidad.

Debido a que toda vez que se intente intervenir sobre la realidad se utiliza algún modelo, sea explícito o no, prescindir de la formalización matemática no supone abandonar el uso de algún modelo en sí. Quien actúa debe tomar una decisión y, para ello, utiliza alguna imagen acerca de cómo es la realidad y qué tipo de respuesta espera que su acción desencadene, es decir, utiliza un modelo, más o menos explícito:

El usuario tiene que tomar decisiones, tiene que elegir entre varias alternativas de acción (entre ellas no hacer nada), y ello dentro de un cierto plazo; no dispone de un tiempo ilimitado como el observador-investigador ideal de las ciencias naturales. *Llegado el momento de elegir*, el usuario lo hace teniendo en cuenta las predicciones del modelo mental que en ese momento acepta, tenga o no dudas sobre su validez [...] Y la manera más segura de usar correctamente el modelo mental es tenerlo explicitado matemáticamente (ibídem: 51, énfasis nuestro).

La cuantificación permite, entonces, expresar un razonamiento o una hipótesis acerca de cómo se relacionan ciertas variables. El uso de modelos matemáticos no resulta incompatible con las advertencias acerca de la “falacia cuantitativa”, ya que se los utiliza para mejorar la toma de decisiones. Si, como vimos, los objetivos de un estilo de desarrollo no podían plantearse en términos de magnitudes económicas, una vez planteados en clave

D

de necesidades podía optarse por su formalización matemática sin riesgo de sacrificar los objetivos: “Estamos cuantificando, *pero a partir de una situación cualitativa bien definida*: las metas elegidas en primera aproximación” (1971b: 88, énfasis original).

Ahora bien, así como se defiende la utilización de la matemática en ciencias sociales, también se previene contra el “seguidismo” o la utilización “acrítica” de modelos desarrollados para otros fines. Por el contrario, es necesaria la elaboración de nuevos lenguajes matemáticos, adecuados a este tipo de sistemas. En un esfuerzo por establecer la especificidad de la experimentación numérica sobre otros modelos matemáticos utilizados en ciencias sociales, Varsavsky establece la necesidad de distanciarse de quienes realizan “supersimplificaciones a veces caricaturescas” del modelo mental “hasta poder representarlo por algunas ecuaciones de las que los matemáticos saben manejar” (1971a: 37). Así, el método denominado *Simulación* (en mayúsculas en el original) resulta similar a la propuesta de Varsavsky, “pero en la práctica los métodos y campos de aplicación son distintos” (ibídem: 40). Los modelos construidos por esta perspectiva son genéricos: “El proceso que interesa se repite en la realidad muchas veces en iguales condiciones a lo largo del tiempo” (ídem). Por otro lado, “interesa el funcionamiento del sistema en estado estacionario, o de equilibrio aunque sea asintótico” (ídem), “el medio ambiente es relativamente controlable” y “las variables son casi todas cuantificables” (ibídem: 41).

Otros casos, que podrían identificarse como pertenecientes a la llamada “teoría de juegos”, como el modelo de *Harrod-Domar* y el de *Von Neumann*, también se diferencian de *numex* por su carácter genérico. Si bien Varsavsky los considera “útiles” para ciertas circunstancias, advierte que toman lenguajes utilizados en la física de manera acrítica y se ven forzados a adaptar la complejidad de la realidad social a un lenguaje que no fue elaborado para tal fin. Algo parecido sucede con la *Econometría*, que establece correlaciones estadísticas que en muchos casos no poseen sustento teórico. Aunque tiene el valor de basarse en las experiencias del pasado, también ve en el pasado una necesidad de repetición, con lo cual no resulta de utilidad para el análisis de sistemas sociales:

No aceptan las relaciones causales sugeridas por el modelo mental a menos que sean verificadas estadísticamente por series históricas que describen el pasado del sistema en estudio [...] *Esto es inadmisibile* [...] Una larga y perfecta regresión entre consumo e ingreso puede ser estropeada por una nueva política social. Una vez más: para los sistemas sociales, *el futuro no tiene por qué repetir el pasado. Todo país que quiere salir del subdesarrollo niega justamente su pasado. Si va a basar su planificación en un modelo econométrico, que esencialmente extrapola el pasado, está derrotado de antemano*. En este sentido, el econometrismo exagerado puede decirse que refleja una ideología conservadora (ibídem: 38, énfasis nuestro).

Por último, Varsavsky menciona que la *Cibernética* presenta similitudes con los modelos propuestos por él, pero a su vez se diferencia por destacar aspectos metodológicos y el cálculo de viabilidad, sobre la definición de objetivos. En *Proyectos Nacionales* lo expresa

del siguiente modo: señala que la cibernética “recalca” la elección de la estrategia, pero “enmascara” el planteo de objetivos (ibídem: 114).

Queda claro, pues, que la definición de objetivos es prioritaria para Varsavsky por sobre la construcción del modelo que permita conocer su viabilidad. En abierto contraste con los cuatro casos anteriores, la característica fundamental de la experimentación numérica consiste en servir de “guía para la acción”, ser expresión del modelo mental que los decisores poseen a la hora de intervenir sobre la realidad social: “Son modelos realistas de sistemas sociales grandes, como los que deben considerar los políticos y planificadores” (ibídem: 41). A su vez, ante la existencia de alguna insuficiencia teórica pueden construirse varios modelos que difieran en algunas hipótesis, comparándose las distintas alternativas. En ese caso, no se trata de establecer cuál es el modelo correcto, sino de los resultados que produce la decisión que se buscaba tomar.

Estructura y transición: revisando la tónica marxiana

Hacia el final de la sección anterior, presentamos la crítica de Varsavsky a los usos habituales de la cibernética en materia de modelística. Es momento de precisar que dicha crítica no está exenta de cierto visto bueno: si, por un lado, hay sendos “inconvenientes del lenguaje cibernético”, por el otro, el deseo de otorgar claridad al “método dialéctico” mediante la cibernética es juzgado “correcto” (1971b: 114). Veremos que, pese a algunas aplicaciones falaces, un esfuerzo crítico en tal sentido podría resultar provechoso para la comprensión del sistema social y su transformación.

El “uso deforme del enfoque sistémico” ocurre cuando “se habla de teoría de sistemas de manera puramente imitativa, copiando el enfoque de los ingenieros” (1972: 64). El problema es que la cibernética constituye la parte de la teoría de sistemas que corrige desviaciones y se ocupa especialmente de cómo devolver a un sistema a un estado de equilibrio. No obstante, “todo proceso socioeconómico que quiera estudiarse con cierto realismo se debe tratar como un sistema: con todas las variables e interrelaciones dinámicas que parezcan de importancia” (ídem). La posible utilidad de la teoría de sistemas también se encuentra en la descripción de la “imagen del mundo” sostenida por el *estilo creativo* en *Proyectos Nacionales*:

Su herramienta típica no es el motor sino la *computadora*; su factor dinámico no es la fuerza individual en competencia, sino la *planificación*; su esqueleto es fuerte, no tanto por sus materiales como por su *estructura*; su *método productivo* no es el hombre sirviente de la máquina sino la máquina usada por una *organización*; *la dialéctica se transforma en teoría de sistemas* (1971b: 231, énfasis nuestro).

Pero no se trata de la teoría de sistemas “usual”, puesto que lo que interesa es “el proceso de cambio de estructuras, que indica mutaciones o revoluciones” (1975: 45). A continuación, el autor aborda esos procesos de cambio desde la perspectiva de los ahora bautizados *estilos sociales*.

D

El matemático distingue seis “zonas”: económica, social, militar, ideológica, organizativa e individual. En cada una de ellas ocurre una “lucha general por el poder” y una disputa por las “armas que cada una utiliza” (ibídem: 59). La consideración del poder en relación con todas las zonas “ayuda a recordar que no existen estrategias de validez general para tomar el poder, sino que deben adecuarse a las relaciones de fuerzas existentes entre esas zonas” (ídem). A los fines de la transformación del sistema, lo que interesa es identificar cuáles son las “zonas” por las que conviene iniciar un cambio de estilo. En este sentido, es necesario considerar una cierta relación entre esta tópica y las posibles temporalidades que permitan lograr la transformación. El autor vincula este problema a los desarrollos sobre cambio estructural de Carlos Domingo (1998), citado en su trabajo, así como a la consideración de la relación entre base económica y superestructura en Marx:

El *materialismo histórico* afirma que los cambios importantes empiezan siempre en la zona económica, y de allí se difunden violentamente a la “superestructura”, es decir, a las zonas ideológica y organizativa, pasando por las relaciones sociales. Esta ley parece ser más válida en la escala global que en esta o en las posteriores. En resumen, en una sociedad *los cambios de estilo no se dan en todas las zonas simultáneamente ni con la misma intensidad*, y es muy interesante ver por dónde comienzan y si los *problemas de poder y transición* son los mismos en todos los casos (ibídem: 164, énfasis nuestro).

La distinción propuesta por el autor entre las diferentes “zonas” permite conocer la velocidad del cambio en cada una de ellas y facilitar la planificación de “estrategias de transición”. Por lo tanto, el desafío consiste en estudiar en qué zona comienzan los cambios y cuáles podrían ser limitantes para las otras: cuál “toma la ‘iniciativa’ e influye decisivamente sobre las demás” y cuáles “frenan o inhiben la difusión de un cambio inicial” o “pueden anularlo en su misma zona de origen” (ídem). Asimismo, se requiere el conocimiento de los mecanismos por los cuales una sociedad logra estabilidad y coherencia entre las zonas.

Cabe mencionar que Varsavsky distingue, además, diferentes “fases” que atraviesa todo estilo. Ellas son la fase creativa, la expansiva y la decadente. Entre las dos primeras, puede interponerse o superponerse una fase de “conflictos definitorios”, que refiere a aquella etapa de conflicto entre las fuerzas interesadas en cambiar de estilo: “Un conflicto de facciones que luchan todas en *nombre del nuevo estilo* para imponer su ‘verdadera’ doctrina o interpretación” (ibídem: 175, énfasis original). Así pues, la suerte del estilo naciente se juega en la fase de conflictos definitorios. Lo que se dirime en este período es “qué versión del proyecto revolucionario triunfará y cuál es el grupo que decidirá la estrategia para realizarla” (ibídem: 344). Para ello, se debe considerar que la estrategia para “tomar el poder” y aquella adecuada para las etapas sucesivas pueden no coincidir, lo que hace necesaria una “Gran Estrategia” que integre todas las etapas. En *Proyectos Nacionales* también advertía que la sola “toma del poder”, separada de una preocupación por la viabilidad que permita sostener el proyecto en el tiempo, “transforma el problema político en uno de viabilidad física” (1971b: 53), es decir, soslaya el plano político en favor de la cuestión meramente tecnológica o material.

Si bien Varsavsky afirma que la “teoría económica no marxista” constituye una “defensa” del sistema social “occidental” (ibídem: 11), al tiempo que considera el “materialismo histórico” como “lo mejor de Marx” (Varsavsky, s.f.: 2), también es preciso notar que son reiteradas las ocasiones en que toma distancia y diferencia “el marxismo actual” de su enfoque “constructivo”, más adecuado para un mundo en el que las teorías “pierden su rigidez y el futuro deja de estar predeterminado” (1971b: 12). De allí que “parece preferible tomar del marxismo lo que tiene de útil y replantear las cosas en la forma que la realidad de esta época exige” (1975: 11). Podríamos decir que, aun cuando la propuesta de Varsavsky es de carácter socialista y encontramos en sus trabajos una valoración de la teoría marxista, es ante todo el carácter *práctico* de su invitación lo que coloca un límite al marxismo para pensar la transformación social. Para “comparar y perfeccionar” las distintas vías hacia ello, “las clásicas ideas marxistas” no resultan de utilidad, sino que se requieren “otras, ligadas más directamente a los objetivos” (1971b: 15).

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, hemos presentado un recorrido por el pensamiento económico del químico-matemático argentino Oscar Varsavsky. En primer lugar, consideramos su crítica a las “falacias cuantitativas” de la economía, toda vez que esta intenta disimular la cualidad de determinado estilo de desarrollo bajo un manto técnico de magnitudes “neutras”. Esto, denunciaba el autor, era propio del estilo imperante, denominado *consumista*. Por el contrario, el planteo de estilos de desarrollo alternativos requiere de metas concretas, planteadas en términos de necesidades a satisfacer, como en el caso del estilo *creativo* que el matemático ofrecía. En segundo lugar, presentamos los modelos matemáticos de experimentación numérica, que Varsavsky proponía como método para calcular la viabilidad de los estilos de desarrollo. Contrariamente a otros modelos, como el de *Harrod-Domar*, el de *Von Neumann*, la *Simulación* o la *Econometría*, la experimentación numérica ofrecía una forma de colaborar en la toma de decisiones para la elección de una estrategia viable, sin sacrificar las metas últimas. Por último y en tercer lugar, consideramos la distinción entre “zonas” y “fases” con la que Varsavsky se propone repensar la tópica marxiana de base y superestructura, así como el papel que proponía otorgar a la cibernética en tal revisión. Es momento entonces de ofrecer una última reflexión acerca de todo lo visto.

Si el pensamiento de Varsavsky puede considerarse como rebelde e irreverente, ello es por el modo en que enlaza crítica, acción política y utopía. Nos encontramos frente a un pensador que no tuvo reparos en señalar con dureza la improductividad de las categorías conocidas para imaginar futuros alternativos. Tampoco pretendió sacrificar la ambición política en pos de realismos conformistas, sino que, por el contrario, buscó expandir el horizonte de lo posible más allá de los estrechos límites que imponen el cortoplacismo y el temor de la derrota. ¿No es acaso un pensamiento como este el que necesitamos para los desafíos de la actual coyuntura? Dejaremos que el lector se responda esta pregunta.

Bibliografía

- Aguilar, P.; Fiuza, P.; Glozman, M.; Grondona, A. y Pryluka, P. (2015). “Hacia una genealogía del ‘Buen Vivir’”. Contribuciones desde el Análisis Materialista del Discurso”. *Theomai*, n° 32, pp. 96-127.
- Andrini, L. (2015). “Ciencia, ideología, verdad. El inicio de una polémica”. *Saber y Tiempo*, vol. 1, n° 1, pp. 22-31.
- Ansaldi, W. (1991). *La búsqueda de América Latina: Entre el ansia de encontrarla y el temor de no reconocerla. Teorías e instituciones en la construcción de las ciencias sociales latinoamericanas*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).
- Beigel, F. (2006). “Vida, muerte y resurrección de las ‘teorías de la dependencia’”. En Beigel, F. (comp.), *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 287-326.
- (2010). “Profesionalización, regionalización y ‘nacionalización’ de las ciencias sociales”. En Beigel, F. (dir.), *Autonomía y dependencia académica: Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina 1950-1980*. Buenos Aires: Biblos, pp. 65-88.
- CENDES (1969). “Estilos de desarrollo”. *El Trimestre Económico*, vol. 36, n° 144, pp. 517-576.
- CEPAL (1971). *Un modelo para comparar estilos de desarrollo o políticas económicas optativas*. Decimocuarto período de sesiones, Santiago de Chile, del 27 de abril al 8 de mayo de 1971. Documento recuperado de <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/14430>.
- Coviello, R. (2019). “Las problematizaciones del consumo en los debates latinoamericanos sobre desarrollo y dependencia del tercer cuarto del siglo XX”. *Cambios y Permanencias*, vol. 10, n° 1, pp. 357-402.
- Devés Valdés, E. (2003). “El concepto, el tema y el problema del desarrollo”. En Devés Valdés, E., *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Buenos Aires: Biblos, pp. 21-46.
- Domingo, C. (1998 [1975]). “El cambio estructural”. *Banco Central de Venezuela*, vol. 12, n° 2, pp. 47-83.
- Faletto, E. y Martner, G. (coords.) (1986). *Repensar el futuro. Estilos de desarrollo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Ferrer, C. (2007). “Inconformismo y conocimiento”. En Rietti, S. (comp.), *Oscar Varsavsky: Una lectura postergada*. Caracas: Monte Ávila Editores, pp. 173-183.
- Grondona, A. (2014). “La emergencia y el olvido de la polémica de las ‘necesidades básicas’”. En Grondona, A., *Saber de la pobreza. Discursos expertos y subclases en la Argentina 1956-2006*. Buenos Aires: CCC, pp. 89-118.
- (2016a). “Ciencia, científicismo y (estilos de) desarrollo”. En Grondona, A. (comp.), *Estilos de desarrollo y buen vivir*. Buenos Aires: CCC, pp. 49-74.
- (comp.) (2016b). *Estilos de desarrollo y buen vivir*. Buenos Aires: CCC.
- Herrera, A. O.; Scolnik, H. D.; Chichilnisky, G.; Gallopin, G. C.; Hardoy, J. E.; Mosovich, D.; Oteiza, E.; De Romero Brest, G. L.; Suárez, C. E. y Talavera, L. (2004 [1977]). *¿Catástrofe o nueva sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano 30 años después*. Buenos Aires: IDRC-CRDI, IIED-América Latina.

- Hurtado, D. (2011). “Surgimiento, alienación y retorno: El pensamiento latinoamericano en ciencia, tecnología y desarrollo”. *Voces en el Fénix*, n° 8, pp. 20-27.
- Kozel, A. y Patrouilleau, M. M. (2016). “La exploración científica del futuro, antes de la última dictadura”. En Oviedo, G. y Biagini, H. E. (comps.), *El pensamiento alternativo en la argentina contemporánea. Tomo III*. Buenos Aires: Biblos, pp. 103-120.
- Marí, M. (2018). *Ciencia, tecnología y desarrollo. Políticas y visiones de futuro en América Latina (1950-2050)*. Buenos Aires: Teseo.
- Meadows, D. H.; Meadows, D. L.; Randers, J. y Behrens, W. (1972). *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nahón, C.; Rodríguez Enríquez, C. y Schorr, M. (2006). “El pensamiento latinoamericano en el campo del desarrollo del subdesarrollo”. En Beigel, F. (comp.), *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 327-388.
- Odisio, J. (2022). “Raúl Prebisch (1901-1986)”. En Odisio, J. y Rougier, M. (eds.), *El desafío del desarrollo: Trayectorias de los grandes economistas latinoamericanos del siglo XX*. Santander: Universidad de Cantabria, pp. 29-72.
- Pinto, A. (1986). “Estilos de desarrollo. Origen, naturaleza y esquema conceptual”. En Faletto, E. y Martner, G. (coords.), *Repensar el futuro. Estilos de desarrollo*. Caracas: Nueva Sociedad, pp. 31-42.
- Sunkel, O. y Gligo, N. (comps.) (1980). *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Varsavsky, O. (1969). *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1971a). “Modelos matemáticos y experimentación numérica”. En Calcagno, A. E. y Varsavsky, O. (comps.), *América Latina: modelos matemáticos. Ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica y las ciencias sociales*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, pp. 16-54.
- (1971b). *Proyectos Nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Buenos Aires: Periferia.
- (1972). *Hacia una política científica nacional*. Buenos Aires: Periferia.
- (1975). *Marco histórico constructivo para estilos sociales, proyectos nacionales y sus estrategias*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1982 [1976]). “Ideas básicas para una filosofía constructiva”. En Varsavsky, O., *Obras escogidas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 365-413.
- (2013 [1974]). *Estilos tecnológicos: propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- (s.f.). “¿Por qué no soy marxista?”. Documento inédito disponible en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDIInCI), Fondo Oscar Varsavsky, Caja 1, Carpeta 4.

Dependencia y política. Las “cátedras nacionales” y sus alrededores

Diego Giller¹

*... la historia horada los textos pero
no les quita el derecho a su momento
de fijeza, de altiva detención en la letra
establecida. Nunca se escapa a esa paradoja,
pero en realidad, cada época elige los textos
que decide liberar de ese terrible cautiverio.*
Horacio González

“Todos éramos feuerbachianos”, escribió alguna vez Engels para evocar las travesuras filosóficas que había tramado con Marx en tierras parisinas en los ya lejanos años cuarenta del siglo XIX. Otro tanto podría decirse sobre lo que ocurrió en Chile más de una centuria después, pero esta vez canjeando el nombre propio de Feuerbach por la palabra *dependencia*. En la década del sesenta del siglo XX, eso que dio en llamarse “teoría de la dependencia” pareció ocupar todos los espacios del universo de las izquierdas en América Latina: sea desde la sociología, la economía, la historia o el cine, la militancia, la academia y el ensayo hablaron su lengua. “Todos éramos dependentistas”, podría entonces decir alguien de esa época sin por ello sonar ridículo o grotesco o tosco.

La novedad teórica dependentista había nacido en un Chile que completaba su condición de receptor de exiliados latinoamericanos con una red de instituciones con recursos para la investigación. A lo que habría que agregar, va de suyo, el telón de fondo de la Revolución cubana de 1959, que teñía de internacionalismo latinoamericanista los proyectos emancipatorios del continente, y la específica coyuntura política chilena, que pronto entregará una experiencia inédita: la vía democrática y pacífica al socialismo. El dependentismo habló en jerga marxista, pero no solo en ella. Y si se abismó en la tarea de invertir la teoría clásica del imperialismo, cuyo punto de vista se posaba sobre el análisis

¹ Investigador del CONICET, con sede en el IDH-UNGS.

D

del desarrollo del capitalismo en el centro hegemónico, fue porque creyó que era tiempo de posar la mirada sobre esas formas de “capitalismo *sui generis*” que se desplegaban en los países periféricos. Así estudió su estructura económica, o lo que nombraron como “capitalismo dependiente latinoamericano”, o el “modo de producción capitalista dependiente”, pero sin caer en la tentación del economicismo. De ahí que la sociología, la historia y la ciencia política fueran convocadas para descifrar el secreto de una época que quiso ser pensada a la vez que transformada.

Las teorías de la dependencia —el plural está ahí para mostrar una heterogeneidad— habían venido al mundo para disputar tanto con el discurso de la escuela estructuralista latinoamericana que, nucleada en la CEPAL, promovía una teoría latinoamericana del desarrollo, como con el de la sociología científica o de la modernización, más ligada a los claustros universitarios. Pero en su afán por pensarlo todo de nuevo, o al menos por pensar lo mismo pero cambiando el ángulo de la mirada, lo cual es ya una manera de imaginar las cosas de manera inédita, también quisieron vérselas con la teoría de las etapas que defendían los partidos comunistas como base de su estrategia revolucionaria. Para decirlo rápido: si la teoría cepalina quiso creer que el desarrollo era posible en la periferia capitalista a condición de llevar adelante ciertas políticas contracíclicas —el enfoque centro-periferia es uno de los grandes aciertos de la corriente liderada por Raúl Prebisch—; si la sociología científica anheló encontrar en la creación de un cierto tipo de instituciones la pretendida modernización de nuestras sociedades dejando atrás sus componentes tradicionales; y si, finalmente, los partidos comunistas persiguieron una estrategia frentista para promover una revolución democrático-burguesa que pudiera poner en el centro de la escena la contradicción capital-trabajo como antesala al socialismo, las teorías de la dependencia se colocarán como negación de cada una de esas opciones.

Era propio de la teoría de las etapas caracterizar el atraso latinoamericano como una variante del feudalismo. Semicolonia, atraso o subdesarrollo eran todas formas de decir lo mismo. Pero como la historia no había mostrado desde una perspectiva marxista la posibilidad de una transición del modo de producción feudal al socialista sin antes pasar por el capitalista, entonces los partidos comunistas creyeron que era tiempo de luchar por él. No es que lo creyeran como un acto de fe. Más bien, se les aparecía como una necesidad de la historia. Pero para los teóricos dependentistas, de André Gunder Frank a Ruy Mauro Marini, de Theotonio dos Santos a Fernando Henrique Cardoso, ese punto de partida era errado. Porque América Latina no era un continente feudal sino capitalista. Y no lo era desde el siglo XX con sus ambiciones industrializadoras. Tampoco desde el siglo XIX con sus enconados y sangrientos procesos independentistas. Lo era, en cambio, desde la mismísima conquista de América. He allí el momento en el que el mundo se vuelve por primera vez mundial y nuestro continente se incorpora como productor de materias primas. Su carácter de proveedor de alimentos para el mercado externo nos colocaba en la órbita del naciente capitalismo. Si esto era así, entonces no había necesidad de luchar por una revolución democrático-burguesa. De modo que no era cuestión de andar haciendo alianzas con los socios menores del imperialismo, las llamadas “burguesías nacionales”,

sino de combatir las. La lucha por el socialismo estaba a la orden del día. Despejado este debate, la teoría de las etapas quedaba fuera de juego.

Pero todavía permanecía en pie la teoría cepalina del desarrollo y su variante sociológica. Lo que había que demostrar entonces era que el desarrollo periférico no era posible en el marco de las relaciones sociales capitalistas. A mediados de la década del sesenta, las propias estadísticas de la CEPAL ya venían advirtiendo sobre el estancamiento de nuestras economías luego de los años dorados de la segunda posguerra. Como alguna vez escribió Dos Santos (1969), ahí se dejaba ver el fracaso del desarrollo autónomo periférico, pero también de las bases teóricas que lo habían alimentado. Haber imaginado un desarrollo que no era arrastraba consigo a la propia teoría. Lo mismo parecía suceder con la sociología de la modernización: los sectores tradicionales, con sus actitudes y formas institucionales, no habían declinado ni estaban cerca de hacerlo. Otro fracaso teórico.

¿Por qué entonces si Europa y Estados Unidos seguían creciendo, nosotros, los latinoamericanos, no? Para los dependentistas, la respuesta estaba en el saldo de su debate con los comunistas. El problema del atraso, del subdesarrollo o de la dependencia era menos el efecto de la falta de capitalismo que de su presencia. Es el capitalismo el que produce subdesarrollo. O, para decirlo con el axioma que Gunder Frank hizo célebre y que nadie se cansará de repetir por al menos un lustro: el desarrollo produce subdesarrollo. El desarrollo de las metrópolis produce subdesarrollo en sus satélites. Y en los mismísimos satélites, sus siempre subordinadas metrópolis internas engendran a su vez sus propios satélites. No era entonces que las causas del atraso estaban en la supervivencia de sectores tradicionales que se resistían a la modernización, o en las relaciones de producción rurales que impedían volcar los esfuerzos hacia la industrialización. Eran los mismos sectores avanzados los que reproducían, de manera indefinida, el atraso, el subdesarrollo, la dependencia.

Pero el razonamiento dependentista, y aquí radicaba su verdadera novedad, volvía sobre sus pasos. El subdesarrollo de ciertos países produce el desarrollo de otros. Es la periferia la que inventa al centro, la que lo hace posible, la que le da vida, la que le permite ser lo que es. Puesta de ese modo, la cosa cambia. De agente pasivo y apenas receptor de una dominación, se pasa a ser productor de un estado de cosas. Hay entonces un lugar donde el hilo se puede cortar. Hay un protagonismo que se puede exigir. Hay un libreto por crear: el de la dependencia.

La palabra *dependencia* no era sinónimo de subdesarrollo, como podía desprenderse de los trabajos de Gunder Frank, que prefería cultivar ese lenguaje. Como sugerían Cardoso y Faletto, la idea de subdesarrollo describía “la estructura de un tipo de sistema económico, con predominio del sector primario, fuerte concentración de la renta, poca diferenciación del sistema productivo y, sobre todo, predominio del mercado externo sobre el interno” (Cardoso y Faletto, 2003: 23). Pero esa noción, próxima a una perspectiva estructuralista de la economía, tenía un déficit de historicidad. De ahí la necesidad de investigar de qué manera ese tipo de economías se habían vinculado al mercado mundial, operación que permitiría conocer cómo se constituyeron los grupos sociales internos que son, en definitiva, los “que lograron definir las relaciones hacia afuera que el subdesarrollo

supone” (ibídem: 24). Junto con la historia ingresaba la política, en el sentido de que el análisis venía a incorporar las formas de dominación, pero también las de resistencia. La dependencia se explicaba entonces por “las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político, mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países como al externo” (ídem). Y a esto lo llamaban “método histórico-estructural”.

El dependentismo rompió el límite geográfico impuesto por la cordillera y se extendió por el mundo. Llegó a Estados Unidos, Europa, Asia y África y al resto de los países latinoamericanos. Argentina no fue la excepción. Pero acaso sí lo haya sido en el modo en que intelectuales o militantes, o intelectuales-militantes, hicieron suyos sus postulados. Que no fue a la manera de una recepción, que podría dibujar una situación de pasividad, de mera emulación, de acriticidad, esto es, un asunto sin importancia. Antes que eso, logró activar la consigna política de “liberación o dependencia”. O, al menos, encolumnarse tras ella. Así aparecieron esforzadas interpretaciones cuya base fue un licuado de tradiciones que incluía la noción de Tercer Mundo, la crítica del colonialismo y del imperialismo, el socialismo nacional, el cristianismo, el marxismo y, muy fundamentalmente, el fenómeno peronista. Los nombres de Perón, Scalabrini Ortiz, John William Cooke, Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche, José Carlos Mariátegui, Marx, Frantz Fanon, Peter Worsley, Antonio Gramsci y Charles Wright Mills podían ser conjugados sin mayores rodeos con los de Gunder Frank, Cardoso y Faletto o Dos Santos.

Denominadas así por sus estudiantes, las “cátedras nacionales” fueron una de las experiencias político-intelectuales en las que el discurso de la dependencia prendió con más fuerza. Habían nacido en 1968 en el edificio de la calle Independencia 3065 —el nombre de la calle donde todo se inició no deja de producir un curioso simbolismo—, en el marco de la carrera de Sociología, que en ese entonces dependía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, luego de que muchos profesores renunciaran a sus cargos en el contexto de la intervención universitaria de la autodenominada “Revolución Argentina”. Por lo mismo, pero también porque Justino O’Farrell² y Gonzalo Cárdenas, sus principales animadores institucionales, estaban vinculados al catolicismo —provenían de la Universidad Católica—, que había sido uno de los actores que apoyaron el golpe de Estado del general Juan Carlos Onganía, y porque sectores del peronismo oficial eran incorporados a la universidad con el objetivo de servir de sostén al régimen de facto, se creyó que irían a responder a ese llamado. No fue así. Y no solo porque O’Farrell y Cárdenas habían optado por un cristianismo renovador y militante que buscaba estrechar lazos

² O’Farrell había sido sacerdote y formaba parte del equipo pastoral popular junto con Lucio Gera, Rafael Tello y Gerardo Farrel, entre otros. Era titular de la materia obligatoria “Sociología sistemática” y dictaba clases en las cátedras de “Estratificación, poder, alienación, conflicto y teoría de la organización”, “Problemas de sistemática” y “Estado y nación”. En 1969 fue designado como director de la carrera de Sociología.

con el peronismo, sino porque muchos de los jóvenes que comenzaron a acompañarlos, entre los que se encontraban Horacio González, Alcira Argumedo, Guillermo Gutiérrez, Amelia Podetti, Roberto Carri, Susana Checa, Norberto Wilner, Enrique Pecoraro, Gunnar Olsson, Ernesto Villanueva, César Mendieta, Fernando Álvarez, Jorge Carpio y Juan Pablo Franco, comenzaban a adscribir al peronismo del socialismo nacional. Fue así que escogieron transfigurarse de universitarios en militantes y prefirieron politizar la sociología con el objetivo de integrarse en la fuerza material que suponían en el movimiento peronista. Como era de suponerse, esto significó una oposición al onganiato, lo que los llevó a dictar esas “cátedras” sin concursar, que no eran, a excepción de la troncal “Sociología sistemática”, materias obligatorias sino optativas. En esa situación de semilegalidad disputaron la enseñanza de sociología con lo que todavía quedaba de ginogermanismo y de sociología científica, con algunos de los jóvenes discípulos de Germani que se habían hecho marxistas, como Eliseo Verón y Miguel Murmis, y con el grupo de Juan Carlos Portantiero, Oscar Landi, María Braun e Isidoro Cheresky, conocido como las “cátedras marxistas”.³

Las cátedras nacionales ejercieron una feroz crítica de la sociología, a la que quisieron bien lejos de la ciencia y de sus inclinaciones institucionalistas. Eso que llamaban cientifismo era visto como la declamación de una vida sin compromisos que, en rigor, no hacía sino encubrir una subordinación a la dominación imperialista. En cambio, la eligieron cerca de la política, de la acción revolucionaria y de la liberación nacional. Quizás el espíritu de esta aventura –de esta trágica aventura– no se haya condensado de mejor modo que en el título del primer libro de José Pablo Feinmann, que no perteneció a ellas, aunque anduvo próximo: *El peronismo y la primacía de la política*, publicado en 1974. El elemento subyacente y acaso constitutivo de las cátedras nacionales fue la idea de una primacía de la política, o como escribió alguna vez Oscar Terán para pensar esa misma época, “que la política se tornaba en la región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida, por cierto, la teórica” (2013: 47). Y en ese andarivel nadaron a contracorriente con una crítica de la situación dependiente a partir de una recuperación de los movimientos nacionales de la historia argentina. Arriesguemos como hipótesis de trabajo que el modo en que tramitaron su dependentismo fue el de producir una teoría política de la dependencia que brotaba de los campos nacionales con horizontes tercermundistas.

Casi por definición, las revistas político-culturales siempre tuvieron como objetivo una intervención sobre la realidad y una esperanza no muy secreta de que esa intervención implique, por sí misma, una modificación del mundo. Espacio de confluencia y de debates, las revistas eran proyectos colectivos. Si bien las cátedras nacionales no fundaron

³Tomamos 1968 como año de inicio siguiendo “De base y con Perón. Un documento autocrítico de las excátedras nacionales”, firmado por la mayoría de sus protagonistas, y donde se dice que “En 1967 y 1968 ingresamos a ocupar cátedras abandonadas por el renuncionismo, pero hasta fines de 1968 no se formuló una línea política coherente y nuestra aparición era casi exclusivamente individual” (O’Farrell *et al.*, 1972: 28).

D

una revista, muchos de sus animadores sí supieron participar en al menos dos de estos proyectos de agitación y difusión, de reflexión y de producción teórica: *Antropología 3er Mundo* y *Envido*.

Antropología 3er Mundo publicó doce números entre noviembre de 1968 y febrero de 1973. El modo en que estaba escrita la palabra “tercer” hacía que el lector pudiera leer allí, y en su lugar, la palabra “ser”. “Ser mundo”, “tercer mundo”, “ser social” son algunos de los significantes que, en definitiva, contorneaban las preocupaciones políticas de las cátedras nacionales. En sus primeras seis entregas llevó por subtítulo *Revista de Ciencias Sociales*, que declinaría hacia el número 7, y fue sustituido a partir del 11, aparecido en agosto de 1972, por uno poco metafórico: *Revista Peronista de Información y Análisis*, que dejaba ver, de manera demasiado expresiva, una inequívoca lectura de los acontecimientos políticos argentinos. La revista era dirigida por el antropólogo Gutiérrez, y en la secretaría de redacción estaban Cristina Merediz y Ricardo Álvarez. A pesar de no tener un consejo editorial, lo que podría indicar que se trataba de una iniciativa poco menos que colectiva, en rigor la reiteración de sus colaboradores permitía advertir lo contrario, todavía más cuando se ofreció, en los números 5 y 6, como tribuna de unas cátedras nacionales leídas como ciencia popular que ambicionaba extender su tarea fuera del ámbito universitario. En esa escenografía, Gutiérrez podía escribir, en ese efervescente mayo de 1969, que la revista tenía un compromiso “con la lucha nacional de todos los países cuya situación dependiente los une en un proyecto común de liberación” (1969: 1). Naturalmente, esos países eran los del tercer mundo, los que tenían una “dependencia total” y una “explotación total”, y que, por lo mismo, podían tejer, a través de sus intelectuales nacionales, una solidaridad puesta al servicio de la lucha “contra la ciencia y la cultura de la dependencia” (ibídem: 7).

Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales fue la otra gran revista sobre la que orbitaron las cátedras nacionales. Comenzó a publicarse en julio de 1970 y dejó de hacerlo en noviembre de 1973. Fueron diez números dirigidos por Arturo Armada—quien también provenía del cristianismo militante— y promovidos, al menos en los inicios, por Miguel Hurst, dueño de la librería Cimarrón. Desde el inicio hasta la anteúltima entrega, Feinmann formó parte de un consejo de redacción al que, con el correr de las publicaciones, se fueron sumando, entre otros, Horacio González, Santiago González, Héctor Abrales, Abel Posadas, Domingo Bresci y Jorge Luis Bernetti. La revista se inauguró con un texto preparado por el consejo de redacción, cuya intención era realizar, según se lee en las palabras de bienvenida escritas por Armada, “una aproximación somera a la problemática de la dependencia” para participar “del proceso de transformación conceptual que se viene operando en los últimos años en nuestros países latinoamericanos” (1970: 1). Buscaban, de ese modo, contribuir a la denuncia de la dependencia que se venía ejerciendo desde “grupos políticos, sectores sindicales y estudiantiles, movimientos de raíz religiosa (tanto laicos como de sacerdotes), así como institutos de investigación y centros de estudio” (Consejo de Redacción, 1970: 6). “América Latina”, “tercer mundo”, “dependencia” y *Envido*—nombre que refiere a una apuesta desafiante de evidente sabor local—, conformaban el cuadrante con el que tramitarán su lectura de la política nacional. Era esa, en definitiva,

la conjunción programática de una revista que alguna vez González denominó como “un frente intelectual en el lodo del lenguaje político” (2011).

El texto inaugural llevaba por título “Contradicción principal en la estructuración dependiente”. Con citas de Marx, Worsley, Cardoso y Gunder Frank –aunque también sobreolaban de manera implícita ciertos estudios de Dos Santos, en particular los referidos al “nuevo carácter de la dependencia”–, se participaba de la idea que decía que con la conquista de América el sistema capitalista había estructurado por primera vez el mundo a escala planetaria bajo la forma del capital comercial. Para sus redactores –y aquí había una originalidad a la vez que una distancia respecto del dependentismo que se producía en Chile–, ese era también el momento fundacional del imperio europeo. Si ellos también se animaron a corregir a Lenin fue para decir que el imperialismo, antes que una “etapa superior del capitalismo”, era su elemento constitutivo. Como es de suponer, eso significaba reponer al imperialismo como sinónimo del colonialismo. No es que no lo supieran. Más bien, lo buscaron. Creían que así evitarían “oscuridades” y “peligros teóricos” tendientes a afirmar que la contradicción principal del sistema capitalista entre metrópoli y colonia era tan solo el primer momento de la evolución del sistema, denegando así la “contribución fundante de la explotación colonial en la acumulación primitiva” (Consejo de redacción, 1970: 3). Se trataba de una crítica a lo que consideraban el carácter eurocéntrico del marxismo, que pretendía hacer de la contradicción entre capital y trabajo, entre burguesía y proletariado, propia de la época del capital industrial europeo, la contradicción principal de todas las formaciones sociales del mundo. Pero la realidad de los pueblos del tercer mundo en tiempos de hegemonía del capital monopólico venía a mostrar que en lo que hace a la estructuración interna del sistema, la contradicción principal seguía siendo entre un polo en desarrollo y otro en subdesarrollo y dependiente, “siendo el subdesarrollo del segundo la posibilidad del desarrollo del primero” (ibídem: 4). Frente a los esquemas de desarrollo y subdesarrollo o de centro y periferia, la noción de “dependencia estructural” se les aparecía como la idea fuerza que venía a unir los polos, a ponerlos en relación de manera no recíproca y asimétrica desde un punto de vista económico, pero también político, cultural y tecnológico.

La palabra *dependencia* dominó el aparato de lectura en los comienzos de *Envido*. Significó una “revolución teórica”, en el sentido de que era un instrumental propio para pensar problemas propios, cuyo magnetismo los llevó a escribir contundentes frases como “La dependencia es, de este modo, la característica principal de los pueblos periféricos” (ibídem: 5), “que condiciona todos los componentes de la estructuración de nuestra realidad”, “el hilo conductor, la idea fundante de toda interpretación concreta del proceso latinoamericano” (ibídem: 6). Pero el “hecho de la dependencia” como problema teórico suponía principalmente un problema político. El reconocimiento de la dependencia constituía el primer paso para una liberación que, leída en clave nacional, debía resolverse en un socialismo nacional, cuya expresión política era el peronismo, de trascendencia continental, a la vez que permitía considerar la historia argentina como una constante lucha contra la dependencia, desde los movimientos independentistas de 1810 hasta Perón, pasando

por las montoneras, Quiroga, Felipe Varela, Rosas, Peñaloza e Yrigoyen. En el presente estaba la historia.

Carri fue punto de intersección entre *Antropología 3er Mundo* y *Envido* y figura protagónica de las “cátedras nacionales”. Quizá la más protagónica. Dictaba clases en “Sociología sistemática”, en “Poder, estratificación y alienación” y en la “Cátedra de Ciencias Humanas”, y a sus 28 años ya había escrito casi una centena de artículos y publicado dos libros: *Sindicatos y poder en la Argentina*, en 1967, e *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*, en 1968, ambos publicados por Sudestada, la editorial de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Su tercer y último libro, publicado en 1973, reunió artículos que habían aparecido en esas dos revistas. Se iba a llamar *Poder y dependencia*, pero terminó titulándose *Poder imperialista y liberación nacional. Las luchas del peronismo contra la dependencia*, y de una manera u otra adscribía allí a muchas de las tesis que habían esgrimido los integrantes del consejo de redacción de *Envido*. Carri también defendió la idea de la contradicción imperialismo-nación como la principal del sistema capitalista, y la dependencia como el modo de vida del imperialismo en la periferia. Lejos de derivar de allí una ausencia de lucha de clases, Carri entendió la nación como un enfrentamiento entre unas clases dominantes (agroexportadoras, financieras, industriales), a las que juzgó sin ideología propia, esto es, como meras repetidoras de “la filosofía librecambista metropolitana [pero] en condiciones exactamente opuestas a las que le dieron origen” (1971: 29), y la clase trabajadora, el centro de la nacionalidad, que en la Argentina asumía la identidad del peronismo. Pero decir que la clase trabajadora era el centro de la nacionalidad no suponía un “economismo”, sino su combate, en el sentido de que Carri no creyó que su identidad se forjara a través de una lucha económica por una mejor situación, sino de una lucha política fijada a partir de un objetivo político concreto: la independencia nacional frente al imperialismo.

En los títulos de sus libros ya se dejan ver, de manera condensada, casi todas sus preocupaciones teóricas y políticas. Escribimos “casi” porque en esos nombres se esconde su obsesiva disputa contra la sociología argentina, que, sea en su vertiente desarrollista o marxista, era tachada de científicista y considerada socia del neoimperialismo. La crítica de la sociología fue el tema del sociólogo Carri. La juzgaba con severidad porque consideraba que había venido al mundo con el fin de explicar y superar las crisis y tensiones del capitalismo. Había nacido imperialista y ligada al orden estatal. En esa suerte de anarquismo peronista que de alguna manera portaba Carri, filtrado en parte por el Marcuse lector de la teoría de la alienación del joven Marx, el Estado era entendido como la forma de la dominación política de la burguesía, la sociología como la encargada de ocultar la politicidad de las relaciones sociales, y los sociólogos como los componedores del orden establecido. Edificada en torno a modelos, técnicas, indicadores y variables, esa sociología confiaba en su neutralidad valorativa y en su objetividad, en su autonomía y validez propia y en una

racionalidad que creía siempre exterior a la realidad. Devenía así en “un oficio burocrático ligado a la administración de las cosas” (1968a: 5), ejercido por “bandoleros sociológicos” (1968b) que se basaban en “el fetichismo de los hechos inmutables” (1968a: 3), y que, por lo mismo, producían conocimiento formal pero nunca real.

¿Había en la intransigencia de Carri otro modo de pensar la sociología? Sí, pero a condición de que ella sea puesta en función de superar el orden social que la produce. Así, a una sociología que en su formalismo no quería modificar nada, oponía otra que se ofrecía como instrumento de conocimiento y de lucha por la liberación nacional. Si se destruía el Estado, la sociología desaparecería y devendría pura política, esto es, expresión de las contradicciones sociales, de la realidad y de las luchas populares. De modo que la sociología, puesta en función de la práctica política del pueblo, tenía como tarea histórica nuestra dependencia (veremos que ese fue el programa de Cárdenas). Esa tarea suponía enfrentar el “economismo” del desarrollismo tanto como del marxismo sociológico, que postulaba un esquema según el cual el progreso y el desarrollo se darían a imagen y semejanza de los países del centro a través de una modernización que iría superando el atraso y la sociedad tradicional.

El dependentismo de Carri intuía que el conocimiento práctico debía partir “de las luchas y las necesidades de las clases y naciones explotadas por el imperialismo” (1969: 60). Apostó por rescatar un pasado que debía ser recuperado y conservado a partir de la cultura popular, y aunque podía citar a Ignacio Anzoátegui diciendo que “los analfabetos constituyen la reserva de la nación” (2015: 65), esa recuperación no se hacía a la manera de una celebración folclórica, romántica, de puras esencias, sino como expresión de “los vínculos comunales y solidarios de las clases populares” (1968a: 4). Esa forma de entender la tradición, decía Carri que decía Fanon, podía convertirse “en un arma contra la dominación imperial” (1969: 63). Esos son, en definitiva, los temas de su *Isidro Velázquez*.

Con Fanon como guía teórica, Carri quiso ver en las andanzas por el Chaco de Velázquez y su compañero Gauna una vía posible del cambio social. Chaco, que demostraba una doble dependencia de la “metrópoli nacional” y del “imperialismo en general”, parecía tener en sus manos el instrumento para la liberación nacional. A diferencia de lo que cierto marxismo más determinista podía sostener, y al que llamó “victoriano”, Carri leyó en el atraso, en los valores rurales, una potencia revolucionaria que se oponía a la de la ciudad. De ahí que Velázquez, símbolo de la rebeldía antes que de la delincuencia, del bandolerismo o de la marginalidad, expresara menos la marca de un subdesarrollo o una barbarie a superar y desaparecer dentro del capitalismo que una verdadera resistencia al sistema. Colonia, dependencia e imperialismo copulaban en un mismo aparato crítico y actuaban como antídoto de ciertos elementos eurocéntricos que se podían alojar en un libro que a Carri le interesaba y que había inspirado su *Isidro Velázquez*. Ese libro era *Rebeldes primitivos*, donde su autor, Eric Hobsbawm, defendía la idea de que en el espontaneísmo de los bandoleros y delincuentes había una gestualidad prepolítica, una rebeldía sin objetivos que carecía de organización política. Por el contrario, tanto los pobladores que apoyaban a Velázquez como Velázquez mismo, pero también el propio peronismo,

que según Carri era leído como una “expresión ‘politizada’ de la rebeldía sin objetivos” (1968b: 122) por sus detractores científicas, germanianos o marxistas, constituían una acción política característica de las sociedades coloniales y dependientes que reclamaba un replanteo o una inversión de los términos “moderno” y “primitivo” para ver si, en rigor, los primitivos no eran “los movimientos, organizaciones y partidos creados por la clase obrera y los revolucionarios en el siglo pasado y mantenidos hasta la actualidad, generalmente como movimientos de integración y nunca de revolución” (ibídem: 128). Velázquez y el peronismo aparecían entonces como oposición fundamental al imperialismo.

Cárdenas provenía del catolicismo universitario que había adherido al Concilio Vaticano II, que sesionó entre 1962 y 1965. Dictaba las materias “Historia social latinoamericana”, “Introducción a la sociología”, “Sociología de América Latina”, “Conflicto social y problemas socioeconómicos argentinos” y “Sindicalismo argentino”, y en 1969 fue nombrado director del Instituto de Sociología. Ese mismo año, y bajo la supervisión de Armada, publicaba en la editorial Galerna *Las luchas nacionales contra la dependencia. Historia social argentina (Tomo I)*. No hay que hacer demasiadas piruetas para advertir en esos títulos una zona de interés que, a contramano de la tradición de nuestro pensamiento nacional, pone a la Argentina como formando parte de América Latina, a la vez que expone cierto apego a pensar la sociología junto con la economía y la historia. Asimismo, la mirada latinoamericana se conjugaba con una crítica del eurocentrismo, al que Cárdenas juzgaba adherido al discurso de las ciencias sociales argentinas tanto como al de la historiografía, y que, por lo mismo, volvía brumosa una realidad continental que se sumía, cada vez más, en un “estado de miseria creciente y del subdesarrollo padecido por nuestros países en virtud de la dependencia” (1969: 10). Pero Cárdenas era todavía más enfático: no es solo que el eurocentrismo vuelva brumosa la desdichada realidad latinoamericana, sino que es el propio velo la que la reproduce, mantiene y profundiza. Tan abismal era la distancia con el centro del mundo, que en esos momentos en que “las naves espaciales de la parcela desarrollada están arribando a la luna” (ibídem: 24), la primera Revolución Industrial todavía no había tocado las puertas terrenales del tercer mundo.

La palabra *dependencia* aparecía en escena para cuestionar el diagnóstico que decía que “el atraso y el subdesarrollo se deben al alejamiento de esos países de los modelos de desarrollo económico y sociopolítico aconsejados por los centros de cultura y de poder en el mundo”, y que si se quería “alcanzar un mejor nivel general de vida” había que seguir “taxativamente los pasos de Europa en la misma forma que ella concretó su proceso evolutivo” (ibídem: 19). ¿Qué hacer, entonces? Constituir una historiografía que, lejos de toda noción de ciencia que se autoconciba aséptica de las perspectivas ideológicas del presente, se promueva como base y preludio del análisis sociológico y económico, pero, fundamentalmente, como condición de posibilidad de una estrategia y una práctica política adecuada para terminar con la dependencia argentina y latinoamericana. Pero Cárdenas bien podía

invertir el razonamiento sin que eso implicara una contradicción: es la actividad política práctica la que permite exponer al eurocentrismo y sus consecuencias y permite entender que “cada gran región del mundo tiene su particular desenvolvimiento histórico” (ídem).

El trabajo de Cárdenas tuvo como objeto el tercer mundo, al que supo conjugar con las categorías de dependencia, subdesarrollo, colonialismo histórico y semicolonialismo como caras ocultas del imperialismo, el neoimperialismo y el neocolonialismo. Por obra y gracia de ese objeto, Marx y el marxismo aparecían como una herramienta teórica útil pero distante, en el sentido de que su obra solo podía ser pensada como un momento particular de la lucha revolucionaria que remitía al mundo europeo –pero ni siquiera a toda Europa– de la segunda mitad del siglo XIX como expresión teórica de un “capitalismo de libre competencia con crecimiento industrial y paralelo crecimiento de la clase obrera urbana” (ibídem: 17). Si era útil es porque en *El capital* Marx había descubierto los secretos de la contradicción principal capital/trabajo, pero se volvía distante, y quizá por ello eurocéntrico, porque en el tercer mundo esa contradicción dependía de otra, que se decidía entre países dominantes y países dominados, entre imperialismo y dependencia, entre neoimperialismo y nación. Pese a ello, Cárdenas podía leer al Marx de los *Grundrisse* como un pensador que, a pesar de su eurocentrismo, había tenido una mirada del aporte que el mundo colonial había realizado para que el crecimiento capitalista europeo fuera posible, incluso otorgándole una importancia mayor que al de la acumulación de capital. De ahí a la teoría de la dependencia no había más que un paso, que Cárdenas irá a dar de la mano de Gunder Frank, quien venía a ofrecer la clave para entender que “la evolución producida en Europa desde los siglos XV y XVI está relacionada con la involución de la periferia” (ibídem: 23), que “el desarrollo del ‘centro’ es la causa del subdesarrollo de la periferia” (Cárdenas, 1969: 23) y que “el desarrollo del centro se hace a expensas de la periferia” (ibídem: 328).

Con la noción de tercer mundo, hermanada con Asia y con África y separada de Estados Unidos y de la Unión Soviética, Cárdenas creyó encontrar la posibilidad real de producir una teoría argentina y latinoamericana que pudiera disputar con los “intelectuales colonizados” que siempre hallaban en el medio, en la geografía, y como extensión de ella, en la raza, las causas del atraso. De igual modo, con la idea de tercer mundo supo alejarse de la ya por entonces hegemónica teoría de la dependencia al imprimírle a su dependentismo un toque singular y un sabor nacional en el que el peronismo aparecía como su expresión política. Y, como se dijo, este enfoque partía de postular la primacía de la política por sobre las otras dimensiones de lo social.

Procedente de la carrera de filosofía, Podetti fue profesora del seminario de “Pensamiento argentino”. En 1969 prologó *Ser social y tercer mundo (elementos para una lógica de lo nacional)*, de Wilner, publicado por Galerna como parte de la colección Problemas Latinoamericanos, que dirigían Armada y Héctor Cordone. Las nociones de tercer mundo y

D

nación volvían al centro de la escena para pensarse junto con la de dependencia, concepto que aparecía en la primera frase del texto y era explicado a partir de la contraposición racionalidad/irracionalidad. En ese trabajo retomaba la crítica del “intelectual colonizado”, que de Carri a Cárdenas recorría las cátedras nacionales, pero llevándola al siglo XIX para pensar las obras de Sarmiento y de Ingenieros a través del conflicto entre civilización y barbarie, tanto como para interpretar a Marx.

En una lectura de Sarmiento filtrada por la de Ingenieros, la barbarie aparecía como elemento obturador de la civilización, el feudalismo de la cultura moderna, la campaña de la ciudad, la carreta del ferrocarril, la pulpería de la escuela, el poncho de la levita o del frac. La irracionalidad del medio (el desierto) y, por extensión, de sus “razas inferiores” (el indio, el gaucho, el criollo) obturaba así el desarrollo económico racional, universal y científico (;se ven ahí los temas de Germani?). Pese a sus similitudes, Podetti leía en Ingenieros una diferencia con Sarmiento: el acento puesto en la economía para explicar el atraso y las guerras civiles. El Ingenieros de Podetti miraba el modelo civilizatorio europeo y su desarrollo social, político y cultural como una consecuencia directa del desarrollo económico, y el caudillismo, o lo que Ingenieros llamaba “superestructura caudillista”, como un resultado esperable del “pastoreo primitivo”, caracterizado por su nulo apego a la producción de “intereses económicos organizados y comunes”.

Podetti equiparaba el modelo de Ingenieros con el de Marx del prólogo a la *Introducción general a la crítica de la economía política*, el de la metáfora edilicia de la determinación de la estructura por sobre la superestructura. Y en ese ejercicio, Marx era descubierto en su secreto teórico más íntimo, esto es, la naturalización del desarrollo del modo de producción capitalista con centro en Europa (y particularmente en Inglaterra) como una necesidad de la historia y como preludio del socialismo. Si esto era así, entonces la sucesión de etapas históricas en el mundo devenía en un desarrollo siempre extrínseco que se movía como reflejo del desarrollo europeo. Según la categoría que había escogido explorar Wilner, de ahí se derivaba también el “ser social”. Puesto que él también era un reflejo de la sociedad industrial europea de la que tomaba prestada su realidad, carecía de realidad propia. Así las cosas, Marx solo podía caer en las redes de eso que quería desmontar y combatir, y presentar el modo de producción capitalista centrado en Europa como el resultado de un desarrollo natural antes que político. Por eso, ese Marx no era útil para establecer las formas específicas, esto es, políticas, del verdadero “ser social”: el nacional.

Para esta operación de lectura, en la que Marx era calibrado como un pensador eurocéntrico, poco parecía importar que Podetti conociera, y bien, a otro Marx, al de *Formaciones económicas precapitalistas*, al del intercambio epistolar con Vera Zasúlich y al de los escritos sobre Rusia, donde sostenía que la comuna rural rusa podía significar una transición al socialismo sin necesidad de pasar por la “fatalidad histórica” del capitalismo y sus “peripecias espantosas”. Ese Marx crítico del etapismo no convencía a Podetti, quien, apoyándose en Maurice Godelier, abrazó la idea de que la propiedad comunal “es contemporánea de una civilización superior y está ligada a un mercado mundial en el que predomina la producción capitalista” (Godelier, en Podetti, 1969: 30). Y era justamente

ahí donde aparecía la categoría de dependencia, que, colocada en el centro del cuadro, venía a mostrar que “una sola sociedad produciendo aisladamente y generando plusvalía en forma inmanente no es más que una imagen truncada de la sociedad industrial europea, donde se han ocultado las relaciones que ella mantiene con otras sociedades y que son la fuente oculta de donde brota la plusvalía” (ibídem: 27). Retomando la contradicción principal del sistema capitalista del dependentismo en lectura político-nacional, Podetti escribía que “la fuente última de la plusvalía capitalista no es la explotación de unos sectores por otros en la metrópoli, sino la explotación conjunta de las zonas periféricas por la sociedad metropolitana. Y esto constituye la verdad lógica del capitalismo desde su inicio” (ibídem: 38). Son los temas de Cárdenas y de Carri, pero abordados con una severidad tal que la conducía a querer descubrir que “las categorías mismas del análisis marxista encierran un núcleo lógico imperialista” (ibídem: 37). La “vena idealista” de Marx alojaba así al imperialismo, pero no como teoría sino como realidad: “Se advierte que el carácter ‘universal’ y ‘necesario’ (o ‘típico’) de esa sociedad [la europea] nos coloca en una óptima explicación del imperialismo como vía para hacer efectiva la necesaria universalización, es decir, la necesaria europeización de todo el planeta, con lo cual el imperialismo queda sancionado como momento necesario y por ende racional de la evolución humana” (ídem). Al combatir de ese modo a Marx, Podetti pagó el alto precio de hacer de los muchos Marx y los diversos marxismos uno solo, y tropezar así con el mismo problema que le espetaba a Marx en términos de lógica teórica, histórica y política: la postulación de una particularidad como universal.

Feinmann no formó parte de las cátedras nacionales, aunque había integrado un grupo de estudio con Podetti sobre pensamiento argentino, cuyo resultado serán los artículos que publicó en *Envido* y que una década más tarde, junto con nuevos textos, conformarán el libro *Filosofía y nación*, cuyo subtítulo era, justamente, *Estudios sobre el pensamiento argentino*. En sus escritos de *Envido*, Feinmann quiso realizar una revisión literaria y filosófica del siglo XIX buscando en los textos de Sarmiento, Alberdi y José Hernández las causas culturales e ideológicas de la dependencia argentina, a las que supo identificar con el liberalismo y sus mitos. Abordaba así el fenómeno de la dependencia por caminos poco transitados, esos que González siempre lamentó que no hayan sido recorridos por el Carri de *Isidro Velázquez*. Creía González (1995; 2015) que su obsesiva disputa con la sociología argentina había dejado a Carri “en la antesala del ensayo social argentino más vigoroso, sin animarse a patear esas compuertas semiabiertas que siempre invitaban a entrar” (1995: 224) y donde se encontraban *Facundo* y *Martín Fierro*, los disidentes sociales y los perseguidos. Feinmann se animó a patearlas, pero no tanto como para inquirir a esa tradición desde la rebeldía, la exploración de una salida revolucionaria posible o un llamado a la violencia, sino, por el contrario, para interrogarla por el lado de los elementos obturadores que reproducían la dependencia argentina.

D

Detrás de las lecturas de Feinmann estaba Hegel. Pero se trataba de un hegelianismo sin Hegel, o, al menos, de un hegelianismo que no aceptaba el modo en que el par racionalidad/irracionalidad había sido colocado en las casillas “pueblos históricos” y “pueblos sin historia”. Quería discutir la idea eurocéntrica de pueblos sin historia, esto es, sin legalidad histórica ni racionalidad y por lo mismo impedidos de participar del desarrollo histórico, donde naturalmente se encontraba América Latina, y a la que leía a través de sus repercusiones en el liberalismo argentino de Sarmiento y la célebre antinomia civilización y barbarie. Y a la que también encontraba en el Alberdi que había cuestionado a Sarmiento por no comprender el lugar privilegiado que ocupan los elementos económicos en el proceso histórico. El Alberdi de Feinmann realizaba así una inversión parcial de Sarmiento: si para Sarmiento la civilización estaba en la ciudad y la barbarie en la campaña, para Alberdi “la civilización no está en las ciudades sino en la campaña” (Feinmann, 1970: 39) –y si la inversión era parcial es porque Alberdi no llegó a postular que en la ciudad está la barbarie–, porque “son las campañas las que tienen los puntos de contacto y mancomunidad con la Europa industrial, comercial y marítima, que fue la promotora de la revolución, porque son ellas donde se producen las materias primas, es decir, la riqueza” (Alberdi, en Feinmann, 1970: 39). De modo que si la civilización es algo, es lo económicamente valioso para Europa.

El *Martín Fierro*, de Hernández, y que la izquierda nacional de Hernández Arregui y Abelardo Ramos había leído como el anti *Facundo*, no se alejaba de esa perspectiva. Porque si el gaucho de Hernández representaba algo distinto que el de Sarmiento (un producto de su medio, naturaleza y no espíritu), en rigor lo hacía para demostrar su importancia en el proceso económico argentino. La industria pastoril era sinónimo de civilización. Antes que obstáculo del desarrollo, el campo aparecía como su condición de posibilidad en el contexto de la división del trabajo internacional –¿se ven allí las influencias de la tesis de las “ventajas comparativas de Ricardo?–, y el gaucho, como trabajador de la estancia, de la fuente de las riquezas de nuestro país, no podía ser eliminado. Si se quería ser un buen liberal, entonces no había que arrancar al gaucho de la estancia, de su mujer, de su trabajo. Y si demostrar eso era el objetivo de “La ida”, el de “La vuelta” era aconsejar su domesticación. Antes que el libro del pueblo argentino contra la oligarquía, *Martín Fierro* es el de la lucha entre la burguesía comercial porteña y los sectores ganaderos del litoral, entre intermediarios y productores. No había ahí un anti *Facundo*.

Feinmann encontraba en Sarmiento, Alberdi y Hernández la expresión ideológica del país como apéndice del imperialismo europeo, a los pensadores que habían planificado nuestra incorporación dependiente a través de la producción primaria para el comercio exterior. Sarmiento, porque a pesar de imaginar “una fuerza oscura, ciega y telúrica que se opone [...] la barbarie nativa, ingenua protagonista de una empresa imposible”, quiso creer que “no existe otra vía del desarrollo para el país sino la de su complementación al mercado mundial [...] O sea, europeizarse” (1971a: 48). Alberdi, porque pretendió “insertar el propio desarrollo dentro del desarrollo europeo, con lo cual forzosamente terminaba haciendo del desarrollo nacional un medio del desarrollo del imperialismo” (1971b: 23).

Y Hernández, finalmente, porque “no alcanzó a sospechar que el comienzo del desarrollo de las relaciones comerciales con los países avanzados constituiría para los países nuevos el comienzo de su proceso de subdesarrollo [...] que toda economía de exportación termina por ser una economía débil, deforme, unilateral, monoprodutora, monoexportadora y siempre dependiente de mercados exteriores, en los cuales, a causa de su esencial debilidad, nada puede influir” (1970: 48). Todos ellos eran, en definitiva, una “profunda justificación ideológica del expansionismo imperial” (1971a: 45). No se privaba de ubicar en la misma línea al marxismo dogmático y su filosofía de la historia siempre economicista, ese que en América Latina no podía advertir que “toda aplicación mecánica a la realidad de los países periféricos de cualquier teoría progresista elaborada en los países centrales deviene inmediatamente reaccionaria por cuanto el progreso de los países centrales tiene como obligado correlato el atraso de los periféricos” (1971b: 25).

De modo que si había un anti *Facundo*, podía encontrárselo menos en los libros que en esas fuerzas históricas que, opuestas a las de Sarmiento, Alberdi y Hernández, podían restituírle la racionalidad negada a los pueblos sin historia, a los países dependientes. Feinmann prefirió verlas en el terreno de la praxis social, esto es, en las montoneras, en Quiroga, en Rosas, en Felipe Varela y luego, por supuesto, en el peronismo. Fueron esas fuerzas las que “reivindicando y creando otra civilización, se opusieron y oponen a esa ley luchando por su liberación nacional” (ibídem: 24). Quizás esas resoluciones que encontró Feinmann en su disputa con el liberalismo y el marxismo argentino no le hayan hecho demasiado justicia a su propia lectura de esas tradiciones, en las que podía reconocer ambigüedades y matices, y que era, definitivamente, mucho más sutil que el lugar al que lo arrojaba la historia y la política.

Las cátedras nacionales declinaron en 1971, cuando un concurso organizado por Alfredo Castellán, interventor de Filosofía y Letras durante la dictadura de Alejandro Lanusse, le otorgó la titularidad de la fundamental materia “Sociología sistemática” a Portantiero y dejó fuera del cargo a O’Farrell y a Carri. Pero la explicación de ese final difícilmente pueda encontrarse solo en esas presiones universitarias, que en rigor tenían más que ver con una legalidad y un profesionalismo que las cátedras nacionales no hacían, sino negar y combatir. Quizá pueda ser mejor entendido a la luz de la resolución de la contradicción principal interna de las cátedras nacionales, esto es, entre docentes y militantes, entre teoría y acción. Si esto es así, entonces podría decirse que el remate se produjo cuando se decidió un definitivo rechazo al “intento de insertarse en el movimiento popular como intelectuales al servicio de la revolución, que rescatan para sí el portar una especialidad técnica que los diferencia de la clase obrera y el pueblo” (O’Farrell *et al.*, 1972: 28). Esa amargura de haber creído en la posibilidad de “inventar teorías” de manera desvinculada con la militancia de base, y que era leída por ellos mismos como su principal limitación política, aparecía sin atenuantes en 1972 en “De base y con Perón. Un documento auto-

D

crítico de las excátedras nacionales”.⁴ Así, para sus animadores, la experiencia de haber sido el “sombbrero ideológico de la clase obrera” se había agotado por sí misma, y hacia 1971 la consideraban totalmente cerrada. Sea porque unos prefirieron resolver la contradicción recluyéndose en la práctica política, sea porque otros eligieron escuchar ese llamado a la violencia que estaba en *Isidro Velázquez*, las indagaciones sobre la dependencia quedarán, a partir de entonces, en estado de abandono.

En 1969, Leonardo Favio estrenaba una película cuyo título, *El dependiente*, condensaba de manera metafórica y ficcional la palabra que vociferaban los peronistas de izquierda de la época. Narraba la historia de la relación entre el señor Fernández y la señorita Plasini en un pequeño pueblo de provincia y la forma que encontró el señor Fernández para librarse de ese vínculo alienado y oscuro, que no fue otra que el asesinato de ella y el suicidio de él por el mismo acto: la ingesta de una sopa condimentada con veneno. Como habían enseñado los dependentistas en Chile, no había otro modo de superar la dependencia que no sea con el fin de la relación que le daba entidad a las partes. Pero en el film de Favio no había gesta heroica y revolucionaria. Porque la película culminaba con un plano secuencia manual que retrocedía desde el sótano de la ferretería del señor Fernández —en la que había ocurrido el hecho— hacia la planta baja, el exterior y la plaza de enfrente hasta desaparecer. En esa plaza, el pueblo participaba de alguna festividad mientras se precipitaba el fin de la relación dependiente. A nadie le importó.

A comienzos de los años noventa, cuando publicó *Los silencios y las voces en América Latina*, libro que se quería una continuación y profundización de lo mucho que se había pensado en el interior de las cátedras nacionales, Argumedo escribió: “Nos seducían las articulaciones de las biografías con los procesos de la historia, ignorando la contundencia que tendrían los procesos de la historia sobre nuestras biografías” (2004: 8). Tal vez, como conjura de ese final de *El dependiente*, Argumedo dedicaba el libro al recuerdo de sus compañeros y de una época en la que se decían “todos somos peronistas”.

No es fácil volver sobre una experiencia universitaria de quienes pagaron con su vida por pensar lo que pensaron. Equivocados o no, fueron derrotados por una época que devoró sus escritos. Otras fuerzas habían triunfado. Quizá por eso hoy los vemos amarillentos y desvencijados, escurridizos por inactuales. ¿Cómo arrancarle algo al tiempo que se fue sin producir con ello una gestualidad melancólica? Si los pensamos como herramientas teóricas, seguramente no sirvan para pensar nuestro presente. Pero no es ese el único camino posible. También se los puede inquirir por su valor histórico. Y si consideramos que el pasado no ha pasado, que algo de todo eso sigue vivo en nuestras tradiciones, acaso así puedan venir a decirnos otras cosas.

⁴ El documento, que fue firmado por O’Farrell, Gutiérrez, Olsson, Carpio, Wilner, Carri, Pecoraro, Checa, Sasá Altaraz, Marta Neuman y Néstor Momeño, no tuvo la colaboración de González, Argumedo y Cárdenas.

Bibliografía

- Argumedo, Alcira (2004 [1993]). *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Armada, Arturo (1970). “Este primer número...”. *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales*, nº 1, pp. 1-2.
- Cárdenas, Gonzalo (1969). *Las luchas nacionales contra la dependencia. Historia Social Argentina (Tomo I)*. Buenos Aires: Galerna.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (2003 [1969]). *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carri, Roberto (1968a). “El formalismo en las ciencias sociales (primera parte)”. *Antropología 3er. Mundo*, nº 1, pp. 1-6.
- (1968b). *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. Buenos Aires: Sudestada.
- (1969). “El formalismo en las ciencias sociales (segunda parte)”. *Antropología 3er. Mundo*, nº 2, pp. 55-65.
- (1971). “Imperialismo y coloniaje”. *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales*, nº 3, pp. 26-34.
- (2015). “Un sociólogo de medio pelo”. En Carri, Roberto, *Obras completas. Tomo II*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, pp. 61-65.
- Consejo de Redacción (1970). “La contradicción principal en la estructuración dependiente”. *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales*, nº 1, pp. 3-9.
- Dos Santos, Theotonio (1969). “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”. En Jaguaribe, Helio *et al.*, *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Siglo XXI.
- Feinmann, José Pablo (1970). “Complementación y libre cambio: el extraño nacionalismo de José Hernández”. *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales*, nº 1, pp. 34-51.
- (1971a). “Racionalidad e irracionalidad en ‘Facundo’”. *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales*, nº 3, pp. 35-48.
- (1971b). “Alberdi y el proyecto político dependiente”. *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales*, nº 4, pp. 14-26.
- Frank, Gunder André (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Signos.
- González, Horacio (1995). “Roberto Carri: bandolerismo y ensayo social”. En Ossandon, Carlos (comp.), *Ensayismo y modernidad en América Latina*. Santiago de Chile: ARCIS-LOM, pp. 213-227.
- (2011). “*Envido*, un frente intelectual en el lodo del lenguaje político”. *Envido. Edición Facsimilar. Tomo I (1970-1972)*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- (2015). “Cómo recordar a Roberto Carri”. En Carri, Roberto, *Obras completas. Tomo 1*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Gutiérrez, Guillermo (1968). “La idea de la revista *Antropología 3er. Mundo*”. *Antropología 3er Mundo*, nº 2, pp. 1-7.

D

- O'Farrell *et al.* (1972). "De base y con Perón. Un documento autocrítico de las excátedras nacionales". *Antropología 3er Mundo*, n° 10, pp. 27-34.
- Podetti, Amelia (1969). "Prólogo. Racionalidad, irracionalidad y Tercer Mundo". En Wilner, Norberto, *Ser social y tercer mundo (elementos para una lógica de lo nacional)*. Buenos Aires: Galerna, pp. 9-42.
- Terán, Oscar (2013 [1991]). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

La nueva controversia del dinero: algunos elementos para una teoría monetaria nacional

Rodrigo López¹

Introducción

En los últimos años, el debate monetario se ha visto animado por la irrupción de la teoría monetaria moderna (en adelante, TMM), una corriente teórica que aborda los temas relativos al dinero desde una perspectiva heterodoxa, nutriéndose del cartalismo, las finanzas funcionales y el paradigma minskiano de las crisis financieras (Águila, 2019). Entre las tesis más provocadoras, o disruptivas para la ortodoxia, este cuerpo teórico concibe el dinero como criatura del Estado, adhiere al enfoque del dinero endógeno –en el que su cantidad es determinada por el mercado–, justifica el financiamiento ilimitado del déficit público con emisión y pregona la mayor regulación macroprudencial de los bancos. Sin duda, la TMM se ha beneficiado de un momento histórico más receptivo a dichas ideas, en particular en los Estados Unidos (Crespo *et al.*, 2021; Cibils, 2019).² El último impulso lo ha cobrado durante la pandemia de covid-19, cuando los Estados se vieron obligados a desplegar políticas expansivas. La inflación posterior motivó una nueva contraofensiva de sus detractores.

La nueva controversia del dinero es verdaderamente auspiciosa. Constituye una sorpresa en el campo de la economía política que las ideas de la TMM hayan tenido la oportunidad de disputar el espacio del saber en el mundo de las finanzas, históricamente gobernado por la ortodoxia monetaria. Dicha ola irradiada del centro cíclico del pensamiento económico angloparlante llevó a preguntarse con precaución si era posible pensar la TMM para los países en desarrollo, dadas algunas particularidades bien apuntadas como la restricción externa (Pérez Caldentey y Vernengo, 2020) y el no ser el país emisor de la unidad de cuenta mundial, como lo es Estados Unidos (Crespo *et al.*, 2021).

¹ FCE-UBA, FSOC-UBA y UNQ.

² Ello podría cambiar, si no lo ha hecho ya, con la política actual de suba de tasas de la Reserva Federal, lo que sentaría el fin de la etapa del dinero barato.

D

Nuestro país presenta una ventaja epistemológica –al parecer poco conocida– para pensar la TMM, y es el hecho de contar con una cantidad y calidad de autores argentinos que a lo largo de los dos siglos de historia nacional han venido pregonando ideas similares. En definitiva, la TMM tampoco es tan moderna (salvo que la refiramos a “la modernidad”). Muchas de sus ideas pueden rastrearse en antiguos debates en los orígenes de la economía política, desde John Law hasta los antibullionistas de las primeras décadas del siglo XIX; Georg Friedrich Knapp y John Maynard Keynes, de las primeras décadas del siglo XX; y Abba Lerner y Hyman Minsky, de la segunda posguerra. La versión actual de la TMM ya tiene un cuarto de siglo, basada en el neocartalismo de Randall Wray, el enfoque de balances sectoriales de Wynne Godley, el empuje del Instituto Levy y la simpatía del Partido Demócrata.

Descubriremos que un recorrido similar puede hacerse en la historia del pensamiento económico argentino. Desde sus orígenes, el pensamiento económico rioplatense se ha destacado en el área monetaria. Mientras otros temas mercantiles discurrieron a través de polémicas en ámbitos políticos, parlamentarios y periodísticos, como las disputas entre proteccionismo y librecambio, o el reparto de los ingresos aduaneros, los temas monetarios parecen haber exigido disputarse en el terreno teórico.

Instituciones como la moneda y los bancos requirieron atravesar experiencias desafiantes mientras se transitaba por la consolidación de las fronteras internacionales y la cohesión política dentro del territorio. Esas transformaciones fueron impulsadas con análisis, propuestas y debates por parte de sus principales interesados. Ya en el siglo XX, con la maduración del saber académico, los estudios monetarios alcanzaron mayor formalización y llegaron a generar una simbiosis con la autoridad monetaria.³

Cabe destacar que no se trata de autores menores o marginales, sino de los principales economistas teóricos de cada etapa de la vida nacional: Manuel Belgrano en la Revolución y la Independencia; Mariano Fraguero durante las guerras civiles y la Confederación Argentina; Juan Bautista Alberdi de aquella Confederación a la llamada Organización Nacional; Silvio Gesell y José A. Terry en la República Conservadora; Alejandro Bunge desde la primera posguerra hasta la década infame; Raúl Prebisch de esa misma posguerra hasta la recuperación de la democracia; y Julio H. G. Olivera desde la segunda posguerra hasta el comienzo del gobierno de Macri. A pesar de pertenecer a distintos momentos históricos, comparten el haberse alejado de las explicaciones habituales de la ortodoxia del momento. Así, construyeron un pensamiento original, producto de la observación de la economía argentina.

Una primera aproximación sistemática a las ideas monetarias de estos autores argentinos –que podríamos llamar, graciosamente, la teoría monetaria nacional (en adelante, TMN)–, reviste los siguientes elementos: cartalismo, dinero pasivo (endógeno), crítica a la teoría cuantitativa del dinero, imposibilidad ontológica del dinero como medida

³ Raúl Prebisch y Julio H. G. Olivera son posiblemente los dos teóricos argentinos más distinguidos en la profesión. Uno creó el Banco Central de la República Argentina en la década del treinta; y el otro, su instituto de investigaciones en la década del sesenta, respectivamente.

invariante del valor, teoría no monetaria de la inflación, devaluaciones contractivas y no neutralidad del dinero a través del canal de la tasa de interés. La mayoría de las ideas de la TMM ya estaban planteadas en la TMN, circulando como emisiones clandestinas, sin el sello académico consagratorio. A continuación, se presentan con un poco más de detalle aquellos elementos que pueden sintetizar el pensamiento monetario nacional, mediante los aportes teóricos más originales que se acuñaron en nuestro país.

El truco del cartalismo criollo

Respecto a la naturaleza del dinero, existen dos corrientes principales: una sostiene que el dinero es producto del mercado, y el sector privado, en su práctica, define qué se usa como dinero; y otra corriente que concibe el dinero como un producto del Estado, y es este quien define qué activo es el que se utilizará para tal fin. Ambas corrientes han tratado de buscar los fundamentos en la historia de la humanidad. La teoría del dinero cartal está asociada a obras de las primeras décadas del siglo XX a través de autores como George Knapp, Alfred Innes y John Keynes. Sin embargo, se pueden rastrear antecedentes de mucho tiempo atrás, sobre todo en autores que además de teorizar impulsaron ciertas reformas, como John Law. El argumento principal por el cual el dinero de papel emitido por el Estado puede circular radica en la exigencia del pago de impuestos en dicha moneda, y el correspondiente gasto del Estado, también en esa moneda; ambas entrañan una actitud coercitiva.⁴

En nuestro país, el cartalismo también aparece ligado a reformas concretas en momentos de cierta urgencia, como durante las guerras de independencia y las guerras civiles.⁵ Cuando el Gral. José de San Martín liberó Lima y fue ungido Protector del Perú dispuso la creación de un banco nacional que emitiera billetes sin respaldo. Para que la medida sea mejor comprendida mandó a reeditar el libro de José Alonso Ortíz,⁶ *Moneda-papel y crédito público*, impreso en Madrid en la Imprenta Real en 1796, con algunos agregados para el proyecto en cuestión, y convocó a que se conformara una comisión de expertos para que justificaran la emisión sin respaldo. La comisión rastreó citas a favor del proyecto en Genovesi, Sinclair, el barón de Baring, Smith, Destutt de Tracy, Ricardo, Necker y Cabarrús (Estévez y Elia, 1961), y concluyó que el aumento del medio circulante producía mayor comercio, trabajo e ingresos, lo que podía conseguirse mediante un sistema de papel moneda puesto en circulación y, al dinamizar el mercado, los particulares podrían pagar impuestos sin problemas.

⁴ Por cierto, no hace falta que esta se efective porque los agentes descubren la certeza con que el dinero es recibido, no solo por el recaudador de impuestos, sino por otros agentes del mercado, ya que estos también deben pagar impuestos.

⁵ En el nuevo mundo, la vinculación entre violencia y moneda se acuñó en sus orígenes. Los sucesos iniciales de la historia monetaria en Perú fueron el rescate en oro y plata de Atahualpa y el saqueo de Cuzco. En México, la Casa de la Moneda fue instalada en la propia casa de Hernán Cortés.

⁶ Traductor de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith.

D

Otra defensa importante del cartalismo en nuestro país estuvo a cargo del cordobés Mariano Fraguero, quien diferenciaba las mercancías del dinero, ya que las primeras estaban expuestas al examen del material que las componían por parte del aspirante a poseerlas. Aquel que está por recibir oro o plata se asegurará de confirmar la autenticidad del metal y su peso. Pero si va a recibir moneda, “me libro ciegamente a la fe del Gobierno que la ha emitido”. El que recibe la moneda tiene fe en la promesa del que la emite. Si hay que usar la balanza, deja de ser moneda y pasa a ser mercancía. Fraguero criticó a Jean-Baptiste Say: “Los economistas, incluso Say, que definiendo la moneda la han llamado mercancía, no han comprendido la esencia”. El sello público es lo que las transforma en moneda, asegura su contenido y hace inútil la inspección y examen de ellas: “las saca de la esfera de mercancía y las eleva a la de moneda”. Para Fraguero, “la mercancía es un producto del individuo; la moneda lo es del soberano”. Estos argumentos se basan en la confianza, la garantía pública por encima de la privada, siempre incierta, ya sea por la paradoja de que los Estados pueden violar las leyes mercantiles para hacerse de los recursos a la hora de pagar una deuda (el argumento del pago de impuestos) o por la finitud de la vida de las personas contra la continuidad de los Estados. Estos argumentos los extrapoló también al dinero bancario, pues el depósito y la emisión dependen de la confianza en la promesa del establecimiento que asegura la realidad del valor para verificar el pago. Al tratarse de un valor que no se ve ni se puede examinar, el único que puede responder a esa exigencia es el soberano.

Silvio Gesell también caracterizó el dinero como criatura del Estado. Identificó que aquel limitante que significaba la necesidad de hallazgo de oro para aumentar la oferta de dinero fue transformado en imposibilidad legal por parte del Estado al prohibir la producción a los particulares, en el mismo movimiento en que él introduce su dinero estatal por coacción. Ese monopolio estatal en la producción de dinero implica que no tenga sustituto.⁷ Según Gesell, el dinero no es una mercancía, a diferencia de esta no tiene otra utilidad más que ser cambiado, y no existe la posibilidad de no usar el dinero que se me ofrece. El cartalismo de Gesell trasciende el mero éxito en forzar la circulación del dinero. Esa obligación de tener que aceptar dinero estatal para pagarle los impuestos al Estado no solo crea y sostiene el medio de pago, sino también la propia división del trabajo, que tanto entusiasmo había despertado desde Adam Smith. El liberalismo creyó ver allí una mano invisible del mercado, cuando se trataba de la mano manchada con tinta del Estado emitiendo medios de pago.

Julio H. G. Olivera identificó las dos posiciones teóricas sobre el génesis y el fundamento del dinero. El uso voluntario lo vinculó con la concepción política del contrato social. A esta “teoría convencional del dinero” le criticó haber incurrido en una “innecesaria ficción” al señalar su origen en una aceptación contractual de los partícipes antes

⁷ Keynes le critica a Gesell que no vio la preferencia por la liquidez, y que no advirtió que el dinero tendría “gran cantidad de sucedáneos que le pisarían los talones” (dinero bancario, deudas a la vista, y así sucesivamente) (1994: 316). Gesell no desconocía que la moneda tenía sustitutos, pero los juzgaba impracticables a la escala de las sociedades modernas.

que en una paulatina formación de hábitos sociales (1976: 12).⁸ Si bien es más cercano a la posición de Knapp (1924), a la que considera “la versión moderna y más célebre de la teoría estatal”, y a Keynes, autores que destacaron la función del dinero como medio de pago (distinto al medio de cambio), les reprocha “el absolutizar el momento jurídico del dinero y por haber reducido el momento jurídico a solo las normas dictadas por el Estado”. Para Olivera, también era importante lo jurídico convencional, lo consuetudinario, para la creación del dinero. También le corrigió a Knapp que no todo medio de pago es dinero. Pago es el cumplimiento de toda obligación, la cual puede ser exigida en algo distinto a sumas de dinero, o incluso puede tratarse de “obligaciones de hacer, o de no hacer”. Olivera le objeta que el dinero como medio de pago presupone el concepto de dinero.

¿Mi plata no vale? La teoría cuantitativa en el desarmadero

Otro elemento a tener en cuenta es preguntarse qué representa el dinero: si debe guardar una proporción con las mercancías y si como unidad de medida debería tener un valor invariante. Muchas consecuencias de política se desprenden de estos interrogantes. Las posiciones más ortodoxas se aferran a la teoría cuantitativa del dinero, según la cual este debe representar el valor de las mercancías en circulación, atendiendo a una velocidad del dinero más o menos constante.

La vinculación entre Europa y el nuevo mundo fundió la historia monetaria con la teoría monetaria. Aquella entrada de metales preciosos desde el continente americano dio origen también a la teoría cuantitativa del dinero, al tratar de explicar la inflación española de los siglos XVI y XVII. En ese mundo invertido que es América, la teoría cuantitativa implicaba que la salida de metales sumía al continente en la deflación y el estancamiento crónico, como observaron los escolásticos tardíos indianos (Popescu, 1986). La teoría cuantitativa hispanoamericana admite lecturas que no van de la cantidad de dinero a los precios, sino al nivel de actividad vía tasa de interés (Fanelli, 1982).

La pérdida de valor de la moneda metálica es otra característica advertida desde el período colonial. El abuso del limado de los contornos de las monedas o el simple desgaste obligó a que se las pesara, y así se pasó a llamarlas “peso”. Es una moneda que pierde su condición de tal cada vez que es tomada por su cantidad de metal y no por su nominalidad consagrada con el sello del soberano. No es lo mismo una moneda de metal que un pedazo de metal con forma de moneda. Olivera concuerda con Knapp en que en el autohylismo (de “hyle”, materia) aun no puede llamarse dinero, porque —como vimos con Fragueiro— se necesita una balanza, ya que la unidad de valor se define materialmente (se está obligado a pagar tantos quintales de trigo o tantos kilos de plata). Pero cuando la unidad de valor tiende a transformarse en un ente abstracto independiente de una materia determinada, se pasa a lo opuesto del autohylismo, que es el cartalismo antes visto, ligado a la acuñación

⁸ A lo que podríamos agregar que esa paulatina formación de hábitos puede haber sido moldeada por una también paulatina coerción estatal.

D

de las monedas metálicas. Empezó como certificación de la cantidad y calidad del metal contenido, pero el simple desgaste ya ponía en cuestión la nominalidad. Su valor como medio de pago es el valor “proclamado” por el emisor. Olivera, siguiendo a Knapp, dice que tiene valor proclamatorio.

Manuel Belgrano, como editor del *Correo de Comercio*, presentó diversos reparos al cumplimiento de la teoría cuantitativa. En cuanto a la circulación del dinero, distinguía dos tipos: una natural y otra compuesta. La circulación natural es la que permite un intercambio perfecto entre dinero y mercancías; ella implicaba “que todos los hombres son ocupados por cualquier trabajo”. Este requisito keynesiano aparece en Belgrano más de una vez. Su análisis no contiene un mecanismo directo de la cantidad de dinero sobre los precios. Para saber el verdadero efecto de un aumento en la cantidad de dinero, señaló la capacidad ociosa y el desempleo.

Para Belgrano, el primer efecto del aumento de la cantidad de dinero no es elevar los precios, sino aumentar la concurrencia de mercancías. Es notable cómo distingue lo “momentáneo” de lo “permanente” y dice: “Si esta multiplicación es inmensa y súbita, es evidente que las mercaderías no pueden multiplicarse en la misma proporción”. Pero si era moderada y lenta, pasaba a animar el comercio.

Por su parte, Fraguero no asociaba el dinero con las mercancías en circulación, como prescribe la teoría cuantitativa, sino que importaba la “futurización”, el dinero representando las mercancías que aún no se habían producido. Ello denota un atributo de adelanto del dinero, el dinero como crédito hacia una producción que está por venir, y que lo hará gracias al dinero adelantado.

Silvio Gesell cuestionó las rigideces de la teoría cuantitativa y del patrón oro, en especial por la experiencia argentina de la caja de conversión, que al restringir la emisión provocó una deflación que profundizó la crisis económica. El corazón de toda su obra radica en haber identificado una diferencia dinámica entre el valor de las mercancías y el dinero. La exposición de las mercancías al paso del tiempo, a su merma y costos de guarda acarrear una pérdida de valor que se traduce en una urgencia por concretar su venta. En cambio, el dinero corre con la ventaja de no sufrir degradación por el paso del tiempo, primero por ser de metal resistente como el oro, y después, al volverse cartal, por haber trasladado tal atributo en la acuñación, con la nominalidad estampada en una moneda. La impresión de billetes lleva esta propiedad al extremo al haberse reducido el soporte físico a un pequeño papelito con valor intrínseco despreciable. Pero lo peor no es la pérdida del autohylismo, sino que el valor impreso no puede ser modificado.⁹ Para los economistas clásicos, la necesidad de una medida invariante del valor parecía una necesidad insoslayable y el dinero era neutral, apenas un velo que había que correr del análisis.¹⁰ En Walras toma

⁹ De ahí que las propuestas de Gesell buscarán corregir esa diferencia entre el valor de las mercancías y el dinero. Una manera fue proponer el dinero percedero o sellado (para bajarlo al nivel de las mercancías), lo que requería comprar y pegar al dorso unas etiquetas para que el valor representado en el billete se mantuviera vigente. Otra manera fue ofrecer un índice de precios para corregir los montos nominales. En *La cuestión monetaria argentina* (1898) muestra una política monetaria activa, adelantándose a la política monetaria moderna.

¹⁰ No fue tan sencillo correrlo; el propio Ricardo se vio involucrado en los debates ingleses sobre el *bullion*.

el lugar fantasmagórico de un numerario matemático, como escala para medir todas las mercancías. Alejandro Bunge, en *La falacia de la moneda como unidad constante de valor*, sostiene que la búsqueda de una medida invariante de valor era sencillamente una “quimera”, una “ficción jurídica”. El dinero solo podía tener un valor estable en un lugar acotado y durante un espacio de tiempo corto.

Algunos han creído que las oscilaciones de “nuestra” moneda se salvaban refiriéndose a una moneda considerada “estable”, como el dólar o la libra, o bien, lo que es más aceptable, al “oro” mercancía. Ni aún hoy se ha desvanecido esa suposición (1984: 335-336).

A todos afecta, en distinta forma, la curiosa ficción jurídica que atribuye a la moneda las funciones de unidad constante de valor (ibídem: 325).

Para Bunge, las variaciones de una moneda podían tener lugar respecto a su poder de compra interno o respecto a otras monedas,¹¹ siendo ambas variaciones independientes, al menos hasta cierto nivel. Estas variaciones del valor de la moneda traían aparejados diversos problemas, entre ellos el de las deudas, ya que no era honesto que el deudor devolviera la misma suma nominal si con eso se tenía menos poder de compra. El solo hecho de contratar en moneda era especular. Al hacerlo en buena fe se debía adoptar como referencia una unidad de valor “no monetaria”,¹² lo cual al propio Bunge le parecía “paradojal”: “Algo como una balanza, ya sea gramo de oro o el gramo o kilogramo de trigo, o de varios productos combinados, o alguna medida tecnológica, o un índice más o menos general de precios” (ibídem: 328-329).

Bunge se pregunta: ¿puede adoptarse una unidad constante de valor?, ¿puede esa unidad medir “valor” como un metro mide longitud o como un litro mide capacidad? Parece evidente que no. Se trata aquí del “valor de cambio”, de aquello para lo cual cualquier moneda, en una región no muy extensa y en un período de tiempo corto, es casi una perfecta unidad de valor. Por tanto, más que de una “moneda invariante” se trata de crear una “moneda estable”¹³ que permita conocer en cualquier momento la variación sufrida por una moneda en su poder de compra, con relación al que tenía en un momento dado, y hacer posible y legal la equitativa “corrección” monetaria.¹⁴

Por la negativa: inflación no monetaria

Para la ortodoxia, la inflación es siempre un fenómeno originado por un exceso de emisión de dinero, asumiendo la velocidad de circulación del dinero constante, y una economía

¹¹ Bunge menciona la devaluación de Solon del año 591 antes de Cristo.

¹² Expresión que luego utilizará Julio H. H. G. Olivera.

¹³ Hoy se habla de las *stablecoins*.

¹⁴ Bunge ofrece aplicar un coeficiente de corrección elaborado según un índice general de precios formado con base 100 en el año en el que se dictara la ley. Su propuesta fue considerada en la II Conferencia Financiera Panamericana de 1920 junto con la de Irving Fisher.

que alcanza rápidamente el pleno empleo.¹⁵ Como vimos, en nuestro país la teoría cuantitativa fue cuestionada en distintas épocas. Con relación a la inflación, Belgrano fue muy cuidadoso al señalar dos tipos de aumento de precios: uno natural y saludable, y el otro forzado y peligroso. No toda inflación era de por sí mala para la economía. Autores posteriores como Gesell y Bunge, al igual que Keynes, resaltarán como más peligrosa la deflación, porque los nuevos precios más bajos quiebran a los productores, lo que puede generar contagios a través de los bancos al no poder pagar los créditos contratados.

La corriente ortodoxa explica la emisión como una acción deliberada del gobierno para cubrir sus déficits fiscales. En 1844, Fragueiro respondió a las críticas sobre la responsabilidad del Banco de Buenos Aires en la depreciación de la moneda de la misma manera que los autores antibullionistas en el debate monetario británico durante el primer cuarto del siglo XIX. Según Fragueiro, la depreciación del billete no se debió al aumento de su emisión, pues “este es un efecto de mil distintas causas que han afectado tanto a la moneda cuanto a todos los valores reales”. Al igual que los antibullionistas, Fragueiro señala razones del lado real, no monetario: “Por cualquier motivo que las propiedades y mercaderías cesasen de moverse en el mercado, por lo mismo la moneda valdría menos, pues le faltaban objetos en que convertirse” (2021: 149).

Los autores que más se ocuparon de esta relación fueron los estructuralistas latinoamericanos de las décadas del sesenta y setenta. La figura más destacada en los abordajes teóricos sobre la inflación fue Julio Olivera, quien formalizó el concepto de la “inflación no monetaria” (negación como el “no monetario” de Bunge). Olivera comienza su artículo señero diciendo que la inflación es un fenómeno monetario –rebajando ese argumento ortodoxo al nivel de la tautología–, pero agrega que ello no quiere decir que sus causas también fueran monetarias.

Por cuanto entraña esencialmente un deterioro del valor del dinero, la inflación es en sí un fenómeno monetario. Al hablar de teorías monetarias y no monetarias de la inflación aludimos, pues, no a la naturaleza del fenómeno, sino a las causas que lo producen (2010: 27).

Olivera no descarta la posibilidad de una inflación con causas monetarias, pero ofrece una explicación teórica más verosímil, o, mejor dicho, con mayor poder explicativo por requerir menores condiciones. Ante cualquier variación de precios relativos (ámbito consagrado por la microeconomía neoclásica como el lado real, y por ende el verdaderamente importante), deben esperarse consecuencias en los precios nominales, es decir, en la inflación.

A diferencia de la teoría ortodoxa (a la que Olivera le baja el precio con elegancia llamándola “el modelo tradicional”) –que implica “un aumento equiproporcional de los precios en dinero de todas las mercancías”–, en la explicación no monetaria en vez de ocuparse del volumen global de la oferta y la demanda se inmiscuye en la estructura o composición de esa oferta y esa demanda (como los estructuralistas), poniendo el foco en

¹⁵ Este pleno empleo hay que tomarlo en el sentido ortodoxo, en el cual los mercados se vacían al nuevo precio de equilibrio, incluso el de trabajo, es decir que no existe el desempleo involuntario.

los precios relativos. Siguiendo a Olivera, “en toda economía monetaria la variación de los precios relativos se efectúa por medio de la variación de los precios en dinero”. Dado que supone precios en dinero relativamente inflexibles en sentido ascendente o descendente, la variación de los precios relativos, sea cual fuere su causa y dirección, “solo puede realizarse mediante un movimiento del nivel general de los precios en sentido opuesto al de menor flexibilidad”. De hecho, es suficiente que su flexibilidad en el sentido descendente sea menor que en el ascendente.

El cambio de los precios relativos, garantizado sobre todo en economías en desarrollo como la Argentina, sumado a la inflexibilidad relativa descendente de los precios en dinero, hace que aquellos cambios de precios relativos se traduzcan en un aumento continuo de los precios en dinero.¹⁶

Respecto a la relación entre la inflación y el déficit fiscal, el aporte de Olivera radicó en señalar que, bajo un entorno de alta inflación, los Estados experimentan una merma en la recaudación real debido a los rezagos fiscales,¹⁷ ya sea porque los impuestos recaudados en cada período fiscal se calculan según los valores monetarios del período precedente, o porque los precios que paga el Estado en el mercado son más flexibles que los precios de los servicios públicos.

Dinero pasivo

En los últimos años parece haberse alcanzado un curioso consenso en la profesión, y es raro encontrar economistas teóricos o banquistas centrales que postulen la exogeneidad del dinero, es decir que entra como dato en el sistema económico (De Lucchi, 2012). En nuestro país, la endogeneidad del dinero aparece a mediados del siglo XIX en las obras de Mariano Fraguero. En varios pasajes, este autor advierte que no es posible ni deseable la emisión por fuera de las necesidades del mercado. Fraguero apela a la idea de futurización antes vista. La actividad económica está volcada hacia el futuro, a lo que está por venir. En ese sentido se trata de un abordaje muy moderno.¹⁸

Gesell también advirtió que la cantidad de dinero no puede controlarse por la autoridad monetaria. A los emisionistas les adjudica “ingenuidad infantil” y vanidad por pretender ajustar a voluntad y exactamente la demanda de dinero a la oferta de mercancías. Para Gesell, el error de los emisionistas era considerar como sinónimos la existencia de dinero y la oferta de dinero. Por más que la autoridad monetaria intente inyectar nuevas sumas de

¹⁶ Tal es el enredo perverso de este efecto que no es reversible, pues “el retorno a las relaciones de precios originarias no anula el aumento del nivel de precios ocasionado por su alteración. Antes bien, el restablecimiento de la situación primitiva causa un efecto inflacionario adicional que deprime más aún el valor del dinero” (Olivera, 2010: 32).

¹⁷ Aquí Olivera cita al Keynes del *Breve tratado de reforma monetaria*, de 1923, y al Aldo Ferrer de *La economía argentina*, de 1963.

¹⁸ A decir verdad, ya la economía clásica, con su idea de costo de reproducción, no tomaba los datos del pasado, sino los vigentes, pensando en el porvenir.

D

dinero, la cantidad que circula la determinan los poseedores del dinero, quienes pueden retirarlo a voluntad o hacerlo aparecer de golpe, por lo que es una fuente de inestabilidad.

Olivera, como académico, encontró una definición más precisa. Al dinero endógeno lo llamó dinero pasivo.¹⁹ Hablar de endogeneidad tiene una carga definitiva, irreversible, como un componente sistémico. En cambio, en la expresión *dinero pasivo*, además de contar con ese atributo asociado a la endogeneidad, no implica una necesidad sistémica, absoluta. Olivera admite que hay momentos históricos en los que el dinero puede pasar de activo a pasivo, y viceversa. No se trata de transformaciones de largo plazo, sino que pueden darse de forma inmediata a través de un cambio regulatorio. Claro que esos cambios no dependen del humor de unos burócratas, sino que obedecen a momentos históricos que implican un cambio en la determinación de ciertas variables, por ejemplo en las economías modernas con sindicatos desarrollados en las que el peso de los salarios cobra mayor relevancia. En la tradición marxista rioplatense, ya Germán Avé Lallemand señalaba en nuestro país la relación estrecha entre la necesidad de liquidez y el pago de salarios.

En Prebisch, el dinero pasivo aparece en sus primeras obras, en las que analiza el efecto del balance de pagos sobre la emisión, en especial bajo la caja de conversión, que es un clásico esquema de dinero endógeno. En esa concepción cabría sumar otros autores que realizaron un abordaje similar al de Prebisch: Juan Bautista Alberdi y José A. Terry. Alberdi, en sus obras póstumas, incorpora de manera atenta y temprana los ciclos de Juglar, para ensayar una explicación sobre la base del endeudamiento externo especulativo, que desencadena una expansión artificial –pública y privada–, con expansión de la emisión y el crédito que no puede sostenerse cuando los capitales deciden emigrar. José Terry, tres veces ministro de Hacienda, analizó de manera crítica las crisis financieras de las décadas del ochenta y noventa, con un enfoque también basado en Juglar. Su descripción de los ciclos se asemeja a la del keynesiano Charles Kindleberger: se pasa de la euforia al pánico, magnificado por un comportamiento procíclico de los bancos. También destacó las consecuencias de la deflación sobre la capacidad de pago de las deudas, de forma parecida a lo que harían Bunge y Keynes en la década del veinte del siglo XX. Años después, ya en la década del cuarenta, Prebisch volvió a mostrar a nivel microeconómico la necesidad de dinero para sostener el capital corriente que demanda un proceso productivo en el tiempo.

La deva constrictor

La corriente ortodoxa concibe las devaluaciones como expansivas de la actividad productiva. De hecho, desde la primera posguerra mundial, en los ámbitos internacionales se trató siempre de condenar o evitar la guerra de devaluaciones bajo el concepto de que se estaría empobreciendo a otro país. Pero en la tradición argentina, los autores académicos después de la segunda posguerra mundial han identificado que las devaluaciones en nues-

¹⁹ Aunque en su artículo sobre el dinero pasivo internacional y la hegemonía monetaria lo menciona como “variable endógena”.

tro país eran contractivas. Entre ellos puede nombrarse a Carlos Díaz Alejandro, Aldo Ferrer, Marcelo Diamand y Oscar Braun. Para tomar a un autor especializado en teoría monetaria, solo haremos referencia a Miguel Sidrauski. A diferencia de los demás autores que explicaron la recesión por los efectos regresivos en los salarios reales al incrementarse el precio en moneda local de los bienes exportables, es decir, los alimentos, Sidrauski puso el foco en la política monetaria contractiva que siguió a las devaluaciones. En su opinión, “el temor a la inflación por parte del banco central puede llevarlo a aumentar en menos de lo necesario la cantidad de dinero, provocando una caída del ingreso real” (1968: 103). Una devaluación en una economía inflacionaria debe complementarse con “un sustancial aumento de la cantidad nominal de dinero, si se quiere evitar el desempleo” (ídem). Donde los ortodoxos veían una devaluación expansiva, los estructuralistas veían una *deva constrictor* que se comió un elefante blanco del desarrollo.

Por la negativa II: dinero no neutral

Algunas corrientes poskeynesianas sostienen que la tasa de interés es irrelevante, pues en definitiva el costo financiero se descarga en el precio final, y la demanda pagará la cuenta, y ese es un problema distributivo y, en dicha tradición, exógeno. Los escolásticos fueron los iniciadores de la teoría del interés. El interés es un precio pagado por el uso de dinero, el cual, al igual que otra mercancía, se consume en el acto de ser usada. Por tanto, cobrar por su uso sería cobrar por algo que no existe. Por eso, la usura estaba condenada por ser contraria a la justicia conmutativa. Con el tiempo, fue permitiendo el cobro de interés en algunos casos, por ejemplo, en la mora y por el lucro cesante.

En Belgrano, la tasa de interés cumple un rol protagónico en todo el sistema económico. A lo largo de los artículos publicados en el *Correo de Comercio*, aparece explicando, desde el éxito de la revolución agrícola en Inglaterra, la producción en general, y las crisis por el retiro de dinero, si no es tentado por la retribución del interés. También aparece en la relación entre dos países, en la que el comercio entre ambos no se equilibra por el mecanismo de flujo-especie de Hume debido a que la tasa de interés se eleva en el país deficitario, y eso hace aún más difícil para la producción revertir su situación. El país puede quedar atrapado en una deuda externa crónica por el peso del interés.

Fragueiro veía en la tasa de interés un límite para el desarrollo de las fuerzas productivas. Sobre todo, condenó la especulación de los sobregiros que se hacían con los capitales, lo que impedía que estos estuvieran disponibles para la inversión productiva. Su propuesta de organización del crédito desde el Estado tenía que ver con abaratar el costo del financiamiento productivo.

Gesell creyó ver en la tasa de interés el problema principal para liberar las fuerzas productivas. Su reforma terminó recayendo en actuar sobre la tasa de interés, al punto de llevarla al terreno negativo en términos nominales. Su enfoque resultó revelador para

D

Keynes a la hora de escribir *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.²⁰ Gesell criticó las principales corrientes que se habían ocupado del interés (la teoría utilitaria, la teoría fructífera, la teoría de la explotación y la teoría de la abstinencia) por no haber captado que el interés es un fenómeno monetario; surge de las propiedades especiales del dinero. No es el interés de un crédito, sino el que opera sigilosamente en el intercambio de mercancías. La financiación esconde este “interés básico”. El interés no sale del equilibrio entre ahorro e inversión, sino que tiene su origen en el intercambio de mercancías por dinero. A diferencia de Keynes, en Gesell no hay una explicación psicologista sobre el futuro de la tasa de interés.

Conclusiones

Hemos identificado un cúmulo de ideas sobre pensamiento monetario que estaban dispersas en una cantidad de autores a lo largo de nuestra historia. Ofrecimos un ordenamiento siguiendo los cánones habituales con los que la disciplina caracteriza el pensamiento monetario. Las conclusiones arrojaron una cercanía con los planteos generales de la TMM, y para resaltar tal similitud nos permitimos llamar a la nuestra TMN. Pero cabe aclarar que no se trata de una excepcionalidad de los pensadores argentinos.²¹ Es muy probable que haciendo el mismo ejercicio en la mayoría de los países del mundo encontremos pensadores locales que hayan tenido que defender la aparición de su moneda nacional, de sus primeros bancos, de justificar políticas monetarias expansivas, etc.

El campo de la economía política tiene una predominancia anglosajona abrumadora. Desde David Ricardo a nuestros días, la economía política dominante solo se animó a cruzar de Londres a Chicago (siguiendo el cambio de centro cíclico). La mayor controversia que hizo temblar la ciencia fue una disputa geográfica entre “los dos Cambridge”, un juego de ajedrez por correspondencia que se presentó como una suerte de guerra civil en la economía política. La TMM es la primera avanzada exitosa desde aquella *controversia del capital*. Esta nueva *controversia del dinero* llegó más lejos, al campamento monetarista, y los agarró desprevenidos. Es esperable que el imperio de las finanzas reestablezca su orden, ya lo empezó a hacer decretando el fin del dinero barato. Pero la TMM ya ha dejado su cuño.

Sobre nuestra TMN, resta contestar algunos interrogantes. Es probable que la recurrente aparición de ideas similares por autores disímiles a lo largo de nuestra historia encuentre una razón subyacente en la propia economía nacional y su inserción internacional. Una pista podría ser la restricción externa como fuente de inestabilidad de la moneda nacional. La fortaleza de tal hipótesis para dilucidar los aspectos estrictamente monetarios y crediticios amerita investigaciones futuras. También sería necesario superar la etapa de

²⁰ En especial el capítulo 17, donde explica cómo y por qué la tasa monetaria domina las tasas mercancía y contribuye a definir la realización o no de inversiones productivas.

²¹ Sí puede concederse que en algunos países la reflexión haya sido más estimulada, por la naturaleza de los problemas, y por cierta tradición intelectual que conformó desde temprano un sistema educativo masivo público, universidades con una orientación tributaria de la Ilustración y el compromiso con las disputas políticas de su sociedad.

los abordajes biográficos de los autores y de la mirada testimonial de sus obras para dar el salto a una mayor abstracción teórica, de manera que permita una mejor caracterización y formalización de la TMN. Así, la historia del pensamiento económico nacional como disciplina podrá contribuir con autoridad ante los extraviados planteos de teoría monetaria que amenazan el futuro de nuestra sociedad. Una dolarización requiere la circulación previa de una ideología que plantee la convertibilidad del pensamiento económico, un falso “uno a uno” entre nuestra realidad y la del país hegemónico.

Ante esta suerte de ley de Gresham epistemológica en que la teoría monetaria mala desplaza a la buena, es preciso sacar la historia del pensamiento económico nacional de la pulsión coleccionista de los círculos de eruditos que atesoran para sí las ideas más valiosas “sin circular”. Se requerirá dinamizar esos pequeños clubes del trueque del pensamiento económico que se hayan dispersos en ámbitos académicos, organizando encuentros y, sobre todo, dándole a la maquineta de escribir. Es preciso emitir nuestros pensamientos, resellar aquellas ideas que fueron retiradas en el pasado, darles un nuevo valor y ponerlas otra vez en circulación.

Bibliografía

- Águila, N. (2019). *Teoría Monetaria Moderna: Fundamentos conceptuales, prescripciones de política y principales críticas*. Documentos de Trabajo CIEPP, N° 104, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas, octubre.
- Alberdi, J. B. (1934). *Estudios económicos. Interpretación económica de la historia política argentina y sud-americana*. Buenos Aires: La Cultura Popular, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso.
- Arana, M. (2021). “Usos y desusos de John M. Keynes en la academia y la política argentina a principios del siglo XX”. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 61(234), pp. 151-171.
- Belgrano, M. (2020). *El pensamiento económico de Manuel Belgrano*. Buenos Aires: Editorial Manuel Belgrano del Ministerio de Economía.
- Bunge, A. (1984). *Una nueva argentina*, Madrid: Hyspamérica.
- Cibils, A. (2019). “La pobreza de la teoría (ortodoxa) del dinero”. *IDE-UNGS CEC*, año 5, n° 10, junio, pp. 152-158.
- Crespo, E.; Bazza, A.; Fernández, G.; Freitas, A.; Ghibaudi, J. y Muniz, M. (2021). “Sobre la naturaleza del dinero y su relación con el Estado en perspectiva macro histórica. Una introducción”. *Macrohistoria*, 1, vol. 1, julio-diciembre, pp. 28-35.
- De Lucchi, J. (2012). *El enfoque de dinero endógeno y tasa de interés exógena. Reflexiones sobre la convertibilidad y la postconvertibilidad en Argentina*. Buenos Aires: Documento de Trabajo N° 44 del CEFID-AR, junio.
- Estevez, A. y Elia, O. H. (1961). *Aspectos económico-financieros de la campaña sanmartiniana*. Comisión Nacional Ejecutiva, 150° Aniversario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Guillermo Kraft.

D

- Fanelli, J. M. (1982). *El pensamiento económico en Cuba en el siglo XVI*. Buenos Aires: Programa Bibleh-Conicet, UCA.
- Fragueiro, M. (2021). *Mariano Fragueiro: Escritos sobre moneda y banca*. Buenos Aires: Editorial Manuel Belgrano del Ministerio de Economía.
- Gesell, S. (2020). *Silvio Gesell, Obra argentina*. Buenos Aires: Editorial Manuel Belgrano del Ministerio de Economía.
- Keynes, J. M. (1994). *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Madrid: Planeta De Agostini.
- Knapp, G. (1924). *The State Theory of Money*. Londres: Macmillan & Co.
- Lerner, A. (1947). “Money a Creature of the State”. *The American Economic Review*, vol. 37, nº 2, mayo, pp. 312-317.
- Olivera, J. H. G. (1976). *Lecciones de dinero, crédito y bancos*. Buenos Aires: UBA- FCE.
- (2010). *Economía y hermenéutica*. Buenos Aires: Eduntref.
- Pérez Caldentey, E. y Vernengo, M. (2020). “Teoría moderna del dinero (MMT) en los trópicos. Finanzas funcionales en países en desarrollo”. *Circus. Revista Argentina de Economía*, nº 7, verano.
- Popescu, O. (1986). “El pensamiento económico en la escolástica hispanoamericana”. En Popescu, O., *Estudios en la historia del pensamiento económico latinoamericano*. Bogotá: APESAL, Plaza & Janés.
- Sidrauski, M. (1968). “Devaluación, inflación y desempleo”. *Económica*, vol. 14, nº 1-2, pp. 79-107. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/8964>.
- Terry, J. (1918). *Finanzas*. Buenos Aires: Jesús Menéndez.
- Wray, L. R. (2014). *From the State Theory of Money to Modern Money Theory: An Alternative to Economic Orthodoxy*. The Levy Economic Institute, Working Paper N° 792.

La tablita cambiaria de Martínez de Hoz: críticas, respuestas y los debates en el interior del equipo económico

Julián Zicari¹

Resumen

Este artículo se propone reconstruir parte de las polémicas y discusiones suscitadas por la tablita. Así, para hacer esto, se abordan dos puntos. Uno es repasar las críticas más habituales que se le han hecho al esquema cambiario de Martínez de Hoz, pero buscando prestar atención a las respuestas que este dio a dichas objeciones. El otro es reconstruir los debates internos que pudieran existir por parte de los propios miembros del equipo económico con respecto a aquella medida y sus resultados.

Introducción

En los dos años transcurridos entre 1979 y 1980 rigió en el país el esquema económico que se conoció como “tablita cambiaria” o simplemente “la tablita”. Dicho esquema se trataba del otorgamiento de las pautas cambiarias hacia el futuro (lo que era, en los hechos, devaluaciones preanunciadas) para dar certeza sobre el tipo de cambio, anclar las expectativas y así reducir gradualmente la inflación. El esquema tuvo como soporte teórico el llamado “enfoque monetario de balance de pagos”, propio de la escuela monetarista, en boga por aquellos años. Según Martínez de Hoz, quien fue el ministro de Economía que implementó aquella medida, los resultados alcanzados fueron sumamente exitosos. De hecho, este cuenta que “Mcnamara [secretario del Departamento de Estado de los Estados Unidos] siempre me decía, y está escrito en los diarios de la época, que lo repetían, que él creía que estábamos escribiendo un nuevo capítulo para los libros de economía de lograr vencer una inflación sin provocar recesión ni desocupación” (entrevista a Martínez de Hoz, en RAHO, 2005). Según el exministro, gracias a la tablita la inflación argentina pudo, prácticamente, desaparecer, al haber logrado que el índice entre precios internos

¹ CONICET, UBA, UNDAV.

D

y externos pudiera confluír. Como lo celebraba el exministro en su libro de memorias: “Para el cuarto trimestre de 1980 [...] La convergencia entre ambos porcentajes se había pues logrado [...] Precisamente, en este último trimestre del año 1980, el ritmo de ajuste de la paridad cambiaria, más el 1,5 por ciento de inflación internacional, representaba, anualizado, el 37 por ciento. La convergencia se había logrado” (1981: 101-102 y 235). Sin embargo, a pesar de presentar su esquema económico como sumamente adecuado y exitoso, en otro relato el mismo ministro señala algo aparentemente contradictorio, pues admite que dicha herramienta antiinflacionaria era detestada por todos los sectores económicos: “La ‘tablita’ llegó a transformarse prácticamente en una mala palabra, seguramente porque el esfuerzo resultó demasiado prolongado” (1991: 209). Como se ve, parece haber una extraña combinación de miradas con respecto a la tablita: algunos de los miembros del equipo económico la consideraban a veces como un “éxito rotundo”, pero a la vez recibió una gran cantidad de críticas y convivió con el repudio generalizado.

Para tratar de entender por qué existe un choque de visiones tan marcado, este artículo se propone reconstruir parte de las polémicas y discusiones suscitadas por la tablita. Así, para hacer esto, nos proponemos recorrer dos puntos. Por un lado, repasar cinco de las críticas más habituales que se le han hecho al esquema cambiario de Martínez de Hoz, pero buscando prestar atención a las respuestas que dio el exministro a dichas objeciones. Por otro, nos internaremos en las críticas internas y los debates que se produjeron entre los propios miembros del equipo económico con respecto a aquella medida, con el fin de explorar su mirada y entender cómo sopesaron los aspectos tanto negativos como positivos de sus años finales de gestión.

Los elementos y materiales que utilizaremos para llevar a cabo estos objetivos serán las distintas entrevistas, artículos periodísticos y libros de memorias de los integrantes del equipo económico que dirigió Martínez de Hoz durante su gestión como ministro durante la última dictadura militar (1976-1981), voces que han sido muy pocas veces tenidas en cuenta en los análisis.² En todo caso, más allá de las problemáticas que pudiera implicar manejar este tipo de fuentes, con todas las precauciones y dificultades que representan, lo cierto es que vale la pena considerarlas.³ No solo porque darles voz a los protagonistas ofrece mejores elementos para comprender las prácticas por ellos realizadas, sino también porque reconstruir los debates sobre su gestión nos permitirá conocer mejor la elaboración de políticas públicas y algunas de las pautas por las cuales transitó la historia económica argentina en aquellos años.

² En general, la recuperación de la voz de los protagonistas del gobierno dictatorial ha sido realizada, esencialmente, con vistas a las prácticas represivas. Ver, al respecto, Feld y Salvi (2019). Por su parte, las investigaciones de análisis político que han utilizado las palabras de dichos actores han sido muy pocas, como Canelo (2008) y Novaro y Palermo (2006). En el caso del análisis económico, nunca suelen ser utilizadas como herramienta central de análisis, sino, en el mejor de los casos, como herramientas periféricas o anecdóticas.

³ Un abordaje sobre algunas de las problemáticas que implica el relato escrito y oral posterior a los hechos por parte de los protagonistas de la última dictadura militar argentina puede encontrarse en Feld y Salvi (2016).

Las críticas a la tablita y sus justificaciones

Como hemos señalado en la introducción, la tablita fue un esquema económico muy polémico, plagado de objeciones y críticas. En esta sección nos proponemos recuperar cinco de las críticas más destacadas y reconstruir, a la vez, las respuestas dadas por Martínez de Hoz.

En este sentido, la primera crítica, y quizás la más obvia, es que la tablita conllevó un destructivo atraso cambiario para la economía argentina. En efecto, parte de la estrategia se basó en que la tasa de devaluación siempre fuera detrás del ritmo del aumento de los precios, por lo que, en términos reales, se vivió un proceso de apreciación cambiaria cada vez más marcado. Sin embargo, a pesar de ser esto bastante claro y acentuado, Martínez de Hoz ha buscado minimizarlo, asegurando que, en realidad, la tablita no generó un atraso cambiario tan grande como el que se acusa. “Señalamos repetidas veces como un error de enfoque el querer identificar o indexar el ajuste de la paridad cambiaria al ritmo del aumento del nivel de precios internos. Ello implica intentar fijar una equivalencia entre dos indicadores que reflejan cosas distintas” (1991: 201). Eso es, en sí mismo, curioso, porque en su discurso de asunción, el mismo Martínez de Hoz se quejaba de los gobiernos anteriores que para “disimular los efectos de la inflación sobre el costo de vida, se ha seguido la tendencia a sobrevaluar la relación de cambio del peso argentino con respecto a la divisa extranjera” (discurso del 2/4/1976), algo que, con la tablita, él mismo terminó por realizar y repetir.

Al problema del atraso cambiario se sumaba un segundo gran problema y que era su consecuencia directa: la enorme pérdida de competitividad local que produjo, la cual, a su vez, se agravó con la apertura económica y su posterior radicalización en julio de 1980. Frente a esta crítica, Martínez de Hoz ha intentado señalar dos tipos de excusas. La primera fue indicar que el atraso cambiario debía forzar a las empresas a mejorar, a partir de modernizarse para competir con los productos extranjeros, o, de no hacerlo, cerrar: “La politización de las cosas hizo que se quisiera tergiversar. En realidad, el tipo de cambio era favorable para esa inversión, que tenían que exportar; por ejemplo, algunas industrias que no se habían modernizado, era una manera de forzarlas a modernizarse” (entrevista a Juan Alemann, en Vercesi, 2008: 330). No obstante esta evasiva, parte del equipo económico entiende el grave daño que se produjo con el tipo de política económica aplicada y el porqué de la queja empresarial, tanto del sector rural como del industrial:

Y un descontento. La gente del campo, por ejemplo... Le subían todos los costos y el tipo de cambio no se mejoraba, los precios internacionales caían [...] Y la Unión Industrial porque los que trabajaban con la competencia de productos importados, los que hacían sustitución de importaciones cerraban todos: empresas textiles, empresas de calzado. Y se produjo una gran cantidad de quebrantos. Por eso se lo acusaba a Martínez de Hoz de haber liquidado la industria argentina, porque la sobrevaluación del peso genera una competencia no prevista (entrevista a Luis García Martínez, en Vercesi, 2008: 422).

La otra excusa con respecto al atraso cambiario fue admitir, directamente, que se generó un gran perjuicio productivo y, sobre todo, en el tejido industrial, pero que eso ocurrió porque se priorizó la cuestión inflacionaria antes que la productiva:

La aplicación de la política industrial debió convivir, simultáneamente, con una política antiinflacionaria fijada como prioridad [...] Ello llevó a muchos a cuestionar la política industrial en sí misma, sin advertir que ciertos efectos negativos no deseados a algunos sectores industriales [...] [Es] que estas dramáticas opciones planteadas al gobernante por el flagelo inflacionario no tienen soluciones óptimas ni indoloras (Martínez de Hoz, 1981: 166).

Lo mismo fue señalado por Luis García Martínez, que era el jefe de asesores: “Vos tenés este esquema cambiario que te va llevando a la sobrevaluación del peso y querés acelerar la convergencia bajando, con esa resolución famosa [de reducción de aranceles] [...] te ves obligado a explicar que la prioridad es la inflación y no la estrategia de desarrollo” (entrevista a Luis García Martínez, en RAHO, 2005).

La tercera crítica se debe a la frecuente acusación de aquella época de haber generado una política llamada de ‘plata dulce’. Es decir, de dólar barato, ya sea para viajes de turismo al exterior, fuga de capitales o especulación financiera. La respuesta de Martínez de Hoz a ello fue clara y contundente:

Otra crítica muy frecuente que se escucha de mi gestión es que la deuda externa aumentó por la fuga de divisas y los viajes al exterior de los argentinos [...] Estas acusaciones confunden los pagos por turismo, que se financian con ingresos corrientes, con la deuda que [...] tuvo su contrapartida en importantes inversiones en infraestructura [...] Nunca creí que los argentinos viajaran al exterior pudiera ser algo malo (2014: 122).

En otro libro amplió su justificación:

No es ‘malo’ que un argentino pueda viajar internacionalmente. Por el contrario, es una forma de romper nuestro aislamiento mental y tecnológico, poder comprobar el progreso de otros países que no se han quedado estancados como el nuestro [...] Los argentinos no tienen por qué ser ciudadanos de segunda clase en este mundo moderno (1991: 192).

Como vemos, no hay reflexión ni aceptación de lo ocurrido. No se pone en consideración el alto costo en divisas que provocó, las consecuencias en el balance de pagos, las implicancias productivas o si acaso los beneficios valían la pena.

La cuarta crítica articula todas las anteriores, pues la política de ‘plata dulce’, atraso cambiario y dinero barato generó otro problema, ya que la liberalización de tasas de interés producto de la reforma financiera de 1977, con el motivo de ‘remonetizar la economía’, hizo que las tasas locales se volvieran muy altas, incluso a nivel internacional, lo que generó que ingresaran al país una gran cantidad de capitales especulativos. Esta situación, al tener

un tipo de cambio semifijo, provocó una expansión monetaria bastante pronunciada, la cual era todo lo opuesto al programa monetarista previo basado en la astringencia. Esto representa entonces otra importante contradicción de la gestión económica. Así, si el déficit fiscal fue identificado inicialmente como la principal causa de la inflación por la emisión monetaria que generaba, y luego fue solucionado a fuerza de ajustes fiscales, a partir de la tablita la entrada de capitales y el sector externo se convertirían en los principales responsables de la nueva emisión (Zicari, 2022). En palabras de Martínez de Hoz:

Ese año [1978] el sector público dejó de ser un factor expansivo [de la emisión monetaria], pero en cambio [desde entonces] el sector externo contribuyó a la expansión de la oferta monetaria más allá de lo que se previó inicialmente al existir un importante saldo favorable en la balanza comercial, que no podía ser equilibrada por insuficientes importaciones y que llevaba al Banco Central a comprar en el mercado de divisas no demandadas [...] El superávit del sector externo se convirtió así en impulsor de la inflación debido a la acumulación de reservas en una economía aún sin suficiente apertura externa (en 1979, el 85% de la expansión monetaria tenía su origen en el sector externo) (1991: 195).

La quinta crítica es de orden más bien teórico o doctrinario. En este caso se acusa a Martínez de Hoz de no ser un ‘auténtico liberal’, ni creer en el libre mercado, pues utilizó con la tablita el control cambiario como estrategia antiinflacionaria. Su respuesta a ello fue argumentar que otros sistemas monetarios clásicos defendidos por los liberales funcionaron de igual manera: “Se nos ha acusado de utilizar el instrumento cambiario en forma incoherente con los principios de libertad, de economía abierta y de mercado. Cabría recordar, sin embargo, que el ‘patrón oro’ clásico, compatible con estos principios, fue un régimen de tipo de cambio fijo y dinero pasivo” (1981: 96). Siguiendo esta dirección, frente a las acusaciones de otros exministros de Economía, como José Gelbard y Álvaro Alsogaray, para diferenciarse de esos programas respondió:

En el nuestro, donde todas las variables estaban libres salvo una [...] mientras los demás estén libres no se puede hablar de inflación reprimida. También debe señalarse que el supuesto ‘retraso’ afectaba a todos los sectores por igual, lo que no sucedió con las prácticas de tipo de cambio diferenciales y los derechos de exportación que nuestro programa había desechado y que perjudicaban notablemente al sector agropecuario (1991: 212).

Los debates en el interior del equipo económico

En la sección anterior repusimos algunas de las objeciones realizadas a la tablita y las respuestas públicas a ellas dadas por Martínez de Hoz. No obstante, más interesante aún es conocer los debates y reparos internos del equipo económico, ya que muchos de ellos piensan que la tablita no terminó funcionando del todo bien. Para ello aducen varios

D

problemas de implementación. Seis fueron los puntos de mayores reproches realizados por los mismos protagonistas.

Uno de ellos es el referido al sistema de ajuste general de la economía, el cual, sostienen los integrantes del equipo económico, debió haber incluido otras variables además del tipo de cambio. Como señala Juan Alemann, que era secretario de Hacienda: “La tablita tuvo otro error muy grande. Para tener la tablita usted tiene que tener todo el sistema indexatorio interno con la misma tablita. No puede tener una indexación para precios internos y la tablita para el tipo de cambio [...] distorsiona” (entrevista a Juan Alemann, en Vercesi, 2008: 379). Este reparo es compartido por Ricardo Arriazu, un importante miembro en la dirección del Banco Central:

El desequilibrio se causó en febrero del año 80 cuando los salarios subieron completamente fuera de lo que decía la regla [...] No estaba previsto para nada. Eso fue una medida política. Y ahí uno tuvo que quedarse mientras se quedó [Adolfo] Diz [presidente del Banco Central] por un problema de lealtades. Pero yo dije ‘chau, se acabó’ [...] la referencia es que los militares querían ser populares. En el fondo, querían seguir la misma política de Perón. En el año 80 subieron los salarios reales un 28% a principios de enero, pero en dólares. Por cómo estaba funcionando el sistema cambiario, fue un aumento de casi el 50%. Eso rompió totalmente el equilibrio a principios del año 80 (entrevista a Ricardo Arriazu, en Vercesi, 2008: 405).

En este sentido, se suma un segundo punto también repetido bastante por Alemann, referido a los ‘límites políticos’ con los cuales cargaba la gestión económica y que implicaron, según su mirada, el motivo central que impidió que la inflación cayera: la imposibilidad de bajar el gasto público. En sus palabras: “El problema de fondo, en realidad, era el desequilibrio fiscal, que no tenía y que no podía evitar porque tenía que haber reducido el presupuesto militar, que no se podía, y teníamos que parar todas las inversiones públicas, que tampoco se podía. Yo tenía un gasto que era inabarcable” (entrevista a Juan Alemann, en RAHO, 2005). Aquí, nuevamente, resuena el que había sido el diagnóstico original más importante sobre las causas de la inflación y que a lo largo de la gestión fue desapareciendo del discurso público. Recordemos que las causas identificadas al inicio de la gestión fueron el alto gasto fiscal, el déficit implicado en ello y la emisión monetaria que, como consecuencia, generaba.⁴ No obstante, la evidencia empírica resultó muy débil: en los momentos de mayor astringencia monetaria y reducción del déficit fiscal (entre mediados de 1977 y mediados de 1978), la inflación, lejos de bajar, subió. Luego, durante la vigencia de la tablita, como vimos, existió un crecimiento de la emisión monetaria por el ingreso de capitales externos; sin embargo, en dicho período la inflación bajó a la mitad. Por lo tanto, el argumento fiscalista/monetario no parece contar con respaldo empírico para ser válido, sino, al contrario, más bien parece refutar dichas ideas.

⁴ Sobre los debates de las distintas políticas antiinflacionarias llevadas a cabo por el equipo de Martínez de Hoz, ver Zicari (2023).

El tercer punto de crítica interna fue responsabilizar a la guerrilla y al mandato, por esto de que la economía debía tener pleno empleo, algo que fue fuertemente repetido por todo el equipo económico como un gran problema para lograr la estabilización y que la inflación se redujera. Como lo explicó Martínez de Hoz: “Recuerde que había todavía un alto nivel de terrorismo. Entonces ese terrorismo no había penetrado en los sindicatos [...] Pero, si [por] esta paralización industrial se llegaba a producir una desocupación masiva, nadie podía saber lo que podía pasar. Había una gran preocupación en ese sentido” (entrevista a Martínez de Hoz, en RAHO, 2005). Alejandro Estrada, secretario de Comercio Interior, explicaría: “Había mucho temor a que esta política de cambio estructural generara desocupación. Y, básicamente, recuérdense que se daba un problema, que había guerrilla aún, a veces localizado. Entonces tenían miedo de que una condición laboral difícil favoreciera, digamos, el acto de terrorismo, que lo hiciera más popular” (entrevista a Alejandro Estrada, en RAHO, 2005). Juan Alemann, secretario de Hacienda, diría lo mismo: “Cuando Martínez de Hoz asume el país estaba virtualmente en un estado de guerra interno contra el terrorismo organizado [...] Los jefes militares decían entonces que no podía haber desocupación, ya que cada desocupado era un guerrillero en potencia. Esto fue una limitación para la política económica” (en *La Nación*, 24/3/1996). Luis García Martínez destacó lo mismo: “Decían que la guerrilla, si se producía el problema de desempleo y todo lo demás, iba a conseguir adeptos” (entrevista a Luis García Martínez, en Vercesi, 2008: 420).

El cuarto punto de crítica interna fue que, al generarse un tipo de cambio semifijo como era el esquema de la tablita, la economía local quedaba muy vulnerable frente a los *shocks* externos, que, cuando ocurrieron, distorsionaron todas las previsiones originales e hicieron al sistema menos efectivo. Como lo señaló Alemann: “El problema de fondo se produjo en 1980, cuando la Reserva Federal de los Estados Unidos, dirigida entonces por el duro Paul Volcker, implementó una política monetaria muy restrictiva que llevó las tasas de interés al 20% en dólares. En 1979, la OPEC aumentó los precios del petróleo, que de unos 12 dólares por barril llegaron a más de 35 [...] Para la Argentina esa política monetaria [de Volcker] fue catastrófica” (en *La Nación*, 24/3/1996), a lo que añadió: “Se nos iba el dinero. Y con la tablita eso era incompatible. Además, porque facilitamos la salida de capitales, porque sobrevaluamos el peso” (entrevista a Juan Alemann, en Vercesi, 2008: 378-379).

El propio Martínez de Hoz ha presentado un quinto punto de crítica para explicar por qué la tablita no terminó bien ni produjo un control de la inflación en el largo plazo. Según su opinión, hubo que invertir los primeros años para hacer que la población *cambiara su mentalidad* con respecto al funcionamiento previo de la economía, que era estatista, cerrada y ligada a la puja distributiva entre precios y salarios. Según él, “toda la economía giraba entonces en torno a la ‘espiral precios-salarios’, que al final de nuestra gestión era solo un recuerdo” (1981: 110). Sin embargo, a pesar de que el cambio estaba operando, no logró consolidarse por culpa de la gestión siguiente a la suya, al asumir el general Viola en marzo de 1981, quien no continuó con su política económica:

D

Estaba en la mentalidad inflacionaria. ¿De cuántos años? Treinta años el adoctrinamiento de la inflación en las empresas y en las poblaciones en general. Había que cambiar la mentalidad. Tenían que aprender a rebajar costos, que no tenían ninguna necesidad de hacerlo antes. Porque en toda la mentalidad inflacionaria esto se pasaba costos sobre costos a los precios finales y después pedían devaluación. Y esto costó mucho [cambiarlo]. Y, lamentablemente, cuando ya estábamos actuando y la mentalidad empezaba a cambiar, después, con el gobierno que sucedió al presidente Videla, se dio vuelta, se tomó 180 grados de dirección en contraria: acuérdesse de las grandes devaluaciones que hubieron en el año 81. Se optó por la salida más fácil y se estropeó todo ese gran esfuerzo anterior que se había hecho (entrevista a Martínez de Hoz, en RAHO, 2005).

El sexto y último punto de crítica interna fue el balance entre costos y beneficios. Porque si bien los objetivos inflacionarios fijados por la tablita se consiguieron, por lo menos en parte, ya que la presidencia de Videla terminó con dos dígitos de inflación, el sacrificio general de la economía fue demasiado alto para una medida que, finalmente, no garantizó la estabilización ni logró índices de precios bajos ni tampoco permitió que perduraran sus magros resultados positivos. Como recapacita García Martínez:

Cuando se logró en el año 80 que la inflación fuera de alrededor de un 75%, 80% anual, se decía 'bueno, habíamos conseguido [menos de] tres dígitos [de inflación]'. Sí, pero cuál era la situación: corrida bancaria, un estado de efervescencia general del agro y de la industria en contra de la conducción económica y del gobierno total por el problema de la competencia del exterior y el problema de las tasas de interés (entrevista a Luis García Martínez, en RAHO, 2005).

Conclusión

A lo largo de este trabajo hemos intentado repasar las diversas críticas y debates con respecto a la llamada tablita cambiaria vigente entre 1979 y 1980. Como hemos visto, Martínez de Hoz trató, a su manera, de dar respuestas, aunque fueran superfluas, a muchas de las objeciones realizadas, mediante las cuales tuvo la oportunidad de defenderse frente al repudio generalizado. Si bien las respuestas no ofrecen un valor teórico de peso, al menos nos sirven para saber qué pensaba el ministro frente a varias de las desventajas que ofrecía su esquema cambiario.

Por otra parte, también intentamos darle lugar a un punto todavía más jugoso, que es el de la discusión en el interior del equipo económico frente a los resultados finales que terminó por arrojar la tablita. Allí vimos que los distintos miembros de la conducción económica ofrecen diversas respuestas y alegatos para explicar por qué la tablita no funcionó según lo previsto originalmente ni resultó una medida de fondo para resolver la cuestión inflacionaria. En este caso, las respuestas y los debates son más ricos y honestos,

pues ofrecen otras perspectivas para analizar los dilemas y dificultades hallados por los funcionarios y a la vez mostrar una reflexión crítica más matizada.

En todo caso, tanto las cinco críticas revisadas como los seis puntos de debate interno nos dan mejores elementos para comprender parte de la cocina económica y de la gestión, y comprender así de modo más acabado uno de los períodos más críticos y significativos de nuestra historia.

Bibliografía

- Burgo, Ezequiel (2011). *7 ministros. La economía argentina: historias debajo de la alfombra*. Buenos Aires: Planeta.
- Canelo, Paula (2008). *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Canitrot, Adolfo (1981). “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981”. *Desarrollo Económico*, nº 82, pp. 131-189.
- De Pablo, Juan Carlos (1986). *La economía que yo hice. Volumen II*. Buenos Aires: El Cronista Comercial.
- Feld, Claudia y Salvi, Valentina (2016). “Cuando los perpetradores hablan. Dilemas y tensiones en torno a una voz controvertida”. *Rubrica Contemporánea*, vol. 5, nº 9.
- (2019). *Las voces de la represión. Declaraciones de perpetradores de la dictadura*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Fridman, Daniel (2008). “La creación de los consumidores en la última dictadura argentina”. *Apuntes de Investigación*, nº 14, pp. 71-92.
- Müller, Alberto (2001). “Un quiebre olvidado: la política económica de Martínez de Hoz”. *Ciclos*, año XI, nº 21.
- (2011). “¿La culpa es de Martínez de Hoz?”. CESP. Documento de Trabajo nº 26.
- Novaro, M. y Palermo, Vicente (2006). *La dictadura militar. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Pryluka, Pablo (2016a). “Políticas antiinflacionarias y la educación de los consumidores durante la última dictadura en Argentina”. *H-industri@*, nº 18, pp. 106-127.
- (2016b). “¿Shock o gradualismo? La influencia del caso chileno (1973-1982) sobre los debates económicos en el campo del liberalismo argentino durante la última dictadura (1976-1981)”. *Papeles de Trabajo*, 10 (17), pp. 208-234.
- Schorr, Martín (2011). “La desindustrialización como eje del proyecto refundacional de la economía y la sociedad en Argentina, 1976-1983”. *América Latina Historia Económica*, año 19, nº 3, pp. 31-56.
- Schvarzer, Jorge (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Vercesi, Alberto (2008). *Política Económica Argentina: Conversaciones inéditas con los hacedores de la política económica contemporánea*. Buenos Aires: Edicon.
- Zicari, Julián (2022). “La justificación de la valorización financiera. Las explicaciones de

- Martínez de Hoz a la reforma financiera, el endeudamiento y las crisis (1976-1981)". *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, n° 58, pp. 141-173.
- (2023). "Cambiar la mentalidad: Martínez de Hoz y su relato sobre las estrategias utilizadas para combatir la inflación (1976-1981)". *Perspectivas de Políticas Públicas*, vol. 12, n° 25.

Fuentes, escritos y libros de los protagonistas

- Alemann, Juan (1996). "Los años de Martínez de Hoz". *La Nación*, 24/3/1996.
- Martínez de Hoz, José Alfredo (1961). *Enfitosis y arrendamiento vitalicio en la Argentina y Nueva Zelanda*. Buenos Aires: Abeledo Perrot.
- (1967). *La Agricultura y Ganadería Argentina en el Período 1930-1960*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1976). "Discurso del 2/4/1976". Mensaje a todo el país por radiotelefonía y televisión anunciando el programa de saneamiento y expansión de la economía. Ministerio de Economía.
- (1981). *Bases para una Argentina moderna*. Buenos Aires: Offset.
- (1984). "¿La deuda externa revela una crisis financiera o económica?". *Ámbito Financiero*, 19/12/1984 y 20/12/1984.
- (1985). "La privatización de las empresas del Estado". *Ámbito Financiero*, 19/12/1985; 20/12/1985; 23/12/1985 y 24/12/1985.
- (1985). "Privatizing states firms". *Buenos Aires Herald*, 29/5/1985.
- (1991). *15 años después*. Buenos Aires: Emecé.
- (2007). *A Sporting Life: The Memoirs of a Big-Game Hunter*. Long Beach, California: CalifSafari Press Inc.
- (2014). *Más allá de los mitos. Memorias y revelaciones del ministro más polémico de la historia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Reato, Ceferino (2012). *Disposición final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Videla, Jorge Rafael (1981). "Prólogo". En Martínez de Hoz, *Bases para una Argentina moderna, 1976-1980*. Buenos Aires: Offset.

Entrevistas

- Entrevista a Adolfo Diz, 1/6/1982, reproducida en De Pablo, Juan Carlos (1986).
- Entrevista a Alejandro Estrada (2005), Red de Archivos de Historia Oral (RAHO).
- Entrevista a Ricardo Arriazu, reproducida en Vercesi (2008).
- Entrevista a Juan Alemann (2005), Red de Archivos de Historia Oral (RAHO).
- Entrevista a Juan Alemann, reproducida en Vercesi (2008).
- Entrevista a Luis García Martínez (2005), Red de Archivos de Historia Oral (RAHO).

- Entrevista a Luis García Martínez, reproducida en Vercesi (2008).
- Entrevista a Martínez de Hoz (2005), Red de Archivos de Historia Oral (RAHO).
- Entrevista a Martínez de Hoz, realizada por Mariano Grondona en el programa “Hora Clave”, de Canal 9 (28/11/1991). Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=3gNq_kXnt0g (consulta en línea: 5/5/2021).
- Entrevista a Martínez de Hoz, reproducida en Burgo (2011).
- Entrevista a Martínez de Hoz, reproducida en Novaro, M. y Palermo, V. (2006 [2003]).
- Entrevista a Martínez de Hoz, reproducida en Vercesi (2008).
- Entrevista a Videla, *Página/12* (17/5/2013).
- “Habla Martínez de Hoz”, *Tres puntos* (26/9/2002).
- “La última entrevista a Martínez de Hoz” [realizada en 2006], publicada por *MinutoUno* (17/3/2013) e *Infobae* (16/3/2013).
- “Martínez de Hoz por primera vez analiza su gestión”, *La Nación*, 29/7/1988.
- “Martínez de Hoz: Videla es un patriota”, *La semana*, 29/12/1983.

La participación de mujeres en la producción de conocimiento económico en Argentina

Samantha Vaccari¹

Resumen

En años recientes, la economía feminista se ha volcado al estudio de la historia del pensamiento económico con un doble objetivo: por un lado, realizar una crítica a la ausencia de la perspectiva de género en las diferentes escuelas de pensamiento; y, por otro, recuperar las ideas y trayectorias de algunas economistas cuyos aportes fueron invisibilizados. No obstante, la mayoría de estos trabajos se centran en teorías y biografías de intelectuales europeas y estadounidenses y dejan una vacante con relación a las mujeres y diversidades en la historia del pensamiento económico latinoamericano, y en particular para el caso de Argentina. En este sentido, nos preguntamos: ¿quiénes fueron las mujeres que participaron del proceso de producción de conocimiento económico?, ¿qué temáticas estudiaron?, ¿cuentan estos estudios con perspectiva de género? En pos de este objetivo nos proponemos reconstruir sus aportes a partir del análisis de tesis de doctorado y revistas indexadas seleccionadas.

Introducción

Corría el año 1994 y Susana Torrado, socióloga y demógrafa, trabajaba en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales, perteneciente al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Un día, al comienzo de la primavera, entrevistada por el periodista Gerardo Young, Torrado criticó los datos oficiales de desocupación y anticipó las consecuencias que pronto traería “el ajuste neoliberal” (Jawtuschenko y Moleto, 2009). Horas más tarde, en la misma ciudad, a pocos kilómetros de allí, el ministro de Economía Domingo Cavallo, enterado de las críticas por un grupo de periodistas, exclamó: ¡Que se vaya a lavar los platos!

¹ Licenciada en Economía (FCE-UBA) y maestranda en Sociología Económica (IDAES-UNSAM).

D

En aquel entonces, el episodio fue leído de varias maneras. Desde una perspectiva de género, el hecho fue catalogado como un arrebato machista, un exabrupto misógino y fuera de lugar por parte de un funcionario público. Sin embargo, llamativamente, la mirada que predominó en el imaginario colectivo fue otra, la de un ataque a la comunidad científica en su conjunto. Desde este punto de vista, Cavallo mandó a lavar los platos no ya a una mujer, sino a la profesión científica, despreciada por el gobierno. Tanto es así que, veintiún años más tarde, en noviembre de 2015, investigadores de la Universidad de Buenos Aires lavaron los platos en las escalinatas de la Facultad de Ciencias Exactas en repudio a las declaraciones del aún no electo Mauricio Macri sobre las políticas hacia el sector científico (Télam, 2015).

Desde la epistemología feminista, este hecho en apariencia anecdótico ejemplifica la cuestión del sexismo en la ciencia. Como señala Maffia (2007), la ciencia ha tenido larga tradición en ocuparse de proporcionar descripciones de la naturaleza femenina, como objeto de la ciencia, y las ha ubicado en una posición de inferioridad con relación a los varones. Sin embargo, no fue hasta los años setenta, en el marco de la segunda ola del feminismo, que tomó impulso la historia de las mujeres como sujetos de la ciencia. La economía, por supuesto, no ha sido ajena a estos debates, con sus propias lógicas y particularidades. La participación de las mujeres en la producción de conocimiento económico ha sido analizada por la economía feminista, especialmente a partir de los años noventa con el propósito de discutir las formas en que se genera el conocimiento económico, así como los lugares que históricamente han ocupado las mujeres en él. En este sentido, el presente artículo busca indagar acerca de la participación de las mujeres en dicha área para el caso de Argentina, a partir de la utilización de fuentes académicas de distinta índole. El artículo se encuentra estructurado de la siguiente manera: en primer lugar, se exponen las principales críticas de la economía feminista hacia el androcentrismo económico. Posteriormente, se presentan resultados preliminares en torno a la participación de mujeres. Por último, se da paso a las conclusiones.

Las mujeres y la ciencia económica

Recientemente, la economía feminista, como programa académico y político, comenzó a revisar la historia del pensamiento económico con un doble objetivo. Por un lado, realizar una crítica a la ausencia de la perspectiva de género en las diferentes escuelas de pensamiento (la mujer como objeto de la ciencia). Y, por otro, recuperar las ideas y trayectorias de algunas economistas cuyos aportes fueron invisibilizados (la mujer como sujeto de la ciencia).

Un trabajo pionero en este aspecto fue el de Pujol (1992), donde se interpreta la historia del pensamiento económico desde Adam Smith hasta Arthur Pigou, en clave feminista, y se cuestiona el carácter androcéntrico de la teoría económica (Carrasco Bengoa, 2007). Desde este marco, la autora argumenta que la economía ha resultado más impermeable a las problemáticas de género en comparación con otras ciencias sociales, por varios motivos. En

primer lugar, como han revelado diversos estudios,² a diferencia de otras ciencias sociales, la ciencia económica se distingue por presentar una mayor participación de varones, por lo que se constituye como un campo sumamente masculinizado. En segundo término, la hegemonía de la escuela neoclásica sobre otras corrientes de pensamiento implica una definición en torno a las fronteras de la economía limitada y excluyente. Al centrarse en las relaciones de mercado y los mecanismos que operan allí, en apariencia neutrales en términos de género, raza y clase, la teoría ha negado la desigualdad existente en las relaciones económicas. Asimismo, tampoco se han considerado las actividades ajenas a la esfera de la producción e intercambio de mercancías, como el trabajo doméstico no remunerado, fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo. De esta forma, la doctrina neoclásica, como enfoque epistemológico, ha simplificado la naturaleza y las relaciones sociales por acción y omisión, lo que derivó en enfoques teóricos y en políticas que tienden a reproducir las brechas de género.

Por otra parte, siguiendo a Agenjo-Calderón (2021), desde sus orígenes la ciencia económica presenta, además, un marcado sesgo eurocéntrico al tomar como referencia el modo de producción capitalista occidental, construido en torno al mundo del trabajo urbano en la industria o los servicios. Esta caracterización resulta importante y no escapa a nuestro objeto de estudio. Si bien, como se señaló anteriormente, la revisión crítica de la historia del pensamiento económico ha crecido notablemente, estos estudios se han centrado en experiencias, teorías y biografías de intelectuales europeas y estadounidenses. De esta forma, existe una vacante con relación a las mujeres y las diversidades en la historia del pensamiento económico latinoamericano,³ en particular para el caso de Argentina.

En la siguiente sección se presentan resultados preliminares en torno a la participación de mujeres en la producción de conocimiento económico en Argentina. Dado que se trata de una primera aproximación, se espera que constituyan una contribución para futuras investigaciones en las que se recuperen los aportes de intelectuales y biografías en el campo económico de nuestro país.

Las mujeres en la producción de conocimiento económico en Argentina

Preguntarse acerca de la participación de mujeres en la producción de conocimiento económico consiste, en primera instancia, en la indagación acerca de su presencia en las distintas esferas de producción y difusión de conocimiento. Por este motivo, en esta sección se buscará explorar la participación de mujeres a través de los productos de su trabajo dentro del esquema de comunicación de la ciencia. Para ello, se han utilizado

² Por ejemplo, Ferber y Teiman (1981).

³ Al respecto de América Latina, las publicaciones en torno a este tema también se han incrementado en los últimos tiempos. Por ejemplo, el trabajo de Gómez Betancourt y Orozco Espinel (2018) sobre investigadoras de la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL) resalta las contribuciones de las mujeres a las actividades operativas y de investigación de la institución. Por otra parte, en Amarante *et al.* (2021) se analiza la participación femenina en la investigación en economía en Uruguay, y se muestran datos relevantes en torno a la participación femenina.

D

como fuentes principales las tesis doctorales de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (FCE-UBA) y las siguientes revistas académicas: *Económica*, de la Universidad Nacional de La Plata; *Economía y Estadística*, de la Universidad Nacional de Córdoba, y *Estudios Económicos*, de la Universidad Nacional del Sur.

En el caso de las tesis, resultan documentos de interés, ya que suponen el máximo nivel de estudios alcanzable en el marco de los sistemas educativos modernos. Además, se trata de un nivel en el que se exige la realización de un trabajo de investigación atravesado por la experiencia científica en un campo de conocimiento específico (Pacheco, 2015). En este contexto, la decisión de utilizar los archivos de la FCE-UBA se justifica al tomar en consideración dos factores relevantes: la antigüedad de la casa de estudios y su población estudiantil. La FCE, pionera en América Latina, fue fundada en 1913, y un año más tarde tuvo lugar la creación del Doctorado en Ciencias Económicas, previo a la institucionalización de la Licenciatura en Economía en los años cincuenta. Como señala Arana, al tener en cuenta los factores esbozados “parece evidente que la formación de economistas en la Argentina se concentró principalmente en Buenos Aires, y, dentro de esta región, la FCE-UBA fue la institución que tuvo mayor impacto” (2020: 127). Por otra parte, se decidió, además, utilizar revistas científicas, ya que estas representan un registro público de los conocimientos acumulados y sistematizados, a la vez que se encuentran insertas en un proceso comunicacional en el que intervienen autores, editores e instituciones (Mendoza y Paravic, 2006). Las revistas relevadas fueron seleccionadas por su antigüedad, continuidad y permanencia en el tiempo.

En primer lugar, se tiene la revista *Economía y Estadística*, creada en 1939 por Benjamín Cornejo y editada por el Instituto de Economía y Finanzas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba. En segundo término, la revista *Económica*, fundada por Oreste Popescu en 1954 y editada por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata, que, de acuerdo con Fernández López, “marcó en el período 1966-1973 un alto nivel del país en materia de análisis económico” (2007: 40). Por último, se utiliza la revista *Estudios Económicos*, de la Universidad Nacional del Sur, cuyo primer antecedente es la revista *Técnica y Economía*, perteneciente al Instituto Tecnológico del Sur. Dicha institución fue la base para la creación de la Universidad Nacional del Sur en la ciudad de Bahía Blanca. *Técnica y Economía* se publicó entre 1949 y 1952, y se “convirtió en la primera revista científica local y en el principal medio de difusión de las investigaciones de los docentes y visitantes de esa institución académica” (*Estudios Económicos*, s.f.). En 1956 se crearon el Departamento de Economía y el Instituto de Investigaciones Económicas, y posteriormente, en 1962, ambas instituciones coeditaron el primer número de la revista *Estudios Económicos*, dirigida por Uros Bacic desde sus inicios hasta su jubilación. Aunque su publicación se interrumpió entre 1973 y 1982, a partir de entonces retomó la producción de manera regular hasta nuestros días, pudiendo reconstruir la serie hasta la actualidad.

Tomando como base las fuentes señaladas, el análisis de la participación de mujeres en estos espacios se configura a partir del establecimiento de las siguientes categorías: trabajos

escritos por varones, en el caso de que se trate de uno o varios autores masculinos; trabajos escritos por mujeres, en situaciones en que figuran una o varias autoras femeninas; y, finalmente, coautores, cuando la autoría es compartida por un varón y una mujer (o más de uno). Esta distinción se realiza con el objetivo de evitar distorsiones significativas en la muestra.⁴ Por otra parte, se toma en consideración la cantidad de apariciones y no de autores, ya que un autor puede haber publicado más de un artículo a lo largo de la serie.

A partir de la información recopilada se realiza, a continuación, un análisis de tipo cuantitativo y cualitativo. En particular, se desean explorar las siguientes cuestiones: ¿cuántas mujeres participan como productoras de conocimiento en comparación con los varones?, ¿en qué momento se producen las primeras apariciones de mujeres en dichos espacios?, ¿qué temas despiertan interés en las autoras?, ¿existen registros de publicaciones con perspectiva de género?⁵

En el caso de las tesis doctorales de la FCE-UBA, sobre un total de 1228 tesis, 130 corresponden a mujeres, es decir, el 10,6%. En términos generales, como se observa en la figura 1, la participación de mujeres en la producción de tesis de doctorado no solo ha sido menor con relación a los varones, sino que, además, su incorporación ha sido más tardía. Tras la publicación de Bernasconi a principios del siglo XX debieron pasar 16 años hasta encontrar un segundo registro femenino, en 1935. A partir de 1942, la cantidad de tesis escritas por mujeres se incrementa progresivamente hasta alcanzar un promedio anual de 1,6 tesis. El año 1967 resulta llamativo, ya que se llega a un máximo, para ambos géneros, de nueve tesis en el caso de las mujeres y de 74 para los varones. A partir de entonces, la participación empieza a decaer, también para ambos géneros, aunque en el caso de las mujeres se vuelve a la tendencia anterior, con largos períodos de ausencia, especialmente entre 1978-1986 y 1992-1998. En estos años en los que no se tienen registros de tesis escritas por mujeres, las publicaciones de los varones ascienden a seis y cuatro, para cada período, respectivamente.

La primera aparición femenina en el Doctorado en Ciencias Económicas data de 1919, con la tesis de Ángela Bernasconi, titulada *De los ferrocarriles en la República Argentina*, tema de gran interés en el marco de la época. Este hecho ejemplifica un rasgo común a las fuentes analizadas. Por lo general, los temas elegidos por los autores se vinculan, tanto en el caso de las tesis como en las revistas, con los debates propios del período en el que fueron escritos, o con campos de conocimiento específicos de interés para el escritor. De esta forma, no se observa predominancia femenina o masculina en ningún campo en particular.

En cuanto a la temática de género en los trabajos, para el total de la serie, entre 1916 y 2022 se tienen cuatro publicaciones. La primera, de 1918, corresponde a Ricardo

⁴ Sobre este punto es necesario aclarar que la construcción de dichas categorías en términos binarios varón-mujer surge como consecuencia de la escasa información disponible sobre los autores publicados. Este hecho revela la necesidad de contar con indicadores no binarios respecto de la producción de conocimiento científico que permitan construir estadísticas más allá de las dicotomías.

⁵ Para responder a esta pregunta se buscaron, en las bases confeccionadas, palabras claves como género, mujer, niños, etc., por tratarse de términos utilizados frecuentemente para aludir a temáticas con perspectiva de género en los artículos académicos.

Figura 1. Tesis doctorales FCE-UBA por año y por género (1916-2022)



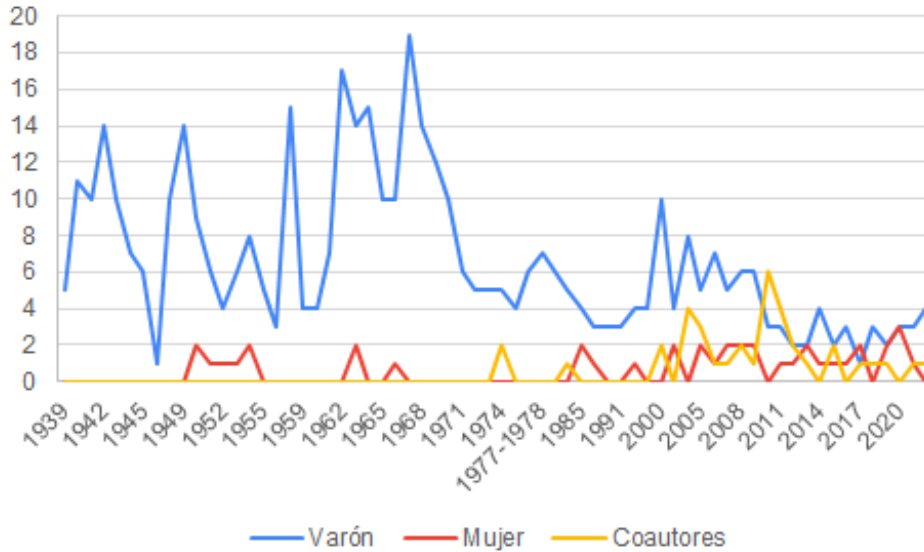
Fuente: elaboración propia sobre la base de la “Colección de Tesis de Doctorado” de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Etcheverry y se titula *La ley argentina sobre reglamentación del trabajo de mujeres y niños*. Varias décadas más tarde, en 1947, se encuentran nuevos estudios, como *Trabajo de mujeres y menores*, de Marta Susana Boero, y *La caja de maternidad*, de María Gamboa. Posteriormente, en 1949, *Trabajo de mujeres*, de Norma Pérsico. Finalmente, el último registro corresponde a la tesis de Lidia Heller, en 2012, *Diversidad de género en las organizaciones: empresas globales, culturas locales. Estudio comparativo de programas de diversidad como estrategia para el logro de la equidad*. Es interesante señalar que, sobre la base de los resultados obtenidos, en el Doctorado en Ciencias Económicas de la UBA la cuestión de género aparece vinculada únicamente al mercado de trabajo y sus instituciones, y no se encontraron otros cruces.

En la revista *Economía y Estadística*, de la UNC, sobre un total de 513 artículos, 40 corresponden a mujeres (7,8%) y 37 a coautores (7,2%). La aparición de mujeres de manera continua sucede a partir de la década del 2000, al igual que en el caso de los coautores. La participación de los varones, a su vez, muestra una dinámica errática. Existen años en los que el volumen de autores publicados resulta escaso, como, por ejemplo, 1946, con tan solo un artículo, y otros en los que se llega a un total de 19 autores por dossier, como es el caso del año 1967.

Al igual que ocurre con las tesis, en *Economía y Estadística* se tienen largos períodos de ausencia femenina, especialmente en los inicios (1939-1949), y con posterioridad, entre

**Figura 2. Cantidad de artículos publicados por año y por género (1939-2022).
Revista *Economía y Estadística*, Universidad Nacional de Córdoba**



Fuente: elaboración propia sobre la base del archivo digital de la revista *Económica y Estadística* de la Universidad Nacional de Córdoba.

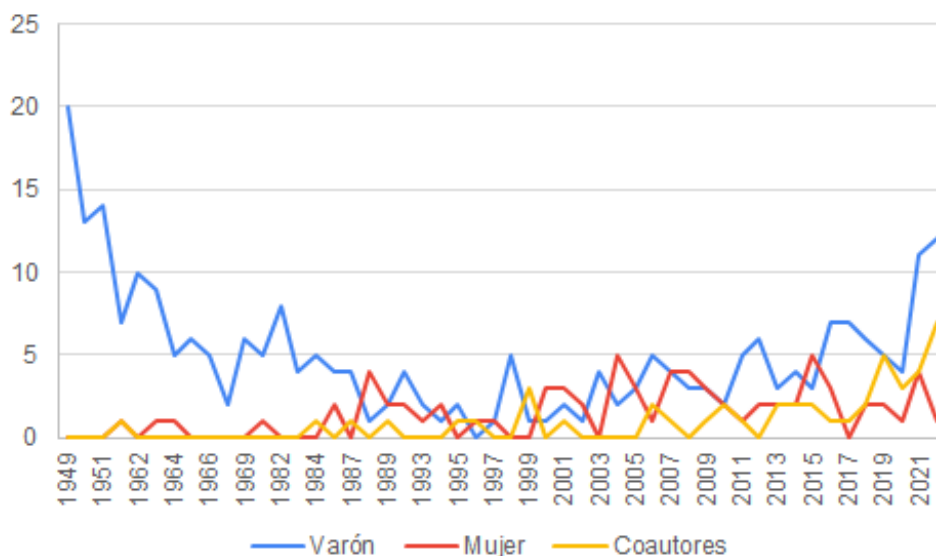
1955-1962 y 1967-1984. En contraposición a esta tendencia, en estos mismos períodos se publicaron 247 artículos escritos por varones.

Los primeros trabajos elaborados por mujeres y publicados en la revista pertenecen a Victoria Hoya de Canen e Irma Ferrero de Fierro, en 1950. Ambos estudios remiten a cuestiones de teoría económica. En el caso de la primera se analizan *Los costes de venta en la teoría de la competencia monopólica*, y en el caso de la segunda, la *Presión comparativa del impuesto extraordinario del empréstito*. La temática de género tan solo aparece a través de un artículo del año 2004 escrito por Héctor Gertel y otros autores varones, en el que se busca indagar acerca de la diferenciación de ingresos por género y nivel educativo.

En la revista *Estudios Económicos*, de la Universidad del Sur, sobre un total de 369 artículos se tiene una presencia femenina del 20,1%, y en el caso de los coautores, del 12,6%. Se trata de los niveles de participación más elevados para el total de las fuentes recopiladas.

Como se mencionó anteriormente, entre 1949 y 1952 los números relevados corresponden, en un principio, a la revista *Técnica y Economía*, y, posteriormente, a *Estudios Económicos*, a partir de 1962. En tiempos de *Técnica y Economía* se tienen 54 artículos publicados por varones y tan solo uno escrito por una mujer. Posteriormente, a partir de la década del sesenta se cuenta con 195 registros masculinos y 73 femeninos.

Figura 3. Cantidad de artículos publicados por año y por género (1949-2022). Revistas Técnica y Economía y Estudios Económicos, de la Universidad Nacional del Sur



Fuente: elaboración propia sobre la base de los archivos digitales de las revistas *Técnica y Economía* y *Estudios Económicos* de la Universidad Nacional del Sur.

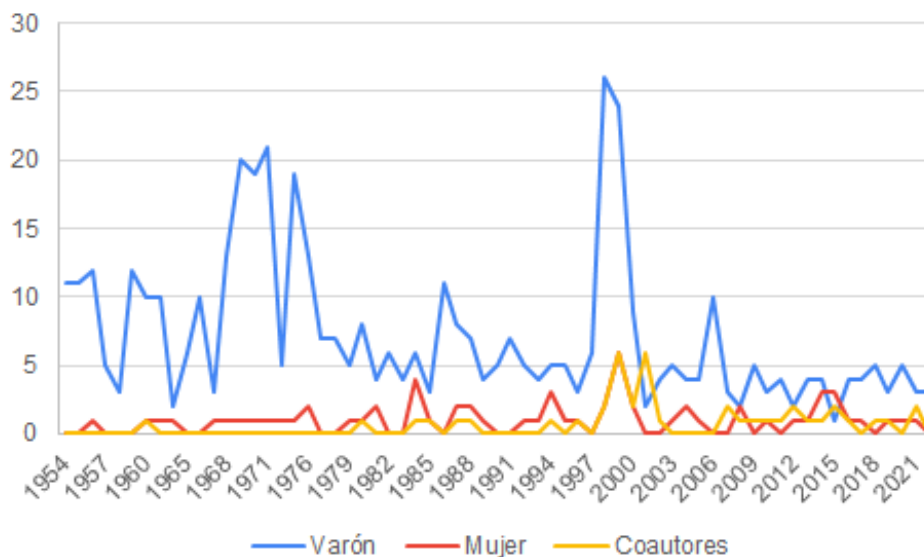
El primer artículo publicado por una mujer en el caso de *Técnica y Economía* es el de Haydée Nora Verettoni, en 1952, titulado *Las asociaciones halófilas del partido de Bahía Blanca*. En efecto, la publicación corresponde a un tema ajeno al ámbito de la economía, lo que da cuenta de los intereses de la revista abocados al territorio en el que se ubicaba. Tras el lanzamiento de *Estudios Económicos*, la primera aparición femenina corresponde a un trabajo sobre la evolución de la industria argentina, cuya autora es Estela M. Bee de Dagum, esposa de Camilo Dagum, ambos doctores en Ciencias Económicas por la Universidad Nacional de Córdoba. Otra autora relevante resulta Elena Ortiz de Guevara, con cinco artículos de diversa índole realizados entre 1970 y 2007.

Se tienen en total cuatro artículos con temática de género a partir de los años 2000. El enfoque de género se vincula, al igual que en otras publicaciones, al mercado de trabajo y en brechas educativas, en este caso no solo para el territorio argentino, sino que se encuentran, además, estudios sobre otros países como Brasil y Paraguay.

Por último, en la revista *Económica*, de la UNLP, sobre 574 casos, el 11% corresponde a mujeres y el 6,5% a coautores. Casi el 40% de los artículos publicados se concentra en el período que abarca entre 1954 y 1976. A lo largo de estas décadas, la revista *Económica* publicó 205 artículos escritos por varones y 13 elaborados por mujeres.

El primer artículo escrito por una mujer se tiene en 1956, con *El proceso intelectual de la elaboración científica según Husserl, y un ensayo de ejemplificación*, de Dorotea C. Macedo

Figura 4. Cantidad de artículos publicados por año y por género (1954-2022).
Revista *Económica*, Universidad Nacional de La Plata



Fuente: elaboración propia sobre la base del archivo digital de la revista *Económica* de la Universidad Nacional de La Plata.

Nota: Se excluye del análisis el volumen 45, n° 2, del año 1999, por tratarse de un número en memoria del profesor Rolf Mantel. Consiste en una edición especial que incluye artículos ya publicados y, por ende, contabilizados previamente.

de Steffens. Pero la participación femenina se incrementa notablemente a finales de los sesenta, especialmente con las figuras de Ana María Martirena Mantel y Luisa Montuschi, que se destacarán por sus apariciones recurrentes en la revista.

Martirena Mantel llegó a publicar ocho artículos de manera individual y ocho como coautora, junto con su marido Rolf Mantel, ambos doctores por la Universidad de Yale. Por su parte, Montuschi publicó 14 artículos individuales y uno como coautora.⁶ Esta última se destaca por ser una figura transversal a las fuentes relevadas. En 1975 defendió sus tesis: *Un estudio cuantitativo acerca del poder económico de los sindicatos en el sector manufacturero argentino 1950-1965*. Además, posee artículos publicados tanto en *Economía y Estadística* (UNC) como en *Estudios Económicos* (UNS).

⁶De acuerdo con los datos obtenidos, estas economistas han transitado, a lo largo de su vida, espacios comunes. Siendo Luisa Montuschi estudiante, ambas economistas participaron de los seminarios de formación organizados por el profesor Julio Olivera en la Facultad de Ciencias Económicas. Además, han sido integrantes de la Academia Nacional de Ciencias Económicas desde 1986. Se trata de las dos únicas mujeres encontradas en el listado de miembros, junto con Hildegart Ahumada. A su vez, ambas han presidido la Asociación Argentina de Economía Política. Mientras Ana María Martirena Mantel ocupó dicho cargo entre 1984 y 1986, Montuschi lo hizo entre 1986 y 1988.

En cuanto a la temática de género, solo se tiene un artículo en 2016: *Segregación ocupacional por género y diferencial de ingresos en turismo: evidencia para Argentina*, de Natalia Espínola.

Conclusiones

De los datos obtenidos se desprende que las mujeres han tenido niveles más bajos de participación en la producción de conocimiento económico, en comparación con los varones. En general, la presencia femenina en estos espacios ha sido en torno al 10% del total, a excepción de la revista *Estudios Económicos*, donde la cifra se duplica. Además, se observa que la publicación de artículos y tesis escritos por mujeres, así como su participación como coautoras en el caso de las revistas, se incrementa especialmente a partir de los años noventa.

Las fuentes consultadas, en general, han sido poco permeables a las temáticas de género, como bien señalaba Pujol (1992) para la ciencia económica en su conjunto. En los pocos artículos relevados que abarcan dicha temática, la mayoría centra su mirada sobre el mercado laboral y sus instituciones. Esta situación revela, por un lado, que las desigualdades de género en el mundo del trabajo constituyen un eje de interés a lo largo del tiempo, y que persisten como problemática. Por otro lado, se evidencia la dificultad en expandir la perspectiva de género hacia otros ámbitos de la economía. Por último, se desea señalar que este tipo de estudios han sido realizados en mayor medida por mujeres.

Aunque las formas de participación femenina en la historia del pensamiento económico argentino deberán ser completadas con futuras investigaciones que indaguen en los aportes intelectuales y las biografías de las protagonistas, consideramos que los resultados obtenidos resultan fundamentales a la hora de realizar una primera aproximación al problema de estudio, desde la cual abordar futuros trabajos que releven la desigualdad existente en la producción de conocimiento económico.

Bibliografía

- Agenjo-Calderón, A. (2021). “Genealogía del pensamiento económico feminista: las mujeres como sujeto epistemológico y como objeto de estudio en economía”. *Revista de Estudios Sociales*, (75), pp. 42-54.
- Amarante, V.; Bucheli, M.; Moraes, M. I. y Pérez, T. (2021). “Women in research in economics in Uruguay”. *Cuadernos de Economía*, 40(SPE84), pp. 763-790.
- Arana, M. (2020). “Estudio sobre los inicios de las carreras de economía en la Argentina, 1948-1968”. *Márgenes. Revista de Economía Política*, (6), pp. 119-131.
- Carrasco Bengoa, C. (2007). “Michel Pujol: historiadora del pensamiento económico”. En Perdices Blas, L. y Gallego Abaroa, E. (coords.), *Mujeres economistas*. Editorial del Economista, pp. 436-492.
- De Pablo, J. (2012). “Entrevista a Luisa Montuschi”. *Revista de Economía y Estadística*, 50(1), pp. 7-23.

- Estudios Económicos (s.f.). *Sobre la revista*. Disponible en: <https://revistas.uns.edu.ar/ee/about>.
- Ferber, M. y Teiman, M. (1981). "The Oldest, the Most Established, the Most Quantitative of the Social Sciences, and the Most Dominated by Men: the Impact of Feminism on Economics". En Spender, D. (ed.), *Men's Studies Modified, The Impact of Feminism on the Academic Disciplines*. Nueva York: Pergamon Press, pp. 125-39.
- Fernández López, M. (2007). "Revistas argentinas de economía: de tiempos de la colonia a internet". *Estudios Económicos*, 24(49), pp. 35-44.
- Gómez Betancourt, R. y Orozco Espinel, C. (2018). "The invisible ones: Women at CEPAL (1948-2017)". En Madden, K. y Dimand, R., *Routledge Handbook of the History of Women's Economic Thought*, pp. 407-427. Londres: Routledge.
- Jawtuschenko, I. y Moledo, L. (26 de septiembre de 2009). "Lavar los platos". *Página/12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/futuro/13-2222-2009-09-26.html>.
- Maffía, D. (2007). "Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12(28), pp. 63-98.
- Mendoza, S. y Paravic, T. (2006). "Origen, clasificación y desafíos de las revistas científicas". *Investigación y postgrado*, 21(1), pp. 49-75.
- Pacheco, T. (2015). "La tesis doctoral en ciencias sociales y su relación con el quehacer científico". *Cinta de Moebio*, (52), pp. 37-47.
- Pujol, M. (1992). *Feminism and anti-feminism in early economic thought*. Brookfield: Edward Elgar Publishing.
- Télam (5 de noviembre de 2015). "Científicos lavarán platos en repudio a las declaraciones de Macri sobre las políticas del sector". *Télam*. Disponible en: <https://www.telam.com.ar/notas/201511/126163-elecciones-2015-balotaje-cientificos-investigadores-lavada-platos-rechazo-declaraciones-mauricio-macri.html>.
- (13 de noviembre de 2015). "La ciencia dijo que 'no le da lo mismo' investigar que 'lavar los platos'". *Télam*. Disponible en: <https://www.telam.com.ar/notas/201511/127033-la-ciencia-dijo-que-no-le-da-lo-mismo-investigar-que-lavarnos-platos.html>.

